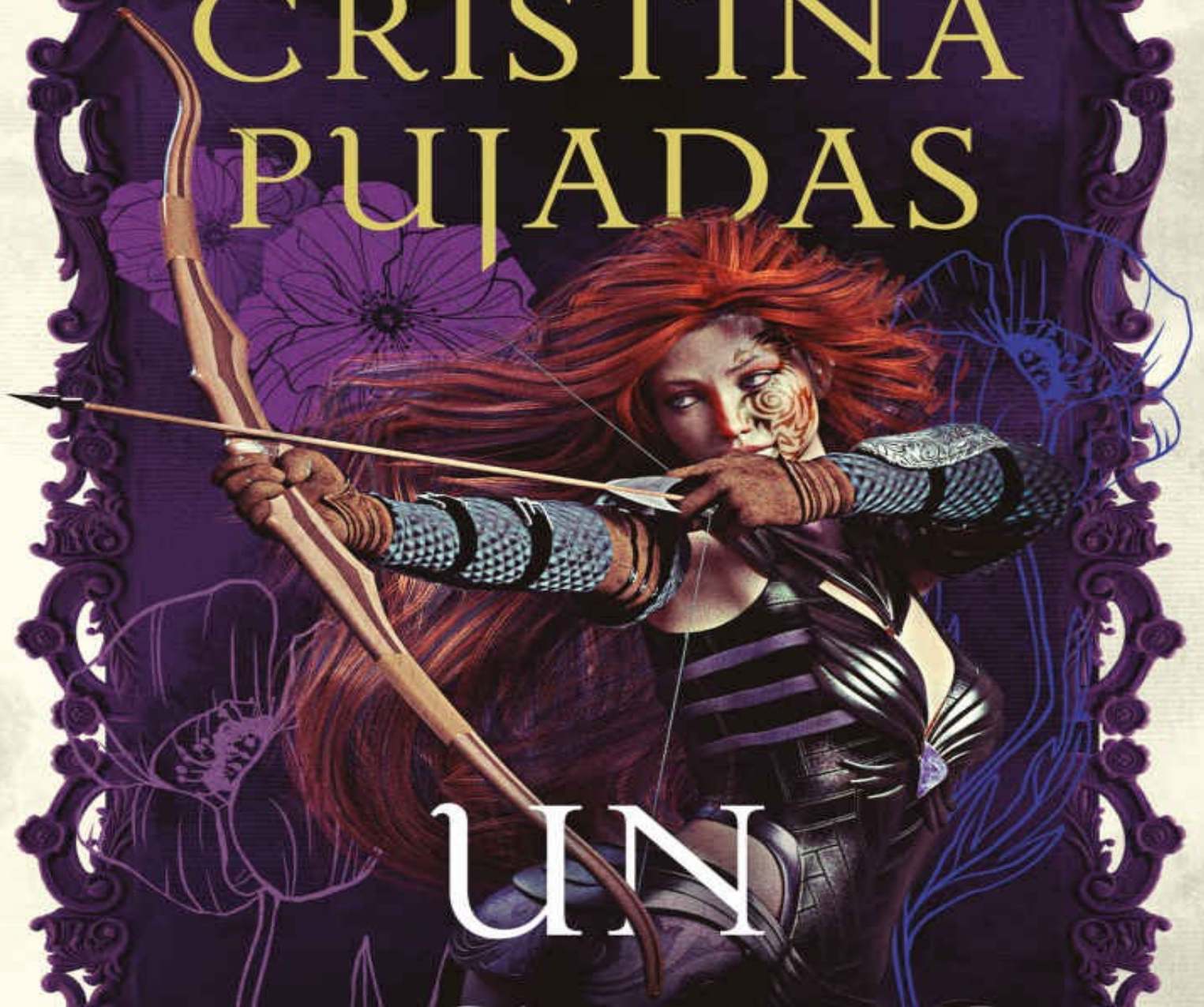
CRISTINA PUJADAS



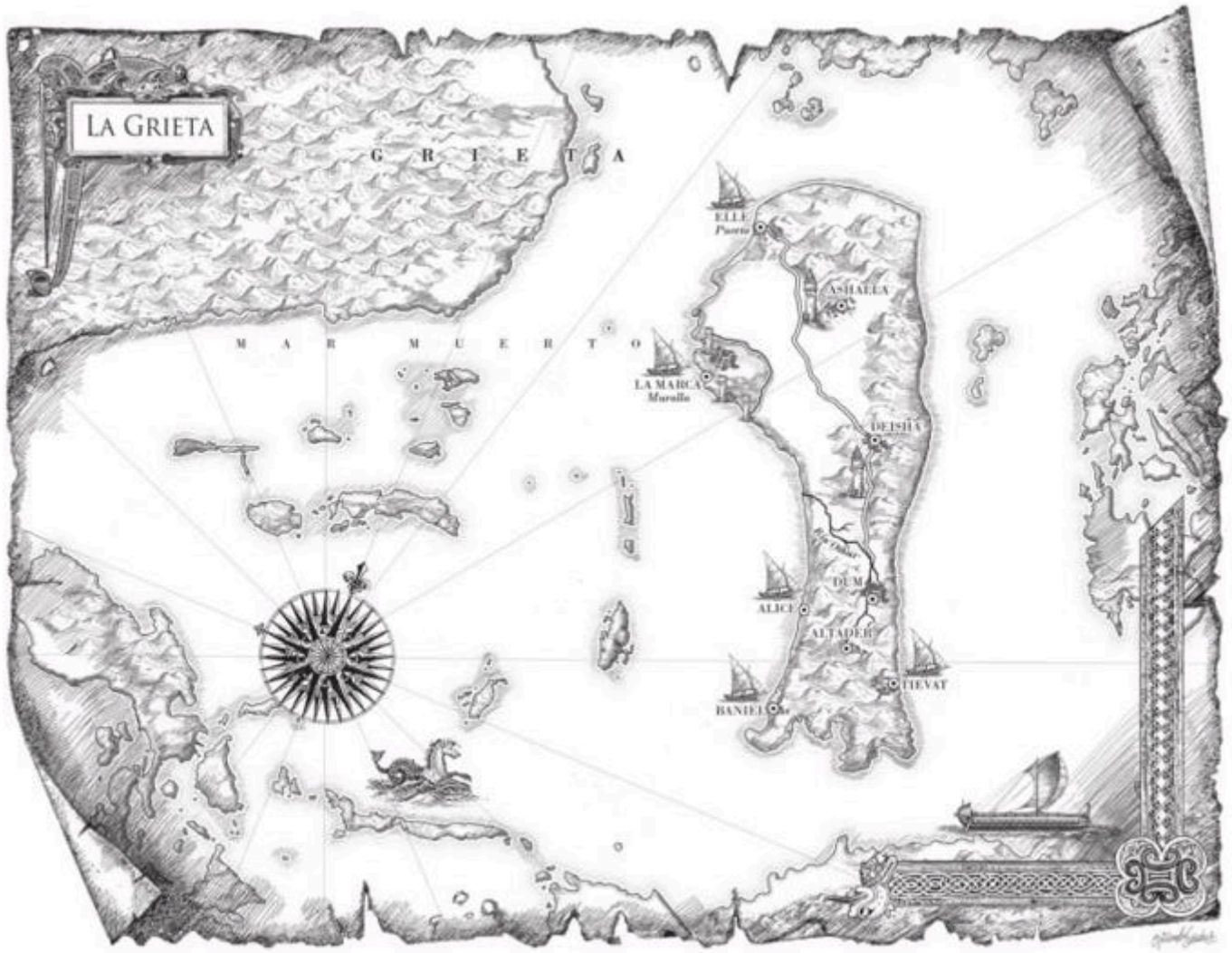
UN LEGADO IMPURO


CRISTINA
PUJADAS
UN
LEGADO
IMPURO

Para Miguel, Daniel y Natalia .
Sois mi luz

Que leas lo más bonito del mundo ,
aunque se escriba con mala letra .
Que no son los ojos, es la mirada .
Que no es la mirada, es cómo me miras .
Que no es cómo miras, es cómo te callas
y dices, aunque no lo digas .

Haz de luz ,
RAYDEN


LA GRIETA
G R I E T A
M A R M U E R T O
ELLE
Puerto
ASHALEA
LA MARCA
Muralla
DEISHA
DUM
ALICI
ALTADEH
TIEVAT
BANIEL

Prólogo

La joven, poco más que una niña, empezó a correr por el pasillo hasta llegar a la enorme escalera de mármol. Ascendió a una velocidad que podría resultar inquietante para alguien que no fuera como ella. Una Marcada.

Saltó los escalones, de cinco en cinco, sin demasiada dificultad. Ni un jadeo. Llegaba tarde.

Owen tenía la culpa, para variar, pero no pretendía delatarle. Apretó los labios mientras recorría los últimos metros hasta la solemne puerta de madera noble que debía cruzar o, siendo más precisa, debería haber cruzado hacía tres minutos y catorce segundos. Se quedó quieta en el pasillo, al otro lado de aquella estructura añeja, lo justo para arreglarse la ropa y asegurarse de que no hubiera algún pliegue en su camisa de seda. Nada que pudiera evidenciar lo que había estado haciendo.

Cogió el pomo y cruzó la puerta tras elevar el mentón con un gesto que mostraba dignidad, tal y como le habían enseñado. Dentro la esperaba su querida institutriz, Abigail, y su ni tan agradable ni tan benévola tía, Mao MacAlister. Cruzó su mirada con la de esta última y fingió indiferencia mientras se dirigía a su pupitre y, finalmente, tomó asiento como si fuera una reina. Algo que, algún día, sería.

—Llegas tarde —le reprendió su institutriz. Su voz era gélida, pero se debía más a la presencia de su tía que al hecho de que sus retrasos no fueran algo relativamente habitual.

—Necesitaba refrescarme —contestó la joven sin mostrar emoción alguna. Era una Marcada, después de todo.

—Tus necesidades deberían ser secundarias —recriminó la vieja.

Sí, esa, la que había hecho colocar un sofá en el aula para observar cómo avanzaba en sus estudios y regocijarse por sus errores. La que siempre parecía estar espiándola, esperando que cometiera un error. Uno solo.

Quizá debería sentirse privilegiada de que la más anciana de las mujeres de la familia se hubiera tomado tan a pecho su educación, y aunque sabía que también había estado pendiente de sus primos, su obsesión con ella era asfixiante. Lo entendía. De verdad. No cada día nacía un Marcado y ella, además, había nacido con esa marca que impedía que su vida le perteneciera. Un honor, sí, pero también una gran responsabilidad que pesaba sobre sus hombros desde que tenía memoria.

—Lamento disgustarla, tía —se disculpó, aunque su mirada era desafiante y contradecía, sutilmente, sus propias palabras. Tenía un espíritu rebelde, y pese a que lo había ido templando con el paso de los años, seguía vivo en ella.

—Espero que tus progresos puedan compensar esa falta de respeto por tus obligaciones, Princesa —remarcó la anciana, cuya astuta mirada parecía ser capaz de leer a través de los ojos, prácticamente negros, de la joven.

—Estoy segura de que lo hará, mi señora Mao —afirmó la institutriz mientras miraba a la anciana y después centraba la atención en su pupila.

Abigail empezó a interrogarla sobre la historia del reino de los Marcados. Nombres. Años. Detalles de un pasado que era ya muy lejano. La joven se aplicó, contestando a cada una de las preguntas sin titubear a la vez que observaba de reojo cómo su tía hacía un pequeño gesto de aprobación con la cabeza. Algo poco habitual en ella.

Aquella mujer entrada en años, cuya marca se limitaba a un fragmento en el mentón y la mejilla, no era su tía en realidad. De hecho, era la tía de su padre, hija de Cedric MacAlister, un antepasado que fue Consejero Militar del mismísimo Rey, igual que lo fue, tiempo atrás, el abuelo de este, Samos MacAlister. La joven

conocía al dedillo todo su linaje porque era, sin lugar a duda, digno de ser conocido. Y respetado. Un linaje que pasaría a la historia de los Marcados gracias a ella.

Notó una punzada en el bajo vientre. No era la primera que sentía aquella semana, pero esta vez su intensidad le obligó a apretar los labios. No protestó. No se quejó. Pese a ser joven, tenía ese punto de orgullo heredado de su padre y del resto de los MacAlister.

—Jade.

—El alzamiento de los Todellinen se inició con el ascenso a la corona de Todellin, el primer gran monarca —se apresuró a añadir la joven pese al dolor—. Fueron siglos de paz tras el terror y las pérdidas que sufrió nuestra raza cuando la Grieta se abrió.

—La Grieta —susurró Mao MacAlister, la anciana Marcada, como si hubiera estado sumida en sus propios pensamientos y aquella palabra, una que no muchos tenían el valor de pronunciar en voz alta, le hubiera obligado a volver a la realidad: un aula con una institutriz y una joven Marcada de apenas trece años. Sangre de su sangre.

—Lamento si os hemos incomodado —se disculpó la institutriz—. Considero que Jade debe ser consciente de la historia y de cómo nos fue contada. Toda ella.

—Una raza única —murmuró la anciana—. ¿Qué sabes de ella?

—Dicen las leyendas que antes de la Grieta, antes de que los demonios y los dioses caminaran libremente por nuestra tierra, habitaba una raza única en Ar-Umi —empezó Jade—. Cuando la Grieta se abrió y el inframundo decidió colonizar el mundo que conocemos, los Antiguos dioses se apiadaron de nosotros y descendieron para luchar al lado de los mortales.

—Continúa —le pidió la anciana mientras sus ojos brillaban recordando historias de su infancia. Ella había cumplido su cuarto siglo, pero todo aquello había sucedido hacía ya varios milenios y las historias, con el tiempo, habían ido perdiendo fuerza y protagonismo.

—Tenemos el honor de ser descendientes de uno de esos dioses antiguos —añadió Jade—. De su unión con un mortal nació nuestra raza.

—Y eso nos convierte en una raza superior —afirmó la institutriz —. Halbgotts. Descendientes directos de los dioses, no como esos animales...

—Doppels —intervino la anciana chasqueando la lengua, evidenciando su repulsión por aquella raza vecina con la que compartían el continente.

—Mitad hombres y mitad animales —empezó Jade.

—No —negó la institutriz—. Son ambas cosas al mismo tiempo.

—Un regalo, absurdo, de algún Antiguo dios —sentenció la anciana.

—Exactamente —convino la institutriz—. Así fue como nuestros antepasados lucharon junto a los Antiguos, consiguieron sellar la Grieta y evolucionaron hasta convertirse en lo que ahora se conoce en Ar-Umi como los Marcados.

—Descendientes de los Antiguos dioses, Halbgotts —susurró Jade, ligeramente emocionada.

—Como los Centinelas y los Serafines —reflexionó la anciana.

Jade hizo un gesto afirmativo sin mostrar emoción alguna en su rostro. Pese a que fingía una frialdad que no siempre sentía, quizá por su juventud, le apasionaban las historias de su pueblo y de su tierra. Conocía todos los relatos y las leyendas de la Gran Guerra. Una que nada tenía que ver con las habituales contiendas entre razas, sobre dónde se encontraba el límite de una frontera imaginaria o quién conseguía los mejores tratados comerciales.

La Gran Guerra. Una pesadilla que acechaba a los más temerosos, incluso si hacía milenios de aquella sangre derramada sobre la tierra de Ar-Umi. Solo quedaban los testimonios de sus antepasados, un legado que muchos atesoraban y respetaban por lo que supuso: un nuevo inicio. La creación del mundo tal y como lo conocían, con las nueve razas que cohabitaban y que provenían de esa raza única que antaño poblaba aquella tierra. Una guerra en la

que sus antepasados tuvieron que aferrarse a todo lo que estuvo a su alcance con una única finalidad: sobrevivir.

—Ese pasado tan lejano quizá habría caído en el olvido si no arrastráramos linajes de sangre contaminada —sentenció su institutriz; su mirada se había vuelto cauta.

—Los dioses no fueron los únicos en engendrar con aquella raza única —susurró la joven, sintiéndose valiente al afirmar aquello en voz alta. Ese era un tema que inquietaba hasta al más valiente de los Marcados.

No era la primera vez que Jade oía la historia de la existencia de portadores de sangre contaminada. Linajes, familias, cuya sangre provenía de uno de aquellos demonios que ascendió por la Grieta durante la Gran Guerra y que, en contadas ocasiones, podían llegar a convertirse en unas terribles criaturas asesinas sedientas de sangre capaces de aterrar a los guerreros más experimentados y arrasar ciudades enteras. Sintió un estremecimiento.

—Hace siglos que no se produce un avistamiento entre los Marcados —intervino la anciana con voz firme, aunque su mano se había tensado sobre el pomo del bastón y sus nudillos se veían ligeramente blanquecinos por la presión.

Hacía siglos, sí, pero eso no significaba que estuvieran a salvo. Ninguna raza estaba exenta del riesgo de que entre ellos despertara uno de esos monstruos. Impuros. Demonios engendrados por un hombre y una mujer, criados bajo la apariencia de niños sanos pese a que no lo eran.

—Es posible que todos los linajes con sangre contaminada ya hayan sido erradicados —afirmó la institutriz con una expresión neutra—. Los nueve reinos así lo pactaron en el único tratado que sigue vigente pese a su antigüedad.

—Todo linaje con sangre contaminada debe ser exterminado —recitó Jade; sabía el peligro que conllevaban esos demonios para su pueblo. Para su mundo. No podía permitirse que un portador de sangre contaminada engendrara, perpetuando así la existencia de esas criaturas malignas.

—Exactamente —concluyó la institutriz con una expresión satisfecha.

Jade colocó las manos sobre su regazo mientras el dolor, punzante, crecía exponencialmente dentro de ella. Se clavó las uñas en la palma de la mano para ahogar un gemido. Si una cosa tenía clara era que la tía Mao jamás premiaría a alguien por mostrar debilidad. Afortunadamente, el dolor simplemente desapareció, de forma brusca, como si nunca hubiera existido. Exhaló una bocanada del aire que había retenido inconscientemente y le llegó un olor dulce. Sangre. El olor de su propia sangre.

No es que los colmillos de un Marcado emergieran por un estímulo tan banal, pero si algo les caracterizaba era una sensibilidad instintiva a ese olor en concreto. Quizá por eso no se sorprendió de no ser la única capaz de percibirlo. Su institutriz elevó una ceja mientras la joven se sonrojaba ligeramente, turbada. Prefirió no mirar a su tía. Abigail la había cuidado desde que era una niña, y con ella se sentía un poco menos violenta. Era perfectamente consciente de que su cuerpo había dejado la niñez para convertirse en una mujer, esa que siempre había sabido que debería ser.

—Puedes tomarte un descanso —le ofreció Abigail con una mirada cómplice, consciente de su situación.

Jade apretó los labios mientras intentaba levantarse sin perder la poca dignidad que le quedaba en esos momentos. Un gran acontecimiento que hubiera celebrado en la intimidad de su habitación.

Hacía un par de años que su prima Nuvia le había hablado de los cambios que viviría al llegar a la madurez, contestando a todas sus preguntas hasta saciar su curiosidad juvenil. Así supo lo que sucedía entre un hombre y una mujer cuando el deseo enturbiaba la mente y cómo, al margen del sexo, los Marcados tenían sus propios rituales en los que se intercambiaba sangre, un placer mucho más íntimo y profundo que el propio contacto físico.

Apoyó una mano sobre el pupitre, obligando a sus piernas a que la sostuvieran, cuando sintió el cuerpo pesado y la cabeza

embotada. Era como si no pudiera enfocar la vista y todo a su alrededor empezara a desdibujarse. Sintió una arcada, pero no llegó a vomitar. Se sujetó con fuerza mientras empezaba a temblar ligeramente. No tenía del todo claro si aquello era normal y Jade empezó a preocuparse. Su rostro perdió esos rasgos indiferentes y fríos tan propios de su raza mientras buscaba, un tanto desesperada, entre sus recuerdos. Las palabras de su prima volvieron a ella como si fueran susurros fantasmales de su pasado. Dolor. Sí, a veces se sentía, pero rara vez era intenso o incapacitante. Gruñó cuando una nueva punzada que arrancó en su vientre le recorrió toda la espina dorsal y, unos segundos después, el sutil temblor se convirtió en una convulsión agitada.

Consiguió no caer al suelo a costa de poner todo su empeño en lograr semejante hazaña. El dolor volvía a paralizar cada centímetro de su cuerpo, como si todo lo que era ella no tuviera espacio suficiente para ser.

—¿Jade?

No estaba segura de quién la había llamado, si su querida institutriz o su anciana tía, pero en el tono había preocupación y eso no la tranquilizó. Todo se escuchaba diferente: las frecuencias, los matices y la entonación. Sintió un estremecimiento mientras intentaba fijar la mirada en uno de los rostros que la observaban con gesto preocupado. Abigail se acercó a ella y su tía apretó su viejo bastón como si gracias a él fuera capaz de sostenerse tras haberse levantado. Eran ellas y, sin embargo, los colores habían desaparecido y solo existían a su alrededor sombras de tonos grises, como si todo su mundo se hubiera convertido en una pesadilla oscura y tétrica.

Empezó a temblar mientras el dolor crecía dentro de ella y cerró los ojos, apretando los dientes, negándose el placer de gritar y dejarse llevar por ese fuego que quería consumirla desde dentro. Odió ser mujer, para qué negarlo, y odió también un poco a su prima por ocultarle la realidad de aquel cambio. Dejó que aquello la consumiera, resignada, y un extraño hormigueo despertó en su piel y le recorrió todo el cuerpo como un remolino zigzagueante,

inquieto, para finalmente desaparecer. La sensación de calma duró apenas una fracción de segundo y se rompió con el grito siniestro de Abigail.

—¡Impura!

Odio, rabia y miedo en una sola palabra.

Jade abrió los ojos sin entenderlo. Frente a ella estaba su institutriz y, en su mano, un puñal. Intentó dar un paso hacia atrás, alejarse de esa absurda amenaza, pero su cuerpo no respondió a sus órdenes y sus piernas no la sostuvieron. Antes de perder por completo el equilibrio intentó sujetarse, con cierta desesperación, a la pared. Sus dedos se hundieron en la piedra haciendo que no llegara a caer al suelo, incluso si eso no tenía sentido. Observó su mano, la que debería ser su mano, para encontrarse con una extremidad de dedos angostos y piel oscura de la que surgían unas garras que habían sido capaces de enterrarse en la propia piedra. Su propio cuerpo le era completamente desconocido. Ella ya no era ella y el grito de Abigail, poco a poco, cobraba sentido.

¿Acaso ella era eso? ¿Una Impura? ¿Una criatura demoníaca gestada para acabar con su propia raza?

Escuchó el ruido de una persona moverse. Su oído de Marcada era excepcional y podía sentir el filo de la daga surcar el aire como si se moviera a cámara lenta. La observó, sin entenderlo. O sin querer hacerlo. Abigail, su querida institutriz, dispuesta a hacer lo correcto. Porque si ella era... era... eso, no podía esperar otro final que el que estaba a punto de acontecerle. No se permitió tener miedo y se consoló pensando que morir no podía ser mucho peor que lo que acaba de experimentar: el dolor físico, sí, pero también la conciencia de que ella no era más que un monstruo. Una Impura.

Cerró los ojos, dispuesta a no poner resistencia alguna, pero el cuchillo no llegó a su corazón. Un ruido sordo, un grito ahogado y un líquido cálido rociándola. Abrió los ojos, con el ceño fruncido, al sentir el olor de la sangre de una forma como nunca antes había experimentado. Ya no era una Marcada, después de todo.

Aquella sangre que la había salpicado no era suya. Abigail estaba

frente a ella, el cuello rasgado con una incisión profunda de la que la sangre salía a borbotones. Hasta que simplemente dejó de hacerlo. Jade se quedó quieta, petrificada, observando cómo los ojos de su institutriz perdían el color mientras la vida se escapaba de ella. Con un golpe seco, la mujer cayó de rodillas al suelo antes de acabar tendida sobre un charco formado por su propia sangre.

Sangre...

Por todos lados.

En el suelo, sobre su cuerpo, sobre los papeles blancos dispuestos sobre el pupitre, por la piedra de las paredes...

Abigail...

—¡Mírame! —Una orden apremiante.

Aquella voz no le era del todo desconocida y Jade consiguió apartar la mirada de la Marcada muerta a sus pies para observar a la anciana, que se alzaba majestuosa a un metro de distancia. En su mano, el viejo bastón que solía acompañarla, ese que solía apoyar en el suelo y que, por lo visto, ocultaba una cuchilla fina cuya hoja estaba teñida de rojo. Aquella realidad hizo que la Impura se estremeciera. Nunca había imaginado que aquel bastón pudiera llegar a ser un arma ni había visto morir a una Marcada antes. Podría haber vivido, felizmente, sin tales conocimientos.

Consiguió mantener los ojos sobre los de su tía mientras simplemente esperaba. ¿El qué? No lo tenía del todo claro, pero la anciana se mostraba serena pese a las circunstancias, y aunque la cuchilla del bastón apuntaba hacia su persona, no era suya la sangre que goteaba desde el filo. Sintió una punzada de dolor al pensar que Abigail, su querida institutriz, estaba muerta. Incluso si ella había pretendido matarla. ¿La había salvado su tía? ¿Por qué?

Impura.

Esa palabra resonó en su cabeza. La voz de Abigail. Empezó a temblar.

—Tienes que controlarlo, Jade, y tienes que hacerlo antes de que los guardias huelan la sangre y vengan —le ordenó la anciana—. Si te ven así, todos moriremos. Nuestra cabeza tendrá un precio.

—Yo... soy...

—Una Impura, sí —replicó la Marcada con voz seca—. Ya habrá tiempo para hablar de esto, Jade. Ahora limítate a concentrarte, tienes que controlarlo. Respira profundamente, respira hasta reencontrar tu verdadero yo.

—Una Impura —tartamudeó la joven aceptando la realidad de su existencia.

—Esto ha habitado en ti desde tu nacimiento —reconoció la mujer—, pero puedes inhibirlo, Jade, puedes hacerlo. Otros lo han hecho antes que tú.

—¿Usted? —insinuó con una chispa de esperanza.

—No, yo no —negó la anciana—. Pero sí que sabía que nuestro linaje está contaminado, Jade. Un solo error, uno solo, y todos pagaremos el precio que eso supone.

—¿Cómo? —acertó apenas a pronunciar. Su propia voz le sonaba desconocida y esto hizo que se estremeciera.

—¿Cómo lo sé? —preguntó la anciana, pero continuó antes de que ella le contestara—. Irónicamente, Yair, el Elegido por los dioses, hijo de Samos MacAlister, se transformó como te ha sucedido a ti. Consiguió controlarlo y advirtió a su hermano Tayler, mi abuelo. Desde entonces, siempre ha habido un MacAlister custodiando nuestro secreto, esperando el siguiente despertar para ocultarlo y que jamás llegue a saberse. Esa es mi misión: proteger a nuestra familia.

—Soy un demonio —se lamentó la joven mientras se estremecía ligeramente—. Lo más sensato sería que me matases.

—Sería lo más sensato, sí —admitió la anciana con expresión apenada—. Yair se adentró en las tierras de las bestias y nunca más supimos de él, pero no podemos hacer algo así en tu caso por quién eres y por la marca que llevas.

—Mi sangre, nuestra sangre... No podemos permitir que el linaje real se contamine —tartamudeó la joven, entendiendo lo que no decía con palabras su tía Mao.

—Tienes que tomar una decisión, Jade —sentenció la anciana—.

Tu familia o tu Rey. Su sangre o nuestras vidas. Siento que esto, justamente, te haya pasado a ti, pero si revelas lo que eres, lo que habita en nuestra sangre...

—Nos condenarán a muerte.

—A todos los MacAlister y también a la familia de tu madre —precisó la anciana—. Yo ya tengo edad de morir, pero tus padres, tus tíos, tus primos... ¿se merecen ellos ese final?

—No —sollozó la joven mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Ella, que se jactaba de ser capaz de anular cualquier emoción si se lo proponía, como hacían los Marcados adultos.

Tragó saliva y observó la mano, convertida en garra, que aún la sujetaba a la pared. Las uñas retráctiles se acomodaron dentro de sus dedos, liberándola de la fría pared. Miró esas manos, que ya no se sentían como si fueran suyas, con miedo y curiosidad al mismo tiempo.

—Búscate, Jade —le suplicó la anciana—. Esconde lo que eres, lo que somos. Nadie debe saberlo. Jamás.

La joven cerró los ojos. Todo lo que la rodeaba se sentía diferente y, sin embargo, ella seguía siendo la misma. Con otro cuerpo, cierto, y con otra forma de percibir el mundo, pero seguía siendo ella. Allí estaban los recuerdos, la historia de su vida, como si el demonio que habitaba en ella no hubiera tomado por completo el control de quién era. Evocó en su mente el rostro de su prima Nuvia, la que siempre tenía tiempo para cantarle canciones de cuna cuando temía a la oscuridad. Oscuridad que, irónicamente, habitaba en sus entrañas. Una Impura. Alejó ese pensamiento y pensó en Owen y en cómo siempre la había protegido; en las escapadas que solían hacer, juntos, cuando él pasaba unos días en la finca familiar; en cómo aquella tarde habían cabalgado a un ritmo frenético tras haberse alejado más de lo que deberían de la finca pese a sus respectivas obligaciones. Owen siempre había sido algo así como su mejor amigo. No, él no merecía morir. Su mente vagó entre sus recuerdos hasta llegar al hermano de Nuvia, con el que nunca había estrechado lazos porque siempre la miraba como si ella fuera...

diferente. Siempre había pensado que se debía a su marca, pero ahora se planteaba que quizá él podía sentirlo. Lo que ella era. Antes incluso de sufrir el cambio. Era absurdo. Nadie podía sospechar aquello. Nadie que no supiera que su linaje estaba contaminado. Miró a su tía Mao, la única que sabía el secreto que pesaba sobre la sangre de los MacAlister, y recordó a sus padres, sus tíos..., la vida que conocía. Su familia.

Apretó los labios y pensó en todas y cada una de las personas que morirían si ella no era capaz de controlar aquello, la naturaleza que ardía en sus entrañas. Decidió que ninguno de ellos merecía morir. Había estado dispuesta a aceptar su muerte, pero ahora tomaba conciencia de que no estaba dispuesta a aceptar la de ellos. Tenía que encontrarse. Pensó en su reflejo en un espejo, en la marca que regía su rostro.

Notó como su cuerpo se volvía más pesado. Jamás se había sentido torpe siendo ella misma. Su fuerza y su agilidad serían la envidia de muchas razas inferiores y, por primera vez en su vida, tuvo la sensación de que no era, para nada, superior. Eso que habitaba dentro de ella era... indescriptible. Lo rechazó con todas sus fuerzas y, poco a poco, sintió que recuperaba los sentidos. Abrió los ojos y constató que su piel volvía a tener el color pálido de su raza y sus uñas, pintadas con un esmalte rojizo, volvían a ser las de una dama.

—Bien hecho, mi niña —la felicitó la anciana, pero Jade no fue capaz de sonreírle. No lo haría durante los siguientes días. Ni las siguientes semanas.

Apenas unos segundos después, mientras ella aún respiraba con dificultad mediante esos pulmones que de repente le parecían lentos y primitivos, la puerta se abrió y entraron dos guardias con las espadas de filo curvo desenvainadas.

Jade tragó saliva y empezó a temblar. Su tía Mao llegó hasta ella; le pasó un brazo por la cintura para apretarla contra su cuerpo en algo parecido a un abrazo. Aquel gesto, en una Marcada gélida como la propia piedra, significó mucho para la joven. La anciana sabía lo

que ella era realmente y, en vez de temerla, la arropaba entre sus brazos, una merecida recompensa por el esfuerzo que estaba haciendo para contener aquello.

Mao MacAlister no la miró mientras se dirigía a los soldados.

—Ha intentado matar a la Princesa —expuso con voz firme, golpeando con el bastón, sin piedad alguna, el cuerpo inerte en el suelo—. Confesó que los Doppels le habían ofrecido una fortuna si mataba a nuestra futura Reina.

Los guardias gruñeron y mostraron los colmillos por la rabia.

—Traidora —masculló uno de ellos, pateando aquel cuerpo sin vida.

—Le prometo que habrá consecuencias, mi señora —afirmó el otro mirando a la anciana, consciente de que pese a su edad, la mujer frente a él había sido capaz de anular aquella amenaza. Era una MacAlister, después de todo—. Advertiremos al mismísimo Rey.

—Así sea —sentenció la anciana mientras empezaba a caminar, arrastrando a Jade y susurrándole palabras de consuelo—. Necesitas descansar. Estaré a tu lado, pequeña, estaré a tu lado hasta mi último aliento. No vas a estar sola en esto. Te lo prometo.

Una promesa de un MacAlister no era algo para tomarse a la ligera y, por ese motivo, nadie dudó de la declaración de Mao MacAlister ni le buscó sentido a las muescas que habían aparecido en la piedra de la pared.

Y así es como, dos días más tarde, empezó la guerra entre Doppels y Marcados.



I

Jade

Observé el paisaje que me rodeaba con cierta nostalgia. Mi casa. Mi vida. El tiempo había pasado demasiado rápido, indiferente a mis intereses.

Dejé que mi mirada recorriera los bosques que se alzaban alrededor de nuestra finca, a los pies de las montañas que formaban la cordillera litoral. En esos bosques de follaje frondoso había aprendido a trepar por los árboles siendo una niña, a cazar cuando ya fui algo mayor y también allí había ocultado mi gran secreto, escondiéndome entre las sombras cuando la noche estaba en su cenit, alejándome de las personas a las que quería por miedo a lastimarlas.

No todos mis recuerdos eran siniestros, teñidos de miedos y desesperanza. Esa tierra también atesoraba mis memorias más preciadas. Había disfrutado entrenando, bajo la severa mirada de mi tía Mao, hasta que el sol se ponía día tras día, deseando llegar a ser una verdadera guerrera por méritos propios, como lo habían sido la mayoría de mis ancestros. Había cabalgado por aquellos prados junto a mi primo Owen y ascendido por los caminos angostos de las montañas hasta llegar a sus crestas, desde las cuales la inmensidad

del mar mostraba su magnificencia. Y, allí, desafiando al sentido común, habíamos pasado la noche en vela mientras mi primo me explicaba historias de tiempos antiguos, simplemente por el placer de ver un amanecer. No éramos nada, realmente. Partículas ínfimas en un mundo tan grande que nadie sería capaz de abarcarlo.

Frente al regio edificio principal se encontraba el jardín que mi madre cuidaba con ferviente pasión. Le apasionaba la belleza en toda sus expresiones y ese jardín era su mayor logro, a diferencia de mi mediocridad. Admito que me gustaba cerrar los ojos e inhalar las fragancias de las flores que allí crecían, exuberantes, permitiéndome sentir en sus matices las estaciones: los rosales y el jazmín que nos advertían de la llegada de la primavera, las margaritas y las petunias que inundaban los parterres de colores vivos en verano, el intenso aroma de los crisantemos y la lavanda cuando empezaba a sentirse el frío en otoño y, finalmente, el toque dulce de las violas que cubrían los campos cuando la nieve comenzaba a hacer acto de presencia.

Aquella finca, a las afueras de la ciudad de Ashialla, había sido el hogar de los MacAlister durante varias generaciones, lo que se traducía en una antigüedad que se remontaba a más de un milenio. Un Marcado podía vivir entre cuatro y cinco siglos, aunque no solíamos tener descendencia hasta nuestra madurez, cuando las mujeres rondaban el primer siglo y los varones el segundo. Éramos longevos, sí, mucho más que otras razas inferiores, pero no solíamos tener una descendencia numerosa. Un hijo, dos a lo sumo, generalmente de relaciones formalizadas con un enlace matrimonial bendecido por los Antiguos. De esas uniones, el hijo heredaba el título legítimo de la familia cuyo linaje ostentara mayor rango. De ahí que mis primos Nuvia y Jadson, hijos de Clare MacAlister, ostentaran también el apellido familiar y el derecho, por tanto, de vivir en ese gran caserón familiar, bajo la protección no solo de nuestro apellido, sino también de todo lo que eso suponía.

Si una Marcada soltera tenía un hijo, este solo podía aspirar al apellido de su progenitora, independientemente de si el padre

pretendiera reclamarlo como propio o darle la protección y los derechos de su familia. Sí, cada familia de Marcados, cada linaje, tenía sus propios deberes y privilegios. Así, los descendientes de mis doncellas y del resto del personal de servicio que nos atendía seguiría haciéndolo con las futuras generaciones MacAlister, excepto que un enlace afortunado les permitiera saltar a otra casta diferente. No es que no tuvieran una vida plena haciendo lo que hacían, pero yo no me imaginaba en su piel. Tampoco viviendo en la Corte, aunque esa era otra historia.

Observé las edificaciones anexadas a la gran finca familiar. Las caballerizas, el almacén, las granjas. La familia había crecido y nuestras necesidades también. Cerré los ojos recordando mentalmente el aspecto del que había sido mi hogar durante aquellos veinte años. Las regias paredes de granito le daban un porte solemne al edificio. En nuestra finca familiar destacaba una elegancia clásica, atemporal, muy diferente a lo que sabía que encontraría en la Corte. Me gustaba que fuera así porque me sentía en sintonía con la sencillez de la piedra y su capacidad de resistir, imperturbable, al desgaste y la erosión de los elementos y del paso de los siglos. Admiraba eso, su dignidad, estática e inquebrantable.

Apreté los labios; me sentía inquieta. Una nunca está completamente preparada para afrontar su destino. Ese era mi momento, el punto de inflexión que debería ser el más importante en mi corta vida y, sin embargo, arrastraba cosas mucho peores pese a mi juventud. Secretos que me ahogaban y de los que pendían las vidas de todas las personas a las que amaba.

Por norma general, no solía pasarme las horas lamentándome de mis desgracias, pero hoy era uno de esos días que sabes que marcarán un final... y un principio. No me sentía preparada, ni ilusionada, para dar ese paso. Si por mí fuera, me escondería en el bosque, en algún lugar en el que nadie pudiera encontrarme. Podría hacerlo. Desaparecer. Pero jamás haría algo así. Era una Marcada, una MacAlister.

Escuché ruidos parcialmente amortiguados sobre el tejado, a

pocos pasos de mí. No me volví. Solo un Marcado lo bastante intrépido y loco cometería una imprudencia como aquella. Además de mí, claro.

—Así que sigues escondiéndote aquí —murmuró Owen mientras se sentaba a mi lado. No me miró. Igual que la mía, su mirada recorría el extenso paisaje que rodeaba la finca. Quizá él me entendía. Al menos en parte.

Nos quedamos así, en silencio, simplemente escuchando el susurro del viento, los ruidos del mundo que nos rodeaba, los animales y las conversaciones de los mozos en las cuadras. Solo eso y, sin embargo, su compañía ayudaba a que no sintiera que la carga que soportaba cada día fuera tan pesada.

—¿Tienes miedo? —me preguntó tras dejar que mi mente vagara sin rumbo.

—¿Miedo? —pregunté alzando una ceja, la que tenía parcialmente integrada en mi marca, mientras me volvía en su dirección—. No.

—Lo olvidaba, tú no tienes miedo de nada —se burló Owen mirándome con un gesto condescendiente. Le gruñí a modo de respuesta, aunque sin mostrarle los colmillos. No, de acuerdo, aquello no era muy femenino, pero es que mi primo conseguía sacar lo mejor y lo peor de mí. Miento, lo peor no. Eso nunca.

—Si tuviera miedo de algo —decidí contestarle al ver su expresión divertida—, jamás revelaría mi debilidad.

—¿Ni siquiera ante tu primo favorito? —me preguntó pasándose la lengua por los labios en un gesto seductor.

No es que él y yo hubiéramos tenido una relación de ese tipo, pero como las mujeres habitualmente caían a sus pies a pares, supongo que estaba acostumbrado a sonsacarle cosas al resto de las Marcadas a base de sonrisas y palabras sugerentes. Que conmigo no le funcionara creo que le divertía más de lo que le molestaba.

—Búscate una esposa —le pedí—. Estás insoportable.

—¿Limitarme a una sola mujer? —gimió él arrancándome una pequeña sonrisa—. Ya hablaremos de eso cuando Glenn te tome.

—¿Ahora llamas Glenn al Príncipe? —esquivé la dirección de la conversación alzando una ceja, como si pretendiera reprenderle.

—Le conozco desde hace más de medio siglo y vamos a ser familia, después de todo —me recordó y aquello escoció. Siempre lo hacía, pero esta vez no había conseguido construir mi máscara de absoluta indiferencia y Owen se dio cuenta—. Es un gran guerrero y un buen líder, Jade. Será un buen esposo. Deberías sentirte afortunada.

—Sé que es mi destino —opté por contestar.

¿Afortunada? ¿De alejarme de mi tierra, de mi casa y de las personas que quería? ¿Vivir encerrada entre las paredes de un castillo para el resto de mi vida? Yo no usaría esa palabra para describir cómo me sentía al respecto. Miré el bosque y pensé en los secretos que había enterrado allí. Fragmentos de mi vida, de lo que yo era. Todo era secundario. Asumiría mis obligaciones, como haría cualquiera de los miembros de mi familia; que las mías fueran a través de unas nupcias y no dirigiendo un ejército, no era culpa mía.

—La marca sabe dónde encontrarás tu felicidad, no solo tu destino —murmuró Owen y creo que, en esos momentos, lo decía de corazón—. Él te hará feliz, te hará sentir completa.

—Ya estoy completa —le corté, alzando el mentón, y mi primo me sonrió.

—Eres muy joven aún, Jade. Tienes el espíritu de los guerreros MacAlister y la influencia de la tía Mao ha hecho mella en ti, eso es algo evidente —me recriminó con una pequeña mueca—. La vida no son solo obligaciones, responsabilidades y normas. Aunque solo sea de tanto en tanto, desmelénate como hacías de niña y permítete disfrutar de la vida. En la Corte gozarás de placeres diferentes a los que conoces...

—Contigo todo se reduce a lo mismo —me burlé, incluso si era consciente de que él siempre me había mirado con gesto preocupado desde el día en que todo cambió.

El día en que descubrí la verdad sobre mi familia, nuestra familia. El día en que todos mis sueños se rompieron y me vi obligada a

encerrarme en mí misma. Todos habían celebrado mi madurez, pero solo él había visto cómo el brillo de mi mirada se apagaba, aunque no pudiera sospechar el verdadero motivo. Owen elevó una mano para rozar la marca que cubría la mitad de mi rostro.

—Esto, Jade, no es una maldición —afirmó—. Sé que lo entenderás cuando conozcas a Glenn y caigas rendida a sus pies. Serás una gran princesa y yo siempre estaré a tu lado, pase lo que pase, apoyándote.

—¿Por ser tu Princesa?

—Por ser mi prima favorita —me contradijo con una sonrisa.

—Seguro que le dices lo mismo a Nuvia —contrataqué.

—Con ella nunca salí a cabalgar de noche ni a cazar de día.

—Su madre no te lo habría permitido —alegué.

—La tuya tampoco.

—Es posible —admití mientras una pequeña sonrisa, fugaz, me recordó aquellos años en los que nos escabullíamos y hacíamos todo tipo de travesuras. La felicidad que compartíamos, a escondidas, durante todo ese tiempo—. ¿Vendrás a verme?

—¿A la Corte? —me preguntó mi primo y le contesté con un gesto afirmativo—. Por supuesto. En cuanto las cosas estén tranquilas en la frontera buscaré una excusa para ir a verte.

—Cumple tu palabra —le exigí mientras me levantaba.

—¿Cuándo no lo he hecho? —protestó mi primo.

—¿Cuándo no lo ha hecho un MacAlister? —le pregunté alzando el mentón.

—Abajo han organizado una fiesta para una tal Jade que se va a palacio a conocer a su prometido —declaró mi primo con expresión inocente—. ¿Qué te parece si vamos a ver qué tal está el ambiente?

Era perfectamente consciente de que habían venido algunas familias vecinas a celebrar mi marcha, no porque yo fuera odiosa, que a veces lo era, sino por la mejora en el estatus de mi familia por mi próximo enlace. Precisamente, me escondía por ese motivo. ¿Que sabía que tendría que hacer mi aparición estelar? Sí. No era una cobarde, después de todo. ¿Apetecerme? Para nada.

—Nunca me han gustado las fiestas —le confesé y él se encogió de hombros.

—A eso tendrás que acostumbrarte.

—Tampoco me gustan los vestidos —mascullé, mirando la ropa ceñida sobre mi cuerpo y el generoso escote en forma de corazón que hacía que la piel de mis pechos destacara sobre el encaje.

—Pues la verdad es que a mí los vestidos así, sí que me gustan —me soltó mi primo mirándome el escote con una expresión traviesa. Si no fuera él, si fuera cualquier otro hombre el que se atreviera a decirme algo así, probablemente acabaría con el filo de mi daga sobre el gaznate. Pero era Owen.

—Vete a la mierda —le contesté—. Sígueme si puedes.

Un reto, algo a lo que un MacAlister no era capaz de resistirse en ningún caso. Sus ojos brillaron con un hambre salvaje que nada tenía que ver con el deseo carnal por mi cuerpo. Llevábamos años así, provocándonos, a escondidas del resto de la familia. Ni siquiera nuestra tía Mao aceptaría ese tipo de desafíos, a veces peligrosos y absurdos, entre nosotros. Era de las pocas cosas que hacían que me sintiera realmente viva y que mi corazón latiera emocionado. Un pequeño capricho que me permitía muy de tanto en tanto. Creo que él lo sabía y, por eso, me seguía el juego.

Pese a llevar un vestido, corrí hasta la repisa y me dejé caer al vacío. Aterricé tres pisos más abajo en una caída limpia, con una sonrisa en el rostro y el corazón bombeando con fuerza por esos segundos en los que me sentía como si estuviera volando.

—Joder —masculló mi primo antes de saltar y caer a mi lado con un ruido sordo—. ¿Ya lo habías hecho antes o querías probar suerte a ver si te rompías algo?

—Solo sabes cuáles son tus verdaderas capacidades hasta que las sobrepasas. —Esa frase no era mía, era de la tía Mao, pero se la había escuchado tantas veces que decidí tomarla prestada.

—Intenta no matarte hasta darle un heredero a la corona —me picó mi primo y le empujé con fuerza, aunque no conseguí moverlo.

Algo ardía en mi interior. El sol comenzaba a ponerse. Las

sombras empezaron a rodearnos. Cuando se alzaba la noche, tomaba más conciencia de lo que habitaba dentro de mí. Mi primo me cogió de la cintura y me acercó a él en un gesto íntimo que me sorprendió y aplacó esa sed voraz que a veces sentía. Caminamos así, parcialmente abrazados, como dos amantes, hasta llegar al interior del edificio. Existía la posibilidad de que lo hiciera para que no volviera a escaparme de mi fiesta de despedida y, la verdad, lo hubiera hecho con gusto.

Suspiré al sentir las miradas sobre mí; reconocí la mayor parte de los rostros. Si era capaz de contener al monstruo, sería capaz de fingir que disfrutaba de aquello. Miré a Owen. Hacía esto por él. Por todos ellos. Me había prometido solemnemente que los protegería a toda costa, igual que había hecho Mao cuando descubrió el secreto oculto en nuestro linaje. Y una promesa de un MacAlister era inquebrantable.

Me senté frente al tocador y dejé que mi doncella me peinara la melena como si le fuera la vida en ello. La verdad es que ese movimiento, repetitivo, me tranquilizaba. Una pasada, dos, luego tres. Me deslizaba el cepillo de cerdas duras por el cabello haciendo relucir mis mechones de tonos rojizos sobre los del color caoba propio de mi raza. Mi reflejo me observaba burlón desde el espejo oval incrustado en el frontal de madera del mueble. Una Marcada cualquiera.

Pero, irónicamente, era cualquier cosa menos eso.

Mis ojos algo rasgados eran de un marrón tan penetrante que muchos los tomaban por negros. Contrastaban con el color pálido de mi piel, que apenas se bronceaba pese a las horas que me pasaba expuesta al sol. Mi nariz era bonita o, al menos, tenía ese tamaño indeterminado que no podía considerarse ni grande ni pequeño. Mis labios eran carnosos, eso sí. Labios para ser besados, me había dicho una vez Owen, y yo le había creído. En esa época, de niña, soñaba con mi Príncipe, ese al que todos alababan. Me deleitaba al

ver la envidia en el rostro de las damas, sabiendo que algún día él sería mi esposo. Mi destino. Un destino que implicaba mancillar su linaje, su sangre y la del futuro heredero al trono. Nuestro descendiente.

Tal vez él tendría la suerte de que yo falleciera antes de ese momento. No es que fuera fácil matar a un Marcado, pero no éramos inmortales, después de todo. Era una de las muchas opciones que barajaba. Mi muerte. El primer problema era que no estaba segura de que aquello que habitaba en mí no tomara el control si mi vida corría peligro, lo que expondría al resto de mi familia. En segundo lugar, alguien debería velar por el resto de los MacAlister una vez Mao falleciera para asegurarse de que si alguien más despertaba, desapareciera en el anonimato... si tenía la suerte de no arrastrar una marca como la mía, claro. Y el tercer problema, uno que en los últimos años había cobrado cada vez más peso, era que no quería morir. No es que fuera una cobarde, pero había decidido posponer la posibilidad de buscar mi muerte a cada momento.

Quizá mi vida no era maravillosa, encerrada en mis secretos y mis propios miedos, pero siempre había pequeños placeres por descubrir. La sensación del viento en la cara, un tiro certero o el dolor después de un entrenamiento extenuante. Eran pequeños placeres, pero había aprendido a valorar ese tipo de detalles. Era la diferencia entre sentirse vivo o dejarse morir en vida. Si existía la eternidad, a mí no me abriría las puertas. Yo no me reuniría con mis ancestros en el más allá; al fin y al cabo, era una Impura, así que estaba dispuesta a no desperdiciar lo que se me había dado. Incluso con aquel lastre.

Nadie lo diría al ver mi reflejo. Una mujer cualquiera cuya marca se dibujaba solemne sobre la mitad de su cara, ascendía desde la mejilla hasta alzarse por encima de la ceja. Esa marca que me hacía diferente y cuyo papel había sido crucial para definir mi destino. Ese palacio de elegantes columnas de mármol que mi madre me había

descrito decenas de veces. Una prisión de lo más refinada, sin lugar a duda.

Así me sentía yo. Prisionera de mi propio reflejo. De mi destino y de lo que tenía la obligación de ocultar. Algo que, cada noche, se me hacía más difícil de controlar, como si ansiara liberarse de mí.

Al principio, Mao se había instalado en mi habitación. Los cambios iban y venían a su antojo. Yo temía perder el control en uno de esos cambios y causarle daño a ella o a alguien de mi familia. Creo que ella también y, por eso, se mantenía despierta la noche entera, vigilándome, armada hasta los dientes. Mao había sido una guerrera en su juventud, aunque ni siquiera en su mejor momento hubiera podido hacer nada contra mí. Yo lo sabía. Al igual que ella. Pero siguió acompañándome, noche tras noche, hasta que sentí que de verdad tenía el control.

Fue ella la que me acompañó durante todos aquellos meses, cuando la noche me llamaba, tal y como me había prometido. A veces necesitaba fundirme con la oscuridad a la que de niña había tenido miedo. Ya no. Nunca más. Después de todo, yo era esa criatura a la que todos temían, la que arrasaba ciudades y se comía a los niños. Era eso, pero también mucho más.

Era una mujer decidida a proteger a su familia al precio que fuera necesario. Mao me había hecho elegir. Ellos o el Rey. Quizá había sido algo egoísta, pero no conocía en persona al Príncipe ni al Rey y, en cambio, mi familia había estado siempre a mi lado. La sangre del linaje real se contaminaría. Con un poco de suerte, todo habría acabado para mí cuando la siguiente generación se alzase. Era triste, sí, pero había estado analizando todas las posibilidades. Es lo que hace la desesperación. Lo que fuera que había provocado que la sangre despertara en mí, al igual que en el hermano de un antepasado mío, se había saltado cuatro generaciones. Solo esperaba que volviera a hacerlo y, para entonces, todas las personas a las que amaba ya estuvieran muertas. Habría otros MacAlister, cierto, pero tenía que consolarme con algo.

—Suficiente —le dije a mi doncella y, tras una pequeña

reverencia, salió de mi habitación.

Controlé el instinto de liberarlo. Faltaban solo unas horas para que el carruaje familiar me llevara a la Marca, nuestra capital, en la que se alzaba imponente la Corte. Miré mi reflejo de nuevo, observando mis rasgos. Era hermosa, pero sin rozar esa belleza casi hipnótica de Clare, la madre de mi prima Nuvia. Tampoco tenía las curvas generosas que lucían ambas, tal vez por las horas de entrenamiento a las que me tenía sometida Mao desde que había sufrido mi primera transformación con la intención de agotar mi cuerpo y fortalecer mi mente, pese a las insistentes protestas de mi madre.

Jamás hubiera pensado que la tía Mao, fría y gruñona, sería la que se aseguraría de que fuera instruida en el arte del combate y no solo en historia y artes sociales. Algo que, por cierto, se me daba fatal. Sociabilizar. Quizá porque todos me trataban como alguien ilustre por la marca que portaba, quizá porque temía transformarme en medio de una convención y pasar a la historia como la Impura Real. Era una broma que a veces me permitía hacer con Mao en la intimidad de mi habitación. Por lo visto, compartíamos ese sentido del humor un tanto retorcido.

Sentí que me temblaba ligeramente el mentón y esta vez no era por el miedo de matar a todos los habitantes de la casa en un desliz. Era por algo mucho más mortal y mundano: una novia que va a conocer a su prometido. ¿Qué me esperaba? Llevaba veinte años preparándome para ese momento y, sin embargo, eran pocos. Hubiera deseado que no me reclamaran hasta haber cumplido, como mínimo, los cincuenta, pero al Príncipe parecía urgirle lo de empezar el cortejo y formalizar nuestro enlace, algo que me era sumamente inconveniente.

No era tan estúpida como para pensar que, a sus ciento ochenta y cinco años, mi Príncipe no gozaba de las mujeres que le apetecían, como hacía mi primo Owen. Era algo habitual en nuestra raza hasta que se formalizaba un enlace matrimonial en el que los dos contrayentes aceptaban una relación monógama, asegurando así la

autenticidad del linaje de la descendencia. Había oído de algunas parejas que mantenían, pese al enlace, una relación abierta, pero ese no sería mi caso. Nadie debería cuestionar jamás el linaje del que algún día sería Rey. «Una maravilla, mi vida», me dije alzando el mentón con un gesto altivo y orgulloso que me hacía sentir más fuerte. Más segura. Más madura. Quizá era joven, cierto, pero mi existencia era lo suficientemente complicada como para haber dejado atrás a esa niña que siempre sonreía para convertirme en la mujer de rasgos duros y severos que me miraba al otro lado del espejo.

Me comportaría. Interpretaría el papel que fuera necesario, incluso si eso suponía flagelarme de tanto en tanto para contenerme. Para contenerlo. El dolor era algo extraño. Incitaba a aquello a salir a la superficie, a tomar el control, pero, al mismo tiempo, me hacía ser consciente de que era capaz de sentirlo como cualquier otro Marcado. Aunque no éramos una raza especialmente apasionada, nuestras emociones podían llegar a ser intensas pese a que intentábamos no mostrarlas. Era diferente cuando aquello tomaba el control. No existía el frío ni el calor, el dolor o el miedo. Todo desaparecía y quedaba solo ese extraño vacío... el silencio.

Lo que más me preocupaba era que en ese silencio me sentía en paz.

Tres golpes en la puerta de mi habitación me sobresaltaron. Apreté los labios, molesta con mi reacción, como si me sintiera... pequeña. Como un ratón a punto de ser presentado a su depredador. El Príncipe. Mi futuro marido.

—¿Quién es? —pregunté, intentando que mi nerviosismo no se detectase en mi entonación.

—¿Puedo pasar? —Tragué saliva. Mi padre no se caracterizaba por su sensibilidad ni por el uso de más palabras de las necesarias, incluso para ser un Marcado. Era un guerrero, después de todo.

—Está abierta —anuncié tras enderezarme en la silla y empezar a cepillarme el ya reluciente pelo caoba sin dejar de observarme en el espejo. Vi a mi padre reflejado en su superficie.

Aún era condenadamente apuesto a sus trescientos setenta y pocos. La edad, sin embargo, empezaba a hacerse evidente en las finas arrugas que decoraban las comisuras de sus ojos y en los cambios que se apreciaban en el tono y la textura de su piel. Envejecía bien, en cualquier caso. Sus ojos negros me observaron a través del reflejo mientras se acercaba hasta quedar justo a mi espalda. Colocó las manos sobre mis hombros en un gesto protector. Una muestra de afecto, algo poco habitual entre nosotros. No, no es que no nos quisiéramos, lo hacíamos a nuestra manera, pero él siempre había tenido muchas obligaciones y poca paciencia.

Como heredero, sabía que debía desposarse, pero lo pospuso hasta aproximarse al tercer siglo. Un hombre perezoso en lo referente a las mujeres, mi padre. No tanto porque no hubiera Marcadas más que dispuestas a acercarse a él, por lo que me explicaba mi tío Esteve; era más esa necesidad suya de controlar todo lo que sucedía a su alrededor y entrenar a los jóvenes Marcados del ejército del Rey. En el fondo, creo que siempre había aspirado a convertirse en el siguiente Consejero Militar, pero cuando el anciano Consejero del Rey murió, ese honor recayó en el joven Príncipe. Aquello puso en evidencia que nuestro Rey no tenía especial prisa en delegar el poder en su hijo. Las décadas fueron pasando y, entonces, el destino quiso regalarle a Zorin MacAlister una hija. Una hija que portaba una marca nunca vista. Sí, esa soy yo.

Le sostuve la mirada y me sorprendió ver sus ojos brillantes. ¿Acaso estaba emocionado? ¿Por mí? ¿O era únicamente por lo que mi próximo enlace significaría para la familia? ¡A saber!

Si una cosa es difícil con un Marcado es conocer qué siente o piensa exactamente. Desde niños nos enseñan que las emociones pueden hacernos débiles. No es tanto que no podamos sentirlas, sino demostrar que estamos por encima de ellas. Nuestro sentido del honor nada tiene que ver con las sensiblerías más propias de los animales. Como los Doppels, sí, pero también los Ulvenes, los Tritones o, los peores de todos, los Dracónidos. Al margen de sus

poderes, no hay criaturas más primitivas que ellos. Es natural que nos sintamos superiores a ellos, porque lo somos.

—¿Padre? —le pregunté alzando una ceja, con franca curiosidad.

—Te ves hermosa hoy, Jade —respondió. Un halago. No tenía claro si sentirme agradecida o ponerme a temblar.

—Gracias, padre —le contesté, dejé el cepillo sobre mi tocador y coloqué las manos sobre mi regazo. A la espera de lo que fuera que estuviera por venir. No soy estúpida. Impura sí, eso sí. Pero nadie dice que los demonios tengan que ser idiotas.

—¿Estás nerviosa?

—No —mentí como, en el fondo, estaba segura de que mi padre deseaba que hiciera. Él jamás mostraría sus debilidades y supongo que esperaba lo mismo de su única hija. Esa era una de las muchas características que apreciaba de mi carácter. Mi orgullo.

—El Rey ha dado órdenes específicas para tu desplazamiento —empezó a contarme—. Teme por tu seguridad, algo que es comprensible después de lo que sucedió años atrás. Eliminar a la prometida del futuro Rey podría ser una maniobra militar estratégica para minar nuestra autoridad en el continente.

—Intentaré mantenerme con vida, padre —le aseguré y, por una vez, no hubo necesidad alguna de mentirle. Me sonrió. Una sonrisa cálida. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza, como si no dudara de mis propias aptitudes. Era evidente que se enorgullecía de ello. Era una MacAlister, después de todo.

—El carruaje de la familia parará en Ashialla —continuó—. Allí os esperará un segundo carruaje dispuesto por el Rey, uno discreto en el que dos de sus hombres de confianza os guiarán a ti y a la tía Mao hasta la Marca.

—¿Y nuestro carruaje? —le pregunté con curiosidad.

—Saldrá un par de horas después con tus pertenencias y una doncella que usará la ropa con la que te habrás dejado ver con anterioridad por la ciudad —me explicó.

—Un señuelo —adiviné.

—Es solo por precaución —puntualizó mi padre.

Hice un gesto afirmativo, incluso siendo plenamente consciente de que ninguna de mis doncellas tenía posibilidad alguna de salir con vida si las bestias intentaban hacerse con el carruaje. Su supervivencia dependería de los soldados que la acompañaran y su motivación respecto a protegerla, que probablemente no sería mucha, aunque siempre quedaba el placer de matar a un Doppel y vivir para contarlo. Deseé que su viaje fuera lo más apacible posible. Y, ya puestos, también el mío.



II

Jade

Maldije a la persona que se le ocurrió pensar que las enaguas tenían sentido alguno. Odié caminar con aquella cosa sujeta a mi cintura. Al margen de parecer una campana reluciente de color crema, cortesía del vestido estrambótico que había elegido mi ya no tan bien amada madre, el armatoste que me habían impuesto hacía que mis movimientos quedaran reducidos al mínimo.

Esperaba que alguien hubiera tenido el buen juicio de decapitar al creador de semejante tortura femenina. Hasta me ofrecería voluntaria para llevar a cabo esa misión en concreto. Caminé con pasos firmes, como si hacerlo enfundada en aquella monstruosidad no me supusiera un auténtico reto, mientras avanzaba por el centro del pasillo que había formado nuestro personal, vestido con sus mejores galas, frente a las escaleras de nuestra finca. Un adiós a la chica que era, a la que había sido.

Volvería, lo haría, pero seguramente ya sería como Princesa. O como Reina.

Aquella realidad me golpeó, pero seguí caminando hacia el elegante carruaje. Junto a la puerta abierta me esperaba mi familia.

Mao me había advertido del homenaje que tenían intención de

hacerme y lo agradecí porque, de otra forma, aquello me habría venido un poco grande. Las emociones querían abrirse paso en mi rostro mientras yo las bloqueaba con firmeza.

Mi primo Jadson estaba al lado de su hermana Nuvia y me miraba con esa expresión suya un tanto desdeñosa y desconfiada. Probablemente era el más listo de todos. Primero me acerqué a mi prima. Llevaba en brazos a Eluney, el último milagro familiar. Una bebé de apenas seis meses, la primera de la siguiente generación. Una bendición, en realidad.

La miré, estaba dormida y me sentí condenadamente responsable de ella. ¿Qué haría yo para protegerla? Todo, absolutamente todo. Elevé la mirada para posarla en los ojos oscuros de mi prima. Tenía unas ligeras ojeras grisáceas, pero su expresión era de una felicidad completa. La envidiaba un poco. No solo por su hija, sino por todo lo demás. Por quién era y cómo era. Una Marcada algo diferente al resto de la familia. Más sensible y menos... MacAlister. Hice un gesto afirmativo en su dirección y ella no tuvo reparo alguno en sonreírme antes de hacer una pequeña reverencia.

Tendría que habituarme a aquello.

Estaba a punto de convertirme en Princesa.

Miré a mi primo y disfruté de ese momento de tensión, presente en su rictus severo, antes de inclinarse ligeramente en mi dirección. A eso sí podría acostumbrarme rápido.

A continuación, estaba Owen. Nuestras miradas se cruzaron el tiempo suficiente como para que las palabras no fueran necesarias. Hizo una reverencia tras colocar la mano sobre el pomo de su espada en un gesto solemne que se me hizo algo más natural. Quizá porque él, de niña, me hacía venias de ese tipo mientras bromeaba sobre que él sería mi guardaespaldas. Aquel recuerdo me hizo plantearme si podría solicitar algo así. A Owen probablemente no le haría feliz pasarse el día haciéndome de canguro, pero yo me sentiría mucho menos sola y serviría para alejarlo, al menos durante un tiempo, de los enfrentamientos que seguía habiendo en la frontera.

Clare, la madre de Jadson y Nuvia, hizo una genuflexión de lo más solemne mientras mi tío Esteve, el padre de Owen, lo hacía siguiendo un patrón más militar que de cualquier otra cosa. Una muestra de respeto que me hizo sentir honrada, incluso si mi único logro era portar esa marca sobre mi rostro.

Hasta el tío Jairo, el más longevo de la familia, se prestó a hacer una inclinación de cabeza mientras sus ojos oscuros parecían escrutarme con aspecto disgustado. Yo también lo haría. Era una MacAlister y no una puta campana, pero, claro, mi madre no compartía esa afición mía a jugar con armas, aunque me lo consentía porque en el fondo tenía miedo de la tía Mao. Un poco como todos.

Alisson, mi madre, destacaba por su belleza y sus artes de seducción, una Marcada que no tendría reparo alguno en interpretar el papel de damisela en apuros por liberarse del inconveniente que fuera antes que mover un solo dedo. Algo totalmente respetable, cierto, teniendo en cuenta que venía de un linaje de artistas y no de luchadores y estrategas formidables. Su forma de ver el mundo no me molestaba siempre que a mí no me afectara a nivel personal. Como era en el caso del dichoso vestido y las condenadas enaguas. Eso era imperdonable.

—Estás preciosa —susurró mi madre con voz suave cuando llegué a su altura.

Eso me ablandó un poco, aunque aún sentía el deseo de estrangularla. Me quedaba el consuelo de que me desprendería de esa ropa más pronto que tarde. Miré a mi padre. ¿Quizá había sido ese el motivo de confiarme todos los entresijos de mi viaje a la Corte? ¿Advertirme de que no tendría que ir disfrazada de aquella espantosa forma hasta mi destino? Le observé, pero nada en su rostro me confirmó o desmintió aquella teoría. Todo era posible.

—Honra a la familia —me ordenó y, esta vez, fui yo la que hice una pequeña reverencia. Él me observó con atención y, tras hacer un pequeño gesto afirmativo, añadió—: Que esta sea la última vez

que te inclinas frente a alguien que no sea el Rey, hija mía, futura Princesa de los Marcados.

—Así sea, padre —sentencié, asumiendo mi sino. Mi deber. Y mi futuro.

La tía Mao estaba más nerviosa que de costumbre, algo que, tratándose de ella, auguraba una tragedia. Observaba cada cuatro minutos exactos por las ventanillas del carruaje, desplazando con suavidad la cortina de color granate que decoraba el marco de madera a modo de visillo. Lo hacía con el pomo de su bastón y el ceño fruncido.

Por mi parte, me limité a contar todos y cada uno de los pliegues de aquel trozo de tela. Ciento treinta y cuatro. Era mejor que observar cómo mi falda parecía sostenerse en la nada por culpa de las malditas enaguas. Tampoco es que el corsé me ayudara a respirar con cierta dignidad o que el movimiento rítmico de mis senos, que asomaban justo sobre el escote del descocado vestido, me hiciera sentir especialmente cómoda. Por mucho que mi madre hubiera intentado instruirme en el arte de la seducción para despertar el interés de mi futuro esposo y conquistarlo, a mí esas cosas no se me daban bien. Para bien o para mal, el Rey había concertado nuestro enlace, así que tampoco es que el Príncipe tuviera voz ni voto en aquella empresa si pretendía gobernar algún día. Quizá por eso jamás presté demasiada atención a los consejos de mi madre. No necesitaba que se enamorara de mí, solo que nos soportáramos mutuamente y ambos nos mostráramos dispuestos a darles un heredero a los Marcados. Fin del romance.

Tampoco es que yo poseyera una belleza inaudita, como era el caso de la Reina Miera. Había poesías que hablaban de sus exóticos ojos celestes, que destacaban bajo un cabello negro azabache, de sus sensuales curvas y de los delicados labios que hicieron que un Todellinen se postrara a sus pies. Para ser sincera, mis posibilidades de que el Príncipe Glenn se hubiera fijado en mí eran nulas. Había

cientos de Marcadas más hermosas y mejor capacitadas para unirse a él, aunque claro, ellas no acarreaban mi marca. Algo que yo llevaba lamentando años y que, próximamente, también lamentaría el Príncipe.

—Llegamos —advirtió mi tía cuando el carruaje empezó a aminorar la marcha.

—Gracias a los Antiguos —mascullé.

—Te veo más animada...

—No se confíe, tía, solo quiero quitarme esto de encima.

—La armadura pesa más que las enaguas.

—Pero no me hace sentir como si fuera medio desnuda —protesté.

—A los hombres suelen gustarles las mujeres desnudas.

—Pues ya sabe...

Se rio ante mi insolencia. Mientras, yo me removía inquieta en el banco que ocupaba. Nuestro carruaje era lujoso: madera tallada, cojines de terciopelo y hasta cerraduras decoradas en oro. No, no éramos pobres, ni mucho menos. Quizá por eso el Rey había aceptado los deseos de los Antiguos... y el Príncipe le seguía el juego.

Por lo que me había contado Owen, no era un hombre que habitualmente aceptara todo lo que se le decía sin oponer resistencia. Tenía su propio criterio y, en algunas ocasiones, no era el mismo que el de su padre. De ahí ese punto de tensión que existía en la Corte. ¿Por qué había entrado yo en esa extraña ecuación? Ni idea, pero esperaba entenderlo más pronto que tarde.

—Ashialla —nos informó uno de los hombres de mi padre tras abrir la puerta del carruaje. La luz inundó nuestro pequeño refugio mientras él se apresuraba a colocar la escalera para que pudiéramos bajar.

Observé mi vestido, la pequeña puerta y las escaleras y, sí, maldije una vez más a mi madre. Conseguí salir del vehículo para enfrentarme a una pequeña multitud que se había acercado a

verme. O, mejor dicho, a ver a la que algún día sería su Reina. Sin presión.

Afortunadamente, la tía Mao consiguió que nadie se atreviera a hablar conmigo haciendo uso de una de esas miradas frías que ponían los pelos de punta a cualquier criatura, Marcado o no. Hacía años que no visitaba la ciudad porque, dada mi condición, todo el mundo sentía esa malsana curiosidad por mi persona. Era rara hasta entre los míos, incluso obviando mi otro yo. O su existencia.

Me cogí al brazo que me ofrecía mi tía y empecé a caminar mirando al frente, pese a que en esos momentos quería empaparme de todo lo que me rodeaba: de los edificios de dos plantas, perfectamente alineados uno al lado del otro, de los porches de madera, los ruidos de los cascos de los caballos chocando contra los adoquines y la fricción de las ruedas de un carruaje que se alejaba de nosotros.

La mezcla de olores de perfumes, licores y productos exóticos que me llegaban y a los que no fui capaz de ponerles nombre era extraña. No suelo desear grandes cosas pero, en esos momentos, hubiera deseado estar detrás de una de esas ventanas, en el anonimato, simplemente observando todo lo que sucedía en esa calle. En cambio, caminé con paso firme, sujeta al brazo de mi tía, mientras ella fingía una ligera cojera y se apoyaba en su bastón. Frente a nosotras se encontraba el único hostal respetable de la ciudad.

Lo cual no significaba que no hubiera otros.

Me quedé en un segundo plano mientras la tía Mao hablaba con el posadero y algo en la forma de tratarle me hizo sospechar que eran viejos amigos. Cuando se trataba de ella, todo solía acompañarse del adjetivo «viejo» delante, pero la otra parte de la ecuación era la que me preocupaba especialmente. La observé cuando se cruzó conmigo, pero no soltó prenda. No me sorprendió.

La seguí por las escaleras con toda la dignidad que la campana que llevaba puesta me permitió. Entramos en una habitación enorme. Tal y como estaba previsto, una de mis doncellas se

encontraba allí, esperándonos. Tras cerrar la puerta, me ayudó a liberarme de aquella tortura y casi lo lamenté por ella cuando empezó a colocarse todas y cada una de aquellas prendas.

—Vístete —me ordenó mi tía tras sacar una bolsa de dentro de un armario y lanzarla sobre la cama. Por la forma en la que se hundió el colchón, sospeché que no sería gasa y algodón lo que encontraría allí dentro.

Me acerqué a ella y empecé a desanudar el cierre con manos expertas. Sonreí al encontrar unos pantalones de cuero oscuro y una camisa de gasa de color granate entre múltiples piezas de una armadura que parecía de calidad, pese a su desgaste evidente. No me quejé.

Tras vestirme, sujeté el peto sobre mi cuerpo y mi tía fijó los cierres de los laterales con pericia. Los guanteletes y las grebas me quedaban ligeramente grandes, pero conseguimos ajustar las cinchas hasta que tuve la sensación de que no las perdería en un descuido.

—Es la cosa más grotesca que he visto en mucho tiempo —murmuré.

—¿No pretenderías usar la armadura que te regaló tu padre con el escudo de la familia? —se burló mi tía mostrándose satisfecha con mi aspecto.

—Me refería al vestido —la corregí mientras miraba a mi doncella.

—Si tienes suerte, tu futuro marido preferirá tenerte desnuda en vez de metida en uno de esos —proclamó mi tía haciendo que tanto yo como mi doncella nos sonrojáramos. Santa paciencia debía tener yo con semejante tormento de parienta.

—¿Podríamos hablar de algo que no sea mi vida sexual, tía? —me quejé.

—Poder, podríamos... —murmuró, despidiendo a la doncella con un gesto de cabeza. La joven enfundada en el vestido de color crema hizo una ridícula reverencia antes de salir de la habitación.

—¿Nos vamos? —le pregunté mientras me colocaba el arco a la

espalda y me sujetaba el carcaj al cinturón, fijando la parte inferior a mi muslo con un cinto.

—¿Ansiosa?

—Lo que sea —mascullé.

Salimos por una puerta lateral y nos encontramos en un pasillo mucho más estrecho y descuidado que por el que habíamos entrado. Lo recorrimos hasta llegar a unas escaleras angostas cuyo suelo estaba desgastado y que nos llevaron hasta la cocina del edificio. Estaba vacía. Supuse que no era casualidad. Mi tía no era de hacer las cosas sin meditarlas a conciencia antes.

Oculté mi rostro bajo la capucha antes de salir al exterior. Frente a esa pequeña puerta, a cuyos lados se acumulaba la basura, había un carruaje de aspecto dudoso en cuya cabina cabrían dos personas a duras penas. Era sencillo, sin pretensiones, uno de esos vehículos en los que, desde luego, no esperas encontrar a nadie importante dentro.

Había un hombre sentado en el asiento del conductor, con los pies reposando en el salpicadero, detrás de dos hermosos caballos negros cuyo porte contrastaba con el aspecto de la tartana. Eran belleza en estado puro y desprendían energía por cada poro de su piel. Alguien que no estuviera familiarizado con los animales no sería consciente de que aquel par de sementales eran dos puras sangres que prometían una carrera impecable.

—Es simplemente perfecta —bromeé, conteniendo una sonrisa, al ver nuestro carruaje.

Creo que a mi tía no le pasó desapercibido el sarcasmo, pero optó por no contestar. Apareció otro hombre, que había estado esperando pacientemente en la parte trasera del carruaje. Se acercó a la puerta y la abrió tras saludarnos con una reverencia solemne.

La tía Mao se subió al vehículo destartalado y me vi obligada a seguirla. Dentro, no hubo sorpresas: la madera estaba desgastada, los bancos ni siquiera tenían cojines y se percibía cierto olor a rancio. Ambrosía.

Arrugué la nariz justo antes de que la puerta se cerrara con un

golpe seco. Hubiera jurado que se caería a pedazos con semejante impacto, pero nunca se me había dado bien eso de hacer predicciones, así que no me sorprendió que esta sobreviviera, aunque fuera solo por llevarme la contraria. Cerré los ojos, centrándome en los sonidos. El carruaje se sacudió cuando el hombre volvió a subirse a la parte trasera y, tras un silbido, llegué a percibir el ruido de las riendas cortando el aire antes de que, con un movimiento brusco, esas dos moles empezaran a tirar del vehículo a paso ligero.

Abrí los ojos y, escondida bajo la capucha, observé los edificios de la calle principal hasta localizar el lujoso carruaje de nuestra familia, aparcado frente al hostal. Era como una polilla en plena noche, una mota de color en medio de una gama de grises aburrida. No me sorprendió que aún hubiera un buen grupo de Marcados allí, susurrando, hablando, preguntándose cosas... sobre mí. No debería importarme, pero la presión hizo que sintiera un nudo justo debajo de mi esternón que nada tenía que ver con la coraza que me cubría el pecho.

Desvié la mirada para dejarla vagar libremente por los últimos pedazos de la ciudad que había caminado de niña, antes de que me aislaran en la finca familiar con esa ridícula necesidad de protegerme de un peligro externo... cuando en realidad este habitaba dentro de mí. Mi vida era así de absurda, después de todo.

Capté cada detalle con cierta nostalgia. Ashialla era una ciudad próspera en pleno corazón del territorio de los Marcados, lejos de los peligros que acechaban en la frontera con los Doppels. Cultivábamos las tierras y cuidábamos de los animales. La mayor parte de la materia prima que usaban nuestros artesanos provenía de los cultivos que se extendían desde Ashialla hasta Elle, la ciudad más al norte del continente. Los bosques a los pies de la cordillera litoral del este nos daban madera y de las minas cercanas a Deisha extraíamos principalmente hierro. Nuestra raza era autosuficiente, si bien comerciábamos con las que vivían en otros continentes para adquirir

determinados materiales de los que no disponíamos en nuestra tierra, aunque su coste era generalmente prohibitivo.

El repiquetear de los cascos de los caballos contra los adoquines quedó ahogado cuando empezamos a recorrer la carretera de tierra que nos llevaría hacia la Marca, capital de nuestro pequeño imperio. Una de las muchas diferencias evidentes entre nosotros y nuestros vecinos, los Doppels. Mientras que los Marcados habíamos puesto todo nuestro empeño en urbanizar el territorio, construir carreteras seguras para los viajeros y ciudades para vivir civilizadamente, ellos seguían viviendo como salvajes.

No existían las ciudades al sur de nuestras fronteras, ni las normas o la justicia. Eran poco más que animales cuya supervivencia dependía de la ley del más fuerte. De ahí que la corona la ostentara un Diente de Amur, una bestia de más de trescientos kilos y casi tres metros de largo cuyo lomo decían que sobrepasaba el metro y medio. Esa enorme mole de manchas oscuras sobre cuero de color arena poseía unos colmillos capaces de atravesar de lado a lado a un hombre de un solo mordisco, y decían que sus garras retráctiles podían perforar una armadura de cuero endurecido como si de mantequilla se tratase.

Afortunadamente, no todos los Doppels ostentaban una dualidad como aquella. Mitad y mitad, hombre y bestia convivían simultáneamente en espacio y tiempo, a diferencia de los Ulvene, que vivían al norte de la Grieta y cuya habilidad les permitía transformarse en hombre o en lobo a su antojo, aunque eran una entidad única. A mi modo de ver, los Doppels eran mucho más complejos, como si fueran dos mentes con instintos propios pero, al mismo tiempo, fueran uno solo.

La mayoría de los linajes que habían perdurado con el paso de los siglos eran aquellos que poseían de bestia a un depredador, la mayor parte de ellos con rasgos felinos. Se decía que antiguamente habían coexistido Doppels vinculados a animales herbívoros, acuáticos o incluso aves, aunque supongo que era un aliciente

demasiado tentador acabar con los más débiles. Animales. Bestias. Sin honor, lealtades o principios.

A medida que nos alejamos de Ashialla, empezamos a circular entre kilómetros de tierras perfectamente alineadas en las que los cultivos crecían sanos y fuertes. Siempre hacia el sur, dejando atrás la que había sido mi casa. Las montañas litorales serpenteaban a lo largo de la costa oriental y ocultaban de nuestra vista el preciado océano que rodeaba el continente, tampoco visible tras la vasta extensión de tierra que nos separaba de la costa occidental, mucho menos agreste. Jamás la había visto, pero Owen me había hablado de las playas, de la arena que se colaba entre los dedos y la forma en que las olas se deslizaban sobre ellas, como si fueran amantes compartiendo un vaivén sensual. Allí se situaba la Marca.

Los ruidos, los olores y hasta los colores fueron cambiando poco a poco y me obligué a retenerlos como si fueran un tesoro. Llevaba mucho tiempo encerrada en la finca familiar y, por primera vez en la vida, sentí la emoción de descubrir algo nuevo. Intenté no dejarme llevar por aquella sensación, consciente de que estaba a punto de cambiar una prisión de lujo por otra de mayor tamaño. Nunca había sido dueña de mi destino.

Lo que quizá debería preocuparme era que ni siquiera me importaba.

Llegamos a la Encrucijada cuando el sol ya se estaba poniendo. Tragué saliva al observar el contraste de aquel lugar respecto a la calma despreocupada que había sentido en Ashialla. La evidencia de que estábamos en guerra contra los Doppels me golpeó. Si bien la frontera aún estaba a una distancia considerable, la Encrucijada era el lugar perfecto para pernoctar antes de llegar a Deisha y, de allí, hacia el río Othar, que era el límite geográfico que separaba nuestras tierras de las de los Doppels. Su nombre no era especialmente imaginativo, todo fuera dicho. Era el lugar donde la carretera que llegaba a la Marca conectaba con las que se dirigían al norte y al sur.

Un punto estratégico en el que habían proliferado comercios y lugares de hospedaje y en el que, a diferencia de Ashialla, los Marcados caminaban armados y con la mirada perdida. Constaté por los uniformes brillantes que la mayoría eran soldados del que sería mi pueblo.

Mi ejército.

Nuestro carruaje se paró frente a un edificio. Observé con curiosidad las paredes de madera y el porche enorme, donde había varias mesas ocupadas. No diré que aquellos hombres fueran delincuentes, pero carecían de la gracia propia de nuestra raza pese a ser Marcados. Miré a mi tía antes de decidirme a abrir la puerta para enfrentarme a la realidad que nos aguardaba fuera.

Tras un brusco balanceo, el hombre que había viajado en la parte posterior del carruaje abrió la maldita portezuela. No dejé que la impresión se denotara en mi rostro cuando salté para aterrizar con gracia felina sobre el suelo. El viento hizo ondear la capa, que me llegaba hasta la cintura, mientras el guardia le tendía a mi tía la mano; ella la tomó, como si de verdad necesitara su ayuda. Si en el mundo había alguien más mentiroso que yo, era ella. Fingía la mayor parte del tiempo y creo que, en ocasiones, hasta se creía sus propias mentiras, acostumbrada a convivir con ellas durante tanto tiempo. A veces deseaba ser capaz de hacer algo así y olvidarlo todo.

El segundo hombre que nos había acompañado se alejó de allí con el carruaje y me imaginé que les daría un merecido descanso a los animales. Me detuve más tiempo del necesario contemplando su marcha y, para cuando me volteé, observé a mi tía entrar en el edificio del brazo del gallardo hombretón. Empecé a subir los escalones de dos en dos cuando un silbido cargado de apreciación me hizo fruncir el ceño. No le hubiera prestado más atención si no hubiera presentido un movimiento a mi izquierda. El crujir de la madera al mover una silla. El peso de unos pasos sobre la tarima. Mi cuerpo se tensó: una mano estaba dispuesta a agarrarme sin mi autorización.

Como por acto reflejo, me volví en sentido contrario dejando que

la capa volara a mi alrededor mientras mi mano diestra buscaba una de las dagas que ocultaba a la espalda. Cuando acabé el movimiento, quedé cara a cara con el Marcado. Usé la mano izquierda para agarrarlo del antebrazo, mis dedos apretando con fuerza el guantelete de cuero mientras que con la derecha acercaba el filo del arma hasta el espacio sobre la horquilla de su esternón, preparada para avanzar y perforarle la tráquea al más mínimo movimiento.

Mis ojos oscuros se clavaron sobre los suyos: una mezcla de marrones salpicados con alguna tonalidad dorada. Apenas fui consciente del resto, solo que era un varón joven que apestaba a alcohol y que había intentado tocarme.

El ruido de una mesa que arrastraban contra el suelo. El cristal de la vajilla al romperse y unos pasos. ¿Me rodeaban? Eran cuatro. Tal vez cinco.

—¿Querías algo? —le solté con frialdad.

—No —susurró.

—La próxima vez que pretendas dirigirte a una dama, hazlo con educación —destaqué antes de retorcerle el brazo con un movimiento brusco, haciendo que lanzara un gemido por el dolor mientras le empujaba contra la mesa que dos amigos suyos habían retirado, preparados para intervenir.

—Tú no eres una dama —escupió uno de aquellos hombres, agachándose para ayudar al tendido en el suelo.

—Cierto —murmuré—. Soy una asesina, y haríais bien en recordarlo.

Posé la mirada en cada uno de ellos y sentí su tensión, sus miedos. No es que fuera una asesina en realidad, si no teníamos en cuenta las presas que había abatido cazando. Pero lo que llevaba dentro... bien me merecía ese rango.

Nadie hizo el ademán de moverse en mi dirección, así que guardé la daga a mi espalda y me dirigí a la entrada del edificio. Allí, el hombre que nos había acompañado en el carruaje me esperaba con el rostro tenso y el cuerpo preparado para intervenir, algo que

probablemente habría hecho si mi tía no lo hubiera retenido al colocar la mano sobre su hombro en un gesto que evidenciaba su autoridad.

Los ignoré a ambos mientras entraba y supe que, al hacerlo, mi tía se sentía particularmente orgullosa de mi comportamiento.



III

Jade

Reemprendimos el viaje a primera hora de la mañana. Me alegré de ver el elegante carruaje familiar frente a un edificio cuya apariencia nada tenía que ver con el hostal en el que habíamos pernoctado.

Ellos también habían llegado a buen puerto.

Después de mi pequeña entrada triunfal, los hombres del Rey hicieron turnos para guardar nuestra puerta y creo que me odiaban ligeramente por ese detalle en concreto. Que ni mi tía Mao ni yo necesitáramos de esas atenciones les traía sin cuidado. No éramos dos Marcadas cualquiera, después de todo. Éramos un par de MacAlister y la fama de nuestro linaje nos precedía.

Existían otras familias de reputación similar y algunas que incluso podrían considerarse más influyentes y poderosas que la nuestra, pero en pocas lucían tantos guerreros insignes. Quizá era por ese secretillo, insignificante, que ocultábamos en nuestra sangre. Sí, era uno de esos días en los que mi ironía hacía acto de presencia.

Seguimos el camino que trazaba la carretera y, a lo largo de las tediosas horas, nos cruzamos con otros carruajes, algunos Marcados a caballo y unos cuantos a pie. En ese tramo había mucho más

movimiento que durante el trayecto de Ashialla hasta la Encrucijada. Me fijé que el norte del territorio vivía parcialmente ajeno a la guerra que se desarrollaba desde hacía siete años en el sur de nuestras tierras, en la frontera con los Doppels. Sin embargo, había una cierta calma, como si después de tanto tiempo nadie se tomara aquello totalmente en serio.

No había visto heridos ni hospitales de campaña, aunque eso no significaba que no existieran. Desde la Encrucijada hasta Deisha había una jornada de viaje a caballo y de allí hasta la frontera, marcada por el río Othar, prácticamente otra más. Supuse que cuanto más cerca estuviésemos de allí, más real se volvería la existencia del conflicto con la raza con la que compartíamos el continente.

—La muralla —me indicó mi tía, haciendo que abriera los ojos después de llevar un buen rato intentando dormitar en esa caja de zapatos que chirriaba por todos lados.

Me acerqué a ella para observar que en la distancia se alzaba una gran muralla que prácticamente se perdía en el horizonte. Esa era una de nuestras grandes maravillas arquitectónicas. No diría la única, aunque probablemente sí la más impresionante en cuanto a su envergadura. Lo cierto era que esta rodeaba no solo la ciudad, sino una vasta extensión de terreno que incluía cultivos, bosques y hasta pequeñas aldeas de campesinos y granjeros que conformaban la Marca. De unos quince metros de altura, construida prácticamente con piedra caliza, disponía de torres de vigilancia y cuarteles cuya ubicación había sido cuidadosamente escogida. Observé la forma en que se adaptaba a las irregularidades del terreno, ascendiendo y descendiendo por las colinas con cierta indiferencia.

—Es magnífica —admití, impactada. Había oído hablar de ella, pero verla en persona me demostraba, una vez más, la grandeza de mi pueblo.

—Se necesitaron más de cuatro siglos para construirla en su totalidad —apuntó mi tía—. Es la muralla más larga jamás construida

y convierte la Marca en una de las ciudades más seguras del mundo entero.

—Sin contar las de los Tritones —la contradije, pensando en el mundo subacuático que regían aquellas criaturas cambiantes.

—¿Y no vas a soltar algo sobre las de los Serafines?

—Justo pensaba hacerlo —le aseguré con una media sonrisa. Mi tía puso los ojos en blanco, algo que para ella era señal de que estaba sumamente aburrida.

—De acuerdo, rectificaré. Convierte la Marca en una de las ciudades terrestres más seguras del mundo entero. ¿Deseas hacer algún matiz más?

—Creo que prefiero callármelo, no sea que decida castigar mi impertinencia —bromeé y ella se limitó a golpearme con uno de los extremos de su bastón. Dejé que lo hiciera. No fue un golpe propiamente dicho, tan solo su forma de reprenderme como si aún fuera una niña. A veces me gustaría seguir siéndolo.

—Deberás aprender a controlar tu lengua mordaz —me advirtió mientras volvía a recostarse en el asiento y yo acaparaba por completo la ventana.

—Si una cosa sé hacer es controlarme —murmuré mientras intentaba memorizar cada detalle de aquella magnífica construcción —. ¿Cree que el Príncipe me dejará venir a visitar la muralla?

—No veo por qué no —opinó mi tía y cuando captó esa chispa de esperanza en mi rostro, añadió—: Siempre que vengas correctamente acompañada.

—Claro —musité ligeramente molesta.

—Llevas toda la vida preparándote para esto, Jade —me recordó.

—Solo he dicho que me gustaría visitarla —protesté mientras me dejaba caer en el banco, intentando aplacar esa ansiedad, la necesidad de ver el mundo y de descubrir los secretos que sabía que existían, pero que no estaban a mi alcance—. Me parecerá perfecto hacerlo con la guardia al completo, si así lo consideran el Rey o el Príncipe.

Mi tía Mao hizo un gesto afirmativo con el mentón, satisfecha con

mi respuesta. ¿Que mentía? Obvio. Creo que las dos lo sabíamos, pero nos era más fácil seguir con la farsa. Lo que yo quería, lo que deseaba de verdad, era correr por aquella extensión de piedra y dejar que el viento me guiara, montar guardia en una de esas torres y ensartar con una flecha cualquier bestia que osara acercarse a nuestro territorio. Mi destreza con el arco era notoria y en el combate cuerpo a cuerpo podría superar a muchos Marcados. ¿Mi futuro? Vestirme como un merengue, enaguas incluidas.

Cuando era niña soñaba que el Príncipe se enamoraría de mí en cuanto me conociera. Que le sorprendería mi carácter aventurero y alabaría mi forma de montar a caballo y mi puntería con el arco. Soñaba... que cabalgaríamos juntos y que yo sería la persona que cubriría su espalda cuando él combatiera contra cualquier peligro. Su dama en la sombra, su amante, su esposa y también su guerrera. Soñaba que él me entendería como nadie había sido capaz de entenderme porque, después de todo, estábamos destinados a estar juntos. Escuchaba todas las hazañas protagonizadas por mi prometido como si fuera adicta a ellas. Incluso sin haberle visto nunca, creo que a los diez años ya estaba locamente enamorada de él. Todo sería perfecto. Él y yo.

Y luego...

Luego fui consciente de que mi marca era una broma pesada del destino. Que jamás sería digna de nadie, en especial de él. Y, sin embargo, había aceptado seguir aquel estúpido juego, interpretar mi papel, traicionar al Rey y a mi futuro compañero para mantener a salvo nuestro secreto y proteger a mi familia. Honrarla. Eran las palabras de mi padre. Lo hacía a diario, simplemente existiendo y no dejando que aquello tomara el control. A veces... tan solo preferiría que todo acabara. Quizá el hombre del hostal podría haber lanzado un contrataque feroz y haberme arrebatado la vida. Así, ellos estarían a salvo y yo ya no tendría que seguir fingiendo.

La vida nunca te pone las cosas fáciles. Es así de caprichosa. Aunque creo que vale la pena vivirla. Incluso si eso implica levantarte cada vez que te tumba, luchar cada día y seguir adelante,

siempre adelante, con la esperanza de que, en algún momento, todo cobre sentido.

El carruaje empezó a frenar, pero no llegó a detenerse. En la muralla había una apertura enorme por la que pasarían un par de vehículos sin entorpecerse el uno al otro. Detrás de las murallas había unos pocos soldados aposentados, pero me sorprendió que, pese a estar en guerra, no hubiera más. Quizá no tenía sentido. Ningún Doppel sería tan estúpido como para acercarse a la capital.

Si esperaba ver casas o signos de civilización, lo que encontré detrás de aquella magnifica estructura solo sirvió para frustrarme. Solo había bosque. Frondoso y lleno de vida, eso sí. Seguimos circulando, adentrándonos en el territorio que rodeaba nuestra capital. Tardamos un rato en alcanzar el primer poblado; a su alrededor se desplegaban grandes extensiones de cultivos. Dejé que mi mente se empapara de aquello mientras el carruaje seguía avanzando.

Finalmente, dejamos atrás el camino para internarnos en una carretera adoquinada, una advertencia de que mi destino estaba cada vez más cerca. Estaba nerviosa y mi corazón empezó a palpitar frenético cuando dejamos atrás los campos y nos internamos en las calles de una ciudad: calles que se sucedían unas a otras y parecían no tener fin. No podía apartar la mirada de todo lo que nos rodeaba. Había Marcados por todos lados. Cientos de ellos. Casas de hasta cuatro niveles llenas de vida. Piedra y mármol en las fachadas, pizarra en los techos. Me fascinaban aquellas combinaciones intercaladas en los edificios que dejábamos atrás.

El carruaje tomó un desvío y empezamos a ascender una cuesta ligeramente empinada que se adentraba en un denso bosque de árboles frondosos. Un remanso de paz que nos condujo a una avenida rodeada de unos jardines que hasta mi madre envidiaría. Me sorprendió encontrar flores exóticas cuyos nombres desconocía y que desprendían fragancias suaves con un toque dulce. Quizá podría pasear por ellos, esconderme y dejarme envolver por la calma que

transmitían. No tenía del todo claro qué podría hacer y qué no y eso me inquietaba.

Dejé escapar un pequeño suspiro cuando vislumbré el palacio de los Marcados. Mi madre no había exagerado cuando me había hablado de la grandeza que transmitía aquel solemne edificio y, por primera vez en mi vida, fui consciente de que existían cosas mucho más grandes que mi querida finca familiar. No pude prestarle mucha atención porque, tras un balanceo del carruaje, se abrió la puerta de madera y nos encontramos una recepción de Marcados esperándonos.

Casi hubiera preferido ir enfundada en el vestido de mi madre al ver a dos Marcadas que vestían sus mejores galas frente a un grupo más numeroso de personal. Tía Mao me miró y supe que, esta vez, yo debería dar el primer paso. Intenté mostrar el porte de una reina pese a mi atuendo viejo y desgastado. Descendí del vehículo y observé que el hombre que nos había acompañado mantenía una solemne reverencia. Apreté los labios, divertida por su muestra de respeto ante el rango que pronto ostentaría. Si alguien tenía dudas de quién era yo, con ese gesto quedaba claro, aunque no creía que alguien pensara que la tía Mao era la prometida del Príncipe.

Las dos damas se acercaron a mí y las observé con el rostro lo más inexpresivo posible. Una de ellas era demasiado hermosa y tenía una elegancia que yo jamás ostentaría. El pelo, con matices rojizos, y los ojos, de un suave color miel que parecían emitir destellos dorados a la luz de la puesta de sol. Su mirada era dura, algo que no me importaba, pero su gesto, la forma en que fruncía ligeramente el ceño, fue el que me advirtió de que mi presencia allí le desagradaba. Ligeramente rezagada, la otra dama empezó a seguir a la primera, que acortaba la distancia entre nosotras.

Tenía una daga en el cinto, aunque supuse que no sería muy elegante por mi parte empezar una conversación con ella en la mano.

Intenté centrarme en la otra mujer. Sus ojos eran de un extraño color gris, carente de brillo o vida, y parecían temerosos. ¿De mí? ¿O

tal vez de la otra Marcada? Lo más probable es que fuera de ambas. Tenía el pelo corto ligeramente despeinado, lo cual hacía que cada mechón negro tomara una dirección al azar. Su marca era pequeña y recorría tan solo parte de su mejilla. Discreta, como toda ella.

—Bienvenida, Jade —me saludó la Marcada de ojos dorados con una voz que pretendía transmitir simpatía, pero sin llegar a hacerlo. Bien podría haberme mandado a la mierda usando ese mismo tono y ni se notaría.

—Alteza —susurró la otra dama con una pequeña reverencia al llegar junto a mí. Aquello molestó a la primera, que me había tuteado como si tuviera la potestad de hacerlo.

—¿Vuestros nombres? —exigí, interpretando a la perfección mi papel de arpía, algo que no me era especialmente difícil.

—Tessa Araid —se presentó al instante la Marcada de pelo corto y ojos grises cuyo nerviosismo era evidente para todos—. Soy hija de Saimon Araid, el Consejero Económico del Rey, y vuestra Dama a partir de hoy. Estaré encantada de servirla, ayudarla y acompañarla en todo lo que necesite, Alteza.

Empeoraba por momentos. Su motivación era sincera, cierto, pero lo último que necesitaba era alguien que quisiera ayudarme y acompañarme. Para servirme ya tenía a las doncellas, no necesitaba a una Dama. La hija de un Consejero. ¿No podían simplemente encerrarme en una torre y dejarme tranquila?

Miré a la otra mujer. Sus ojos centellearon enojados. Tessa se mostraba entusiasmada con esa labor que le habían encomendado, pero la otra probablemente preferiría clavarme una daga en el corazón antes que servir, ayudar y acompañar a una perfecta desconocida. No podía criticarlo, ese sería mi estilo.

—Perfect Todellinen.

Las palabras me golpearon con dureza, pero conseguí mantenerme impasible. Sí, sabía perfectamente quién era ella. Su apellido lo decía todo. Todellinen.

—Es para nosotras un placer...

Perfect lanzó un gruñido bajo al escuchar que hablaban en su

nombre y Tessa se puso a temblar ligeramente mientras se sonrojaba por completo.

—Es todo un detalle por parte del Príncipe seleccionar a dos Marcadas de tanta categoría para que sean las Damas de mi sobrina —intervino la tía Mao, que eso de mantenerse callada no iba con ella —. ¿O acaso ha sido decisión del Rey?

Era más lista que vieja, que ya es decir.

—Fue idea de mi tío —masculló Perfect, dejando perfectamente claro su parentesco con el monarca y sin negar que ese era también el motivo de su presencia en aquella comitiva.

Perfect Todellinen. Decir que era prima del Príncipe sería poco preciso, pero nadie podía discutir su linaje. Era la menor de la familia real y había oído hablar de su belleza y de la frialdad que la caracterizaba; ambas cualidades se consideraban admirables. Perfect era hija de Anna Todellinen, la única descendiente directa de Arco Todellinen, un guerrero cuyas gestas fueron épicas. Arco era hijo del hermano menor del que sería el bisabuelo de Ross Todellinen, el actual Rey de los Marcados y mi futuro suegro. Un parentesco lejano que no había impedido que ella luciera el apellido que le otorgaba aquella posición. Una verdadera Dama con sangre real corriendo por sus venas; no como yo, Impura en todos los sentidos.

—Todo un detalle por su parte —remarcó mi tía—. Necesitaría descansar un poco del viaje...

—Por supuesto, señora —intervino Tessa moviéndose con gracia hasta llegar a su lado para facilitarle un punto de apoyo. A mi tía. Conseguí no ponerme a reír allí en medio porque sería una muestra de debilidad y quizá Perfect era una Todellinen, pero yo era una MacAlister. Y su futura Reina.

—Mi tía Mao se alojará conmigo durante su estancia —ordené.

—Eso no es posible —negó Perfect y su tono alegre me hizo desear estrangularla. Conté mentalmente para tranquilizarme antes de echar mano a una de mis dagas—. El Príncipe ha estipulado que duermas en las dependencias de la familia real, pero adecuaremos una habitación de invitados en la misma ala, si eso te satisface.

—Lo hace —afirmé, obviando decirle que también me satisfaría estampar su cara contra el suelo.

Como si todo aquello le perteneciera, se volvió y me dio la espalda. Observé su cabellera ondear al aire al empezar a caminar y, tras mirar a mi tía, me decanté por seguirla. El personal se inclinó a mi paso, algo que enojó a la Todellinen, y yo me limité a ignorarlos incluso si me resultaba molesto, porque me obligaba a tomar conciencia de mi cometido allí.

Observé la gran escalinata de mármol blanco y empecé a subir los escalones con cierto nerviosismo seguida de mi tía y Tessa. Tras los veintitrés peldaños me encontré finalmente con el gran edificio y sus famosas columnas. No podía negar que era lo más hermoso que había visto jamás y que, probablemente, vería en vida.

La luz se reflejaba sobre las superficies decoradas con oro puro y el mármol brillaba tanto que era incuestionable que lo habían pulido hacía poco. Las columnas se alzaban majestuosas frente a nosotros y delimitaban la única entrada posible al edificio.

Varios guardias aposentados a ambos lados de aquella puerta enorme de hierro forjado, que lucía el escudo familiar de los Todellinen en el centro, me hicieron sospechar que nadie entraba o salía de allí sin su conocimiento.

Eso no tenía por qué ser especialmente bueno. No para mí.

Alcé el mentón cuando sentí que se me aceleraba ligeramente el pulso. Los guardias inclinaron la cabeza frente a Perfect antes de hacer una reverencia en mi dirección. Casi podía escuchar el rechinar de sus colmillos al verse ninguneada por una doña nadie como yo, pero no me deleité con aquello porque a mí tampoco me apetecía estar allí.

Entramos y, tras cruzar un gran recibidor repleto de cuadros y obras de arte, giramos a la izquierda para recorrer un largo pasillo donde unos tapices que representaban a Marcados ilustres se sucedían uno detrás de otro. La luz entraba a raudales por unos ventanales enormes que daban a un jardín interior en cuyo centro me pareció ver una fuente grande rodeada de naranjos, lavandas y

un tupido manto de color verde parecido a un laberinto con detalles decorativos. Un remanso de paz.

Conté cada uno de los pasos, midiendo mentalmente las distancias e imaginando cada recoveco de aquel sitio. Llegamos a unas puertas decoradas con oro puro salvaguardadas por dos guardias cuyos rostros se mostraron impasibles.

—Al final de ese pasillo se encuentran las habitaciones de los invitados —informó Perfect volviéndose hacia nosotras—. Tessa, sé buena chica y acompaña a nuestra anciana invitada hasta su habitación.

—Claro —murmuró la Marcada evidenciando su incomodidad. Me buscó con la mirada durante una fracción de segundo, pero la desvió al suelo antes de que pudiera leer sus ojos.

—Yo acompañaré a Jade —sentenció Perfect y echó a andar sin esperar a que la siguiera.

Fruncí el ceño y, tras hacer un gesto afirmativo con la cabeza en dirección a mi tía, me decidí a seguirla. De nuevo.

Nunca había esperado que todos los residentes de la Corte estuvieran felices con mi existencia. Solo deseaba que el Príncipe no fuera tan hostil como su prima. Pensar en él hizo que se me acelerara el corazón. Mi Príncipe. Era un pensamiento un tanto absurdo e infantil, pero era imposible acallarlo por completo. Las puertas se abrieron para nosotras y entramos en la zona reservada a la familia real, una muestra del compromiso del Rey y de mi prometido respecto a mi persona. Y mi marca. De acuerdo, en particular con esta última.

—En la planta baja encontrarás las estancias privadas —empezó —. Hay una sala de labores en las que mi madre y mi tía Eloïse suelen pasarse el día bordando tapices, por si te interesa.

—No especialmente —opté por contestarle. Se dio la vuelta y me repasó de arriba abajo, haciendo una pequeña mueca que mostraba su disgusto o, para ser más precisos, asco. Mi aspecto era mejorable, cierto, pero su hospitalidad también.

—Delia, la madre de mi primo Ash, es aficionada a la pintura y la

música, pero sospecho que el arte no está entre tus... habilidades.

—¿Con qué sueles entretenerte? —le pregunté intentando mantener un tono cordial. No tenía ganas de hacer enemigos tan pronto. No fuera que el demonio tomara el control y decidiera decorar las paredes con su sangre y sus vísceras.

—Soy virtuosa en el piano —afirmó mirándome con gesto altivo.

No le contesté. Yo no era diestra en nada que pudiera calificarse de artístico o femenino. Sabía algo de jardinería, cierto, más por la tozudez de mi madre que por mi propio interés. De niños entendía lo justo porque había estado ayudando a mi prima con Eluney y sabía que la potencia del alcance del vómito de un bebé no era proporcional a su peso. Podrían usarse como armas disuasorias contra los Doppels y caerían a nuestros pies.

En cualquier caso, no es que me considerara una completa inútil. La historia siempre se me había dado bien y la sangre MacAlister latía por mis venas. No era una guerrera mediocre, aunque mi mayor logro había sido controlar lo que yo era y, sinceramente, era una hazaña considerable. El problema era que no podía compartirlo con nadie.

Caminamos en silencio por un pasillo interminable por el que se sucedían salas amplias. Apenas alcancé a ver el interior de las que tenían las puertas abiertas porque Perfect no se demoraba y yo no estaba dispuesta a pedirle nada a la que habían asignado como mi Dama.

—En el segundo piso se encuentran las dependencias privadas de los Reyes y del Príncipe; el resto de la familia real disponemos de nuestras habitaciones en el primer piso —continuó mientras llegábamos a unas escaleras—. Nadie sube al segundo piso si no es por invitación expresa de uno de ellos.

En la primera planta, todas y cada una de las puertas del pasillo eran diferentes: los grabados, los colores y hasta el tipo de madera eran únicos. A diferencia del piso inferior, aquí las puertas no eran dobles y el corredor tenía las paredes desnudas, sin cuadros ni tapices que decoraran cada maldito centímetro. Me gustaba así, para

poder ver y sentir la piedra. Era lo único que aquel palacio tenía en común con mi casa.

Se paró frente a una puerta lacada en blanco con pequeños relieves. Sentí la tentación de pasar la mano sobre aquella superficie, que parecía suave al tacto, pero me contuve. Mi expresión seguía siendo indiferente cuando la puerta se abrió para dejarme ver el que sería mi nuevo hogar.

Me cautivó desde el primer momento porque era simplemente perfecta. La decoración era femenina, pero no especialmente recargada ni ostentosa. Había flores en los jarrones que reposaban en la estantería y en una bonita mesa que ocupaba el centro de la antesala, haciendo que una fragancia agradable me diera la bienvenida.

—La Reina se ha ocupado de acondicionarla —me informó, creo que por obligación y no porque le ocasionara placer alguno—. Fue su habitación durante el cortejo del Rey, aunque fuese el más corto de la historia.

Conocía los rumores. Miera, la hermosa mujer de la que se había quedado prendado el Rey, le prometió su virtud a cambio de un enlace matrimonial. Ross Todellinen la instaló en palacio y tardó menos de un mes en llevar a cabo la ceremonia, algo que se salía del protocolo habitual previo a un enlace matrimonial entre Marcados.

Según mi prima Nuvia, el deseo es capaz de mover montañas y el amor, de obrar milagros. Nunca he entendido exactamente la diferencia, pero para ella tiene sentido.

—¿Cómo es el Príncipe? —me atreví a preguntarle mientras recorría mis dependencias con cierta satisfacción. Al margen de la antesala, ocupada por una mesa redonda con cuatro sillas a su alrededor y un enorme diván bajo un espejo, disponía de un baño de ensueño y una habitación en la que, además de un pequeño despacho, había una cama enorme con dosel blanco y el armario más grande que había visto en toda mi vida.

—¿Glenn? —me preguntó elevando una ceja con curiosidad.

—¿Existe otro Príncipe? —cuestioné con un deje de sarcasmo. Sus ojos brillaron ligeramente mientras inclinaba la cabeza para estudiarme.

—Atractivo —empezó sin dejar de observarme, buscando algún tipo de reacción en mí—. Nunca le escucharás gritar porque no lo necesita. Su autoridad no se cuestiona, es algo que lleva en la sangre.

—Mi primo Owen le conoce —intervine.

—Owen MacAlister —mencionó Perfect con un pequeño puchero coqueto—. Un hombre bien dotado.

—Ese detalle en concreto no necesitaba saberlo —le aseguré intentando no imaginarme a mi primo flirteando con ella. O haciendo cualquier otra cosa.

—No creo que mi primo te haga llamar hasta pasados unos días —afirmó con un brillo travieso en la mirada—. Creo que la Reina se ha tomado la licencia de renovar tu armario. Disfruta de tu estancia.

Por la forma en que lo dijo, casi parecía que diera por sentado que sería corta. ¿Me cortaría el cuello mientras dormía? Con un poco de suerte, sí. ¿Acaso el Príncipe acabaría negándose a cumplir la promesa de su padre? Sabía que en la Corte la relación entre ambos era tensa y algo así podía ser la gota que colmara el vaso. Una guerra civil era lo último que necesitaba nuestro pueblo, especialmente ahora que los Doppels comenzaban a agruparse en las fronteras.



IV
Jade

Perfect se marchó sin despedirse; me quedé sola.

Si la Todellinen pensaba que eso me molestaría, no podía estar más equivocada. Cerré la puerta de mi habitación y dejé escapar un suspiro cansado. Mi celda podía ser mucho peor, siendo realista. Estuve tentada a dejarme caer en aquella cama de sábanas de un blanco inmaculado, pero no me atreví por miedo a ensuciarlas con el polvo que había acumulado mi cuerpo a lo largo del viaje, así que opté por desnudarme y aprovechar la bañera que me habían preparado.

Dejé que el calor me calmara los nervios y conseguí recuperar mi templanza habitual. Cuando salí de allí, me sentía mucho más yo. Más segura y consciente de mi realidad. De toda ella. Empezaba a emocionarme con todo aquello.

Cuando abrí el armario, me topé con vestidos que mi madre adoraría. Apreté los labios y rebusqué hasta localizar unas cuantas piezas de ropa de montar. Me enfundé los pantalones de cuero negro y encontré unas botas de caña alta a juego que me cubrían las pantorrillas. Elegí una camisola de color granate que me resaltaba la melena y el ligero rubor que cubría habitualmente mis

mejillas. Me anudé un cinturón con el cinto de una de mis dagas pendiendo de él. Demasiado visible, cierto. No es que me preocupara mi seguridad dentro de la Corte, pero prefería tener un arma a mano y no estaba dispuesta a fingir ser algo que no era.

De acuerdo, no de forma literal, pero tampoco quería fingir ser un tipo de Marcada que no era. Al menos me debía eso a mí misma. Era Jade MacAlister y, al margen del demonio que arrastraba mi sangre, provenía de un linaje antiguo de grandes guerreros.

Si por mí fuera, el Príncipe podía rechazarme y devolverme mi libertad para casarse con alguien que caminara con gracia pese a llevar enaguas, como Perfect. Le estaría eternamente agradecida, de hecho. Aunque no lo haría, salvo que estuviera dispuesto a enojar a su padre y todo lo que eso podría conllevar. Había oído hablar de Glenn lo suficiente como para saber que podía ser muchas cosas, pero desde luego no era estúpido. Se casaría conmigo. Y sería Rey. Y yo estaría jodida. Engendraría al futuro Rey contaminando su linaje. ¡Gracias, mundo! ¡Maldito sentido de humor el de los Antiguos!

Por una vez, contuve mi temeridad y salí por la puerta para abandonar la habitación, pese a que la ventana parecía burlarse de mí. En casa, en la finca de los MacAlister, no habría perdido el tiempo con algo así. Sí, hubiera saltado por la ventana para escandalizar a mi madre y deleitar a mi padre. Él habría deseado engendrar un hijo varón, pero tampoco se lamentaba de haberme tenido a mí, y no me refiero únicamente al estatus que suponía para todos los MacAlister la marca que me cubría el rostro. Mi padre se mostraba más que satisfecho con la influencia que había tenido en mí la tía Mao durante los últimos años. Owen no había mentido durante nuestra última conversación en la azotea, ese lugar poco apropiado para hablar, cierto, pero de lo más tranquilo.

Me escabullí de las salas de la familia real y conseguí esquivar cualquier posible encuentro con otro Todellinen. Con un poco de suerte, podría hacerlo durante algún tiempo. Era más que probable que las palabras de Perfect fueran ciertas. No me molestarían de

momento y, desde luego, yo no tenía intención de molestarlos a ellos.

Las puertas que custodiaban el ala del palacio en el que vivía la familia Real estaban protegidas por guardias a ambos lados. Caminé hacia ellos con porte decidido, aunque me estaba planteado que, tal vez, no me dejarían salir sin algún tipo de supervisión. Si era así, odiaría a Perfect por haberme dejado encerrada. Sin embargo, abrieron la puerta de doble hoja tras hacer una reverencia solemne. Estaba tentada de salir por la ventana la próxima vez.

Caminé por el pasillo de grandes ventanales y encontré el acceso al vasto jardín. Lo crucé, dispuesta a buscar un rincón apacible al que acudir cuando todo aquello me superara, lo cual sospechaba que sería de tanto en tanto si Perfect andaba cerca.

Dejé que mis pasos me guiaran mientras me perdía en aquel parterre, una obra de arte viviente en la que se intercalaban setos, árboles, esculturas y lechos florales. Era simplemente perfecto. Todos y cada uno de los elementos que lo componían no habían sido elegidos al azar. Los olores que me llegaban se entremezclaban con la belleza visual que proporcionaban los colores de las flores.

Me adentré en un pequeño laberinto de setos altos y jugué a perderme en él. El ruido del agua confirmó que mi instinto no me fallaba y que estaba aproximándome a la fuente. Tras recorrer el último tramo llegué al centro de aquel jardín artístico digno de un Rey. Una fuente extraordinaria rociaba el cuerpo de mármol de dos Antiguos. Pero no fue eso lo que me llamó la atención.

Había un hombre medio desnudo contemplando aquella imagen. Jamás había visto a alguien así. La media melena, húmeda, le ocultaba la nuca. La piel de su espalda brillaba mientras unas pequeñas gotas perladas resbalaban por ella. Tragué saliva. Me empezaron a temblar ligeramente las piernas y todo el aplomo que había recuperado desapareció de repente. Me perdí en la visión de aquella espalda ancha, en cómo todos sus músculos se definían a la perfección y me sorprendí deseando acariciarlos, uno a uno.

Acababa de entender todo lo que abarcaba el poder de la palabra

«deseo».

¿Acaso era mi Príncipe?

Su cuerpo se tensó, consciente de mi presencia.

Me limité a esperar, quieta. Deseaba... que se volviera. Que esos ojos, que sabía que eran de un azul celeste exótico, se clavaran en los míos y que me reconociera de alguna forma.

Empezó a darse la vuelta y mi mundo parecía a punto de tambalearse. Mis colmillos se alargaron, algo que no me sucedía desde hacía años. Mejor eso que lo otro, intenté consolarme.

Cuando me miró, todo a mi alrededor parecía haberse congelado, como si nada existiera en ese momento excepto él y yo. Los colores seguían existiendo y solo por eso fui consciente de que, pese a todo, no me había delatado transformándome.

Su torso estaba cubierto de un ligero vello tostado que no me impedía ver sus abdominales y unos pectorales que, por sí solos, ya le quitarían el aliento a muchas. Sus brazos eran fuertes y en ellos se apreciaban algunas cicatrices antiguas que me hicieron sospechar que era un guerrero. Sin embargo, sus ojos no eran azules. De hecho, eran de un verde que me recordaba los bosques, las praderas y el follaje de los árboles. Un verde que brillaba en esos momentos, mientras me contemplaba, como si fuera un depredador. Porque eso es lo que era.

Aquella nariz ligeramente torcida me hizo suponer que se la había roto, por lo menos, alguna vez; tenía los pómulos marcados y la mandíbula cuadrada, masculina, con un fino vello dorado que le enmarcaba unos labios carnosos y humedecidos; un rostro atractivo, cierto, pero sin marca.

Parpadeé un par de veces como para salir de esa ensoñación absurda y tomar conciencia de la realidad. Lo que había frente a mí no era un Marcado. Tragué saliva. Un Doppel. No podía ser otra cosa. Recuperé el sentido común y ni siquiera fui consciente de cómo la daga llegó a mi mano mientras analizaba qué posibilidades tenía de enfrentarme a él. ¿Dónde estaría su otra mitad? ¿Preparada para lanzarse contra mí y deleitarse con mi carne mientras el

hombre seguía mirándome como si así pudiera saciar también su hambre?

Le mostré los colmillos y le gruñí, dispuesta a poner en práctica todo lo que había aprendido durante mis entrenamientos.

—Esto es lo que yo definiría como la clásica hospitalidad de los Marcados —soltó el hombre, ignorando mi amenaza, con una amplia sonrisa en el rostro y la diversión reflejada en sus ojos.

—Es la primera que intenta matarnos —intervino una segunda voz con tono alegre y fruncí el ceño, enojada conmigo misma por no haberme dado cuenta de que el Doppel no estaba solo.

Había otro hombre a pocos metros de él. Quizá había quedado oculto a mi vista por su cuerpo o tal vez no había sido capaz de mirar más allá de esa masa de músculo y virilidad. Sentí una arcada al ser consciente de que había pensado en él de esa forma.

Observé aquella nueva amenaza con atención. Por el tono, era plenamente consciente de que se trataba de un varón. No era tan grande como el Doppel medio desnudo que había frente a mí, pero desprendía algo que me advirtió de que no debía menospreciarle. Dos contra uno. Cuatro contra uno, me corregí al instante mientras intentaba capturar todos los sonidos a mi alrededor, preparándome para defenderme de las bestias.

Sabía que matar a su parte animal solo les debilitaría. Para matar a un Doppel era necesario matar a su parte humana. Esa era una de las muchas dificultades que teníamos con ellos. Solían enviar a las bestias a primera línea y sus partes humanas se quedaban en la retaguardia, demostrando lo cobardes que eran.

—Seré la primera en conseguirlo —repuse mirándolos con repulsión.

—Quieta, gatita —se burló el que había hablado primero y, sin realizar ningún movimiento brusco, señaló el collar que le colgaba del cuello. Observé el emblema, el escudo de los Todellinen, sin entender por qué lo llevaba. No tenía sentido. Ninguno.

Volví a gruñirle y él empezó a reír. Sus carcajadas me molestaron y algo dentro de mí pujó por salir, aunque conseguí contenerlo. El

otro hombre avanzó hasta colocarse a su lado. Él también parecía molesto con el comportamiento de su compañero.

—Somos invitados del Rey —afirmó.

—¡Princesa!

La voz de Tessa sonó ahogada mientras corría hacia nosotros como alma en pena; logró tal hazaña sin tropezarse con el vestido celeste que llevaba. Sin enaguas, todo sea dicho.

—¿Princesa? —cuestionó el Doppel tras dejar de reír mientras ladeaba un tanto la cabeza sin dejar de mirarme.

—Puedes atacarme —le animé—. Así justificaré haberte matado.

—No debería estar aquí sola —farfulló la Marcada al llegar a mi lado. Pese a la carrera, sus mejillas tenían un tono blanquecino que casi parecía cadavérico mientras observaba a los Doppels frente a nosotras y a la daga que había en mi mano—. No debería estar aquí sola sin escolta.

Lo dijo dos veces, así que supuse que de verdad no debería estar allí. Al menos sola.

—¿Puedo matarlos? —le pregunté con la voz cargada de arrogancia.

—¡No! —exclamó usando un tono demasiado alto y sumamente agudo. Para ser una Marcada, su capacidad de autocontrol era ínfima—. Hay una tregua...

—¿Una tregua? —mascullé y fruncí el ceño, atenta a la posible amenaza frente a mí. Ahora no solo tendría que enfrentarme a ellos, sino que debería proteger a Tessa al mismo tiempo. Demasiado, incluso para mí.

—Un posible tratado de paz —continuó a trompicones—. Ellos son los emisarios del Rey Doppel.

—¿Emisarios? —cuestioné mirando a los dos hombres.

—Algo así —me contestó el Doppel medio desnudo con un encogimiento de hombros.

—Él es Raiden Diente de Amur, primogénito del Rey Doppel —puntualizó el otro.

—Es su bastardo —susurró Tessa, que se sonrojó al momento.

Esperé algún tipo de reacción por parte del Doppel. Una explosión de rabia o un insulto, por lo menos. En vez de eso, seguía mostrándose relajado mientras me analizaba con la mirada. A mí y a mi daga. No era del todo estúpido, pese a ser poco más que una bestia.

—De acuerdo —murmuré con gesto indiferente. Mis colmillos se replegaron como si todo aquello no me afectara lo más mínimo. No tenía intención de darles el placer de pensar que me asustaba enfrentarme a ellos. Incluso si lo hacía. Un poco, al menos.

Envainé la daga y clavé los ojos en los del Doppel bastardo. Jamás hubiera sospechado que me cruzaría cara a cara con uno de ellos. Cuando tía Mao lo supiera, hasta el mismísimo Rey tendría problemas para contenerla y que no decidiera plantarles cara. Se me escapó una sonrisa fugaz al imaginarme esa escena en concreto. Los ojos del Doppel brillaron, como si hubieran sido capaces de detectar algo en mi rostro. Lo oculté al momento y les di la espalda.

Un acto de valor por mi parte y, sí, una maniobra entre arrogante y estúpida.

—¿Nos vamos?

—Sí, Alteza —repuso Tessa recuperando el aliento y la compostura—. He hecho preparar unos tentempiés para cenar que espero os complazcan.

¿Complacerme? ¿Unos tentempiés? Yo lo que quería era volver a mi casa, lejos de la frontera de los Doppels y del portador de esos ojos verdes que parecían querer... algo.



V

Jade

Tessa nos acompañó durante la cena. Creo que sus evidentes muestras de entusiasmo no le gustaban demasiado a tía Mao, pero a mí, acostumbrada a vivir bajo un código mucho más rígido, me ayudaron a sintonizar con ella. Quizá ella no tenía ni la más remota idea de lo que yo sentía, pero era fácil hacerse una composición mental de todo lo que le pasaba por la cabeza pese a que su conversación tomaba a veces un ritmo entre frenético y caótico. Me gustó porque era muy diferente a mí. O, al menos, muy distinta a lo que yo mostraba al mundo. Que era nada, básicamente.

Su padre pertenecía a un linaje de economistas muy respetado en la Marca, pero fue la suerte la que quiso que el Rey reclamara sus servicios en palacio. Su madre, costurera de profesión, había diseñado muchos de los atuendos que vestía la familia real. No tenía claro si estaba más orgullosa de eso que del cargo que ostentaba su padre. Aquello era tan inaudito como divertido.

Había nacido en la Corte y, aunque su madre se había ocupado de la mayor parte de su educación, conocía todos los entresijos de las personas que vivían allí. Y no me refiero solo a la familia real. Sabía todos los parentescos existentes entre los sirvientes, así como

sus hábitos y aficiones. Cuando hablaba de alguien, no lo hacía con palabras frías o críticas mordaces, sino más bien como quien pretende que te empapes de todo cuanto te rodea para que deje de ser algo desconocido y no te sientas entre extraños. Su forma de comportarse, con ese punto de alegría mal disimulada, se agradecía en contraste a las miradas desdeñosas y los comentarios irritantes de mi otra Dama. Con Perfect cerca, ya tenía cinismo y autocomplacencia más que suficiente.

Que fuera esta última la que hubiera entrado en mi habitación al día siguiente sin llamar siquiera a la puerta era una forma de empezar el día con el pie izquierdo, reflexioné mientras escuchaba sus movimientos. No me digné a abrir los ojos, pero agarré con firmeza la daga oculta debajo de mi almohada. Solo por si acaso.

No era difícil localizar el sonido sordo de sus pisadas, amortiguadas solo en parte, y el frufrú de la seda de su vestido me ayudó a situarla mejor dentro de la habitación, caminando con paso decidido hacia los ventanales. Virtuosa en el piano, pero ruidosa como una vaca en celo.

—¡Buenos días! —exclamó con una alegría falsa mientras retiraba con un movimiento brusco las cortinas gruesas que mantenían la estancia a oscuras.

—No te he oído llamar a la puerta —le recriminé sin mostrar emoción alguna a la vez que me incorporaba ligeramente, sin sacar la daga de debajo de la almohada.

Llamadme paranoica. Lo soy un poco. ¿Qué se podría esperar, si no, de una Impura? Una que había sido criada por una MacAlister despiadada cuyo único objetivo era conseguir modelar mi carácter hasta convertirme en una Marcada fría y letal, capaz de controlar lo que habitaba en mi interior. Tenía su mérito, porque lo había conseguido.

—Estabas dormida —mintió.

La observé. Llevaba un vestido de color dorado que realzaba el color de sus ojos y le daba el porte majestuoso de una reina. Supuse que, durante todos estos años, su rango nobiliario le había permitido

tomarse ciertas libertades que se estaban volviendo condenadamente evidentes en cuanto a la forma en que tenía de tratarme.

Yo no era más que una MacAlister, cierto, y ella era una Todellinen, pero lo más probable era que acabara siendo su Reina, por lo que más le valía irse haciendo a la idea. Ninguna de las dos teníamos otra opción, así que cuanto antes asumiéramos esa transición, más fácil sería para ambas.

—El Príncipe ha concertado una recepción privada —soltó de golpe, mirándome como si aquello le produjera cierto placer y rabia al mismo tiempo.

—¿Qué significa eso exactamente? —cuestioné impasible, aunque el corazón se me había acelerado. Solo deseaba que su oído de Marcada no fuera capaz de percibirlo.

—Desayunarás con él en una de las salas privadas del segundo piso —repuso mientras se acercaba a mi armario y empezaba a analizar con ojo crítico cada uno de los vestidos hasta encontrar uno que, por lo visto, cumplía con sus expectativas—. Este combinará con el color de sus ojos.

Lo sacó del armario para mostrármelo. La miré como si hubiera dicho la cosa más estúpida del mundo antes de fijar la mirada en un vestido de gasa precioso en el que predominaban los bordados en plata sobre un fondo azul con matices turquesas. Admito que era precioso.

Me levanté de la cama y empecé a desvestirme mientras Perfect me elegía la ropa interior. Creo que eso la irritaba más a ella que a mí; al fin y al cabo, era el tipo de tarea que solían hacer mis doncellas en casa. Que eligiera un conjunto de encaje con transparencias sensuales era otra cosa. Hubiera sido lo último que yo habría deseado ponerme, pero no se lo hice saber.

Me ayudó con el vestido y ajustó con fuerza los cierres. Observó el resultado meticulosamente y su mirada se posó en el ligero realce de mis pechos. Chasqueó los labios, como si mi carencia de curvas prominentes le molestara.

—Haré que mi doncella suba a peinarte —añadió mientras me estudiaba—. Con un poco de maquillaje quizá podremos resaltar esos ojos negros que tienes. No son bonitos, pero tampoco vulgares.

—¿Siempre eres así de borde o te estabas reservando para mí? —le pregunté sin alterar el tono neutro e indiferente.

—Que sea tu Dama no significa que vaya a ser tu amiga —me advirtió. Su mirada se volvió feroz, dejando entrever la rabia que sentía al decir aquello—. Glenn me pidió que intentara convertirte en algo digno de sentarse a su lado y el Rey quiere que la profecía de tu marca se cumpla. Haré lo posible por cumplir los deseos de ambos.

Que hubiera dicho *algo* y no *alguien* no me pasó desapercibido.

—¿Y cuáles son tus deseos?

—¿Mis deseos? —repitió, mirándome como si nadie antes le hubiera preguntado algo así. Tras la sorpresa inicial, su rostro se volvió duro—. Deseé que murieras el día que se reveló el significado de tu marca, pero no pienses que soy la única que opina eso en la familia.

—¿Por algún motivo en concreto? —le pregunté sin mostrar signos de que esa conversación me afectara en lo más mínimo.

—Glenn no se merece un enlace de conveniencia con alguien que no ha demostrado valor alguno —sentenció y, tras escupir aquellas palabras venenosas, se dio la vuelta, dispuesta a desaparecer de la estancia.

—¡Perfect! —la llamé y se volvió para contemplarme. Le temblaba ligeramente el mentón, creo que por la rabia—. En primer lugar, el Príncipe no es la única persona que no ha tenido ni voz ni voto en esto y, en segundo lugar, la próxima vez llama a la puerta, creo que no queremos que haya un accidente, ¿verdad?

Me acerqué a la cama y saqué la daga oculta bajo mi cojín. La hice girar entre mis dedos con movimientos expertos mientras ella me observaba con cierta tensión. Me dio la espalda, algo que demostraba unas agallas considerables después de mi amenaza y

por el hecho de que tenía un arma en la mano, y salió de mis dependencias dando un sonoro portazo.

Sonreí.

Rebusqué entre mis pertinencias, que habían llegado junto al carruaje familiar cuando ya se había puesto el sol. Encontré lo que buscaba: unas cinchas con las que sujetar una daga al muslo. Una de las pocas cosas buenas que tenían aquellos vestidos, entallados en el torso pero con faldillas voluminosas, era que podías esconder un arma pequeña sin demasiadas dificultades. Nada que ver con esos diseños de tubo o sirena, que Owen adoraba, que se adherían a mis no demasiado voluminosas curvas y que imposibilitaban ocultar algo que no fuera la propia piel.

Después de la advertencia de que no era del todo bienvenida en el ala de palacio en la que vivían los Todellinen, mejor ir prevenida. Acceder a la daga sería toda una proeza, pero la seguridad de llevarla conmigo no tenía precio. Al fin y al cabo, si me sintiera realmente amenazada, mi mayor problema sería contener a mi otra mitad más que empuñar el arma. Aquello me trajo el recuerdo de los Doppels y la tregua que se había establecido entre nuestros pueblos.

No es que me molestara eso en concreto. El tratado de paz.

Históricamente, nuestro continente había pertenecido a los ancestros de los que ahora conocíamos como Serafines. Eran Halbgotts, como nosotros, que tras la Gran Guerra habían sido bendecidos con unas enormes alas negras membranosas cual murciélagos. Eso les abrió una infinidad de posibilidades que hasta ese momento no habían tenido. Al sur de la Grieta había un pequeño continente rodeado de diminutas islas y arrecifes traicioneros que dificultaban considerablemente llegar a él mediante una embarcación. Además, los acantilados lo rodeaban casi por completo, haciendo su acceso bastante complicado para alguien que no poseyera la capacidad de volar. No era como si un Marcado no pudiera escalar las angostas paredes de piedra, pero el ascenso le llevaría bastante tiempo.

Esa geografía, tan ventajosa para esa raza alada, hizo que se

decantaran por abandonar nuestro continente y trasladarse allí hacía varios milenios. Prosperaron, o eso se dice. Sus fronteras no estaban abiertas para los que no éramos como ellos.

Libre de Serafines, el continente quedó a disposición de cualquiera que se atreviera a cruzar el mar Muerto y colonizarlo. La pega fue que no fuimos los únicos en ser conscientes de aquello. Descubrimos que compartíamos aquel territorio con una raza minoritaria que era muy inferior a la nuestra. Pese a los primeros enfrentamientos, se pactó dividir aquella vasta extensión con ellos: las bestias se conformaron con el sur de la isla, una zona repleta de frondosos bosques y montañas de granito y gneis cubiertas de capas de piedra caliza. Era un territorio regido por las Altas Montañas, tres picos que continuaban con la cordillera de la costa oriental y lugar del nacimiento del río Othar, cuyo cauce representaba la frontera entre ambos territorios desde tiempos inmemorables.

Me dejé cepillar la melena por la doncella que Perfect me envió y no protesté cuando usó una brocha impregnada en una mezcla de colores oscuros sobre mis párpados, ni cuando recogió parte de mi cabello con un pasador de plata con pequeños zafiros engarzados en la superficie. ¿A quién pertenecía esa joya? Preferí no preguntarle para no saberlo.

—Simplemente perfecta —susurró.

Me obligué a abrir los ojos, que había mantenido cerrados durante el proceso. La imagen del espejo me sorprendió. Era yo, sin lugar a duda, pero una versión mucho más sofisticada, elegante y hasta exótica. Observé que mis ojos parecían mucho más grandes, más vivos, pintados con esa sombra oscura en la que destacaba un suave brillo plateado.

Siempre me habían gustado más los colores cálidos, los granates y los naranjas, que me recordaban las puestas de sol. La última luz del ocaso. Antes de que la oscuridad, mi oscuridad, tomara el control de mi mundo.

Sin embargo, debía admitir que el elegante vestido combinado con el exquisito pasador que me decoraba el cabello me hizo sentir,

por primera vez, como si realmente fuera una princesa. No solo porque mi marca lo dijera, quiero decir.

Incliné la cabeza en dirección a la doncella en señal de agradecimiento y ella me devolvió una pequeña sonrisa y una reverencia. Se alejó de mí para esperarme junto a la puerta con las manos unidas sobre el vientre.

Daba igual cuánto tiempo perdiera allí sentada, contemplándome simplemente. Estaba claro que no se iría de allí hasta acabar su cometido: acompañarme hasta la sala en la que conocería a mi prometido. Estaba nerviosa, para qué negarlo, pese a que fingí una absoluta indiferencia mientras me levantaba.

La seguí por el pasillo que llevaba hasta la escalera principal.

—Los guardias la llevarán hasta las dependencias del Príncipe, Alteza —me informó antes de volver a hacer una reverencia y alejarse de allí con aspecto satisfecho.

Aquella escalinata parecía, de repente, mucho más empinada.

Me removí ligeramente dentro del distinguido vestido antes de empezar a subir los peldaños. Uno a uno. No tardé en divisar una puerta custodiada por dos Marcados. No necesité justificar el motivo de mi presencia allí. Abrieron la puerta y se hicieron a un lado.

Es curioso cómo, pese a llevar toda la vida esperando ese momento, seguía sin estar completamente preparada.

—Alteza —me saludó un guardia que había tras las puertas—. El Príncipe la espera.

Esas cuatro palabras me pusieron aún más nerviosa. ¿Significaba eso que llegaba tarde? ¿Cuánto tiempo llevaría esperándome?

Sospechaba que Perfect podría haber tardado más de lo necesario en acudir a mi habitación para hacerme quedar mal frente a su primo. Me había dejado claro que me despreciaba, incluso si había asegurado que haría lo posible para que yo acabara encajando en la Corte y así satisfacer al monarca.

Apreté los labios mientras le seguía. Podía mostrarme fría, pero mi pulso me traicionaba. Me odié un poco por eso, lo admito, especialmente cuando el guardia se detuvo frente al marco de una

puerta y me dedicó una leve sonrisa al mirarme, como si le divirtiera mi nerviosismo.

—Princesa...

No era el guardia el que me había llamado. Un escalofrío.

Su voz era luz en un mundo de oscuridad. Creo que dejé de respirar durante unos segundos mientras lo buscaba con la mirada. Estaba de pie, junto a una chimenea en la que aún crepitaba el fuego sobre unos leños secos.

—Príncipe —conseguí responder, sin tartamudear, antes de realizar una reverencia mientras intentaba controlar la impresión de contemplarle por vez primera.

Ciertamente, era el Marcado más apuesto que jamás había visto.

Era alto y de complexión atlética. Lucía un atuendo negro sobre el que llevaba una coraza plateada con finos grabados entrelazados por todo el torso. Tenía el cabello de un color negro azabache que le caía a ambos lados de la cara hasta rozar sus pómulos, algo angulados. La sutil barba que lucía formaba un candado alrededor de los labios, que se mantenían en una línea fina y recta, pero cuya visión me hizo estremecer. Sin embargo, eran sus ojos, de un azul celeste con tonos blanquecinos y plateados, lo que más me llamó la atención. Había oído hablar de ellos, pero su belleza me sorprendió igualmente.

—Puedes retirarte —le indicó el Príncipe al guardia. Me sentí estúpida. Insignificante. Era absurdo que fuera yo la que estaba allí, en esa habitación, con él. Glenn Todellinen. Nuestro futuro Rey.

Con movimientos suaves y controlados, se separó de la chimenea para aproximarse a una mesa en la que habían servido un copioso desayuno, algo que no tenía mucho sentido porque apenas sería capaz de probar bocado con él delante.

—Acércate —me pidió con un tono de voz suave, pese a que había una orden implícita en su palabra.

Intenté recuperar un poco la autoestima y caminé hasta la silla que me ofrecía. Esperó con paciencia. Yo quería morirme, básicamente.

Sujetó el respaldo de la silla y lo empujó con suavidad para acercarme a la mesa una vez había tomado asiento. Me limité a mantenerme con la espalda rígida durante todo el proceso. Incluso si no podía verle, sentí cómo se aproximaba con ligereza hacia mí e inhalaba profundamente, buscando mi olor, supongo. Sentí que el corazón se me aceleraba de nuevo hasta que al fin retrocedió y, a continuación, se sentó a mi lado para observarme durante unos segundos.

Me sentí extraña ante aquel escrutinio, pero teniendo en cuenta que yo también lo había hecho al entrar, tampoco podría criticarle.

—Háblame de ti —me pidió.

—¿Qué quiere saber, su Alteza? —le pregunté intentando recuperar el control de mi cerebro.

—Creo que, dadas las circunstancias, estaría bien que nos tuteáramos, si te parece bien, Jade —me propuso.

—Por supuesto —repuse a la vez que intentaba no mostrar mi nerviosismo.

—¿Qué te apetecería probar? —me preguntó mientras su mano mostraba el amplio abanico de posibilidades que tenía frente a mí, en la mesa.

—Algo dulce —opté por contestar, aunque no le hubiera dicho que no a un poco de cianuro, lo justo para dejarme en un estado comatoso y no sentir esa inquietud recorriendo cada centímetro de mi cuerpo.

—Prueba esto —me pidió. Cogió un trozo de algo cubierto de chocolate y me lo acercó a la boca.

Eso no podía estar pasando, ¿verdad? Sentí que me sonrojaba por completo y sus ojos brillaron con motas plateadas. El gesto rígido de sus labios se suavizó un poco y se los humedeció con la lengua. Abrí la boca y mastiqué aquel bocado a pesar del maldito nudo en el estómago que tenía. El Príncipe sonrió, satisfecho, mientras me observaba con atención.

—Entiendo que la situación puede resultarte un poco incómoda —admitió, y creo que un tono de diversión tiñó sus palabras—. Quizá

podrías hablarme de algo que te resulte familiar. Has venido acompañada de una MacAlister, ¿no es cierto?

—Mao MacAlister —respondí tras tragar aquel bocado sin ser capaz de disfrutarlo—. Es la hija menor de Cedric MacAlister, el abuelo de mi padre.

—He oído hablar de él —afirmó Glenn—. Fue Consejero Militar.

—Sí. Era nieto de Samos MacAlister, otro Consejero Militar de un antepasado vuestro...

—Tuyo —me interrumpió—. Vamos a ser familia.

Claro, eso.

—Tuyo —sentencié haciendo un pequeño mohín y él me sonrió.

—Eres hermosa —susurró entonces—. Hay algo en ti. Tal vez es ese punto de inocencia. Quizá no es casualidad que lleves esa marca en el rostro, en realidad.

Era imposible respirar con normalidad cuando alguien como el Príncipe te miraba de aquella forma, como si quisiera leer dentro de ti con esos ojos tan inusuales en nuestra raza.

—¿Puedo? —me preguntó acercando su mano a mi rostro. No fui capaz de contestarle, así que me limité a hacer un gesto afirmativo con la cabeza mientras contenía la respiración.

Primero me acarició la mejilla con suavidad para, a continuación, rozar con el pulgar las líneas que cruzaban la mitad de mi rostro en un gesto delicado y terriblemente sensual. Odié a Owen porque él, de alguna forma, había sospechado cómo me afectarían las atenciones de Glenn. Conseguí no suspirar como si fuera estúpida y me limité a quedarme quieta, impasible, hasta que decidió dar por saciada su curiosidad y finalizó aquella caricia, que tan terriblemente íntima se había sentido. Alejó la mano de mí.

—Haremos una cosa. Puedes preguntarme algo, lo que quieras, y yo te responderé.

—¿Cualquier cosa?

—La que quieras, pero con una condición.

—¿Quiero saberla?

Una pequeña sonrisa asomó a sus labios y sus ojos brillaron con

una inteligencia viva. Ladeó un poco la cabeza mientras me observaba.

—Luego yo haré lo mismo y quiero que me respondas con la máxima sinceridad posible.

No tenía claro si ese juego iba a gustarme, pero tampoco me parecía muy inteligente negarme a participar en él. Podría dar a suponer que tenía algo que esconder. Que tenerlo, lo tenía, pero la idea era que él nunca llegara a saberlo. Algo que podía tornarse en problemático porque era sabido que algunos Marcados tenían la capacidad de saber si alguien mentía a través de los cambios químicos que sucedían en el cuerpo. La forma en cómo se agitaban el pulso y las pupilas advertían de que esa persona se sentía en peligro. No es que yo fuera diestra en ese tipo de arte en concreto, pero sospeché que Glenn sí.

—¿Estás dispuesto a cumplir la promesa de tu padre? —le solté a bocajarro, sin dejar de mirarle. Su expresión no se modificó lo más mínimo, aunque era imposible que mi impulsividad no le hubiera sorprendido.

Decidí darle un tiempo para reflexionar antes de contestar, así que me incliné a coger una galleta y le di un pequeño mordisco, como si su respuesta no me afectara. Como si mi vida no dependiera de ella.

—Con la edad que tengo, me gusta tomar mis propias decisiones —admitió—. No te negaré que me molestó que mi padre formalizara ese compromiso en mi nombre, pero sentí cierta curiosidad por la mujer que llevaba esa marca.

—Supongo que eso justifica mi presencia aquí —reflexioné tras obligarme a tragar otro bocado de galleta con sabor a canela y jengibre. Estaba deliciosa, sí, pero en esos momentos no era capaz de apreciarlo.

—Es mi turno —puntualizó sin afirmar ni desmentir mi comentario —. ¿Cuáles son tus flores favoritas?

Le miré y no pude evitar alzar una ceja, un tanto irritada por aquella pregunta. Podía preguntarme lo que quisiera. Mi opinión

sobre nuestro enlace, por ejemplo, pero él se había limitado a preguntarme por flores.

—Amapolas —respondí sin dejar de sostenerle la mirada.

—¿Amapolas? ¿Por qué?

—Mi turno —negué, sonriéndole solo a medias, mientras le estudiaba. Su proximidad se estaba volviendo menos asfixiante, como si empezara a sentirle como una persona y no solo como una leyenda que había idealizado a lo largo de mi infancia.

—Eres audaz además de bella.

Intenté no sonrojarme. O no mucho, al menos.

—¿Crees que es seguro que haya Doppels caminando libremente por palacio? —pregunté y su mandíbula se tensó. Esa pregunta era más propia de la tía Mao que mía, pero la verdad es que esa realidad era bastante inquietante.

—No —masculló con expresión irritada—. Esa es una de las muchas cosas en las que discrepo de mi padre. Si gozan de esas libertades no es porque yo se las haya dado, te lo aseguro.

—Entiendo —murmuré, consciente del distanciamiento entre el Príncipe y el Rey. Algo que sabía, pero solo de oídas. No era lo mismo que uno de ellos lo admitiera frente a ti. Sin tapujos. Glenn estaba siendo honesto conmigo y eso me emocionó un poco.

—¿Por qué las amapolas? —me preguntó mientras volvía a servirse comida.

—¿La verdad? —le pregunté y él hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Me gusta la intensidad de su color en los prados y que sean un tanto salvajes y solitarias. Quiero decir que no dependen de complementos ni ramilletes que las acompañen para que la presencia de cada una de ellas destaque. Además, son fieles a su naturaleza: si cortas su tallo, sus pétalos perecen en apenas unos minutos.

—Se marchita su belleza —me contradijo Glenn.

—Pero no pierden su esencia, lo que son —argumenté y él se acarició la barbilla, como si meditara sobre aquello.

—Es una forma interesante de verlo —admitió—. Creo que va a

ser un reto complacerte, Jade, y creo que voy a disfrutar con el cortejo. ¿Me permites?

Tendió una mano en mi dirección para que le diera la mía. La acerqué y me sentí orgullosa de que no me temblara lo más mínimo después de que hubiese afirmado que empezaría los preparativos del cortejo y que, por tanto, tenía intención de llevar a cabo nuestro enlace.

Cogió mi mano con suavidad y me ayudó a levantarme. Supuse que nuestro momento de intimidad había acabado y lo lamenté un poco. Pasados los primeros minutos, empezaba a sentirme cómoda en su presencia.

Me acompañó hasta la puerta en la que estaban aposentados los guardias, nuestras manos enlazadas. Era consciente de que tenía las mejillas sonrojadas y que el sutil maquillaje que llevaba no ocultaría ese detalle en concreto. Se paró frente a la salida y se acercó mi mano a su rostro. Me besó el dorso con lentitud y con una suavidad que hizo que me estremeciera por completo. Sus ojos no dejaron de mirarme durante el proceso y creo que se deleitó con las reacciones de mi cuerpo, demasiado evidentes, al sentir su contacto.

—Mi Princesa —susurró antes de liberarme—. Estaré unos días ausente, pero cuando vuelva me gustaría llevarte a un sitio especial.

—Será un placer.

—Lo será —aseguró y se me sonrojaron hasta las orejas.

Hice una pequeña reverencia antes de darle la espalda en un intento un tanto cobarde de huir de él. No me gustaba como toda yo perdía parte de mi aplomo ante su mera presencia, quizá por ser quién era, quizá porque al estar a su lado volvía a sentirme como aquella niña que soñaba con su Príncipe. Aquello me trajo un recuerdo. El momento en que dejé de ser esa niña. Mi realidad. Sí, esa que debía esconderle.

—Jade —me llamó y me volví para mirarle—. No tengo intención de cortarte las alas.

—No podrías hacerlo, incluso si lo intentaras —le contesté con una firmeza que le sorprendió. Le sonreí. Una sonrisa tímida que,

para ser yo, decía mucho. Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza y esperó a que me fuera.

Quizá no había sido del todo consciente cuando se lo había dicho, pero la analogía era real. Yo me sentía como una de esas amapolas, salvaje y solitaria.

En esos momentos estaba disfrazada de azul y plata simplemente para complacerle. Hermosa, me había dicho Glenn. Como un cuadro. Como un ramillete expuesto en una estantería. No, ese no era mi verdadero yo y creo que él, de alguna forma, lo había entendido.

Debería sentirme feliz por el interés que había demostrado en que nos conociéramos, sin forzar algo que, en el fondo, ya estaba sentenciado desde hacía años. Que se mostrara tan cercano, como si quisiera que, al margen del compromiso existente, llegara a haber afecto real entre nosotros, al igual que en cualquier otro matrimonio de Marcados. Sin embargo, todo aquello no era más que una mentira y, aunque no debería importarme, porque desde la primera vez que me transformé todo había cambiado, lo cierto es que me embargó la tristeza al ser consciente de que Glenn jamás podría llegar a amarme por quién era. Porque ese, precisamente, era mi mayor secreto.



VI
Jade

Caminar por las calles de la Marca junto a Tessa y Perfect no era lo que yo definiría como un gran plan; sin embargo, no había podido negarme. Tres guardias nos seguían para cubrir nuestras espaldas. Perfect parecía acostumbrada a eso, pero Tessa, al igual que yo, no podía evitar mirar de tanto en tanto en su dirección.

Eran apuestos, pero lo que más destacaba en ellos era la armadura reluciente con el emblema de los Todellinen grabado tanto en la coraza como en las grebas. Si por mí fuera, preferiría llevar una de esas en lugar del vestido azul y plateado que, allí en medio de la ciudad, hacía que todos intuyeran mi identidad y susurrasen a mi espalda tras mi paso.

Sí, la prometida del Príncipe. Princesa para algunos, pero no para todos.

—Ignóralos —me aconsejó Perfect al ver que me incomodaba ser el centro de atención de todos los Marcados con los que nos cruzábamos—. No se acercará nadie si tú no le llamas.

—Es el protocolo que deben seguir con la familia real —me explicó Tessa.

—Con los Todellinen. —Perfect remarcó su apellido, aunque

después, mirándome con gesto indiferente, añadió—: Aunque supongo que, por extensión, también contigo.

—Está bien ser la extensión de algo tan grande —opiné mientras miraba el mundo que me rodeaba. No, no me refería a los Todellinen, sino a lo que ellos simbolizaban en el fondo. Mi pueblo, mi raza.

A nuestro alrededor había edificios, pero era la vida que se sentía palpitando en las calles adoquinadas lo que me tenía el alma en vilo. Escuché a hurtadillas las conversaciones de hombres y mujeres. Algunos hablaban de cosas banales y otros sobre los rumores de una tregua con las bestias y la presencia de Doppels en la Corte.

Era difícil concentrarse en todo mientras mis Damas me hablaban, a veces a destiempo. Tessa y Perfect podían haber vivido juntas bajo el mismo techo, aunque era evidente que su relación era inexistente. Creo que ambas lo preferían así, pero mi llegada las había obligado a coexistir en tiempo y espacio.

—¿Y ese edificio? —pregunté mientras observaba una preciosa edificación aislada en la que, sobre unas columnas de mármol de aire solemne, destacaba una estructura triangular repleta de runas. Runas olvidadas, del lenguaje extinto de los Antiguos.

—Es el Registro —se adelantó a explicarme Tessa con ese entusiasmo suyo tan sorprendente entre los nuestros—. El lugar al que se llevan los niños para leer su marca.

—Aquí empezó todo —susurré mirando aquel lugar con una mezcla de respeto y repulsión al mismo tiempo.

—¿Quieres que entremos? —me preguntó Perfect y, por una vez, su tono no parecía contener burla o provocación alguna.

Hice un gesto afirmativo.

Perfect abrió la marcha hacia el recinto y Tessa se mantuvo a mi lado. Observé cómo se dirigía con determinación a un mostrador en el que había una Marcada de aspecto anciano.

—No te he preguntado por tu marca —le dije a Tessa, por hablar de algo y disimular mi impaciencia.

—No, no lo ha hecho —repuso ella sonrojándose ligeramente. No

es que fuera tradición ir preguntando algo así a todos los Marcados que conoces, ya que se consideraba hasta cierto punto íntimo, pero teniendo en cuenta que ella y yo pasaríamos muchas horas juntas de aquí en adelante, lo mínimo era interesarme por ese tipo de cosas.

—Puedes tutearme —le pedí—. Jade, a secas. Al resto tardaré un tiempo en acostumbrarme.

—Supongo que ha de ser difícil —admitió con un gesto afirmativo —. Puede ser una tontería, pero me encanta mi marca.

—Está bien que a ti te guste, porque no aporta absolutamente nada al mundo —intervino Perfect, haciendo que Tessa se sonrojara más—. Amistad. Esa es su marca. ¿Útil? No mucho.

—No me lo digas —me apresuré a intervenir, al ver el bochorno de Tessa—. Casi puedo adivinar la tuya: perfección.

Me regaló una de esas miradas cargadas de odio antes de contestarme, consciente del tono irónico que había usado.

—Templanza —me respondió con dureza.

—Tampoco le encuentro la utilidad, sinceramente —repuse con gesto indiferente. Tessa empezaba a cambiar su peso de un pie al otro en un movimiento nervioso bastante molesto. Perfect, sin embargo, se mantuvo quieta, observándome.

—Cuando uno de tus primos es el futuro Rey y el otro el guerrero más respetado en todo el ejército de los Marcados, ser capaz de templar a ambos puede llegar a ser un reto —afirmó—. No cometas el error de menospreciar mi función en la Corte.

—Pensaba que tu cometido era amargar a todas las personas que tuvieran la mala fortuna de cruzarse contigo —declaré, sin mostrarme impresionada por sus palabras. No pude contenerme de proteger a Tessa del ego y la soberbia de esa Todellinen en concreto.

—Deberías estarme agradecida —protestó Perfect y sentí que había un resquicio de dolor en su mirada—. Sé que a Glenn le has causado un grato interés.

—¿Es eso cierto? —exclamó emocionada Tessa.

—No diría tanto —repuse con una evasiva, pero al mismo tiempo observé a Perfect con atención. No conseguía entender sus intereses ni sus motivaciones.

Nos quedamos en silencio al escuchar unos pasos que se acercaban a nosotras.

—Alteza —me saludó la anciana que había desaparecido en el interior del edificio después de hablar con Perfect—. Los magistrados están esperándolas.

Perfect y yo nos miramos y creo que ambas decidimos dejar aquella discusión para otro momento, incluso si se hacía evidente que ninguna de las dos teníamos intención de achicarnos frente a los argumentos de la otra.

La seguimos por un pasillo hasta llegar a una gran biblioteca circular repleta de estanterías con libros que olían a cuero viejo y a miles de historias.

—Alteza —me saludó un Marcado de ojos canela—. Es un honor para nosotros volver a tenerla aquí.

—Estas son mis Damas, Tessa Araid y Perfect Todellinen —las presenté y ambas se colocaron a mi lado. Tessa con esa alegría suya y Perfect por obligación. Templanza. Desde luego, su marca no le representaba en lo más mínimo.

—Cuando nos traen a un infante al Registro, un artista realiza una copia fidedigna de su marca —empezó a explicarnos mientras caminábamos entre las mesas que regían la zona central de la biblioteca. En ellas había una gran cantidad de Marcados estudiando pergaminos con grabados únicos. Marcas, runas antiguas que nos fueron regaladas por los Antiguos para ayudarnos a encontrar nuestro destino. O atarnos a él.

—¿Qué pasa a continuación? —preguntó Tessa mientras sus ojos parecían querer absorberlo todo.

—Cada uno de estos pergaminos es la runa de un infante —nos explicó mientras se acercaba a la mesa, y, tras ponerle la mano sobre el hombro a uno de los Marcados, cogió el que estaba contemplando mientras tomaba notas en una libreta—. Cada runa se

asigna a un magistrado que analiza los trazos y busca semejanzas con otras runas.

—¿Como si intentara dividirla en partes? —le pregunté con curiosidad.

—Exactamente, Alteza —confirmó—. Luego empezamos a comparar esos fragmentos con los registros que tenemos del lenguaje de los Antiguos.

Sus manos se elevaron para englobar todo lo que nos rodeaba. Cientos de libros, o tal vez fueran miles, dispuestos en las estanterías. Cada uno había sido encuadernado artesanalmente y su lomo estaba decorado con hermosos grabados. Sobre las mesas había algunos de esos ejemplares abiertos de par en par, mostrándonos el color amarillento de los pergaminos y evidenciando así su antigüedad. Un gran legado que habíamos conseguido acumular y proteger del paso de los milenios.

—¿Cuánto puede tardar ese proceso? —Me sorprendió que fuera Perfect la que interviniera en la conversación, así como el tono que usó, mucho más suave que el que reservaba para mí. O para Tessa, por lo visto.

—Algunas runas son más sencillas y pueden leerse en apenas unos días —reconoció—. Otras, más complejas y únicas, pueden llevarnos más tiempo. Años, en algunos casos. Los magistrados superiores ayudamos a interpretar ese tipo de lecturas más difíciles.

Su mirada volvió a mí al acabar aquella frase. Rara hasta para eso.

—Mi prima tiene un bebé —anuncié—. Su marca aún no ha sido leída.

—Tenemos a todos los magistrados trabajando en las runas, pero sería un placer para mí ocuparme de ella personalmente si eso satisface a su Alteza —se ofreció.

—Me sentiría agradecida —admití.

—Gestionaré el desplazamiento de la pequeña MacAlister —sentenció Perfect.

—No hace falta —repuse—. La tía Mao partirá mañana hacia

Ashialla, ella puede advertirles para que Nuvia traiga a Eluney con el carruaje familiar.

—Como desees —repuso Perfect con un tono carente de emoción alguna.

Tras aquella visita, Perfect nos llevó a una posada de aspecto elegante donde había reservado una habitación privada para que comiéramos antes de volver a palacio. Las tres nos sentamos alrededor de la mesa y nos limitamos a comer en absoluto silencio.

Si el resto de mi vida tenía que ser así, casi prefería morirme pronto. Pensé en mi encuentro con el Príncipe y, antes de sonrojarme ante el recuerdo de sus labios sobre la piel del dorso de mi mano, se me ocurrió que podría hacer algo parecido a lo que habíamos hecho él y yo con las que serían, para el resto de mi vida, mis Damas.

—Hagamos una cosa —determiné rompiendo el silencio. Perfect me observó con el ceño fruncido, como si le hubiese molestado, aunque al menos la mirada de Tessa mostraba un atisbo de esperanza. Otra que se sentía incómoda—. Creo que deberíamos conocernos un poco mejor porque, nos guste o no, vamos a tener que pasar muchas horas juntas.

—¿Qué propones? —preguntó Perfect mirándome con expresión aburrida.

—Un juego —sentencié—. Cada una va a decir tres cosas: lo que más le gusta, lo que más detesta y lo que más le gustaría.

—¿Eso es un juego? —ironizó Perfect.

—Si quieres podemos hacerlo mientras damos vueltas alrededor de la mesa bailando desnudas —repuse y una chispa de diversión brilló en sus ojos. Creo que mi sentido del humor le gustaba o que, al menos, la entretenía.

Las dos fruncimos el ceño al mismo tiempo cuando las carcajadas de Tessa resonaron dentro de la habitación. Tenía los ojos ligeramente hinchados y las lágrimas rebosaban por sus comisuras. Perfect me miró, elevando una ceja, mientras observaba a la Marcada retorcerse de la risa.

—¿Se habrá atragantado con algo? —cuestionó.

—Lo dudo —negué mientras se me escapaba una pequeña sonrisa traicionera.

Su risa era contagiosa, aunque ni Perfect ni yo nos dejamos llevar por ella. Observé a la Todellinen con atención y tuve la sensación de que no estaba acostumbrada a situaciones así. No es que un espectáculo como el que nos estaba regalando Tessa fuera algo habitual entre los nuestros, pero yo al menos tenía veinte años y había dejado la niñez hacía poco. Perfect, en cambio, se aproximaba al siglo de edad y ese tipo de comportamientos, aceptables solo en los niños, le quedaban muy lejos.

Aunque Tessa, por lo visto, no había templado su carácter ni aprendido a contener sus emociones. Su risa me recordó al Doppel riéndose de mí. Me estremecí. Doppels en palacio. Era una estupidez. Glenn tenía razón. ¿Por qué habría permitido algo así su padre?

—Me gusta ser una Todellinen, detesto el ruido y me gustaría ser feliz —soltó Perfect de golpe, a trompicones, como si necesitara hacer algo para conseguir acallar las risas de Tessa.

Lo consiguió, creo que por la sorpresa de que Perfect decidiera abrirse un poco a nosotras. Dos plebeyas, a su modo de ver.

—Me gusta la oscuridad, detesto fingir y me gustaría ser una guerrera —les confesé y, por una vez, la mirada que me dirigió Perfect no fue crítica.

Ignoré que mi confesión quizá revelaba más de lo que debería de mi gran secreto. Pero era cierto. Sentía que cuando me perdía entre las sombras de la noche mis ataduras desaparecían. Formaba parte de mí, incluso si me empeñaba en negarlo. En contenerlo. Por un bien mayor.

—¿Guerrera? —preguntó Tessa con un deje de admiración—. Si yo hubiera sabido que mi destino era ser la prometida del Príncipe Glenn, dudo que hubiera hecho cualquier otra cosa que soñar con eso todo el día.

Perfect hizo un pequeño mohín, pero a mí me divirtió el tono de

ensoñación con que Tessa habló de él.

—Eres toda una MacAlister —reflexionó Perfect contemplándome con algo parecido al respeto—. Mi primo Ash ha combatido en más de una ocasión al lado de tu primo Owen. No tengo claro si le admira o le odia, pero sé que le considera un digno rival.

—¿Crees que eso es un problema? —le pregunté a mi Dama con sincera curiosidad—. Glenn me ha dicho que no tiene intención de cortarme las alas.

—¿Te tuteas con el Príncipe? —tartamudeó Tessa y Perfect le dio un pequeño empujón en el hombro mientras ponía los ojos en blanco.

—Es su prometido, ¿recuerdas? En nada estarán follando para engendrar un heredero, creo que lo de que se tuteen es insignificante —le soltó, haciendo que Tessa se sonrojara por completo.

—¿Ese tipo de lenguaje es propio de una Dama? —le cuestioné con expresión indiferente, aunque me estaba muriendo de la risa por dentro. Mejor eso que pensar en el contenido de sus palabras. Glenn y yo. Intimando.

—Negaré haberlo dicho frente a mi madre —repuso encogiéndose de hombros y a Tessa le dio otro arranque de risa.

—Deja de reírte y confiesa —le pedí antes de que Perfect le soltara una colleja o la dejara patitiesa con una frase cortante y humillante de las suyas.

—Me gusta la gente, detesto el silencio y me gustaría tener amigas de verdad —soltó con una amplia sonrisa esperanzada en el rostro.

—Conmigo no cuentes —sentenció Perfect, mirándola como si no fuera capaz de entender que alguien tuviese ese tipo de aspiraciones —. Somos absolutamente incompatibles.

—A veces las diferencias suman —intervine divertida al constatar que mis dos Damas no podían ser más opuestas. Quizá eso no era malo del todo, porque la alegría despreocupada de Tessa aplacaría la

frialdad cínica de Perfect. Observé a la Todellinen—. No me has contestado.

—La Corte es un mundo repleto de entresijos, pero no van a dejarte formar parte del ejército si esa es tu pregunta —reveló—. Ni siquiera a Glenn le permiten estar en primera línea, así que pese a que ostenta el cargo de Consejero Militar, su mano ejecutora es nuestro primo Ash.

—Entiendo —repuse con un gesto afirmativo del mentón. No es que no estuviera mentalizada de que podía encontrarme con algo así, pero me molestaba, lo admito. Además, necesitaba ejercitarme física y mentalmente para mantener bajo control lo que habitaba en mí.

—Creo que al Rey le complacerá que no seas un mero atrezo, a diferencia de su Reina —continuó. Aquellas palabras, duras, me sorprendieron—. Es posible que si no fueras una MacAlister, no hubiera aceptado formalizar un compromiso entre su heredero y una mocosa cuyo potencial era, y es, un auténtico misterio para todos.

—Fue algo sorprendente —aseguró Tessa—. Un matrimonio concertado por los Antiguos.

—¿Cómo lo vivió Glenn?

—Mal —admitió Perfect—. Lleva toda la vida acatando todas y cada una de las órdenes de su padre, que parece menospreciar su valía para tomar el control y dirigir el reino. Solo le faltaba que le impusiera un matrimonio concertado.

Aquello me impactó. Yo había crecido bajo esa premisa. Nunca me había planteado tener otra opción que cumplir la voluntad de los Antiguos y honrar así a mi familia. Pero para Glenn... había sido muy diferente.

—Podría entender que me odiara —murmuré.

—Creo que lo hizo durante un tiempo o, tal vez, aún lo hace —reconoció Perfect—. Desde tu nacimiento ha frecuentado todo tipo de mujeres y se ha abandonado a los placeres carnales como si eso pudiera compensar el agravio de no poder desposarse con quien él deseara.

—No tengo claro si esta información me la das para advertirme o para dañarme —observé, intentando que esa realidad no corrompiera lo que había vivido aquella mañana.

—Quiero a mi primo —afirmó la Marcada—, pero le debo la lealtad a mi tío. Él me nombró tu Dama y eso significa que también te debo lealtad a ti. No me gusta, ya lo sabes, pero mi misión es conseguir que este enlace se lleve a cabo.

—¿Por qué?

—Porque se lo prometí a mi tío —reconoció, molesta—. Además, cuando seas Reina podrás elegir a tus Damas y, sinceramente, espero que me liberes de esta carga.

—Dalo por hecho —afirmé. Me alegraba tener esa opción. Algún día. Que Perfect viviera en palacio era menos malo que tenerla pegada al culo todo el día. «Al menos de cara a la galería», me dije mientras recordaba cómo me abandonó a mi suerte en mis aposentos.

Perfect hizo un gesto afirmativo con el mentón, un acuerdo entre nosotras.

—Conozco los gustos de tu Príncipe —añadió Perfect—. Conseguiremos que le conquistes y todos saldremos ganando. Tú serás Reina y yo volveré a ser libre.

—¡Me encantan las historias de amor! —anunció Tessa con un sonoro suspiro.

Creo que a ninguna nos sorprendió que dijera algo así y eso era, por sí solo, preocupante. Perfect y yo nos miramos con una complicidad que no habíamos tenido hasta ese momento. Tessa era el punto discordante entre nosotras y quizá eso nos ayudaría a valorar nuestras semejanzas. Las dos éramos frías, calculadoras y estábamos dispuestas a hacer lo que fuera para conseguir lo que nos habíamos propuesto.

Después de la cena, me vi obligada a ir a la habitación de invitados en la que habían instalado a la tía Mao para tener unos minutos de

intimidad con ella. Se había pasado el día en palacio reposando, según ella.

¡Claro!

Cerré la puerta una vez entramos en su habitación. Era amplia y bonita, con unos ventanales enormes que daban al jardín exterior del palacio, pero insignificante en comparación con mis dependencias. Después de todo, ella era una invitada y yo... formaría parte de la familia. Pronto. En un par de meses, a lo sumo, si Glenn agilizaba el proceso del cortejo. Pensar en aquello hizo que me pusiera nerviosa y caminé hasta los cristales para mirar las sombras que se proyectaban en el jardín mientras la noche empezaba a cernirse sobre él.

La tía Mao se acercó a mí y me colocó una mano en el hombro antes de hacer un gesto de negación con la cabeza. No necesitaba palabras para saber que no podía hablarle de todo lo que quisiera. Aquel lugar estaba repleto de guardias y ninguna conversación sería totalmente privada pese a que estuviéramos a solas en su habitación.

—¿Cómo te ha ido esta mañana con el Príncipe? —me preguntó mientras se alejaba y se sentaba en un sillón pequeño de cuero gris.

Ocupé el que había frente al suyo, separados únicamente por una pequeña mesita de cristal redonda con una base de metal.

—Bien —le contesté mientras me sonrojaba ligeramente bajo su atenta mirada. Elevó una ceja, interrogante, y me vi obligada a darle más información sobre nuestro breve encuentro—. Es apuesto y gentil. Me ha preguntado qué tipo de flores me gustan. Creo que quiere empezar el cortejo cuando vuelva.

—¿Te ha explicado lo de la Grieta?

Fruncí el ceño. ¿La Grieta? Negué con la cabeza para que continuara.

—Por lo visto, la Corte ha estado bastante agitada durante la última semana —empezó mi tía—. Llegó un mensaje de los Serafines advirtiendo que habían avistado movimiento.

—¿En la Grieta? —pregunté impactada.

—Sí —afirmó mi tía, frotándose las manos, un signo evidente de que aquello la inquietaba incluso a ella.

—El Príncipe y un pequeño destacamento partirán por mar para verificarlo —concluyó.

Mi mirada se endureció. No, no me había contado nada de eso. Aunque ¿por qué debería haberlo hecho? En realidad, yo no era más que una desconocida. Su prometida, cierto, pero no significaba que él confiara en mí solo por eso.

La Grieta.

A través de ella los demonios fueron capaces de invadir nuestro mundo, y si no hubiera sido por los Antiguos, hubieran exterminado a nuestros antepasados. Sentí un escozor en la piel; mi otra yo ansiaba manifestarse. La noche ya se había alzado con toda su majestuosidad. Me miré las manos. Mis dedos, finos y femeninos, coronados por un esmalte de uñas granate. Era capaz de contenerlo, pero ¿qué pasaría si los monstruos volvían a la superficie? ¿Sería capaz de seguir haciéndolo o me dominarían, de alguna forma, obligándome a formar parte de sus filas?

Creo que mi tía fue consciente del curso de mis pensamientos porque se inclinó un poco hacia mí y me cogió la mano. Aquel gesto, el tacto de su piel, calmó mi corazón inquieto. Llevaba mucho tiempo siendo mi punto de apoyo y consuelo.

—Es muy valiente por parte de tu Príncipe hacer algo así —lo alabó y me obligué a sonreírle. Podría llegar a amarle porque mi admiración ya la tenía. Si no le mataba antes un antepasado mío despiadado. Un demonio. En tal caso, no habría cortejo ni enlace. Sería libre y, sin embargo, la idea no me atraía lo más mínimo.

—¿Puedo preguntarle cómo lo ha descubierto?

—La gente habla —afirmó mi tía con una sonrisa. Separó su mano de la mía antes de volver a recostarse en el sillón.

—¿Cree que la presencia de los Doppels tiene algo que ver con eso?

—No lo sé —me confesó—. Llegaron antes que el mensajero de los Serafines. Por lo visto, el Rey parece dispuesto a firmar un

tratado de paz y, de momento, existe una tregua en la frontera. Que haya aceptado alojar en palacio al hijo bastardo de nuestro enemigo me parece excesivo, pero demuestra su buena voluntad.

—¿Cree que son peligrosos?

—Bastardo o no, es un Diente de Amur —masculló mi tía mirándome con atención—. Me horroriza pensar que hayas estado en su presencia.

—Tenía un arma.

—Una daga.

—Menos es nada —me defendí. Mi tía sonrió.

—Eso es cierto —murmuró con un brillo travieso en los ojos—. Sé que habrías opuesto resistencia hasta con un mero puñal.

—Y, con un poco de suerte, le habría matado —aseguré, incluso si hablaba más el orgullo que otra cosa.

—Te echaré de menos —reconoció de improviso mi tía.

La observé. Sus ojos estaban algo humedecidos y me emocioné. Apreté los labios y me negué el placer de llorar. No recordaba la última vez que lo había hecho. Con toda probabilidad fuera una de las noches que siguieron a aquella primera transformación y a la muerte de la mujer que prácticamente me había criado. El recuerdo de Abigail volvió a mí y, con él, la imagen de su sangre salpicándome. Mi rostro se volvió duro, inexpresivo, aunque las emociones seguían a flor de piel.

—Yo también a usted, tía —le confesé.

—Lo harás bien —me aseguró—. Serás una gran reina. Tienes madera de líder.

—Honraré a la familia —le dije antes de cerrar los ojos y hacer una pequeña inclinación en su dirección—. Dejaré que descanse tranquila. El carruaje saldrá a primera hora.

Me levanté y salí de su habitación; me sentía completamente sola. No tenía del todo claro si la tía Mao era consciente de lo importante que había sido para mí contar con ella durante todos aquellos años. Si la vida no le jugaba una mala pasada, ella velaría por el cambio de la pequeña Eluney cuando llegara su momento. Y

donde ella no llegara, estaría yo. Ahora también era mi misión. Proteger y honrar a mi familia. Incluso si nuestra sangre estaba contaminada.

Llegué a mi habitación intentando que la tristeza no me arrastrara a un pozo sin fondo. Cerré la puerta y me recosté contra ella. Sola. Ahora y siempre. Rodeada de gente, sí, pero sola después de todo. Pensé en Perfect y el simple hecho de hacerlo me sorprendió. Compartíamos más cosas de las que me gustaría admitir.

Sentí que mi cuerpo comenzaba a temblar y apreté la mandíbula para tratar de controlarlo. Mis colmillos se alargaron, peleando contra un enemigo invisible. Escuché con atención y no fui capaz de localizar ruido alguno. Diría que no quise contenerlo, pero la verdad es que no pude.

Mi cuerpo sufrió el cambio. Cada vez era menos doloroso, como si empezara a habituarse a él.

Cincuenta y siete días desde la última vez. Los contaba, sí, siempre lo hacía.

La oscuridad de mi habitación se había convertido en un océano de brumas grises cuyas tonalidades no era capaz de percibir como Marcada. Dejé que mis sentidos se adaptaran y verifiqué todo cuanto me rodeaba. Sentí la energía vital de las personas que estaban en el edificio como motas cálidas en un manto de vacío. Sabiéndome totalmente sola, me separé de la puerta para acercarme a la ventana. Caminé con pasos silenciosos, como si no fuera corpórea, hasta alcanzarla.

Me negué a contemplar el reflejo del espejo. Sabía a la perfección lo que encontraría: una figura un poco más alta cubierta de una mezcla de cuero y escamas negras. No habría señal alguna de mi abundante melena caoba, solo la piel de un demonio coronada por unas orejas puntiagudas que recordaban a las de un felino y que eran capades de cambiar de dirección para captar cualquier ruido. Mi rostro... no había nada en él que pudiera considerarse hermoso y, sin embargo, poseía algo hipnotizante. Dos cavidades ovaladas en las que se aposentaban unos ojos rasgados y negros, sí, pero muy

diferentes a los míos al mismo tiempo. Con el cambio, mi nariz se convertía en una franja vertical que se extendía hasta el mentón, aunque mis labios la dividían en dos porciones.

Desde allí, dirigí la mirada al exterior y me limité a observar las sombras. La noche parecía llamarme, pero no acudiría. No estábamos en la finca de los MacAlister donde, ocasionalmente, podía deleitarme y dejarme llevar por el demonio que moraba en mí, adentrarme en los bosques y aplacar así su necesidad de existir pese a mi determinación de contenerlo.

Sentí un estremecimiento, como un calambre, premonitorio.

—*Hay más* —susurró una voz inexistente.

—*Ven* —ordenó otra voz.

Me alejé de la ventana con un movimiento brusco. Si no fuera una Impura en esos momentos, creo que me hubiera caído al suelo, incluso siendo una Marcada. Sondeé con desesperación, pero no había nadie a mi alrededor. Sin embargo, las voces... las voces habían sido reales.

Sentí algo dentro de mí que parecía latir con fuerza y en el dorso de mis manos empezaron a aparecer unos extraños grabados que emitían una luz entre violeta y turquesa. Jamás me había pasado algo así. Tragué saliva, asustada, mientras las líneas seguían apareciendo en mi piel y, en apenas unos segundos, cubrían también mis antebrazos. Mis pupilas se dilataron y me obligué a alejar de la superficie la oscuridad que moraba en mi interior. A encerrarla en lo más profundo de mi ser. Lo que estaba pasando me daba pánico, pero no me dejé dominar por esa emoción y conseguí frenar lo que fuera aquello.

Tras recuperar el control de mi cuerpo y volver a transformarme en una Marcada, caí al suelo y empecé a temblar.

Cuando conseguí controlar los espasmos, me puse de pie y me acerqué a la jarra con agua fresca que había en el baño; vertí un poco de su contenido sobre la tina y me refresqué la cara. A continuación, empecé a frotarme con fuerza las manos y los

antebrazos, como si al hacerlo pudiera eliminar el recuerdo de cómo habían aparecido en plena noche esas marcas luminosas en mi piel.

No tengo claro cuánto tiempo estuve allí, tan solo restregándome la piel hasta prácticamente arrancarla.

Cuando me acosté, estaba agotada tanto física como mentalmente.

No tenía sentido.

Existía la posibilidad de que estuviera volviéndome loca. Algo que sería preocupante, pero casi prefería esa posibilidad que la otra opción que me estaba planteando.

Impuros. O, para ser más precisa, *otros* Impuros. Capaces de hablarme de alguna forma. Porque estaba segura de que la voz con matices masculinos que había escuchado dentro de mi cabeza me había llamado, como si estuviera frente a mí y yo solo necesitara levantar la mano para llegar hasta él. Estaba terriblemente asustada porque había sentido un instinto absurdo, una necesidad imperiosa, de acudir a su lado y dejar que sus brazos me arroparan.



VII
Jade

Despedir a mi tía fue el momento más duro que viví desde que había llegado. Y eso decía mucho, porque me había encontrado frente a frente con dos Doppels y, además, había estado a solas con el Príncipe de los Marcados. Mi estancia en la Corte prometía.

Me adentré en el jardín interior de palacio, buscando un lugar lo suficientemente tranquilo como para realizar uno de mis muchos rituales. Uno que, al menos, no implicara dos cimitarras o un arco y una diana. Tendría que cambiar mis hábitos. Vestida con unos pantalones de cuero negro y un peto ajustado sobre el pecho, me dejé llevar por los movimientos de lo que, para algunos, podría parecer una danza: desplazamientos medidos a la perfección, secuencias que se sucedían una detrás de otra mientras golpeaba y esquivaba, a veces a un mismo tiempo, a un rival imaginario. Intentaba mantener la respiración controlada, el pulso estable, mientras focalizaba los sentidos por completo en cada una de las posiciones. Era un arte de combate antiguo que me ayudaba a centrar la mente mientras entrenaba el cuerpo.

No es que los Marcados nos caracterizáramos por disfrutar en el combate cuerpo a cuerpo. Éramos fuertes, sí, y también ágiles, pero

solíamos interponer un filo entre nosotros y nuestro enemigo. Siempre me había apasionado la belleza del combate con dos armas, la coordinación imprescindible que implicaba y la exigencia en cuanto al equilibrio. Era capaz de defenderme con dignidad en un combate con un par de espadas y, aunque era una ferviente admiradora de las dagas, con lo que poseía cierta maestría era con un arco entre las manos. Mi tía solía decir que con una flecha y un objetivo era simplemente infalible, algo que tenía sumo valor, porque Mao MacAlister no era mujer de elogiar en vano.

Algo distrajo mi atención. Un ruido. Mantuve la posición defensiva en la que estaba y abrí los ojos al escuchar una expiración fuerte a varios metros de distancia. No tengo claro qué esperaba encontrarme, pero desde luego no era eso.

Clavé los ojos en la enorme mole de pelaje de color arena que me observaba. Jamás había visto un animal como aquel. Su cruz era prácticamente tan alta como yo. Tenía la cabeza ligeramente gacha, pero me observaba con suma atención con unos ojos de color ámbar que brillaban con una intensidad que me quitó el aliento. Sin embargo, no era esa belleza suya, salvaje y hasta cierto punto exótica, lo que más me llamó la atención de aquellos rasgos felinos. Fueron, sin lugar a duda, los dos enormes colmillos que sobresalían de su hocico y que tendrían aproximadamente el tamaño de mis antebrazos. Genial, la bestia podría usar la daga que tenía sujeta a la cadera a modo de palillo.

Observé el lomo salpicado de manchas de color café, cuyo centro poseía una tonalidad más clara, entre arena y dorado. Era un animal magnífico, sí. Pero también un maldito depredador que, por lo visto, hoy tenía hambre.

Gruñí sin dejar que sintiera el miedo que su presencia había desatado en mí. Mantuve la posición, esperando a que lanzara el primer ataque y deseando que no fuera el único. No pensaba ponerle las cosas fáciles, pese a que él poseía garras y colmillos y yo el equivalente a un mondadientes.

El destino quiso, por llevarme la contraria, que el animal se

limitara a realizar inspiraciones cada vez más fuertes mientras algo se agitaba dentro de él. Nos quedamos así, observándonos durante unos segundos que se me hicieron eternos. Así funcionaba en la frontera, me dije. Los animales hacían el trabajo sucio y su parte humana, la que podía morir con un golpe certero, estaba en cualquier otra parte. Los Doppels eran poco más que eso, animales cobardes sin honor alguno que se regían únicamente por la ley del más fuerte.

—¿No te decides a atacarme? —le pregunté, enojada. No me respondió, pero tampoco es que esperara que lo hiciera. Aunque formaba parte de un ser más complejo, lo que había frente a mí no era más que una bestia con capacidades astrales que le permitía resucitar a su antojo mientras su mitad humana siguiera con vida. Una enorme, capaz de matarme de un zarpazo, sí, pero sin el don de la palabra o del lenguaje.

Me quedé allí, tensa, esperando un movimiento. Me estremecí cuando abrió la boca y dejó al descubierto el resto de una dentadura para nada discreta. Después, volvió a alzar el hocico para olisquear el aire. Sus ojos volvieron a fijarse en mí y dio un par de pasos en mi dirección.

—¿Eres tan cobarde que envías a tu bestia a hacer el trabajo sucio? —critiqué con dureza mientras me preparaba para encararla. Sabía que existía una conexión entre las dos mitades y sospechaba que su parte humana se estaba deleitando con la situación.

Escuché un ruido a mi espalda y no necesité darme la vuelta para saber que uno de los Doppels estaba allí. El bastardo, posiblemente, porque ese monstruo que me amenazaba no podía ser otra cosa que un Diente de Amur, el animal más feroz que había pisado jamás Ar-Umi.

—No controlamos a nuestras dualidades —murmuró la voz masculina haciendo que se me erizara el vello de la nuca—. Algo que a veces nos gustaría, pero no forma parte de nuestra naturaleza.

—¿Esa es la excusa que usáis cuando matáis Marcados? —escupí mientras movía los pies para volverme lo suficiente como para que

su parte mortal y la bestia quedaran a cada uno de mis costados. Mejor eso que darles la espalda.

—Cuando hay una guerra, siempre hay bajas en ambos lados —repuso mirándome. Había tal intensidad en aquellos ojos verdes que, por un momento, no tuve claro si era más peligrosa su bestia o él mismo.

Chasqueó los labios y desplazó la mirada hacia la bestia. Era como si, en ese momento, surgiera una extraña conexión entre ellos. Aquello me sorprendió y tomé conciencia de que sabía muy poco sobre esa raza vecina: que eran una raza inferior, que raramente llegaban a vivir un siglo, que tenían esas dos mitades que podían coexistir en tiempo y espacio, como justo estaba presenciando, y que para matarlos se debía matar su parte humana porque la bestia se convertía en bruma y podía renacer de la nada unas pocas horas después. Esa era la parte más importante, de hecho, de todo lo que debía saber un Marcado sobre ellos: la de cómo matarlos.

—¿Significa eso que en cualquier momento puede abalanzarse sobre mí para intentar matarme? —murmuré tras reflexionar sobre sus palabras y para romper el silencio tenso entre nosotros. Sus ojos brillaron divertidos y, de repente, se puso a reír.

Aquello me molestó, la verdad. Le lancé una mirada funesta, lamentando no disponer del poder de hacerle desaparecer simplemente con desearlo.

—No —negó tras contener las carcajadas y removerse, ligeramente incómodo—. Te aseguro que no tiene intención de abalanzarse sobre ti para algo así.

—¿No puedes hacerla desaparecer? —cuestioné incómoda. Me sentía acorralada entre las dos mitades.

—En estos momentos, no —aseguró con una sonrisa en el rostro —. Siente curiosidad.

—¿Curiosidad?

—Eres una Marcada.

—¿No ha estado nunca frente a una? —le pregunté y su expresión se oscureció. Sentí un escalofrío.

—Nunca fuera del campo de batalla —afirmó.

Era imposible que no hubieran utilizado una bestia como aquella en combate, pero la realidad de saber que había matado a alguno de los míos me impactó. Sí, sabía que estábamos en guerra, pero yo jamás la había vivido en primera persona. Había disfrutado de una infancia feliz con los míos y lo poco que sabía de ella era a través de las historias que Owen me contaba. Que no eran muchas.

Observé al hombre. Su ropa era muy diferente a la nuestra. Más rudimentaria. Predominaban los tejidos bastos con colores ocres cubiertos con pieles gruesas; nada que ver con los tejidos suaves con los que nosotros nos vestíamos. Sobre el pecho llevaba una coraza de metal de aspecto desgastado, sin grabados ni decoraciones que la embellecieran. La imagen de las cicatrices de su cuerpo vino a mí. Era un guerrero, lo supe sin más. Como si reconociera a un igual, aunque yo aún no me había ganado ese título... ni nunca lo haría. Mi futuro se limitaría a vivir en mi lujosa prisión y darle a Glenn y a mi raza un heredero. Si el Diente de Amur no me mataba, obviamente.

—¿Eso debería tranquilizarme? —le pregunté, refugiándome en el sarcasmo.

—Supongo que no —admitió, mientras daba un paso hacia mí y yo retrocedía de forma instintiva. Se quedó quieto y frunció el ceño, molesto. La bestia lanzó un gruñido, irritada.

—¿A qué viene eso? —le pedí.

—Le disgusta que nos tengas miedo —reconoció.

—Dile que no soy estúpida, pero eso no significa que os tenga miedo —le contesté alzando el mentón, orgullosa. Sus ojos brillaron sutilmente.

—Sus emociones y las mías están conectadas —empezó—. Nuestros sentidos, también. Podemos ver y escuchar lo que le sucede a nuestra otra mitad, pero ni ella puede controlar nuestras acciones ni nosotros las suyas y, desde luego, no nos hablamos.

—Ya veo que sé poco sobre vosotros —reconocí. Deseaba seguir sabiendo entre poco y nada.

—Será un placer para nosotros ilustrarte —aseguró, y creo que sus palabras estaban teñidas de un tono de burla.

—Pensaba que podíais hacer que desaparecieran —tanteé, intentando mostrarme lo más serena posible.

—Casi siempre, aunque a veces su determinación puede prevalecer sobre la nuestra —añadió y sus ojos se posaron sobre los de la bestia con algo parecido al afecto.

—Eso no dice mucho de vuestra capacidad de control —le recriminé y se limitó a sonreírme.

—Tenía que decir eso un Marcado. Fuera de vuestras fronteras se os conoce por el hecho de que sois emocionalmente planos, ¿lo sabías? —se burló.

—Si pretendía ser una crítica, te equivocas por completo —afirmé con una pequeña sonrisa ansiando mostrarse—. Ha sonado a un elogio.

—Podría esforzarme más si eso te complace —murmuró con voz sensual. Volvió a dar un paso en mi dirección.

—¿Complacerme? —cuestioné sorprendida.

—¿Qué se necesita para seducir a una Marcada?

—Una marca, para empezar —le solté conteniendo una carcajada ante sus absurdas palabras. La bestia emitió un gruñido suave y me tensé al observarla. No, no parecía enojada o dispuesta a hundir sus garras y sus colmillos en mi cuerpo; al menos, eso me tranquilizó un poco.

—¿Ves? Es totalmente instintiva y no entiende de palabras —ronroneó—, pero sí percibe los cambios sutiles en tu olor, en el brillo de tus ojos o en el tono de tu voz. Eso dice mucho más que unas palabras cortantes o un rechazo fingido.

—El rechazo no es fingido —afirmé elevando una ceja, molesta por esa insinuación.

Los ojos del Doppel se desplazaron a la bestia y esta se estremeció antes de empezar a volverse bruma. Jamás había visto ese proceso mágico antes y, aunque lo había leído en los libros,

presenciarlo no tenía nada que ver. Una magia antigua latía dentro de aquellas criaturas primitivas y vulgares.

El resultado fue que, donde hacía un momento había una enorme mole de unos trescientos kilos, ahora solo había una nube tenue y borrosa de color dorado que se desvaneció por completo cuando una brisa llegó hasta nosotros.

—¿Duele? —le pregunté contemplando el espacio que había quedado vacío.

—No —negó con una suavidad que hizo que lo buscara con la mirada.

—Raiden —gruñó una voz dura y masculina impregnada de un desprecio evidente.

—Ash —saludó el Doppel con un gesto indiferente.

Me volví para observar al Marcado que acababa de aparecer, enojada conmigo misma por no haber sido consciente de su llegada.

Jamás había visto una armadura como aquella. La capa estaba sujeta por unas grandes hombreras de metal con múltiples salientes en forma de pinchos que le daban un aspecto aterrador. Su cabello abundante era negro y su gesto, sombrío. Oscuro, diría, igual que su ropa de cuero repleta de grabados sobre las placas de metal que le cubrían el pecho y la parte externa de los muslos. El cinturón, sobre el que pendía una larga espada, tenía una hebilla con forma de calavera. Lo supe. No era un Marcado cualquiera el que había acudido a mi rescate. Era Ash Todellinen, la mano derecha del Príncipe y nuestro mayor líder en el frente.

—No esperaba encontrar a nuestra futura Princesa en semejante compañía —soltó mientras me observaba con dureza.

—Estaba pensando en buscar una mascota —repuse elevando el mentón.

—Alimentar a una bestia sería una pérdida de tiempo —contestó —. Lo mejor es acabar con ellas antes de que se conviertan en una plaga.

—Una opinión totalmente respetable —declaró el Doppel con un tono prepotente—. Aunque, al parecer, tu monarca no la comparte.

—Ya veremos —gruñó el Marcado antes de dirigirse a mí—. Si me permite acompañarla, creo que estaría más segura en el ala privada de la familia real mientras haya bestias corriendo sueltas por palacio.

—Será un placer —mentí mientras sentía que la poca libertad de la que había podido gozar había llegado a su fin por culpa del maldito Doppel. No le miré antes de darle la espalda para seguir al primo del Príncipe en dirección al interior del edificio.

Ash me escoltó sin mediar palabra hasta la puerta de mi habitación. Evité que el bochorno se reflejase en mi expresión. Me trataba como si fuera poco más que una niña que acababa de cometer un gran delito y me castigara encerrándome en mi habitación. Es cierto que mantener una conversación con el Doppel no era la cosa más sensata que había hecho a lo largo de mi vida, pero no era como si hubiera podido hacer otra cosa.

Recorrimos los pasillos y subimos al piso en el que me alojaba. Se detuvo frente a mi puerta y la abrió sin vacilar. Para no haber sido ni presentados oficialmente, estaba claro que se consideraba muy por encima de mi existencia. Debería haberlo supuesto después de conocer a su prima Perfect.

—El Príncipe ha dispuesto algunos cambios en sus aposentos —me informó mientras me estudiaba—. En su ausencia, insistiré en el riesgo que supone para vos la presencia de las bestias en palacio, así que le sugiero que permanezca en sus dependencias.

—Gracias —murmuré, aunque el agradecimiento no me llegó a los ojos. No cuando el hombre frente a mí, el máximo líder del ejército Marcado, pretendía mantenerme encerrada en mi habitación durante un tiempo que quizá fuera indefinido. Para protegerme, sí. Pero encerrada, después de todo.

—Mi primo... se está tomando muchas molestias por alguien como vos —sentenció como si aquello le molestara. Probablemente lo hacía.

—Es muy amable por su parte —le contesté antes de elevar el mentón y añadir—: Pero no tanto por la tuya. Considera si quieres que no soy digna del Príncipe, puedo vivir con eso, pero no soy una

mera criada y no estoy dispuesta a que se me trate sin el respeto que merezco por ser una MacAlister.

El Marcado me observó de una forma tan siniestra que sería capaz de conseguir que más de un enemigo huyera. Aguanté con estoicismo. Por mucho que me despreciara, no podía hacer nada, absolutamente nada, en mi contra. Jugaba con esa baza en la mano.

—Tutear a un Todellinen es una licencia que no muchos pueden tomarse —concretó suavizando un tanto su gesto y, con una expresión de desprecio evidente, me miró de arriba abajo mientras añadía—: Ir así quizá sea propio de una MacAlister o de una puta, pero si pretende ser princesa, debería vestirse y comportarse como tal. Si me disculpa.

Perfect era una aprendiz de arpía si la comparaba con su primo Ash.

Observé su capa ondear mientras se alejaba por el pasillo. A duras penas contuve la rabia por la humillación a la que me había sometido.

Sobre el escritorio de mi habitación habían colgado un cuadro enorme que representaba un prado lleno de amapolas, pero no mejoró mi estado anímico. Sí que me emocionó un poco, lo admito, especialmente si pensaba que Glenn había tenido ese detalle conmigo cuando estaba a punto de coger un barco para irse a la Grieta. Si fuera yo la que tuviera que poner un pie allí, creo que no podría pensar en otra cosa. Quizá a mí me afectaba en especial por mi condición, aunque dudo que ningún Marcado en su sano juicio decidiera ir por voluntad propia a aquella enorme extensión volcánica cubierta de ceniza.

Encerrada en mi habitación, me pasé el resto del día ojeando algunos de los libros que había en la estantería. Libros de poesía que adoraría Nuvia pero que a mí, sinceramente, me servirían para avivar las brasas de la chimenea.

Cuando dos golpes firmes sonaron en mi puerta, casi gemí de

alegría. Es obvio que no lo hice, pero sí deseé hacerlo, que ya decía mucho de mi nivel de hastío.

—¡Adelante! —exclamé con firmeza mientras esperaba con la espalda rígida sentada en el escritorio.

Perfect entró y casi agradecí su presencia. Casi. Me miró y enlazó las manos frente a su vientre.

—Mi tío quiere verte —me dijo. No necesitó mostrarse prepotente ni burlarse de mí, porque sus palabras me habían sobrecogido bastante. ¿El Rey? No había otra opción posible, porque era el único Todellinen varón a excepción de Glenn y su encantador primo Ash.

—¿Algo que deba saber? —le pregunté.

—Creo que has conocido a Ash —sentenció Perfect y me observó, ahora sí, con una expresión de suficiencia.

—Nadie discutirá que es un gran guerrero —opiné mientras me levantaba—, pero sus modales son sumamente groseros.

—Nunca ha pretendido agradar a nadie —se jactó Perfect con una sonrisa traviesa—, para eso ya está el Príncipe, pero creo que deberías saber que Ash es la mano derecha de Glenn y además... es sumamente protector con él.

—No creo que el Príncipe necesite que le protejan —remarqué y Perfect hizo un gesto afirmativo sutil.

—Pero hay hábitos que una vez instaurados son inamovibles —me advirtió mi Dama.

—¿Qué debería ponerme para una audiencia con el Rey? —le pregunté a Perfect. Me había negado a quitarme la ropa con la que había estado entrenando esta mañana después de las duras palabras de Ash. Tal vez era un acto de rebeldía por mi parte, pero una cosa era no dejarme apabullar por él y otra muy diferente presentarme con cualquier cosa frente al monarca.

—Vamos a mirar qué hay en tu armario —decidió Perfect y casi diría que había cierta satisfacción en ella mientras tomaba el control de la situación.

Perfect había elegido un vestido brillante de satén color chocolate. Era el tejido más suave que había llevado en mucho tiempo, por no decir en toda mi vida. La falda tenía multitud de pliegues para darle algo de cuerpo. Mi Dama se horrorizó cuando observó que sujetaba una daga a mi pierna, más o menos oculta con el vuelo del vestido, a lo que tuve que decirle que había vuelto a coincidir con uno de los Doppel. No necesité más argumentos para justificarlo, incluso ante su mirada crítica.

Nos acercamos juntas a los guardias aposentados a las puertas del piso superior. Volver a estar allí me hizo pensar en Glenn y en dónde estaría en esos momentos. Podría admitir que me preocupaba por él por ser quien era, pero la verdad es que también era por algo personal, sobre todo si recordaba el cuadro que había hecho llevar a mi habitación. No, no podía regalarme un ramo de amapolas, así que había decidido ofrecerme un prado entero. ¿No era romántico?

La sala en la que nos recibió el Rey era más parecida a una salita para tomar el té que a una estancia real. Era relativamente pequeña y, quizá por eso, tenía un toque íntimo. Perfect se acercó al monarca y le besó la mano mientras yo esperaba junto al marco de la puerta a ser presentada.

—Lleva una daga sujeta al muslo. —Eso fue todo lo que decidió contarle Perfect sobre mí. Tan maja ella.

—Me habría decepcionado que fuera de otra forma —aseguró el monarca—. Acércate, niña.

Me aproximé y observé a mi Rey. Era apuesto a pesar de que los años habían empezado a hacer mella en él. Era algo mayor que mi padre, aunque la presión de su posición había hecho que su pelo empezara a blanquear y las arrugas poblaran su rostro. Pronto entraría en su cuarto siglo y se le empezaba a notar en el cuerpo.

Me senté en el sillón que me ofrecía junto a él. Tan cerca que casi me había quedado sin aliento.

—Puedes retirarte —le indicó a Perfect y ella me lanzó una mirada que creo que pretendía ser de ánimos, aunque realmente no transmitió nada de nada.

El Rey esperó a que los ruidos de los pasos de su sobrina dejaran de escucharse para mirarme con atención. Con curiosidad.

—Me apetecería un poco de té —me dijo.

Me incliné para servirle de la tetera que había dispuesta en la mesa frente a él. Había dos tazas, pero no tenía claro si aquella en concreto era para mí o se podría considerar un error de protocolo. En cualquier caso, tenía un nudo en el estómago que dificultaría sobremanera ingerir o beber cualquier cosa. Exactamente igual que cuando había conocido a mi prometido. Su hijo y único heredero.

Inhaló su aroma antes de beber un par de sorbos y deleitarse con el delicado líquido de color tostado.

—Ash me ha dicho que te ha visto conversando con el bastardo —refirió, sin dejar de mirarme.

—Primero ha aparecido la bestia —le expliqué, como si pretendiera justificar el hecho de que Ash me hubiera encontrado en su compañía—, luego el hombre.

—Si estás aquí de una pieza, debo entender que el Diente de Amur no te ha atacado, ¿cierto?

—No, no lo ha hecho, Alteza —afirmé.

—Bien —murmuró dejando la taza sobre la mesa—. Eso es bueno para asentar las bases.

—¿Son ciertos los rumores de que existe una tregua en las fronteras, Majestad?

—No quiero que pienses que considero una amenaza real a sus emisarios o al resto de las bestias que acechan al otro lado de la frontera, pero demasiados Marcados han muerto ya. Para esos animales, la vida viene y va a una velocidad que nada tiene que ver con nosotros. Su capacidad de desdoblarse y el hecho de que tienen camadas con una facilidad asombrosa nos perjudica. Esta guerra ya ha durado demasiado tiempo, Jade, y empieza a debilitarnos.

—Ellos también han tenido muchas bajas —remarqué con tono orgulloso.

—Cierto, pero la verdad es que no me preocupan los Doppels en

realidad, sin embargo otras razas podrían aprovechar la ocasión para expandirse, recuperar unas tierras que antaño fueron suyas...

—Serafines —susurré.

—Llámame paranoico, pero últimamente tengo la sensación de que va a sobrevenir un cambio. Para entonces, mejor tener a los Doppels como aliados que como enemigos.

—Estáis dispuesto a firmar un tratado de paz —sentencié.

—Me lo estoy planteando, sí —admitió—. El hecho de que haya enviado a su primogénito para negociar un tratado de paz tiene su valor, incluso si es un bastardo.

—No nos sería difícil matarlo a él y a su escolta mientras están en palacio —admití. Tener accesible su mitad humana nos daba ese poder. El Diente de Amur sería un rival digno para Ash y un grupo selecto de sus hombres, pero el bastardo, su mitad humana, no.

—Creo que ese muchacho no le tiene mucho apego a su vida, en cualquier caso —añadió con una expresión alegre; creo que hasta había un punto de admiración en ella—. Sé que mi hijo discrepa de mi determinación, así que necesitaría a alguien neutral capaz de negociar con el representante de los Doppels.

—¿Un interlocutor?

—Algo así —admitió el Rey—. Es más difícil darle muerte a una persona si sientes algo de apego por ella. Si conoces sus costumbres, sus gustos o incluso sus rutinas.

—¿Tenéis algo en mente? —le pregunté a mi Rey, sorprendida por lo que estaba diciendo.

—Quiero que alguien desvele qué quieren exactamente los Doppels y conocer a nuestro enemigo desde dentro, pero para hacerlo también deberemos mostrar parte de lo que somos nosotros.

—Eso podría resultar peligroso —murmuré antes de ser consciente de que era el Rey quien estaba a mi lado.

—Lo sé —admitió—. Por eso necesito a alguien íntegro cuya vinculación a mis intereses sea incuestionable y que tenga la capacidad de tratar con ellos y sus particularidades.

—Es posible que esa persona no exista —alegué, divertida.

—Desde que llegaron, me he estado preguntando quién podría asumir tal responsabilidad. Mi sobrino Ash, sin quererlo, me ha dado la respuesta que necesitaba —concluyó el monarca, mirándome con una pequeña sonrisa en los labios. Mis pupilas se dilataron ante aquella insinuación mientras él continuaba—: Es posible que el bastardo te considere débil por tu condición de mujer, pero ambos sabemos que eso no es cierto. Los Antiguos no hubieran elegido a una mujer débil de carácter o espíritu para ser la futura Reina de los Marcados.

—Los Doppels pueden ser peligrosos —murmuré sin atreverme a rechazar su propuesta, pero deseando hacerlo. Quizá el Rey tenía fe en los Antiguos, pero yo era consciente de que, al margen de mi carácter o mi espíritu, habían elegido a una Impura como futura Reina y, con eso, su credibilidad rozaba el subsuelo.

—Vuestros destinos ya se cruzaron antes. Intentaron matarte cuando eras apenas una niña —rememoró el anciano monarca—. Pero ya no eres esa niña, Jade, eres una MacAlister, después de todo. Sé de todos los progresos que has hecho a lo largo de los años a través de tu padre y me siento profundamente complacido. Glenn necesita una mujer fuerte a su lado que a veces sea capaz de aplacar su rabia, pero también avivar su fuego cuando sea preciso. Has despertado su curiosidad y eso me satisface. Estoy seguro de que tú eres esa mujer y creo que él también empieza a sentirlo.

—Desde niña me he estado preparando para ser lo que mi pueblo necesitara —anuncié.

—En estos momentos tu pueblo necesita que hables en su nombre y podamos vivir unos cuantos siglos en paz. Voy a designarte Consejera Diplomática y serás, a partir de hoy, mi interlocutora con los Doppels. Saimon Araid, mi Consejero, te pondrá al día de la situación actual en la frontera.

—Espero estar a la altura de sus expectativas, Majestad —murmuré. Sentía que me faltaba el aire y que aquella habitación, que me había parecido encantadora e íntima al entrar, ahora era pequeña y asfixiante.

—Sácalos a pasear, que vean la Marca, pero no las fortificaciones ni las estructuras defensivas —me pidió—. Quiero que te ganes su confianza. Alguien nos insultó cuando atentó contra tu vida, pero los Dientes de Amur han negado siempre tener nada que ver con aquello. Quizá ha llegado el momento de que descubramos quién fue el autor y que dejen de pagar justos por pecadores.

¿Buscar un culpable? Yo sabía perfectamente quién había sido la responsable. Hacía tiempo que me había obligado a dejar la culpabilidad a un lado, pero el detonante de que aquella guerra hubiera empezado había sido yo. Mi estúpida transformación y cómo la tía Mao se vio obligada a inculpar a las bestias para encubrir la muerte de Abigail y que nadie sospechase lo que había sucedido realmente.

Me obligué a enderezarme. Era una MacAlister. ¿Interlocutora de los Doppels? ¿Negociar un tratado de paz? Llevaba todo el día quejándome por estar encerrada en mi habitación y ahora el Rey me daba carta blanca para explorar la Marca a mi antojo. Con los Doppels, eso sí. Quizá esa era mi oportunidad de redimirme por todos los Marcados que habían muerto a causa de lo que yo era. Quizá no los había matado con mis propias garras, pero eran un daño colateral evidente de lo que escondía dentro de mí.

Un tratado de paz.

Lo conseguiría, costara lo que costara.



VIII
Raiden

Zachary vino a buscarme. La verdad es que lo agradecí porque los minutos y las horas cada vez se me hacían más cansinos y el Amur estaba más inquieto. Observé a la pantera nebulosa de mi primo contemplarme con esos ojos de las mismas tonalidades oscuras que los de mi madre.

Podría haberse esforzado un poco y venir caminando sobre sus pies y no trotando, en su versión felina, para poder mantener una conversación y no tener que comunicarnos a base de gruñidos y miradas llenas de reproches. Aunque no se lo podía criticar. Llevaba evitándole desde ayer. Me apetecía estar solo, incluso si nunca lo estaba en realidad.

Me decanté por seguirle hasta que su dualidad se disipó a pocos metros de una de las entradas del palacio elegante que regía la Corte de los Marcados. Esa entrada en cuestión daba al ala del servicio, donde nos habían instalado, algo que personalmente era más de lo que esperaba. Lo que no quiere decir que estuviera agradecido por ese detalle. Prefería dormir al raso y que al menos me dieran la libertad de gozar de los bosques que rodeaban la

pequeña colina sobre la que habían dispuesto su sede aquellos estirados.

Era mejor que una celda, cierto, pero se me antojaba igual de asfixiante.

Zachary estaba apoyado contra la pared de piedra, al lado de una enredadera que trepaba por la fachada y que le daba un toque de color a aquella cansina exposición de mármol. Hermosa, sí, pero carente de texturas y fría al tacto. Sin vida. Añoré mi hogar, la tierra cálida en la que podía enterrar las manos y las garras a un mismo tiempo, y la vida que podía sentirse en cada recoveco que me rodeaba. Aquí todo era distinto. Siempre había sido consciente de que nuestras diferencias prevalecían por encima de nuestras similitudes... si es que teníamos alguna.

Sin embargo, ahora no podía dejar de pensar en las viejas leyendas que decían que todos proveníamos de una raza única. La que fuera. Nunca había sido de los que se preocupaban por algo más allá del presente, así que en general prefería obviar las historias de un pasado en el que los demonios traspasaban la Grieta a su antojo. No dudaba de su veracidad, pero poco podía hacer yo por lo que había sucedido hacía varios milenios. Mi mundo, mi vida, ya tenía suficientes altibajos como para perder el tiempo pensando en el ayer.

Mi primo me miró con el ceño fruncido y me limité a gruñirle a modo de saludo. Alzó una ceja, interrogante, pero opté por no contestarle. Dio un paso hacia mí tras descruzar los brazos que reposaban sobre el pecho.

—Tenemos una audiencia —me informó.

Aquello me pilló por sorpresa. Llevábamos una semana allí y solo habíamos conseguido una entrevista con el Rey y su hijo al poco de llegar. En ella, se hizo evidente que tenían posiciones totalmente dispares. Glenn nos quería muertos y podía entenderlo porque había perdido a muchos de sus hombres en la frontera. Nosotros tampoco habíamos salido bien parados en sus incursiones, pero lo cierto es

que jugábamos con ciertas ventajas: conocíamos el terreno, podíamos exponernos solo en parte y éramos testarudos de cojones.

Tras nuestra propuesta de negociar un tratado de paz, el Rey había aceptado una tregua temporal mientras preparábamos nuestras condiciones y ellos las suyas. Si el Principito tenía que redactarlas, podíamos esperar sentados, aunque casi prefería tratar con él que con su mano ejecutora. Ash era peor que un grano en el culo y me tenía en el punto de mira. No diré que no tenía razones para ello. Nos habíamos cruzado un par de veces en el campo de batalla y, aunque él aún seguía con vida, no podían decir lo mismo algunos de los hombres que se interpusieron entre nosotros para darle a él la oportunidad de huir. Supuse que ese tipo de cosas no las explicaba cuando exaltaban su valor y su destreza.

Seguí a Zachary por el pasillo del edificio hasta llegar al límite que se nos había impuesto. Allí había tres guardias que se tensaron ante nuestra presencia mientras nos miraban con desprecio.

—¿Solo tres? —me burlé, dirigiéndome a mi primo.

—Ayer eran cinco —puntualizó él—. Igual estos no acaban de salir del huevo.

Me reí ante su ocurrencia. Obviamente, los Marcados nos ignoraron. No había rastro de emoción alguna en sus rostros. Eran todos iguales. Insípidos, en el mejor de los casos.

—Seguidme —ordenó uno de ellos. Lo hicimos, con cierta curiosidad.

Sentí que algo se removía dentro de mí, pero contuve al Amur. Allí en medio, justo cuando parecía que estaban dispuestos a dar un paso hacia adelante, era el peor de los momentos para dejarle campar a sus anchas. Podía entenderle, la necesidad imperiosa de corretear libre y...

Elevé ligeramente el mentón cuando un olor captó mis sentidos. No necesité verla para saber que estaba allí. Percibía la inquietud de mi dualidad y me sentí como un maldito adolescente en celo. La Marcada estaba sentada en una silla de respaldo alto, en el extremo

de una larga mesa de caoba. Detrás de ella había tres guardias, pero apenas les presté atención.

En el lado contrario había dos sillas. Me mordí el labio inferior, irritado, al ver su expresión indiferente. A mi dualidad aquello tampoco le gustó especialmente. Miré a mi primo y le señalé con la cabeza una de las sillas. Tomó asiento mientras yo me decanté por pasear por la sala, disfrutando del placer de que su mirada me siguiera y, con un poco de suerte, eso la molestara, aunque solo fuera un poco.

Me acerqué a una de las ventanas y, desde allí, pude observar los jardines exteriores de palacio, un lugar que, cómo no, también nos había sido prohibido.

—Si quieres, puedes sentarte. —Su voz me reconfortó. Era melódica.

—Prefiero quedarme de pie —repuse y vislumbré un destello de enojo en su mirada. Sonreí ante aquel pequeño logro.

—Creo que no nos han presentado como es debido —empezó con voz firme—. Mi nombre es Jade MacAlister y, por orden del Rey, voy a ser vuestra interlocutora para las negociaciones de un tratado de paz.

—¿Eso qué significa exactamente?

—Lo que sea que queráis, deberéis pedírmelo a mí —sentenció con voz orgullosa y desafiante.

—No creo que te gustara lo que quiero justo en estos momentos —le aseguré alzando una ceja. Su mirada apenas mostró curiosidad alguna.

—Te equivocas —negó, tuteándome, tal vez porque yo lo había hecho en primer lugar, aunque cabía la posibilidad de que lo hiciera porque menospreciaba a los de mi raza—. Si estoy aquí, en estos momentos, es justo para atender ese tipo de demandas.

—De acuerdo —susurré mientras me acercaba al centro de la mesa y colocaba las manos sobre el tablero de madera, observándola como el depredador que era—. En estos momentos, me gustaría levantarte esa falda de terciopelo —empecé y, aunque

no llegó a sonrojarse, sus latidos se aceleraron ligeramente y eso satisfizo, al menos un poco, al Amur—. Desearía hacerlo para saber si escondes algún arma o si de verdad confías en esos guardias tan apuestos.

Me sostuvo la mirada sin intimidarse. Se inclinó mientras su mano desaparecía debajo de la mesa y entonces, con un golpe sordo, colocó sobre ella una daga cuyo filo relucía.

—No cometas el error de pensar que no sé utilizarla —me advirtió —. Y ahora, si te place, me gustaría hablar del tratado.

—Zachary —nombré a mi primo para que tomara la palabra mientras yo intentaba controlar a mi dualidad para que no acabara abalanzándose sobre ella. Que me preguntara, si tenía ovarios, lo que me *placería* hacerle en esos momentos...

—Un tratado de paz —empezó tras lanzarme una mirada crítica por haberle pasado el muerto. Sí, lo sé, yo era el bastardo del líder de los Doppels y Zachary era solo un pariente lejano por parte de madre cuya autoridad en nuestro territorio sería más que cuestionable—. Queremos que se consoliden formalmente los límites geográficos establecidos con anterioridad a la guerra.

—Eso implicaría perder parte del territorio que hemos ganado los Marcados —negó con ojos brillantes. Alguien la había adiestrado bien a no ceder ni un ápice.

—¿Cuántos años tienes? —intervine, cortando la negociación con algo totalmente absurdo. Cierto.

—¿Qué importancia se supone que tiene eso? —masculló molesta. Sonreí.

—Me gusta saber con quién trato —sentencié con gesto indiferente mientras volvía a colocarme al lado de la ventana—. Incluso si las paredes son de mármol, para nosotros esto no es más que una cárcel en estos momentos. Palabras, palabras y más palabras... Son tan fáciles de pronunciar, tan volátiles y vacías. Necesito saber si la tuya vale algo antes de plantearme hacer cualquier tipo de negociación.

—Soy una MacAlister —espetó irritada y me gustó esa pasión

contenida que se intuía en ella—. Mi palabra es promesa, y mi vida, honor.

—Treinta y cinco —le dije—. Mi edad. No es tan difícil, ¿sabes?

—Veinte —declaró.

—¿No eres demasiado joven para ostentar semejante responsabilidad? —Sus ojos brillaron y creo que sintió la tentación de lanzarme el cuchillo, aunque su rostro se mostró impasible, como si mi crítica no le hubiera ofendido.

—¿No había nadie prescindible y por eso te han enviado a ti, bastardo? —Zachary gruñó y yo levanté una mano en su dirección. El Amur se removió francamente enojado.

—Me ofrecí voluntario —contradije mientras me acercaba al centro de la mesa para interponerme entre Zachary y ella. Me cabreó esa sensación, esa necesidad de hacerlo—. ¿Qué hay de ti?

—Es un honor servir a mi Rey —anunció ella. Genial. ¿Tenía que aplaudirle?

—A tu Rey —murmuré reflexionando sobre aquello—. Eres la prometida del Príncipe y hay quienes ya te llaman Princesa. ¿Es al Rey a quien sirves o a su heredero?

—Tanto el Príncipe como yo servimos al Rey —sentenció con dureza, como si mi insinuación de que tuvieran sus diferencias la irritara. Tenía que saberlo, ¿no? Vivía en la Corte. Era la amante del Príncipe, su prometida, lo que fuera. Sentí al Amur luchando por salir.

—De acuerdo —consideré—. Dime qué nos ofreces.

—Firmaremos el tratado de paz siempre que podamos establecer una colonia al otro lado del Othar, en los territorios que actualmente nos pertenecen —informó.

—Esos territorios eran de nuestros ancestros —repliqué, aunque no me sorprendía que el Rey Marcado quisiera hacer justamente eso.

El caudal del Othar era una barrera natural, no diré infranqueable, pero que dificultaba considerablemente el acceso a

nuestras tierras. Que los Marcados establecieran una colonia al otro lado del río no era una condición aceptable.

—En estos momentos, nos pertenecen a nosotros —sentenció con voz intransigente.

—Veo que las negociaciones van a llevarnos nuestro tiempo —ironicé; volví a apoyarme contra la pared junto a la ventana y crucé los brazos sobre el pecho.

—El Rey me ha pedido que os haga partícipes de cómo se vive en la Marca —añadió tras tomarse su tiempo.

—¿Y eso?

—Quiere demostraros cómo sería la colonia al otro lado del Othar.

Claro, eso. Sonreí.

—Es complicado que podamos ver la Marca si no somos más que prisioneros —repliqué.

—Podréis salir de palacio siempre que sea bajo mi supervisión y, bajo ningún concepto, con vuestra mitad animal. —Me sorprendió que no negara que aquellas paredes de mármol y tapices lujosos no fueran en realidad una prisión. Esperaba un poco de drama al respecto sobre su hospitalidad y eso.

—Así que vamos a pasar mucho tiempo juntos —murmuré, deleitándome con esa idea.

—Eso parece —admitió a regañadientes. La observé. No me gustaba ese punto de desprecio que transmitía al hablarme. Había visto esos ojos mirarme con hambre cuando nos habíamos conocido, antes de que fuera consciente de lo que yo era.

—Quiero ver la Marca. Mañana —ordené antes de darle la espalda. Zachary se levantó y me siguió. No esperamos a que contestara o nos diera su opinión y supuse que esa falta de educación la habría enojado. Era lo justo, porque yo me sentía furioso.

Me dirigí al enorme jardín que había en el perímetro interior del palacio. Su extensión era finita, pero era el único lugar al aire libre al que se nos permitía acudir. Dejé que el Diente de Amur saliera y mi

dualidad se adentró entre los matorrales que formaban un estúpido laberinto.

Mi parte humana gruñó mientras mi parte animal captaba un rastro y lo seguía al trote. No había espacio suficiente como para galopar en libertad y esa carencia empezaba a hacer estragos en nuestro carácter. La opción de poder salir de allí, en las condiciones que fueran, era tentadora.

Ya teníamos suficientes problemas como para, encima, tener que preocuparnos por la Marcada.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me increpó mi primo cogiéndome del hombro para obligarme a volverme hacia él.

—Estoy cabreado —afirmé.

—Dime algo que no sepa —me contestó poniendo los ojos en blanco.

—No vamos a darles ni un ápice de terreno —sentencié.

—Esa es la idea, sí —admitió—. Sigo sin entender el motivo de tu enfado, no es que esperáramos que nos lo fueran a poner fácil.

—Tú y tu positivismo —le gruñí.

—Raiden...

—De acuerdo, no tengo claro si me gusta o me molesta que ella sea nuestra interlocutora.

—Tiene sentido que lo sea.

—¿En serio?

—Sí.

Lo miré, esperando que continuara, pero Zachary me ignoró, obligándome a preguntarle lo que era obvio.

—¿Por qué tiene sentido que Jade sea nuestra interlocutora? —solté y sentí un estremecimiento al pronunciar su nombre por primera vez.

—Es la Princesa —contestó y el Diente de Amur gruñó en la distancia. Zachary alzó una ceja en mi dirección y me encogí de hombros. Que le dieran.

—¿Y eso tiene sentido por algún motivo que desconozco?

—Tiene sentido por algo que conoces, pero pareces haber

obviado, algo que no es propio de ti —respondió mientras me estudiaba con el ceño fruncido.

—No estoy de humor para tus acertijos —protesté.

—Hace siete años una Marcada intentó matarla; alegó que nosotros le habíamos prometido una fortuna si lo hacía —afirmó mi primo y le observé.

Sí, sabía la historia, que se resumía en un Príncipe sumamente cabreado porque alguien había atentado contra algo que él consideraba una posesión suya. En ese momento no le había dado más importancia a ese hecho en concreto, porque nosotros también tendemos a ser bastante sobreprotectores con nuestras hembras. Ahora todo tenía un cariz diferente. En primer lugar, la evidencia de que alguien intentó matar a Jade de niña. ¿Por qué? ¿Para debilitar a los Marcados?

Pese a que negamos nuestra participación en aquello y cualquier persona con dos dedos de frente sabría que ese tipo de cobardía jamás sería obra de un Doppel, nos declararon la guerra. Una guerra que se había llevado a demasiados de los nuestros, pero que tampoco había sido benevolente en el bando de los Marcados.

¿Cómo lo habría vivido ella? Tendría trece o tal vez catorce años cuando habían intentado asesinarla. ¿Se habría tenido que defender sola o el destino quiso ayudarla?

—Apenas era una niña... —mascullé, tenso. El Diente de Amur sintió mi rabia y su pulso se agitó furioso cuando llegué a la siguiente conclusión—. ¡Y ya estaban prometidos!

—El acuerdo matrimonial se estableció cuando ella era un bebé —me contó mi primo.

—¿Y nos llaman animales a nosotros? —protesté, francamente enojado, mientras el Diente de Amur había decidido que el rastro no le llevaba a su objetivo y trotaba ahora hacia nosotros.

—¿Qué más te da lo que hagan o dejen de hacer? —me preguntó mi primo—. Lo importante es que ya tenemos a alguien con quien establecer las negociaciones, que es más de lo que teníamos ayer o hace una semana.

—No preguntes —gruñí—. ¿Por qué crees que tiene sentido que justamente ella sea nuestra interlocutora?

—Es posible que el Rey la esté usando para tantearnos.

—¿Qué quieres decir?

—El Príncipe no está en palacio y su prometida, a la que supuestamente intentamos asesinar hace años, es nuestra niñera —se burló Zachary—. Yo creo que quiere ver si realmente queremos un tratado de paz o si nos conformaremos con matarla.

El Diente de Amur gruñó mientras miraba a Zachary con gesto enojado. Le mostró los colmillos y mi primo se tensó.

—¿Se puede saber qué coño te pasa?

—Estamos un poco sensibles estos días —murmuré.

—A mí también me molesta todo esto —reconoció él abriendo los brazos para englobar todo lo que nos rodeaba. Frío y artificial, como los Marcados.

—Es diferente.

—¿En qué sentido?

—Pregúntale al Amur.

—¿Qué debería preguntarle? —Mi primo me miró como si me hubiera vuelto loco.

—Digamos que Jade le gusta.

—¿Como tentempié? —bromeó Zachary.

—Más bien como su pareja predestinada.

Mi primo empezó a toser con espasmos bruscos. Hice una mueca. Quizá habría sido mejor quedarme callado, después de todo. ¡Que le dieran! Era él quien estaba interrogándome como si fuera una maldita mosca cojonera y no una pantera nebulosa.

—No tiene gracia.

—En eso estamos de acuerdo.

—Es imposible.

—Díselo a él —le animé.

—¡Es una puta Marcada! —exclamó y esta vez tanto el Amur como yo le gruñimos al mismo tiempo. Zachary dio un paso hacia

atrás, consciente de que aquel acto reflejo nuestro no prometía nada bueno.

—No puedes estar hablando en serio.

—Me gustaría no hacerlo.

—No puede ser, Raiden. Es una Marcada. —Esta vez obvió añadir un insulto para referirse a ella. No era del todo estúpido.

—Siempre he tenido gustos y aficiones poco convencionales.

—¿Estás seguro?

—Por desgracia.

—Al menos muestras algo de sentido común —murmuró mientras se frotaba la frente—. Que una dualidad reclame a su pareja es algo tan poco habitual... Tú, más que nadie, sabes que eso puede ser peligroso.

—¿Te refieres a mis padres?

—Pensaba en Ioreth, sí —admitió Zachary. Siempre había sido bastante protector con ella, quizá por toda la mierda que había sufrido. Ahora, más que nunca, podía entender su valentía y, también, todo lo que llegó a sacrificar.

—No te confundas —afirmé elevando el mentón—. Mi madre nunca dejó de amarle y mi padre... él hizo lo que tenía que hacer para preservar su linaje y proteger nuestro territorio.

—Lo de tener descendencia no es algo que nos hayamos planteado nunca.

—Ni lo haremos, por lo visto —susurré mirando a mi primo con un dolor lacerante dentro de mí.

—Ella nos desprecia.

—Lo sé.

—¿Significa eso que vas a mantenerte al margen?

—No.

—Mierda, Raiden —gruñó Zachary—. ¿Qué tienes pensado hacer?

—Voy a seducirla.

—Lo que vas a conseguir es que te clave un puñal en el corazón.

—No lo descarto, pero tampoco sería una gran pérdida —le

contesté encogiéndome de hombros—. Mañana vas a excusarte y no vendrás con nosotros a lo que sea que quiere hacer en la Marca.

—¿En serio pretendes tenerme aquí encerrado? —gruñó molesto.

—No me siento cómodo teniendo a otros machos cerca de ella.

—Pues espérate a que venga su prometido...

—A la mierda la tregua.

—¿En serio? —me preguntó Zachary con el ceño fruncido.

—No, claro que no —exclamé con un bufido—. Veré cómo gestionarlo.

—Si alguien puede, eres tú.

—No cantes victoria tan rápido —murmuré mientras miraba al Diente de Amur elevando el hocico. Mis ojos siguieron el rastro que me llegaba a través de él. En una ventana, en el ala de palacio que nos había sido prohibida, percibí la silueta de una mujer. No necesité verla para saber que era ella porque pese a ser una Marcada, o una Princesa, era nuestra. Sin embargo, me torturaba saber que ella, probablemente, jamás sería capaz de sentirlo.



IX

Jade

No debería sentirme así. Atrapada.

Las paredes de mi habitación parecían ahogarme mientras mi mente no dejaba de darle vueltas a lo que me esperaba al día siguiente. Yo, que solo había pisado una vez la Marca, debería mostrársela al bastardo. Me había planteado pedirle ayuda a una de mis Damas, pero no me convencía ninguna de las dos opciones. Tessa se pasaría el rato temblando y Perfect... igual acababa ensartada entre esos prominentes colmillos.

Debería temer también por mi vida, pero no lo hacía. Quizá porque hacía ya tiempo que no le daba demasiado valor, y que conste que eso no significaba que no apreciara el hecho de vivir. De despertarme cada mañana y de ver el sol ponerse al atardecer.

Observé la oscuridad de la noche. ¿Cómo algo tan siniestro podía inspirarme tanta calma? Era como si, de alguna forma, existiera una conexión invisible entre ella y yo. No luché contra aquello. Contra el cambio.

—Dos —susurré cuando la transformación había culminado. Solo dos días. Ese era el efecto que tenía en mí todo lo que estaba

sucediendo en la Corte. El Príncipe, el Rey y ahora el bastardo. Era imposible tenerlo contenido cuando todo se sentía tan a flor de piel.

Dejé que mis sentidos se expandieran. Quizá era justo lo que no debería hacer. Especialmente después de lo que me pasó la última vez.

La Marca era una ciudad grande, pero ni por esas me había planteado que existieran otros como yo. Impuros. Mitad demonios. ¿Intentarían seguir adelante con sus vidas como hacía yo? ¿O tal vez serían seres sedientos de sangre que aterrorizaban a cualquier criatura que se les cruzara? Así nos definían los libros.

Escuché un zumbido que se convirtió en una vibración. Tragué saliva mientras me acercaba a la ventana. No debería estar haciendo eso, pero no podía evitarlo. Los Marcados no nos caracterizábamos por tener una gran agudeza visual en la oscuridad, pero la visión felina de los Doppels eran un mundo aparte. Lo último que me interesaba en aquel momento era que ese bastardo tuviera algo con lo que chantajearme. Este secreto en concreto revolucionaría por completo la Corte y sentenciaría a toda mi familia. Me estremecí ante ese hecho.

Sondeé con la esencia del demonio que albergaba en mi interior, mucho más eficiente que los sentidos de una Marcada, y me aseguré de que los jardines estuvieran libres de miradas indiscretas. Siendo una Impura, podría matar al Diente de Amur si me lo propusiera, pero el bastardo seguiría con vida y sería testigo de todo el proceso.

No, no necesitaría una espada o un arco; mis garras retráctiles serían capaces de desgarrar su piel y creo que sentiría cierto placer al hacerlo. Me humedecí los labios; percibí el deseo creciente de un depredador.

Abrí la ventana y una brisa de aire fresco me golpeó el rostro. Todo, absolutamente todo, se sentía diferente cuando el Impuro tomaba el control. Mi piel ya no era elástica y flexible ni mi vello se erizaba ante los cambios de temperatura imprevistos. Había experimentado con mi cuerpo a lo largo de los años. Quizá, en parte, para castigarme por lo que era. Quizá tan solo para

entenderlo. El fuego no me quemaba y el filo de un cuchillo raramente era capaz de rasgar las partes más superficiales de mi rígida piel, que parecía cuero endurecido cubierto de minúsculas escamas. Si un Marcado era difícil de matar, asesinar a un Impuro debería considerarse una hazaña épica.

La vibración volvía a estar allí. En algún lugar de la Marca.

Apreté los labios antes de tomar una decisión.

Sí, era perfectamente consciente de que era la única que no debería tomar. Me saqué el pijama y busqué la ropa de viaje con la que me había disfrazado para venir en carruaje. No, no me refería al vestido en forma de campana, sino a aquel conjunto de ropa desgastada y algo andrajosa que había visto demasiadas madrugadas. Un Impuro no se merecía mucho más y, además, así me aseguraría de no revelar mi identidad. La había guardado más como recuerdo que para volver a usarla, pero la vida tiene a veces esas cosas: da igual lo que hagas, siempre es capaz de sorprenderte.

Me sujeté al travesaño inferior del marco de la ventana y salté al jardín. No se escuchó el impacto porque, en esos momentos, era poco más que una sombra. Mi cuerpo se sentía diferente, liviano y ligero, como si las cargas materiales que arrastraba no pertenecieran del todo a este mundo. Dejé que mis sentidos se expandieran y localicé las ubicaciones exactas de los animales que habían buscado cobijo en aquellos jardines y también dónde estaban aposentados los guardias que vigilaban la zona del servicio.

Las gamas de grises eran tan variadas que la oscuridad parecía hasta luminosa. Quizá era eso. Ser capaz de ver la luz cuando en realidad todo era sombrío y tenebroso.

Empecé a correr y el viento me golpeó con fuerza mientras me alejaba de palacio y me adentraba en el bosque que nos aislaba, al menos en parte, del resto de la ciudad de la Marca. Trepé a un árbol, uno de los últimos de aquel arbolado frondoso, para observar la ciudad. Desde esa posición, los olores, los ruidos y las voces me llegaban con una fuerza que resultaba hasta molesta. Nunca había

ido a Ashialla transformada en Impura. Creo que no se me había ocurrido hacer algo así, aunque, si me lo hubiera llegado a plantear en algún momento de mi vida, lo habría desestimado al instante por temor a que mis instintos tomaran el control e hiciera quién sabe qué tipo de destrozos en el pueblo.

Cuando no podía controlar el cambio, me refugiaba en el bosque y en las montañas que se alzaban majestuosas a pocos kilómetros de nuestra finca. Ese bosque que me había visto crecer no era, en esencia, muy diferente al que en esos momentos me daba cobijo. A mí y a mi oscuridad.

Solo que aquí, en la Marca, la presencia de tantas personas juntas saturaba mis sentidos. Fue entonces cuando volví a sentirlo. Una vibración con un tono casi alegre. Era como si, de alguna forma, conectase con ella. O con sus emociones. Fruncí el ceño, intentando localizarla. ¿Debería enfrentarme al Impuro para proteger a mi pueblo? Quizá yo también era una de ellos, sí, pero también era la Princesa que debía velar por todos aquellos Marcados. Como si aquella fuera la justificación que necesitaba, decidí seguir su pista. Recorrí el margen del bosque hasta que ya no quedaban más árboles en los que esconderme.

Dudé. Mostrarme era peligroso y temerario. Tía Mao jamás lo aprobaría, pero la curiosidad pudo más que el sentido común.

Intenté no pensarlo demasiado mientras me lanzaba en una silenciosa carrera colina abajo y llegaba a los primeros edificios de piedra caliza. Trepé por la fachada trasera de la primera casa con la que me encontré con una facilidad que hasta a mí me sorprendió. Me quedé agachada sobre el tejado, simplemente escuchando. Me gustaría decir que intentaba recuperar el aliento, pero mentiría. En esos momentos no era una Marcada y mis necesidades no eran las mismas. Para el demonio no existía la fatiga.

Observé desde arriba con ojo crítico las casas de la Marca antes de intentar concentrarme en aquello que no podía verse ni escucharse, pero que sí sentía. Y, allí, en medio de todos esos ruidos mundanos, lo percibí de nuevo.

Me lancé a la carrera, saltando de tejado a tejado como si no supusiera reto alguno. Como si mi oscuridad no arrastrara materia que pudiera verse afectada por la gravedad. Rápido. Siempre más rápido. ¿Y si alguien me veía? Apenas sería una silueta que cruzaba el vacío, como un destello, pero de negra noche.

Cuando me convertía en eso —que no debería tener ni nombre—, las distancias, el tiempo, todo transcurría de forma diferente. Divisé el palacio elevado sobre la colina y rodeado de esa frondosa naturaleza con la que coexistíamos. A veces me fascinaban mis propias capacidades. ¿Cuánto había tardado en recorrer aquella vasta extensión que me separaba de mi habitación? ¿Unos minutos? ¿O acaso habían sido solo unos segundos?

La vibración se movía y yo salí a la superficie de mis pensamientos para seguirla. Corrí como si me arrastrara el viento, como si realmente formara parte de él. Y allí, sin más, se acabaron los tejados sobre los que saltar. Me aferré sobre el saliente de una chimenea. Mis garras atravesaron la piedra para frenar mi avance. Levanté la mirada y aquella visión me sorprendió por completo.

El mar.

Una extensión infinita en la que no había fronteras ni límites. Cerré los ojos para captar los olores y los sonidos, impresionada con su magnificencia. Busqué con la mirada el puerto y lo localicé en el otro extremo de la costa tras una larga extensión de arena que, en esos momentos, deseaba tocar con las manos. Pero no con esas. Quería sentir la fina arena escapándose entre mis dedos y no entre aquellas garras fieras.

Y, de nuevo, la vibración volvió a palpitar, llamándome.

Todavía estaba a tiempo de dar media vuelta. De volver a la seguridad de mis dependencias. A mi prisión. Salté y caí sobre un empedrado irregular y empecé a caminar mientras me dirigía hacia la playa. Las sombras me escondían de las torres de vigía que había dispuestas a lo largo de la costa. Nadie pensaría que el peligro estaba dentro de la propia ciudad y no en el horizonte, acechando desde el mar.

Me alejé de la seguridad de la Marca y de los últimos signos de civilización siguiendo el margen de la playa. Caminé con pasos firmes, pero con la mente agitada hasta que localicé una silueta solitaria sobre la arena.

Quizá no hubiera sido capaz de reconocerla si no fuera una Impura en esos momentos. Tenía la mirada perdida en el océano y sus facciones reflejaban una expresión serena.

Facciones de rasgos muy similares a los que yo lucía en esos momentos.

Verme en otro cuerpo me impactó más de lo que pensaba. Incluso si estaba convencida de que encontraría a un Impuro al otro lado de la vibración que latía dentro de mí. No se volvió para enfrentarme, pese a que no dudaba de que era perfectamente consciente de mi presencia.

Vestía ropa oscura y sencilla, pero me llamó la atención un pequeño brazalete dorado que decoraba su muñeca izquierda. Su cadera y sus pechos eran más generosos que los míos, evidenciando que se trataba de una hembra. No estaba armada, aunque no es que necesitara una espada o un arco para ser una verdadera amenaza. Volteó la cabeza para observarme, pero esperó a que fuera yo la que decidiera empezar una conversación o que intentara matarla, lo que fuera.

La verdad es que yo también dudaba de qué hacer a continuación y el hecho de que ella no pareciera tener intención de mover un dedo era casi más inquietante que si intentara destriparme. Eso tendría su sentido. Al fin y al cabo, estaba frente a una Impura.

—¿Qué quieres? —le pregunté, a pesar de que era yo la que había acudido hasta ella.

—Decirte que no estás sola —susurró. Su voz tenía una cadencia diferente, mil tonos que sonaron de forma harmónica dentro de mi cabeza, encajando como si ella y yo conectáramos en un plano mucho más profundo. Nuestra oscuridad, tal vez. Lo que éramos.

Temblé ligeramente al escuchar sus palabras. Sola. Siempre había

estado sola. Apreté los labios. Me había prometido no volver a llorar. No lo haría, incluso si aquello me había emocionado. La posibilidad. La esperanza...

—Puedes llamarme Centella —me indicó mientras algo parecido a una sonrisa se mostraba en su rostro—. ¿Cómo quieres que te llame?

—Hope —murmuré, indecisa—. Puedes llamarme Hope.

—Me alegro de conocerte, Hope —afirmó mientras empezaba a caminar por la playa.

Me obligué a pasear junto a ella. Todos mis sentidos estaban puestos en cada movimiento que hacía, en cada respiración, en cada gesto.

—¿Fuiste tú quién me llamó? —le pregunté tras un tiempo en el que simplemente nos limitamos a caminar. Una al lado de la otra, con la brisa rozándonos la piel y el mar como banda sonora.

—No —negó—. Fue Aidan. Alpha te sintió.

—¿Cuántos hay...? —Creo que no había tartamudeado antes, en toda mi vida, así que cuando mi voz tembló me sentí un tanto estúpida.

—En Ar-Umi es imposible saberlo —repuso tras ladear la cabeza y mirarme—. Pocos, eso es obvio.

—¿Y aquí? ¿En la Marca?

—En estos momentos somos cuatro; bueno, cinco —añadió tras mirarme, y sus ojos negros brillaron con sutileza—. Muchos acabamos siendo nómadas.

—Cinco Impuros —musité impresionada.

—Susurrantes —me corrigió—. Preferimos referirnos a nosotros mismos como Susurrantes.

—¿Susurrantes?

—Ya sabes, podemos susurrarnos cosas los unos a los otros cuando estamos en la misma fase.

—¿A qué te refieres?

—Decimos que cambiamos de fase cuando nos transformamos.

—Su mirada me buscó con curiosidad—. Eres más joven de lo que aparentas, ¿verdad?

—No —mentí con bastante convicción—, pero es la primera vez que estoy con otro... Susurrante.

—*En ese caso tendrás muchas preguntas* .

Me impactó escuchar una voz, de nuevo, en mi cabeza. Creo que se me agitó el pulso y mis pupilas se dilataron, si eso era posible en mi estado actual... tras haber cambiado de fase.

—¿Cómo haces eso? —le pregunté impresionada.

—Simplemente has de dirigir tu pensamiento en una dirección —me contestó tras meditarlo—. Los Susurrantes que hayan cambiado de fase y estén en tu rango de percepción serán capaces de escucharlo. ¿Quieres probar?

—No, creo que no —negué. No me sentía cómoda con la posibilidad de conectar con el demonio—. ¿Cómo he podido sentir tu presencia?

—Es una especie de ecolocalización —empezó—. Podemos sentir las vibraciones de todo cuanto nos rodea; eso nos permite ver y definir las irregularidades en el terreno y detectar también las criaturas con vida que haya en nuestro perímetro de alcance. Nuestra frecuencia es diferente a la del resto de criaturas, así que supongo que mi vibración ha llamado tu atención.

—¿No hacen algo así los murciélagos? —le pregunté sorprendida mientras dejaba que mis sentidos se expandieran. En mi cabeza se dibujó un mapa completo de todo lo que me rodeaba. ¿Se refería a eso?

—Algo así, pero con vibraciones que son imperceptibles para otras especies por lo que sabemos —afirmó—. Alpha te lo explicaría mejor, en cualquier caso.

—Es la segunda vez que le nombras —reflexioné.

—Coincidí con él hace un par de siglos en Deisha —me contó mientras trepaba a una roca que nos cortaba el paso y que dividía la playa. Se sentó allí, de cara al mar.

Me acomodé a su lado, un acto de confianza por mi parte. ¿Por

qué? No sabía responder a esa pregunta. Ella era una perfecta desconocida, una Impura, o como diablos quisiera llamarse. Susurrante, eso. Lo que fuera. Era en parte un demonio. El coco en las historias que nos contaban cuando éramos niños. El mal encarnado en cuerpo y alma, si es que teníamos de eso. Sin embargo, yo me sentía como si todo empezara a encajar y ella formara parte del rompecabezas de mi vida.

Esa sensación era extraña. Formar parte de algo y que se sintiera bien.

—Aidan es algo impulsivo —continuó.

—¿Y eso que significa exactamente? —interrumpí. Estaba tensa.

Los ojos negros de la Susurrante me buscaron y se empezó a reír con unas carcajadas suaves, femeninas, como una caricia, que hicieron que mi vello se erizara. Fruncí el ceño.

—No es culpa tuya —me dijo al observar mi expresión—. Compartimos muchas cosas, no solo pensamientos. El dolor, la tristeza y, sí, también la felicidad. Te llega porque nuestras auras, o como quieras llamarlas, están en contacto. Yo puedo sentir parte de tu miedo y tu curiosidad y sí, tú puedes sentir parte de mi alegría. Me gusta tener una hermana.

—Igual soy una asesina en serie que solo desea saber quién eres para arrasar y llevarme por delante a toda tu familia —afirmé y su mirada se oscureció, pero fue el impacto de su tristeza la que destruyó mis barreras—. No quería decir eso, lo siento.

—Los mataron —me confirmó mientras su mirada vagaba en dirección al horizonte—. A todos ellos. Ya no queda nadie.

—*Pero no estás sola* .

Me sonrió y supe que, incluso sin quererlo, lo había hecho. Transmitirle uno de mis pensamientos, desvelar parte de lo que sentía incluso si no quería compartirlo con ella. Susurrantes. Ese nombre cobraba sentido.

—Ese es Don —murmuró abriendo un poco los ojos y, al ver que me tensaba, añadió—: Es normal que al principio solo nos sientas si

nos buscas. Con el tiempo, sondear te resultará tan natural como respirar y así nunca te encontrarán con la guardia baja.

—*La has encontrado* .

Temblé cuando el enorme Susurrante apareció de la nada frente a nosotras. Hice el amago de gruñirle por lo bajo, pero su amplia sonrisa y sus emociones llegaron a mí de una forma tan clara que mi miedo se disipó casi al instante. Había una emoción contenida en él. Una alegría franca, verdadera, por reencontrarse con otra criatura como él.

—Hope —me presentó la que me había llamado hermana. Algo absurdo pero que se sentía casi real. Como si ella estuviera dispuesta a velar por mí pasara lo que pasara.

—Estábamos preocupados —admitió el Susurrante, que se mostraba relajado—. ¿Estás bien?

¿Bien? ¿Yo? Recapitulemos. Jamás en mi vida había estado bien. Era un demonio engendrado en el cuerpo de una Marcada. Algo que debía ocultar a toda costa. Un lastre que contaminaba mi sangre y la de toda mi familia. Y eso sin hablar de mi maldita marca, de mi próximo enlace con el Príncipe de los Marcados y de cómo mancillaría el linaje real para convertirlo en uno impuro. Pero claro, teniendo en cuenta que un demonio descomunal acababa de aparecerse de la nada frente a mí, siempre podía ir a peor.

—Tranquila —susurró Centella, consciente de mi nerviosismo y, dirigiéndose a Don, añadió—: Es su primera vez.

—Lamento haberte asustado al aparecerme —se disculpó el Susurrante. Le observé. Era condenadamente grande, me sacaría un par de cabezas y su cuerpo, ancho y musculoso, impresionaba. No tenía claro si todos los Impuros machos tenían ese aspecto, pero era formidable. Centella y yo, a su lado, parecíamos pequeñas y débiles. No estaba armado y su ropa era tan anodina e impersonal como la mía. Otro sin nombre. Don.

—¿Qué diablos ha sido eso? —conseguí decir con voz más o menos firme.

—Esa es una clase avanzada —bromeó Don y creo que hizo el

amago de guiñarme un ojo. ¿En serio? ¿Se habían vuelto locos esos Marcados por culpa de su sangre contaminada?

—Lo que Don quiere decir es que primero deberás aprender a controlar otras habilidades. El arte de viajar entre las sombras para aparecerse en otro lugar es sumamente complicado —me explicó Centella con expresión jovial, como si todo aquello fuera la mar de emocionante. ¡Como si yo estuviera dispuesta a abrazar al demonio y potenciar esa parte de mí en vez de recluirlo en la medida de lo posible!

Me deshice de ese pensamiento antes de que se proyectara en alguno de ellos o pudieran sentir lo que yo. Me sentía desnuda y expuesta frente a ellos. Mi único consuelo era que a mí también me llegaban parte de sus emociones, que nada tenían que ver con las mías, todo fuera dicho.

—¿Puedes aparecerte dónde quieras? —exhalé un tanto descompuesta.

—Podemos —afirmó Don mirándome con una expresión paternal —. Aunque hay ciertas limitaciones.

—Solo puedes aparecerte en un lugar que conoces, en el que ya has estado y cuya vibración te es familiar —empezó Centella—. Aunque también puedes usar una persona como referencia.

—Otro Susurrante, generalmente —admitió Don con expresión alegre, mientras cogía una piedra suelta y la lanzaba al mar. Me sorprendió escuchar el ruido que hacía cuando golpeaba el agua y que pudiese sentir la onda de expansión que generaba en la superficie, creando pequeñas ondulaciones a su alrededor—. Aparecerse frente a un pariente o un amigo, una vez has cambiado de fase, es una mala idea.

—Lo pillo —señalé mientras contenía una sonrisa.

—¿Qué estás pensando? —me preguntó Centella con curiosidad.

—Si sois siempre así..., tan espontáneos —le confesé y, de repente, me sentí algo cohibida.

—Entre nosotros no hay formalidades, normas o restricciones y

no tiene sentido fingir lo contrario —proclamó Don con expresión tranquila—. Cuando cambiamos de fase somos libres, Hope.

—Con el tiempo, entenderás a lo que nos referimos —añadió Centella.

—El tiempo es algo ambiguo para nosotros —reconoció Don encogiéndose de hombros—. Al fin y al cabo, somos inmortales.

Inmortales.

Había dicho inmortales.

¿Y eso en qué mierda de situación me dejaba a mí? En mi mente, acababa de cambiar el título honorífico de la Princesa Impura por el de la Princesa Inmortal. Hiciera lo que hiciera, tarde o temprano alguien se daría cuenta de aquel pequeño detalle. Todos los planes que había hecho a lo largo de mi vida se vinieron abajo cuando Don pronunció aquella maldita palabra.



X

Jade

Gruñí cuando los primeros rayos de sol me incomodaron. Muy poco femenino, cierto, pero muy apropiado si tenía en cuenta que me había pasado prácticamente toda la noche con dos Susurrantes.

Aquel recuerdo hizo que me desvelara con brusquedad cuando escuché unos golpes en la puerta de mi habitación y temí ser descubierta. Observé mis manos, casi esperando encontrar las garras del demonio y no unos dedos largos y finos con una manicura impecable. Suspiré; el demonio había saciado su necesidad de mostrarse. Por un tiempo.

—¡Adelante! —exclamé con firmeza mientras me cubría el camisón de algodón con una bonita bata de seda negra.

Abrió la puerta un guardia y, tras hacer una inclinación con la cabeza, el rostro sonrojado de Tessa apareció frente a mí. Hizo una reverencia y yo me limité a hacer un gesto afirmativo. El guardia la dejó pasar y cerró la puerta detrás de ella.

—¡Acabo de enterarme! —exclamó exaltada—. ¿Te parece que es buena idea?

—Vamos por partes—le pedí mientras rebuscaba en el armario sin tener del todo claro qué ponerme—. ¿De qué te acabas de enterar?

—¡De todo! —Parecía tan nerviosa que dejé de mirar la ropa para centrar toda mi atención en ella mientras fruncía el ceño—. Siéntate, respira y habla.

Lo hizo, incluso si caminó a trompicones, con pequeños saltitos, hasta uno de los sofás que había en la zona del vestidor. Sus respiraciones fueron tan profundas que hasta parecían exageradas y, lo confieso, me estaba empezando a poner nerviosa.

—Tessa...

—Lo de los Doppels. ¡Consejera! ¿Y si intentan matarte? ¡Yo no lo haría ni loca! ¿Puedes negarte? Me dan tanto miedo, pero ¡qué honor! —empezó a soltar palabras inconexas a borbotones. Sentí una punzada de dolor en la cabeza, posiblemente por la falta de horas de sueño y la imposibilidad de mantener una conversación coherente justo cuando acababa de levantarme.

—Me siento honrada de que el Rey confíe en mí para algo así —decidí interrumpirla—. Su deseo es que conozcan la Marca y nos aprecien, si es que las bestias son capaces de eso, para que formalicemos un tratado de paz que nos beneficie. Creo que, al menos, ellos están interesados en eso.

—¿En el tratado de paz?

—Por eso están en palacio.

—¿Y si es una estrategia para acercarse a ti y hacerte daño?

—¿Y por qué deberían querer hacerlo? —le pregunté con el ceño fruncido.

—¡A saber! Son más animales que otra cosa, después de todo. Quizá tienen sus motivos —murmuró ella—. Igual existe una profecía que dice que cuando la Princesa Marcada ascienda el trono los extinguiremos y conseguiremos todo el territorio del continente. Quizá por eso intentaron matarte.

Me quedé quieta, mirándola. ¿Pero de dónde sacaba esa Marcada semejante imaginación?

—¿Qué haces exactamente en tu tiempo libre? —le pregunté alzando una ceja. Ella apretó los labios y empezó a reír.

Sus risas me trajeron el recuerdo de Centella. No, no es que la

Susurrante fuera tan explosiva como mi Dama, pero ninguna de las dos reprimía sus emociones y, lo que era aún más extraño, parecía que no les importaba que la gente fuera testigo de lo que sentían, algo que, para un Marcado, implicaba mostrar sus debilidades. Centella tenía la excusa de que era medio demonio, pero Tessa... no sabría justificarla.

—¿En serio vas a ir con los Doppels a ver la Marca?

—Es lo que quiere el Rey.

Desestimé uno a uno todos los elegantes vestidos de estampados y tejidos de ensueño. Si fuera Perfect quien estuviera en esos momentos en mi habitación y no Tessa, elegiría sin preguntarme la ropa más apropiada, pero como no era el caso, me decanté por algo que no dificultara más de lo necesario mi supervivencia.

—Vas a ir armada —afirmó al ver cómo me enfundaba unos pantalones y empezaba a colocar sobre ellos las protecciones de la armadura.

—Soy una MacAlister —repuse—. Creo que el Rey confía en que pueda pararles los pies si algo se tuerce.

—¿A un Diente de Amur y lo que sea el otro?

—No estaré sola. Vamos a estar en medio de una ciudad plagada de Marcados y los Doppels tendrán su parte humana expuesta. ¿Que las bestias sesgarían unas cuantas vidas si se lo propusieran? Sí, claro, pero sería un suicidio por su parte y no creo que sean tan estúpidos.

—Espero que estés en lo cierto —susurró Tessa no muy convencida.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? —le pregunté guiñándole un ojo, y al ver su expresión, añadí antes de que pudiera replicar—: Da igual. Era una pregunta retórica.

Me ajusté la coraza sobre una camisa de algodón de color granate. Siempre me sorprendía que, pese a que era de metal, se amoldaba a mi cuerpo a la perfección gracias al material acolchado que había en su interior. Había sido el regalo de mi tía Mao cuando cumplí los dieciocho años. A mi madre aquello le había producido

una jaqueca súbita, pero mi padre no pudo sino mirarme con orgullo al ver los grabados del escudo de la familia sobre mi corazón, reluciendo sobre el metal dorado. Sonreí, casi inconscientemente, ante aquel recuerdo.

Acabé de colocarme los guanteletes y, por último, me observé en el espejo. No, no era una armadura cualquiera. Los grabados que decoraban todas y cada una de las piezas hablaban de las hazañas de mi familia y mis antepasados. Me sentí mucho más fuerte y capaz de enfrentarme a lo que hiciera falta. Incluso a un par de Doppels. Dudé en coger el arco o la espada. Era posible que, pese a llevarme todas mis armas, fueran insuficientes si las cosas se torcían. Tras reflexionarlo, me decanté por la espada y un par de dagas, una en el cinto y otra sujeta al muslo. En el peor de los casos, lo único que necesitaría era cortarles el cuello a los Doppels y evitar a las bestias. Fácil, ¿no?

No me crucé con Perfect. Ni con Ash. Por una vez, los Antiguos estaban de mi parte. Pensar en Ash me enojaba especialmente. El desprecio evidente de sus palabras. Desprecio del que, como Impura, aún sería merecedora, pero no como Jade MacAlister.

Mi orgullo no me permitiría perdonarle sus insultos. Casi deseaba retarle. No, quizá no sería capaz de derribarle: conocía mis propias habilidades, pero desde luego tendría que esforzarse bastante y eso creo que le humillaría casi tanto como el hecho de que le venciera en el combate.

En la recepción de palacio estaba solo el bastardo. Bueno, él y ocho guardias. Ignoré a estos últimos y me centré en él. Sus ojos tenían tal intensidad que era imposible no sentir la bestia latir en su interior. Recordé su silueta y el color de su pelaje. Su elegancia, sí, y también su ferocidad. ¿Cuántos Marcados habrían muerto atravesados por sus colmillos o sus garras?

El Doppel seguía cada uno de mis movimientos, sin perder detalle

alguno, mientras todo su cuerpo se mantenía en un estado de completa tensión.

—Tú llevas dentro a la bestia y yo no confío en ti, así que no me preguntes por qué voy armada. —Fue todo lo que le dije mientras le sostenía la mirada cuando llegué hasta él—. Si tienes algún problema al respecto, no me importa.

—¿Dónde vas a llevarme? —me preguntó como si diera por zanjado el asunto de la armadura o las armas amenazadoras que lucía. Quizá era tan iluso como para pensar que no sabía utilizarlas. Sería su error, no el mío.

—¿Dónde podría ser un buen sitio, Tessa? —La susodicha dio tal brinco que por poco acaba en un traspié y aterriza con el culo en el suelo. No era la impresión que quería darle al Doppel sobre la serenidad y templanza de los Marcados, pero ya era demasiado tarde como para excluirla de la conversación.

—No sé —susurró sonrojándose—. Va a haber un poco de revuelo cuando él... en la ciudad...

—¿Y tu guardaespaldas? —le pregunté al bastardo al percatarme de que estaba solo.

—Confío en ti —reveló, y esas tres palabras me sorprendieron por completo. Ladeé la cabeza, observándole.

—Más bien en tu otra mitad —decidí contradecirle y él se limitó a encogerse de hombros.

—Somos uno —puntualizó sin mostrarse molesto al corregirme—. No dos mitades.

Ignoré ese matiz mientras pensaba qué podía hacer con el Doppel. Quizá debería haber llamado a Perfect. Ella sabía gestionar bien ese tipo de cosas. Llevaba haciéndolo durante casi un siglo y, al fin y al cabo, se había pasado toda la vida en la Marca.

Reflexioné en las palabras de Tessa. Puede que un Doppel caminando libremente por las calles repletas de Marcados fuera la peor de las opciones. No quería tener que defender su vida de los que desearían arrebatársela con todas las razones del mundo.

—La costa —decidí.

Quizá fue un tanto precipitado por mi parte, cierto, pero tras pasarme la noche allí como Susurrante sentía un deseo creciente de descubrirla con mis otros sentidos. Los que me definían realmente. Nunca había estado frente al mar ni había caminado con los pies descalzos por la arena. Hacerlo con el Doppel no era la más grata de las ideas, pero a algún lugar tenía que llevarlo y dudaba de que fuera la peor de las opciones.

—El carruaje nos acercará —le informé mientras hacía un gesto en dirección a los guardias. Me volví para mirar a Tessa y le coloqué una mano sobre el hombro con la intención de tranquilizarla. Sus ojos buscaron los míos y me emocionó un poco que su preocupación por mí fuera sincera—. Reúnete con Perfect y revisad posibles lugares que mostrar a nuestros invitados durante su estancia en la Corte.

Sí, conseguí tener la deferencia de decir «invitados». Ella hizo un gesto afirmativo, como si el hecho de tener una tarea en la que centrarse durante mi ausencia la ayudara. ¿A qué? ¿A no estar todo el rato pensando en que la bestia se daría un atracón conmigo? Algo así.

Les di la espalda a todos. Al Doppel, a Tessa y a los guardias. Caminé con pasos decididos en dirección al exterior del palacio. La luz del sol impactó sobre el metal dorado que cubría fragmentos de mi cuerpo y sentí su calor casi como una caricia. Cerré los ojos y elevé el mentón, agradecida.

—Estás preciosa.

Por desgracia, siempre hay alguien que puede estropear un momento así.

Abrí los ojos para observar al hombre a mi lado. Me sorprendió su imagen. Su pelo dorado parecía brillar bajo la luz solar y sus ojos verdes volvieron a cautivarme durante una fracción de segundo.

No le contesté, porque no tenía claro qué responder a algo así. Quizá era una forma absurda de burlarse de mí o, tal vez, pretendía ganarse mi confianza a base de halagos disparatados para que intercediera a su favor con el Rey. ¡Estúpido!

Me di la vuelta y bajé los escalones de dos en dos hasta llegar al elegante carruaje real que nos esperaba. Agradecí que, esta vez, el interior del vehículo fuera amplio, porque compartir aquel espacio con el Doppel era sumamente incómodo. Pensé en la posibilidad de atarle una cuerda y llevarlo a rastras. Tentador, pero políticamente poco apropiado. Antes de deleitarme con otras posibilidades de ese tipo, un guardia abrió la puerta del carruaje. Entré, sin mirar atrás, dispuesta a afrontarme a mi destino.

Admito que la situación era hasta cómica. Yo estaba plácidamente instalada en el banco a favor de la marcha, mientras el bastardo estaba frente a mí, sentado entre dos guardias. Los tres se veían ridículos. Los dos guardias reales, elegantes con sus relucientes armaduras negras, y el bastardo luciendo unos pantalones de cuero marrón oscuros y una camisa de algodón ocre que se le ajustaba demasiado, lo cual evidenciaba una corpulencia que no era propia para uno de los nuestros. Como hombre era atractivo. Supuse que, entre las hembras de su raza, Raiden tendría cierto éxito.

—¿Así que no conoces la Marca? —decidió iniciar la conversación mientras el carruaje avanzaba por caminos empedrados y lo único que se podía escuchar era el traqueteo de las ruedas.

—Llegué hace unos días —repuse, no especialmente satisfecha con su interés.

—¿Y dónde has vivido hasta ahora?

—En la finca familiar de los MacAlister, cerca de Ashialla —repuse. Era eso lo que quería el Rey, ¿no? Fraternizar. Podía esforzarme, al menos un poco—. ¿Y qué hay de ti?

—¿De mí? —creo que aquello lo pilló desprevenido, pero en su rostro vi cierta satisfacción—. Nací cerca de Baniel, un pequeño poblado de pescadores. A eso de los veinte alguien advirtió a mi padre de que había un Diente de Amur corriendo por las playas y así acabé en las Altas Montañas.

—¿Él no sabía de tu existencia?

—No —negó el bastardo—. Mi madre... es complicado.

—¿Para una Marcada? —le pregunté algo molesta. Yo estaba poniendo de mi parte, él debería hacer lo mismo.

—Para todos —rectificó Raiden observándome con atención—. ¿Has oído algo sobre el reclamo de las bestias?

—No —negué y él hizo un gesto afirmativo, como si estuviera valorando explicarme algo que quizá era importante. Me mantuve expectante mientras él valoraba los pros y los contras y, finalmente, volvía a tomar la palabra.

—Es algo poco habitual. Una conexión, digamos, entre dos personas, aunque son nuestras dualidades las que tienen la capacidad de sentirla. Es posible que sea porque esa mitad nuestra es mucho más intuitiva y perceptiva que nuestra parte humana. El razonamiento nos limita, ya sabes.

—El razonamiento da coherencia a lo que hacemos —le contradije. Mi respuesta hizo que su rostro se iluminara con algo parecido a la diversión.

—Ese sí que es un planteamiento propio de una Marcada —argumentó—. Nosotros recibimos al mismo tiempo las percepciones humanas, que suelen ser más racionales, y las de nuestra dualidad, que son mucho más instintivas. Por eso estamos compensados.

Elevé una ceja mientras le observaba. ¿Compensados? Eran brutos, por no llamarlos primitivos. Creo que percibió mi incredulidad porque se echó a reír mientras me miraba como si yo fuera lo más gracioso que había visto en mucho tiempo. Le gruñí y eso solo hizo que empeorara la situación.

Los guardias, sentados junto a él, mostraban una expresión fría e indiferente y el contraste entre ellos y el Doppel hacía aún más evidente que existía un abismo entre él y nosotros. ¿Cómo diablos pretendía el Rey que pactase algo coherente con alguien así?

Respiré pausadamente mientras él se lo pasaba en grande a mi costa, pero su expresión cambió por completo y pasó a mostrar la de un depredador; parecía estudiarme con un interés que era hasta inquietante. No me dejé intimidar mientras le sostenía la mirada. Sus

ojos verdes tenían mil matices y tonalidades diferentes según cómo incidiera sobre ellos la luz que se filtraba a través de las cortinas que nos ocultaban del exterior.

—Estás enojada —afirmó—. Molesta. Puedes intentar no transmitir nada, pero yo puedo sentirlo, incluso si no se ve. Eso es gracias a mi dualidad.

—No estoy enojada.

—Y ahora mientes —añadió—. Bastante creíble, sí, pero mientes. ¿Quieres que sigamos jugando a esto? Podría pasarme todo el día desvelando todos y cada uno de tus secretos y, la verdad, es que sería sumamente placentero hacerlo.

No tengo claro si el ronroneo con el que había acabado la frase era una advertencia o algo diferente. Decidí cambiar de tema.

—Me estabas hablando de tu madre —puntualicé irritada. En primer lugar, porque se había reído de mí; en segundo lugar, por su mera existencia y, finalmente, por la posibilidad de que fuera capaz de sentir ese tipo de cosas pese a mis esfuerzos en mantenerlas ocultas.

Esa habilidad, si era real, debería tenerse en cuenta. Si sabían cuándo un Marcado estaba nervioso o cuándo mentía, podría decantar la negociación a su favor. Eso me inquietaba casi tanto como la idea de que Raiden intentara desvelar el único secreto que ocultaba a toda costa.

—Mi madre conoció a mi padre en una cosecha —empezó a contarme, sin dejar de estudiarme—. Es una celebración habitual a la que acuden Doppels de toda la zona y, a veces, de otras más alejadas, especialmente si están en época de apareamiento. Mi madre era una de esas. Una preciosa pantera nebulosa, pequeña y grácil, de una familia cualquiera. No diré pobre, pero sí sin pretensiones. La pantera conoció a un varón sumamente apuesto y sucedió. Simplemente lo supo. Mi padre era su pareja predestinada. Creo que él también lo sintió, incluso sin su dualidad.

—¿No estaba su bestia?

—Digamos que él no debería haber estado allí —me confesó

Raiden con una amplia sonrisa, sin mostrarse molesto por que usara «bestia» y no «dualidad», como él solía referirse a su otro yo—. Sin esta, era un hombre cualquiera y no el heredero de los Dientes de Amur. Un adolescente que quería disfrutar de la alegría de las fiestas y, sí, de las mujeres. Como todos...

Sus ojos se encendieron al susurrar esas dos últimas palabras con una sensualidad que me hizo recordar que, al margen del depredador que albergaba en su interior, era un macho cuyas necesidades parecían no ser muy diferentes a las de mi primo Owen.

—Me recuerdas a mi primo cuando hablas así —admití, divertida.

—¿Hablar cómo?

—Como si quisieras seducir hasta a las paredes.

—A las paredes no especialmente —afirmó con una media sonrisa ladeada. Le observé con ojo crítico sin caer en su estúpida insinuación, antes de que me preguntara—: ¿Es habitual entre Marcados compartir lecho entre primos?

¿En serio me acababa de preguntar eso?

—Depende de la consanguinidad —expuse, incómoda—. Entre primos de primer grado no estaría bien visto porque puede debilitar el linaje en vez de fortalecerlo.

—Así que tu primo es lejano.

—Lo es, aunque eso no significa que tengamos ese tipo de intimidad —argumenté a la defensiva—. Estoy prometida.

—Con el Príncipe, cierto, casi lo había olvidado. —No hacía falta ser muy lista para ser consciente del tono cargado de burla de mi acompañante—. Tengo entendido que él no pone reparos entre satisfacer a una o dos Marcadas al mismo tiempo.

—¿Detecto cierta envidia? —espeté como si no me importara lo que Glenn hacía o dejaba de hacer con otras mujeres.

Me incomodaba lo que Perfect me había explicado, sí, pero entendía que no se hubiera pasado veinte años simplemente esperándome. Que yo lo hubiera hecho era diferente. Mi virginidad no había sido una exigencia impuesta por el Rey en el pacto que formalizó con mi padre, pero sentía pánico ante la idea de que no

controlara al demonio mientras intimaba con un varón. Podría prescindir de ese tipo de entretenimiento el resto de mi vida si mi destino no fuera el de engendrar un heredero. Era gafe hasta para eso.

—Hay algo que sí que envidio del Príncipe, pero te aseguro que no es eso —afirmó con el cuerpo tenso, mientras me observaba.

—¿No me dirás el qué?

—No —negó.

—Así que la pantera de tu madre reconoció a tu padre —retomé la conversación inicial—. ¿Y qué pasó entonces?

Lo admito, la historia me había picado la curiosidad.

—Pasaron el día juntos y acabaron la noche revueltos. Cuando mi madre se despertó, encontró al Diente de Amur y lo supo —continuó Raiden—. Fue entonces cuando decidió huir y se escondió para que no pudiera encontrarla.

—¿En serio? —mascullé sorprendida—. ¿Por qué haría algo así?

—No se sintió capaz de asumir esa responsabilidad —afirmó Raiden, aunque su mirada se había vuelto algo más oscura—. Renunció a su único amor verdadero porque pensó que jamás estaría a la altura de lo que él se merecía.

—Eso puedo entenderlo —murmuré, presa de sus ojos verdes.

Sentí un cierto paralelismo con esa mujer, que también había estado destinada a acompañar al líder de una raza, aunque ella le había dado la espalda a esa responsabilidad. Amor verdadero. Era ridículo. Yo no amaba a Glenn. Me atraía, mucho, porque era todo lo que una Marcada podría desear nunca. Si era capaz de asumir ese cometido no era por algo tan absurdo como un enamoramiento, sino por mi sentido del honor y de lealtad hacia los míos. Mi familia, mi raza, todo lo que yo era. Esa era una razón mucho más poderosa. La madre de Raiden había huido por cobardía, pero entendía que no todas las personas son capaces de asumir ese tipo de carga. Especialmente los Doppels.

—Mi padre la buscó durante diez años. Sabía que ella era su

pareja predestinada, pero al final, como no la encontró, la dio por muerta. Se desposó y tuvo tres hijos. Sus herederos.

—Tus hermanastros —afirmé y él asintió. Reflexioné durante unos segundos antes de continuar—: Él no llegó a saber que ella se había quedado en estado esa noche.

—Exactamente.

—¿Tu madre no se planteó decírselo? Quizá le habría perdonado que hubiera huido.

—Él se lo hubiera perdonado todo —respondió Raiden con una vehemencia que hizo que algo dentro de mí se estremeciera. Eran bestias, cierto, pero la forma que tenían de sentir era mucho más vívida y real que como lo hacíamos nosotros. No es que los admirara por ello, todo lo contrario, pero no podía evitar sorprenderme—. Le perdonó que me hubiera escondido de él. En realidad, su rabia venía de la necesidad de volver a su lado, pero estaba vinculado a otra hembra. Fue complicado.

—¿Y qué dijo su esposa?

—¿Ahara? Nos odia —declaró Raiden con una sonrisa.

—Es una hembra lista —bromeé, y su expresión se suavizó.

—Cuando algo así sucede entre dos personas, lo demás pasa a un segundo plano —aseguró el Doppel—. Mi padre le ofreció a mi madre venir a las Altas Montañas, incluso si eso podía haber supuesto una división entre los Doppels en el mejor de los casos.

—Y ella lo rechazó —resolví, mirando a Raiden.

—Lo rechazó —confirmó con un tono sobrio, poco habitual en él, que le daba un aspecto mucho más maduro.

El traqueteo del carruaje se detuvo mientras nos sosteníamos la mirada el uno al otro. La puerta se abrió, revelándonos que habíamos llegado a nuestro destino. Era incluso más hermoso de lo que me había imaginado; los grises que había contemplado durante la noche ahora estaban llenos de color. Bajé del vehículo y caminé unos pasos, los justos para que mis botas se hundieran ligeramente en la arena.

Sentí una presencia a mi espalda casi rozándome, pero no me

molestó. No tenía sentido.

—Es la primera vez que lo contemplas —murmuró Raiden con un tono cargado de respeto. Sentí que el vello de la nuca se me erizaba por su proximidad, por la suavidad de sus palabras, más propia de un amante que de un enemigo.

—Algo así —susurré.

—Es magnífico —admitió el Doppel—. Nunca me canso de admirarlo.

—Me he criado a pie de las montañas de la cordillera litoral oriental —le expliqué—. Uno no sabe lo que se está perdiendo hasta que lo descubre.

—Y, a veces, cuando lo tenemos delante, no lo valoramos como deberíamos —añadió. Se colocó a mi lado y observó aquella enorme extensión acuática. Sentí un ligero roce, aunque fue la armadura que cubría parte de mi hombro la que recibió aquel contacto. Casual, diría.

—¿Cómo fue tu infancia? —le pregunté con sincera curiosidad.

—Es probable que diferente a la tuya —admitió y nos miramos con cierta complicidad—. Mi madre y un tío lejano me criaron prácticamente solos. Vivíamos en una cabaña de madera sobre un acantilado, a un par de horas a caballo de Baniel. Allí intercambiábamos pieles o peces por otros utensilios que nos hicieran falta. En general, éramos autosuficientes. Para vivir y ser feliz no se necesitan muchas cosas, Jade.

—Casi puedo imaginarme al Diente de Amur correteando por aquí —le confesé.

—No nos tientes, porque pocas cosas le gustarían más que hacer eso justo en estos momentos —me advirtió con media sonrisa.

—Tenemos un trato.

—Nada de liberarlo —masculló con una mueca—. Lo recordamos.

—A veces hablas en singular y otras en plural.

—¿Eso te molesta?

—Se me hace extraño.

—Somos diferentes.

—¿En serio?

—¿Eso ha sido algo así como una broma de Marcados? —se burló y arrugué ligeramente el ceño. Sabía que eso hacía que me aparecieran unas arrugas horrorosas sobre el puente de la nariz, pero era un Doppel el que estaba a mi lado, así que me traía sin cuidado—. ¿Damos un paseo?

—Claro —repuse y me volví en dirección a los guardias, que se mantenían a una distancia prudencial pero sin alejarse demasiado. Empezamos a caminar y nos siguieron con pasos silenciosos, toda su atención puesta en la posible amenaza que había frente a ellos. Mi acompañante. El bastardo del Rey Doppel.

Observé su perfil mientras avanzábamos, uno al lado del otro, separados únicamente por aire, sol y tierra. Sí, era atractivo a su manera. De una forma más salvaje, con rasgos primitivos que, al mismo tiempo, era innegable que resultaban bastante masculinos. Admiré su determinación. Venir a la Marca para conseguir un tratado de paz podría haber supuesto su final. Era temerario y un tanto obstinado, y tampoco parecía tan diferente a nosotros. Tenía sus intereses, en los que obviamente diferíamos, pero intentaba hacer lo que consideraba correcto.

—Me gustaría que acabáramos con esta guerra —espeté de golpe y, esta vez, hablaba desde el corazón. La guerra pesaba sobre mi conciencia. Todo había empezado por mi culpa.

—Lo haremos —afirmó con una seguridad que me reconfortó. Me miró mientras lo decía.

—Tener una colonia de Marcados al otro lado del Othar no es la peor de las posibilidades —añadí—. Aumentará el comercio marítimo y quizá, con el tiempo, hasta podamos comerciar.

—Poco probable —descartó y me dedicó una sonrisa ladeada.

—Tejidos, armas, materia prima —insistí—. Seguro que hay algo que cada raza pueda aportar a la otra.

—Seguro —admitió Raiden—. Pero el odio está tan arraigado desde hace tanto tiempo que se necesitaría un milagro para que simplemente se desvaneciera, ¿no crees?

—El tiempo es capaz de sanar cualquier herida —opiné mientras contemplaba el mar. Había sanado las mías, quizá también lo haría con la animadversión que existía entre nosotros.

—¿Crees que un Doppel y un Marcado podrían llegar a ser amigos? ¿O amantes, tal vez? —me preguntó elevando una ceja. Compuse un gesto a medio camino entre una mueca y una sonrisa. Aquello era una estupidez. Ambos lo sabíamos. Una cosa es que pudiéramos convivir en terrenos físicamente próximos entre sí y otra muy distinta lo que él proponía.

—Poco probable —repetí sus palabras y él me sonrió. Una sonrisa pequeña, ladeada, con dejes de tristeza.

—¿Cómo crees que era antes?

—¿Antes?

—De la Grieta —murmuró Raiden y se sentó en la arena de cara al mar.

Me tomé mi tiempo en decidirme a acompañarle. Hundí las manos en la arena y sentí un hormigueo cálido entre los dedos. Había deseado hacer eso desde que Centella me había hecho seguirla hasta la playa. Hasta que me había abierto un mundo nuevo.

La existencia de otros Marcados como yo. Impuros. Susurrantes. Malditos, en cualquier caso, por nuestra sangre contaminada. Los minutos se habían convertido en horas mientras yo me limitaba a observar cómo Don y Centella entrenaban, luchando el uno contra el otro. Sus movimientos se sucedían a una velocidad que dudaba que fuera capaz de percibir como Marcada, mientras desaparecían y aparecían en otro lugar, a su antojo, como si su cuerpo perteneciera en realidad a otra dimensión. Éramos demonios o, al menos, parte de lo que fueron antaño, nuestros ancestros. Antes de la Grieta.

—Me cuesta imaginármelo —murmuré.

—Una raza única —susurró Raiden—. En aquel entonces, tú y yo no seríamos tan diferentes.

—Te equivocas —le contradije, pensando en lo que yo escondía, pero me apresuré a añadir—: O tal vez no. ¿Acaso importa?

—Lo hace —me aseguró—. Mi primo me dijo que el tuyo es un matrimonio concertado. Eso está muy mal visto en territorio Doppel. Atenta contra la voluntad y el libre albedrío de dos personas.

—Entre los Marcados también es algo fuera de lo común —le confesé—. Es una larga historia.

—Tenemos tiempo.

—Mi linaje es conocido en todo nuestro territorio —empecé a contarle—. Los MacAlister somos una familia de ilustres guerreros. Dos antepasados míos fueron Consejeros Militares de los Todellinen.

—Y el Rey Marcado quería una Reina fuerte —determinó Raiden.

Podía decirle que no fue exactamente así, pero había admiración en la forma en que lo dijo, así que preferí que pensara eso. Que, de alguna forma, se me había elegido por mi valía y no por mi marca. ¿Que era una estupidez? Sí. Nunca había sentido la necesidad de demostrar que yo no era solo un apellido o una marca, pero allí, en esa playa desierta, junto a un Doppel, fui consciente de que me gustaría que alguien me valorara por lo que yo era, solo por eso. Sin importarle de dónde venía ni quién llegaría a ser.

—¿Qué edad tenías? —me preguntó.

—Un año —le contesté y lanzó un silbido cuyo significado no supe interpretar.

—¿Y cómo funciona? —me preguntó con suma curiosidad—. Si tú no has estado nunca en la Marca, ¿era el Príncipe quien venía a visitarte?

—Se pactó que nuestro enlace se llevaría a cabo a partir de que yo cumpliera los veinte años, así que aquí estoy —le expliqué, encogiéndome de hombros.

—Has venido para vincularte a él sin ni siquiera conocerle —criticó Raiden.

—Nos conocimos al poco de mi llegada —rebatí yo—. Es tradición en la familia real que el cortejo dure unos meses, tiempo que nos permitirá conocernos un poco.

—¿Y si no te gusta? ¿Y si decidieras rechazarle?

—¿Al Príncipe? —le pregunté con el ceño fruncido. Era la cosa

más absurda jamás dicha por alguien, pero no era un Marcado quien estaba a mi lado, después de todo—. Glenn es todo lo que una mujer puede llegar a desear en un esposo.

—No puedes estar enamorada de alguien a quien no conoces —insistió el Doppel.

—No sé cómo funciona al otro lado del Othar, pero aquí el amor es algo que se cultiva con el tiempo, la lealtad y el compromiso.

—No, al otro lado del Othar no es así —gruñó con un tono molesto—. Allí, el amor es algo que se siente tan adentro que hace que pierdas la cabeza, que cometas estupideces y sueñes que eres capaz de hacer cosas imposibles.

—Tal y como lo describes, parece absurdo y poco útil.

—Pues es lo que hace que todo tenga sentido.

—Para un Doppel, querrás decir —maticé, ligeramente divertida.

—¿Sois capaces de sentir? —me preguntó—. ¿Te has emocionado de verdad alguna vez? ¿Te has enamorado? ¿Has llorado porque te dolía el alma y no el cuerpo?

—Tenemos sentimientos —afirmé con vehemencia—. Quizá no de la forma en que lo hacéis vosotros, eso es cierto. Siempre he admirado a mi prometido. De niña, mi primo me narraba sus hazañas y yo me sentía afortunada sabiendo que, algún día, sería su esposa. Y sí, una vez lloré, tanto que parecía que los ojos me sangraban.

—¿Qué pasó? —me preguntó; de repente, su voz era cálida, suave, casi delicada, como si empatizara de alguna forma con mi dolor.

—Mi institutriz, a la que quería como si fuera mi propia madre, intentó matarme —le conté mientras miraba al mar y los recuerdos volvieron a trompicones, haciendo que me tensara; el frío me caló hasta las entrañas—. Recuerdo el calor de su sangre salpicando mi cuerpo cuando mi tía la degolló para salvarme.

—Te juro que encontraré al culpable y haré justicia, Jade, pero no fuimos nosotros —me aseguró solemnemente.

—Ya no importa —le dije, alejando los recuerdos antes de

observarle.

Deseé poder leer en sus ojos y en la intensidad que contenían en esos momentos. Ese había sido el desencadenante de la guerra. Era consciente de que las diferencias y los conflictos entre ambas razas ya existían desde hacía tiempo, pero aquello fue el detonante. Y ahora, para dejar de sentirme culpable, los Antiguos me habían ofrecido la posibilidad de enmendarlo, aunque para hacerlo dependía del hombre sentado a mi lado.

—Sí que importa —afirmó con determinación.

—Es la única vez que he llorado y, probablemente, sea también la última —admití con indiferencia—. Pero demuestra que sí somos capaces de sentir, solo que lo hacemos a nuestra manera.

Nos quedamos en silencio, contemplando el mar. Cada uno perdido en sus pensamientos.

—¿Sabes nadar? —me preguntó de repente al tiempo que se levantaba. Elevé una ceja en su dirección.

—¿Qué parte de «es mi primera vez» has olvidado?

—Existen los lagos y los ríos —se burló. Puse los ojos en blanco.

—Puedo enseñarte —me ofreció.

—Y también intentar ahogarme. No, gracias —negué.

—Está bien —aceptó, encogiéndose de hombros—. Si me permites, no puedo resistirme al deseo.

—¿Pretendes bañarte?

—Sí, esa es la idea —me dijo mientras se sacaba la camisa por la cabeza. No pude evitar recorrerle el cuerpo con los ojos, el fino vello dorado de su pecho, la forma en que se le marcaban cada uno de sus músculos—. No te importa, ¿verdad? Al fin y al cabo, no es la primera vez que me ves medio desnudo.

—¿Tenéis tendencia a no llevar ropa? —mascullé algo turbada por esa versión imponente que se pavoneaba frente a mí. No, definitivamente en la finca MacAlister no había varones de ese tipo.

—No nos incomoda la desnudez; después de todo, nuestra dualidad siempre va desnuda —admitió y volvió a encogerse de hombros—. ¿Te molesta? Preferiría no volver con la ropa mojada. No

querría que el Rey se molestara si dejo su carruaje empapado la primera vez que me libera de mi cautiverio.

—No eres un prisionero —repuse mientras Raiden empezaba a desabrocharse el cinturón.

¿En serio pensaba desnudarse allí en medio? Me sostuvo la mirada mientras los pantalones le caían al suelo. Intenté no echarle un vistazo. Lo juro. Pero era imposible no hacerlo. Dentro de mí se arremolinaban una mezcla de curiosidad y algo más. Y eso me inquietó. Lo contemplé, completamente desnudo, exhibiéndose frente a mí durante unos segundos antes de darme la espalda y dirigirse al mar con pasos ágiles. Se lanzó contra él y las olas simplemente lo engulleron. Me tensé. No tenía claro qué me había impresionado más: su desnudez, con esa imponente virilidad suya, o la forma en que empezó a dar brazadas para desplazarse en el agua como si ese fuera también su elemento.

Tardé unos minutos en conseguir recomponerme. La imagen de su cuerpo frente a mí me perseguiría durante mucho tiempo. No era el primer hombre desnudo que veía, pero no lo había hecho nunca a tan corta distancia. Podía rememorar todas y cada una de las partes de su anatomía y, pese a que había intentado no prestar demasiada atención a su virilidad, su recuerdo me turbaba. No conocía varón alguno que desprendiera esa mezcla de sensualidad y erotismo un tanto animal como el Doppel bastardo. Tendría pesadillas, me dije, molesta con mis pensamientos, mientras le observaba dando brazadas con movimientos rítmicos, perfectamente controlados, como si de alguna forma fuera tan arrogante como para desafiar al mar.

Cuando me fijé en que nadaba en dirección a la arena, decidí ir a hablar con mis guardias para no tener que presenciar su desnudez otra vez. Empecé a darles instrucciones para regresar a palacio en cuanto Raiden volviera a estar vestido como una persona civilizada, algo que no era del todo. Al fin y al cabo, era un Doppel. Solo eso.



XI

Jade

Me retorcí sudorosa entre las sábanas de seda. Mi cuerpo anhelaba algo, pero no tenía del todo claro el qué.
El rostro de Glenn acudió a mi mente. Sus ojos, de ese azul celeste tan poco común entre los nuestros. Su pelo, ligeramente revuelto, mientras su boca volvía a besarme con fiereza. Me arqueé mientras notaba la piel arder con ese contacto, sus besos recorriendo mi cuello y mi hombro desnudo. Me estremecí al sentir que una corriente me recorría la espina dorsal cuando acarició uno de mis pechos. Sus ojos brillantes me observaban con algo parecido a la devoción. Creo que algo en mí se removió inquieto al ver sus colmillos expuestos, señal de que no era la única que estaba perdiendo el control.

Gruñí con una necesidad imperiosa despertada por el tacto de sus labios sobre mi piel y sus caricias íntimas sobre lugares de cuya sensibilidad apenas era consciente. No sentí miedo alguno cuando se acercó a mi cuello y me mordió con esa desesperación que yo sentía, que compartíamos, en esos momentos. Me arqueé excitada y entonces sus brazos me rodearon con fuerza. Me separó ligeramente

las piernas con las rodillas y sentí algo que pulsaba entre ellas. Estaba perdiendo el control. Necesitaba... algo.

Gemí, presa de las sensaciones y el deseo. Una risa suave me acarició mientras contenía el aliento, esperando algo que sabía que, de alguna forma, estaba a punto de pasar. Mi cadera empezó a moverse agitada, buscando ese contacto, como si lo único que importara fuera sentirlo dentro de mí, colmándome. Coloqué mis manos sobre su pecho desnudo, deseando tocar cada centímetro de su cuerpo, de saborearlo e impregnarme de su olor, con la ansiedad de recorrer con las yemas de mis dedos todas y cada una de sus cicatrices.

Y, entonces, fui consciente de que no era Glenn quien estaba encajado dentro de mí, moviéndose rítmicamente y haciendo que mi cuerpo convulsionara por el deseo y la lujuria. Que no eran sus manos las que amasaban de nuevo mis pechos mientras seguía penetrándome despacio, sin prisa, haciéndome enloquecer con cada una de sus embestidas, pero sin la intención de saciar por completo el voraz apetito que ardía dentro de mí sin hacerme suplicar primero.

Me desperté con brusquedad y acallé el grito que ansiaba mostrar mi momento de debilidad. Tenía la respiración agitada y el corazón me palpitaba con fuerza; cada latido sonaba como el golpe de un tambor. Estaba sudada y tenía las sábanas enrolladas entre las piernas, húmedas de mi propia excitación.

Jamás había tenido un sueño como aquel.

Me levanté del caos en el que se había convertido mi cama, como si alejarme de aquello pudiera poner distancia también con las imágenes que se habían formado en mi cabeza y de las sensaciones que aún hormigueaban en mi piel. Me acerqué al espejo y observé mi cuello, impoluto, sin señal alguna de que un Marcado hubiera clavado sus colmillos como muestra de su deseo y excitación. Por el contrario, los míos estaban alargados. Aquello hizo que sintiera una contracción involuntaria entre las piernas. Mi cuerpo reclamaba algo que mi mente le había proporcionado en sueños.

Al menos no me había convertido en una Susurrante.

Ese era el principal motivo por el que nunca había tenido especial interés en interactuar físicamente con un varón. Algunos podrían considerar que era un regalo que reservaba para el Príncipe, entre ellos mi madre, pero otros considerarían que mi falta de experiencia podría ser un inconveniente para satisfacerle durante los primeros años de nuestro enlace. A mí, personalmente, me preocupaba más el hecho de no transformarme en nuestra noche nupcial que mi inexperiencia. No tenía duda alguna de que Glenn supliría mis carencias.

Glenn. No el bastardo.

Intenté excusarme de mil maneras posibles. No había soñado con él, sino con su cuerpo. Al fin y al cabo, para ser un Doppel tenía un cuerpo digno de ser admirado. Sensual y masculino. Y yo era una mujer, después de todo.

Una mujer Impura.

Dejé que el demonio tomara el control y el cambio apenas tardó unas centésimas de segundo. Demasiado rápido. Demasiado pronto. No dije en voz alta los días desde la última vez. Era absurdo hacerlo. No había mérito alguno por mi parte, así que prefería no tomar mayor conciencia de ello.

Cerré los ojos y sentí la vibración de otros Susurrantes. Centella me había dicho que ellos me enseñarían a controlarlo, a entenderlo, si tomaba esa decisión. La idea de dominarlo me seducía; la de comprender al demonio que albergaba en mi interior, no tanto. No quería conectar con esa parte, aunque era tentador hacerlo. Tenía miedo de perder el control, que un ente maligno pudiera manipularme y hacer daño a las personas que quería. Que eso no hubiera pasado no significaba que no pudiera ocurrir.

Sentí un pequeño estremecimiento, como si el deseo insatisfecho que había anidado en mi cuerpo también hiciera mella incluso en el demonio. Me desnudé y me puse la ropa vieja que tenía semiescondida en el armario, lejos de la mirada crítica de Perfect.

Me lancé a la oscuridad buscando a los que eran como yo. Quería

volver a ver a Centella, lo admito. Su serenidad era justo lo que necesitaba en ese momento.

A medio camino supe que no estaba sola. Sentía a Don de alguna forma, como si pudiese identificar su vibración. Se trataba de eso, ¿no? Poseíamos una capacidad que nos permitía sentir cosas que el resto de los seres no podían percibir. Inmortales.

Esa palabra aún se me atragantaba.

Fingiría mi muerte tras darle un heredero a Glenn. Era la mejor de las opciones, aunque no tenía del todo claro cómo lo haría.

Centella y Don no estaban solos. Lo supe antes de localizarlos cerca de la playa, a varios kilómetros de la última casa habitada de la Marca. Caminé con pasos firmes y decididos los últimos metros hasta llegar a ellos. Había dos Susurrantes más. Alpha, supuse, y Aidan.

—*Me alegro de verte* .

Las palabras de Centella sonaron alegres en mi cabeza, aunque me sobresaltaron. Tardaría tiempo en acostumbrarme a eso. Si llegaba a hacerlo algún día.

—*¿Así que has salido de tu escondrijo* ?

Fruncí el ceño ante la voz seca y crítica que me llegó.

—*Alpha* ...

Esa advertencia era de Don.

Me intimidó escuchar tantas voces al mismo tiempo, aunque ellos no parecían especialmente nerviosos. Cinco. Éramos cinco Susurrantes, cinco Impuros, pasando el rato una noche cualquiera en un lugar sin nombre. Era absurdo. Y real, demasiado real. ¿Qué pensaría el Rey si supiera que existíamos? Y, no solo eso, sino que, además, teníamos nuestro propio club social. «El club de los chungos demoníacos», ese sería un buen nombre. Dudo que el Rey o el Príncipe creyesen que algo así podía suceder en sus tierras, dentro de las murallas que protegían la Marca. No, no lo harían. Yo no lo hubiera hecho si no formara parte de todo aquello.

—Hope —les dije al llegar. Prefería hablar, incluso si se me hacía raro tras cambiar de fase.

—Esperanza —replicó el que era igual de alto que Don. Otro macho. Aidan, supuse, porque su voz sonaba diferente a la había oído hacía un momento. Identifiqué esa mezcla autoritaria pero amistosa al mismo tiempo. Él había sido el Susurrante que me había pedido que acudiera a su encuentro.

—Es lo primero que me vino a la cabeza cuando conocí a Centella —admití y me encogí de hombros.

—Me gusta —afirmó el otro Susurrante—. Soy Alpha. Aquí estás a salvo, Hope.

No sabría decir a salvo de quién exactamente, pero me sentí agradecida por ese tono paternal y lo que me transmitían sus vibraciones, incluso si hacía un momento me había llamado cobarde.

—Si quieres entrenar, eres bienvenida —añadió Don con expresión alegre.

—No tienes que hacerlo si no te sientes cómoda —intervino Centella—. No todos amamos ejercitarnos hasta acabar exhaustos, ni necesitamos demostrar en todo momento que somos capaces de superarnos.

—Eso va por vosotros dos —se burló Alpha señalando a los dos varones con expresión divertida. Me sorprendió aquella complicidad. Siendo lo que éramos, sí, además de desconocidos.

—He tenido una pesadilla —les confesé—. Me vendría bien hacer un poco de ejercicio para no pensar.

—Es una gran idea —sentenció Alpha—. Aidan, te irá bien centrarte y repasar conceptos básicos mientras nosotros probamos algo nuevo.

Los ojos de Centella brillaron con sumo interés mientras Don parecía pavonearse frente al otro macho, que se apareció a su lado y le dio un pequeño empujón antes de volver a desaparecer y reaparecer en el lugar en el que había estado unos segundos antes. Casi esperaba que Don se enojara por eso, pero, por el contrario, se echó a reír. Alpha desapareció y las risas dejaron de escucharse cuando Don hizo lo mismo. ¿Se aparecería riendo en algún otro lugar recóndito? Tal vez.

—Modérate —le pidió Centella a Aidan antes de seguirlos.

Igual no había sido buena idea eso de entrenar con un Susurrante. Aceptar eso que latía dentro de mí. Lo miré. Tenía el mentón cuadrado y los ojos de un negro tan penetrante que me recordaban a la propia noche. Era atractivo para ser un demonio. Desprendía un aura intensa, como si sus propios pensamientos fueran un tanto caóticos.

—*Intenta atacarme* —me pidió.

De acuerdo. Coloqué las piernas en posición. Mi cuerpo era mucho más ligero y se sentía diferente. Intenté alcanzarle con una patada, pero él la esquivó sin esfuerzo alguno. Eso me enojó. Empecé una secuencia de patadas y puñetazos, pero no conseguí acertar en ninguna ocasión y, mientras me preparaba para enlazar dos golpes, sentí un golpe brusco en el abdomen y salí disparada varios metros.

Gruñí antes de levantarme de un salto del suelo.

Yo no era ninguna principiante y eso debería tener algún valor luchando contra él. Si como Susurrante no era capaz de golpearle ni una sola vez, empezaba a comprender que un Marcado apenas tendría alguna oportunidad si se enfrentaba a uno de nosotros.

Me apliqué al máximo en las siguientes secuencias, pero el resultado volvió a ser el mismo: mi cuerpo salía volando hasta impactar en algún lugar de la playa y mi rabia iba *in crescendo* .

—Luchas como una Marcada —observó Aidan tras aparecerse a mi lado. Me tendió la mano—. Demasiado predecible, demasiado lenta... Eres mucho más que eso, Hope. Solo tienes que aceptarlo.

Tiré de su mano con fuerza y conseguí desequilibrarle. Sonreí cuando mi pierna se elevó, preparada para impactar contra su abdomen, pero acabé de nuevo en el suelo. Aidan reapareció frente a mí con una sonrisa en el rostro.

—Buen intento.

—Eso es trampa —protesté, consciente de que se había volatilizado para que mi impacto no lo alcanzara y que me había desestabilizado en el proceso.

—Forma parte de lo que somos. Cuando empieces a conocer tu cuerpo y tus posibilidades, comenzarás a hacerlo sin darte ni cuenta.

—No creo que sea tan fácil.

—Solo tienes que desearlo.

—¿Sin más?

—Sí.

—De acuerdo —afirmé y me levanté de nuevo con cierta dificultad al sentir mi cuerpo dolorido. Sí, incluso para ser una Susurrante. Era algo novedoso y un tanto inquietante no saber hasta dónde llegaban mis capacidades.

—Ya has recibido suficientes golpes por una noche —decidió tras observar cómo me movía con cierta torpeza—. Lo que sea que te aflige, no vas a solucionarlo esta noche a base de moratones.

Me tensé mientras observaba sus ojos negros. Las imágenes invadieron mi mente a trompicones. Glenn. El bastardo. Las sensaciones, la necesidad que habían generado en mi cuerpo.

—Puedo aguantar un poco más —afirmé con arrogancia.

—Lo que necesitas en estos momentos es buscarte un macho —sentenció elevando una ceja. Gruñí a modo de respuesta. ¿Tan obvio era lo que transmitía? Le sostuve la mirada y sentí un tirón. Sus ojos negros sobre los míos. Su respiración pausada. Y, sí, allí, debajo de todo aquello, había algo más.

—Tú eres un macho —osé decirle, quizá porque no tenía nada que perder. Ni que ganar. Quizá porque el demonio que había en mí realmente comenzaba a tomar el control. Se tensó. Pude sentirlo, el deseo contenido en su interior—. Y una parte de ti lo desea.

—El deseo, la atracción, es una reacción condicionada por las emociones que tú me estás transmitiendo —se justificó molesto; tenía la mandíbula tensa—. Acostarte conmigo no cambiaría nada.

—O quizá sí —le contradije mientras me acercaba a él como si, de repente, yo fuera la depredadora y él mi presa—. Nunca he estado con un hombre por miedo a cambiar de fase y exponer a mi familia. ¿Tan raro te parece que me frustre no saber cómo es? ¿Qué se siente? Contigo no necesito fingir que no soy una Impura.

—Mi corazón tiene dueña —masculló mientras yo acortaba la poca distancia que había entre nosotros.

Sabía que Aidan podía limitarse a desaparecer y me quedaría allí, sola, en una playa desierta. Casi sería lo esperable. Siempre me había sentido así, aislada del resto del mundo, comprendida únicamente en parte porque mi existencia era mucho más compleja que la de cualquier persona que hubiera conocido antes. Y, sin embargo, ahora él estaba frente a mí. Un monstruo, sí. Como yo.

—¿Y tu cuerpo? ¿Estás casado? —le pregunté con curiosidad en apenas un susurro. Los ojos negros de Aidan se mantuvieron sobre los míos.

—No —negó y sentí cierta tristeza y desesperación en él—. Dudo que eso suceda jamás. Somos lo que somos.

—Perfecto —afirmé mientras alzaba ligeramente el mentón y me arriesgaba a colocar una mano sobre su pecho. No se retiró, pero sentí la duda creciendo en él al mismo tiempo que el deseo pugnaba por tomar el control quizá, como él afirmaba, por culpa de lo que yo irradiaba—. No es tu corazón lo que necesito en estos momentos, Aidan.

—Tenlo muy presente, porque no podría dártelo ni aunque quisiera —musitó mientras sus ojos negros me buscaban y bajaba las barreras. Me llegó una avalancha de emociones caóticas, todas al mismo tiempo—. Pero sí puedo darte una primera vez sin miedo a ser descubierta, aunque eso no significa que vaya a volver a repetirse.

—Siempre me quedarán Don o Alpha. —Fue un comentario poco apropiado, cierto, y hubiera entendido que se molestara y se limitara a desaparecer o golpearme para que volviera a aterrizar sobre la arena. Sin embargo, me sorprendí cuando me arrastró hacia él para besarme con fiereza.

Pensé que no entendía ni sabía predecir las reacciones de los Susurrantes, mientras dejaba que su lengua experta se abriera camino dentro de mi boca y sus manos me agarraban de la cintura para presionar mi cuerpo contra el suyo, haciendo que notara su

virilidad pulsando contra mi vientre. Gemí ante aquel arrebato de lujuria desenfrenada. Sentí parte de sus emociones y las mías entremezclarse al mismo tiempo.

—*Aún estás a tiempo de arrepentirte* .

Oí esa voz condenadamente seductora en la cabeza mientras sus manos empezaban a quitarme la ropa de forma habilidosa. Gemí cuando su boca abandonó la mía para buscar uno de mis pezones erguidos. Las sensaciones se intercalaban unas con otras, mías y suyas, creando un enjambre de deseo apremiante.

Su ropa desapareció y si aquello debería de haberme sorprendido, más lo hizo su cuerpo desnudo. Era apuesto. Su piel negra, tan parecida a la mía, dura y rígida al tacto, pero tan sensible al mismo tiempo. Quise explorarla y él no puso objeción alguna mientras mis manos la recorrían, ansiando conocer cada centímetro. Busqué su miembro, erguido y desafiante. Me planteé la opción de saborearlo, impresionada por cómo respondía al movimiento de mi mano deslizándose sobre él, pero perdí el control cuando sus dedos buscaron entre mis piernas y empezaron a frotar un lugar cuya sensibilidad hizo que empezara a estremecerme y todo pensamiento se volviera turbio e incoherente.

Lo sentí. Aquello que me había hecho revolverme entre las sábanas de mi cama, ansiando salir. Estaba allí, dentro de mí. Necesitaba algo de nuevo. Gemí con desesperación. Todo vibraba a nuestro alrededor. Sentí la caricia de la arena sobre mi espalda cuando Aidan me depositó en el suelo tras alzarme como si no pesara nada. Se colocó sobre mí. Le sentí entre las piernas, tanteándome. Su mirada parecía sumamente atenta a la mía, como esperando algo.

—*Hazlo* .

No tengo claro si sonó a súplica o a orden. Sin apartar la mirada, noté cómo entraba dentro de mí lentamente, haciéndose sitio, poco a poco. Dolía, pero, al mismo tiempo, quería más. Aidan gruñó y sentí su satisfacción entrelazarse con la mía. Empezó a empujar y, al notar que yo seguía cada uno de sus movimientos con la cadera,

dejó de mirarme para fijar sus ojos en el infinito mientras su miembro me embestía con movimientos bruscos, cada vez más frenéticos. Sospeché que estaba pensando en ella, pero no pude culparle porque el placer que me estaba haciendo sentir era algo que jamás podría haber llegado a soñar.

Y, entonces, sucedió. Algo explotó en mi interior y me arqueé con violencia. Aidan gruñó mientras salía de dentro y un líquido cálido me empapaba el vientre desnudo. El placer y su culminación. Era una experiencia extraordinaria. Esa sensación de paz, de bienestar, desapareció de golpe cuando nuestros cuerpos comenzaron a brillar. Sobre nuestra negra piel empezaron a dibujarse runas extrañas; naranjas y rojas sobre su cuerpo, y turquesas en el mío.

Miré a Aidan algo asustada. Tenía el ceño fruncido, creo que sorprendido.

—Es una forma insólita de descubrir que posees magia acuática —afirmó con una pequeña sonrisa en el rostro.

La luz que emitían aquellos grabados en nuestros cuerpos empezó a atenuarse y la oscuridad nos envolvió de nuevo en tonos grises, cientos, miles de ellos.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté mientras él rodaba sobre mí para dejarse caer sobre la arena, a mi lado.

—Todos los Susurrantes poseen una magia elemental —me explicó—. Habitualmente primero se aprende a conectar con la oscuridad y luego con ella, pero creo que tú y tus necesidades tenéis vuestras particularidades.

—¿Te estás metiendo conmigo? —le pregunté sin poder enojarme con él en esos momentos. Se sentía demasiado próximo, quizá por lo que habíamos compartido.

—Nunca lo haría —se burló Aidan—. ¿Ya puedes contestar a todas tus preguntas?

—A todas, no —murmuré un poco cohibida—. Pero sí a muchas. ¿Siempre es así?

—No —aseguró con una sonrisa—. Es posible que, como Susurrantes, todo se haya vuelto más intenso al interconectar

nuestro apetito sexual mutuo. Nunca me había acostado con una Susurrante antes, así que tampoco puedo asegurártelo, pero tiene sentido.

—¿Nunca? —susurré sorprendida—. ¿Y por qué lo has hecho?

—Es posible que los dos necesitáramos desquitarnos de nuestros propios fantasmas —me contestó encogiéndose de hombros.

—Tenías razón —admití para animarle al observar que su expresión parecía triste y distante, ambos reflexionando sobre nuestras situaciones personales—. Lo que necesitaba era buscarme un macho.

—Siempre tengo razón —afirmó y su sonrisa, incluso para ser un Susurrante, me pareció preciosa.

Eso debería ser un problema.

Perder mi virginidad con un Impuro, otro.

Lo cierto es que ambas cuestiones me importaban una mierda y me sentía bien.

Definitivamente, mi sangre contaminada empezaba a tomar el control de mi persona.



XII
Glenn

El perfil de la costa empezó a dibujarse sutilmente en el horizonte. Las horas en mar se habían vuelto tediosas por la soledad y la incomodidad del vaivén constante del velero. Todo para nada, aunque no esperaba otra cosa teniendo en cuenta el origen de esa advertencia cuestionable.

Serafines.

Criaturas que se consideraban superiores por el hecho de que poseían alas que les permitían volar. No eran muy diferentes a nosotros. También eran Halbgotts, descendientes directos de los Antiguos dioses y, sin embargo, ellos parecían olvidarse de ese detalle en concreto.

¿Por qué padre había creído en la palabra de esos seres sin escrúpulos? Si por ellos fuera, no aletearían ni una sola vez para ayudarnos si el mundo se quebraba. Eran egoístas y vivían encerrados en una tierra a la que nosotros no teníamos acceso. No podíamos criticar que ellos se pasearan a su antojo por nuestros cielos, pero pobre del Marcado que osara adentrarse en su territorio. Nadie volvía a tener noticias de él. ¡A saber qué atrocidades se cometían en sus poblados!

Gruñí cuando la costa empezó a hacerse más visible. Desde el mar, la panorámica que me ofrecía la Marca era pura poesía. Las torres de vigía que se distribuían a lo largo de la orilla, el nacimiento de la muralla que protegía el corazón de nuestro territorio, las casas en las que vivía nuestro pueblo y allí, sobre ellas, la Corte. Apenas era capaz de distinguir los detalles, pero a cada metro que avanzábamos redescubría alguno.

Pensé en la mujer que me esperaba en palacio. Mi futura esposa.

Tantos años odiándola por su marca, para ansiar volver a estar en su presencia después del viaje al fin del mundo. Quizá justo por eso. Ningún hombre en su sano juicio podía poner un pie en la isla de la Grieta sin tomar una conciencia más profunda de sí mismo. La Grieta era un recordatorio de la muerte, el vacío, la nada. Y eso, precisamente, era lo que yo no quería para los míos. Nos merecíamos más, mucho más. No esperaba ser recordado como un Rey que solo existió. Quería ser el monarca que reclamó lo que los Marcados nos merecíamos y eso implicaba expulsar a los Doppels de nuestro territorio. Ellos habían iniciado aquella guerra, pero seríamos nosotros los que la sentenciáramos. Se arrepentirían de haber cometido la estupidez de intentar acabar con la vida de mi prometida.

Años atrás viví ese intento de asesinato como un insulto contra mi persona, pero apenas pensé en la niña a la que por poco asesinan o en cómo tuvo que vivirlo. Quizá debería haber ido hasta la finca de los MacAlister, pero lo cierto es que ella nunca me había importado lo más mínimo. Sin embargo, ahora su seguridad y su supervivencia se habían convertido en algo relevante. Quizá porque Jade tenía una inocencia que en parte contrarrestaba la oscuridad que albergaba mi alma.

Deseaba descubrir qué ocultaban sus miradas indiferentes y cómo el placer podía llegar a enturbiar esos ojos negros, tan diferentes a los míos. Sería una esposa complaciente porque así la habían educado. Era su destino, después de todo. Igual que mi padre había impuesto que ella interfiriese en mi vida. Su reino a

cambio de un heredero de la Marcada que los Antiguos habían elegido. Fue un punto de inflexión en el distanciamiento que se había ido produciendo durante las últimas décadas. Yo cada vez ansiaba más lo que me correspondía y mi padre parecía dispuesto a aferrarse al trono hasta sus últimos días. No sería el primer Rey en hacerlo. Ni el primero en sufrir un accidente.

Quizá fue deseo de los Antiguos marcar a esa niña para que no llegara a plantearme alzarme contra mi propio padre o, tal vez, Jade era realmente especial y había sido elegida por algún extraño motivo, que yo aún no alcanzaba a comprender, para convertirse en mi Reina. En cualquier caso, mi padre se comprometió a cederme el trono si la desposaba y engendraba en ella un heredero porque, según él, era el deseo de los Antiguos. Acepté el trato pese a la rabia y el desprecio que me supuso. No importaban mis logros o mis ambiciones, solo esa estúpida marca de los Antiguos y mi obligación de concebir un nuevo Todellinen que fortaleciera nuestro linaje.

No es que me supusiera un problema follarme a una Marcada hasta que se quedara en cinta, pero era humillante que no pudiera escoger como mínimo a la mujer que me gustaría tener a mi lado el resto de la vida. Aunque no significaba que no pensara disfrutar de otras. O, al menos, esa era la idea que tenía en mente antes de conocer a Jade.

Esa mirada desafiante que mostraba su fortaleza combinada con la inocencia con la que reaccionaba a mi contacto era pura ambrosía. Pensar en ella me excitaba y eso, para alguien que había disfrutado de distintos placeres con todo tipo de mujeres expertas anhelantes por complacerme, era nuevo.

Nuestro velero avanzaba a buen ritmo hacia el puerto, que ya empezaba a distinguirse. Tenía ganas de volver a casa, algo que tampoco era habitual. Quizá porque, por una vez, había alguien esperándome. A mí. Solo a mí.

Dudaba que las negociaciones con los Doppels hubieran avanzado, pero era un tema que me preocupaba especialmente. De hecho, sospechaba que el Rey me había enviado a mí en aquella

expedición a la Grieta y no a Ash para mantenerme alejado de esos animales. Sabía perfectamente cuál era mi opinión al respecto. Había llegado el momento de recuperar nuestro territorio. Todo él. El continente nos pertenecía y, al fin y al cabo, había islas al sur, cerca del territorio de los Dracónidos, que seguían despobladas. ¡Que se pudrieran allí esas bestias y sus camadas!

El metal empezaba a escasear en las minas de Deisha y necesitábamos explotar las montañas del sur. Nuestra población había crecido mucho durante los últimos siglos y seguiría haciéndolo durante mi próximo reinado. Ese momento, mi coronación, comenzó a tomar forma en mi mente, como si en breve fuera a convertirse en una realidad. Solo tenía que cortejar a Jade, formalizar nuestra unión y hacer algo que sospechaba que sería mucho más placentero de lo que había creído inicialmente.

No me arrepentía de todas las mujeres que había frecuentado durante los últimos años para desahogar la rabia y la frustración de tener que montar y preñar a una Marcada que me había sido impuesta como si fuera una yegua. Solo que ahora esa idea en concreto, la de tenerla desnuda debajo de mí, gimiendo mientras enterraba mi simiente en su interior y clavaba mis colmillos en su cuello, me atraía especialmente. Disfrutaría seduciendo a mi prometida y convirtiéndola en el centro de mis atenciones hasta que ella les diera a los Marcados un nuevo heredero y a mí un trono. Era su deber, cierto, pero tenía intención de que ambos disfrutáramos ese proceso.

Observé una silueta con una armadura negra; unos pinchos grandes destacaban en las hombreras y estaba formada por placas que se sobreponían unas sobre otras como si fuera un enorme caparazón. Permanecía impasible, esperando a que alcanzáramos el puerto.

Supuse que alguien le habría advertido de la llegada de nuestro velero al divisarnos en el horizonte. No necesité ver los rasgos de su rostro para saber que allí estaba el más fiel de mis hombres. Sangre de mi sangre.

—Ash —le saludé tras descender por la pasarela que colocaron los marineros al llegar a puerto.

—Glenn —me saludó con una leve inclinación de cabeza—. Sigues vivo.

—Gracias por la emoción que profesas al advertirlo —ironicé, aunque sabía que pocas personas me tenían en tanta consideración como él—. ¿Tienes novedades?

—Demasiadas —masculló mi primo, molesto. Ambas cosas eran bastante habituales en él. Todo solía irritarle y no tenía especial reparo en ocultarlo. Empezamos a caminar en dirección a dos sementales negros que sujetaban unos soldados.

—Ash...

—Más vale que abras pronto de piernas a la Marcada —me soltó.

—¿Estás hablando de mi prometida? —me vi obligado a cortarle con tono seco.

—Sí. Personalmente, lo que hagas con otras mujeres me trae sin cuidado, pero si quieres el trono, más vale que empieces a follártela lo más pronto posible —afirmó Ash y su mirada mostró un brillo lujurioso que me enojó casi tanto como sus palabras.

—Deberías vigilar lo que dices. Estás hablando de tu futura Reina —le advertí.

—Antes no te importaban las palabras que usaba para referirme a ella —destacó mirándome.

—Ha despertado cierta curiosidad en mí —admití frente a mi primo—. Quiero que la trates con el respeto que se merece. Quizá los Antiguos sabían lo que hacían al marcarla para que fuera mía.

—Los Antiguos no sé —murmuró Ash, que no parecía estar satisfecho con mi declaración—. Tu padre, no.

—¿Qué ha hecho? —le pregunte tensándome mientras tomaba las riendas del semental y montaba en él. Espoleé al caballo y empezó a trotar. Ash se colocó a mi lado.

—Ha nombrado Consejera Diplomática a tu prometida —me contó.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Es la interlocutora con los Doppels.

—No puedes estar hablando en serio —gruñí mientras los colmillos se me alargaban. Ellos habían intentado matarla. Mi padre no tenía derecho a exponerla de esa forma. Ella era mía. Me pertenecía. Los Antiguos así lo habían decidido.

—Y los deja pasear por la ciudad —añadió mi primo con una sonrisa despectiva.

—Esto se nos está yendo de las manos —mascullé enojado—. Sospechaba que quería deshacerse de mí para intentar pactar con esas bestias, pero esto es intolerable.

—Está perdiendo el juicio —afirmó Ash con cierta satisfacción en el rostro.

—Voy a reunirme con él en cuanto llegue a palacio.

—Igual tendrás que buscar un método más rápido que preñar a la futura Princesa para solucionar este embrollo —se burló mi primo y le gruñí.

—¿Alguna idea que no sea asesinar a mi padre? —le pregunté lanzándole una mirada oscura.

Otros podrían considerar traición la oferta que me hizo mi primo tiempo atrás. Acabar con el reinado de mi padre para que pudiera gobernar desde el trono que me pertenecía y que me estaba negando. Decliné su oferta, sabiendo que su lealtad siempre estaría a mi lado, pese a sentirme tentado por aquella posibilidad. Era mi padre, después de todo. Y, entonces, nació ella. Jade. La mujer que me esperaba en palacio.

—Podríamos asesinar a los Doppels —propuso mi primo. Fruncí el ceño.

—Eso tendría más sentido —murmuré—. No creo que el Diente de Amur siguiera queriendo firmar ese estúpido tratado si a sus emisarios los matan unos Marcados cualquiera. Ese tipo de cosas, teniendo en cuenta el odio que les profesamos, podrían suceder si caminan libremente por la Marca. Padre puede protegerles en la Corte, pero no fuera de ella.

—Puedo seleccionar hombres de confianza que sepan mantener

la boca cerrada —reflexionó Ash—. La bestia del bastardo puede ser un problema. La he visto en el campo de batalla.

—Hablaré con Lissina —murmuré, aunque no me sentía especialmente ilusionado con tener a la Duiternis en palacio en esos momentos, y menos con Jade allí.

—Hace tiempo que no viene por la Corte —se burló mi primo.

—Las cosas han cambiado —le advertí—. Puedes acostarte con ella, pero conmigo no cuentes.

—¿Te da miedo la bruja? —me retó.

—Puede que lo que antes me satisfacía, ahora no lo haga —reflexioné en voz alta—. En cualquier caso, estoy a punto de cortejar a mi futura esposa y prefiero no tener que forzarla para que me dé un heredero.

—Eso tiene sentido, aunque si pretendes serle fiel, vas a aburrirte antes de lo que te piensas —auguró Ash con una nota de desprecio en su tono.

—De momento su sangre me llama y tengo intención de probarla más pronto que tarde.

Espoleé al caballo para lanzarme al galope, pero las risas de Ash me siguieron mientras golpeaba con la fusta a su caballo para que me siguiera.

Observé el laberinto, diseñado por una Todellinen hacía cuatro o cinco siglos. Siempre había pensado que era una alegoría a la vida, que hay opciones, decisiones, que deben ser tomadas. Algunas pueden desviarte de tu camino, aunque con el tiempo la vida te ayuda a reencontrar la dirección; otras, en cambio, son un callejón sin salida. Pero, después de mucho deambular por él, solo hay un final posible. Un destino.

La reunión con mi padre había sido infructífera. Lo que no tenía sentido era que aquello aún me sorprendiera. Según él, el hecho de que Jade siguiera con vida era la prueba de que su decisión había sido correcta. Saber que ella había estado a solas con el Diente de

Amur, sin Ash cubriéndole la espalda, me enervaba. Su seguridad, su vida, ahora eran mi responsabilidad. Pero ¿cómo mantenerla segura si mi padre estaba convencido de que los Antiguos la protegerían de cualquier peligro para que pudiera cumplir su destino? Absurdo. Como todo lo que pensaba y decía desde hacía tiempo.

Sentí una presencia, pero miré a mi alrededor y no había nadie. Tan solo mi soledad y yo. Desde mi balcón privado, en el que había hecho preparar una cena íntima que tenía intención de compartir con mi prometida, las vistas al jardín interior eran espectaculares. La fuente, rodeada de bancos de mármol, los parterres de flores exóticas y aquella zona más tupida, un tanto salvaje. Y ahora, durante el día, había Doppels corriendo libremente por el jardín de mis ancestros. Más de un antiguo Rey debía de retorcerse en sus tumbas.

Un ruido en la puerta de la sala captó mi atención.

—Adelante —ordené con voz firme.

Mi prima Perfect entró y se colocó al lado de la puerta, esperando a que su acompañante entrara.

Era realmente preciosa. Su pelo liso caoba contrastaba con la sutil palidez de su rostro, aunque había un matiz sonrosado en sus mejillas. Vestía un traje de noche elegante, negro, con finos bordados en plata que conjuntaban con una hermosa gargantilla con piedrecitas de turmalina negra engarzadas.

Una estrella que brillaba más que las que había en el firmamento.

—Gracias, Perfect —le agradecí a mi prima su diligencia sin dejar de mirar a Jade. En esos momentos, no me importaría posponer la cena para satisfacer mi cuerpo con otro tipo de placeres, pero sería poco apropiado. Jade no era una mujer cualquiera. Era mi Princesa, la futura Reina, y estaba dispuesto a tratarla como tal.

Mi prima desapareció tras hacer una reverencia y cerró la puerta tras ella. Me acerqué a Jade y le tendí el brazo. Se agarró a él con un gesto firme, aunque le temblaba ligeramente la mano.

—Lamento haberme tenido que ausentar justo cuando acababas

de llegar —empecé a decirle mientras caminábamos en dirección al balcón—. Espero que tengas hambre.

—Sí —afirmó, aunque dudaba que probara más que un par de bocados. Apenas había comido nada cuando desayunamos juntos, antes de que partiera hacía la Grieta. Habían pasado tan solo unos días y, sin embargo, parecía muy lejano.

Me acerqué a su silla y la retiré de la mesa para facilitarle tomar asiento. Admiré su preciosa melena y deseé enterrar los dedos entre aquellos mechones. Mantenía la espalda recta y mostraba una serenidad y solemnidad propias de una reina. Sonreí. Algún día lo sería. Cuando yo me sentara en el trono.

Me acomodé a su lado.

—¿Ha sido provechoso vuestro viaje? —me preguntó mientras ocultaba las manos debajo de la mesa para que yo no pudiera detectar su nerviosismo.

—Me ha hecho ser consciente de que tenía ganas de conocerte más en todos los aspectos posibles —le contesté y sus ojos buscaron los míos. Me gustaba ese destello de curiosidad que podía leerse en ellos—. ¿Sabes dónde he estado?

—No me lo dijiste —repuso.

—Eso no significa que no lo sepas —puntualicé, mirándola ligeramente divertido. No hizo una mueca, pero se intuía en el brillo de sus ojos que le satisfacía que hubiera sido capaz de leer entre líneas.

—Mi tía Mao es una persona peculiar y su audición, pese a su edad, es formidable —admitió.

—Creo que deberíamos intentar ser sinceros —opiné—. Apenas nos conocemos, cierto, pero vamos a pasar toda la vida juntos y me gustaría que ambos pudiéramos confiar en el otro. Es uno de los votos que vamos a pronunciar en unas semanas.

No se atragantó con mi última palabra, pero sí se tensó de manera casi imperceptible en la silla. No tenía intención de alargar el cortejo más de lo necesario. Si un mes bastó para mi padre, también lo haría con nosotros.

—Nunca he estado en la Grieta —afirmó, sin admitir que se había enterado por su tía, pero a la vez dejó claro que era consciente del destino de mi viaje. La admiré porque además de hermosa, era astuta.

—No queda rastro alguno de vida allí —le conté—. De ningún tipo.

—Supongo que esa es una buena noticia —dijo con media sonrisa y una expresión un poco más relajada. Nadie era indiferente a las historias de nuestro pasado. A la Grieta.

—Nunca te fíes de un Serafín —le aconsejé y, observándola con atención, añadí—: Ni de un Doppel.

—Nunca había conocido a uno hasta llegar a palacio —murmuró antes de desviar la mirada en dirección al jardín que se extendía frente a nosotros.

—Sé lo que te ha exigido mi padre —manifesté con desagrado—. He intentado que entre en razón, pero no es capaz de ver más allá de sí mismo.

—No pude rechazarlo.

—Lo entiendo —musité—. Conseguiré expulsarlos de nuestras tierras, Jade. Nuestros hijos vivirán en un territorio libre, sin bestias de las que deban preocuparse.

—El Rey quiere formalizar un tratado de paz —me advirtió, mirándome de nuevo.

Hice un gesto afirmativo y le serví comida en el plato.

—Lo sé —asentí—. Pero dudo que las bestias acepten sus condiciones y, en caso de que lo hagan, estoy dispuesto a buscar otras fórmulas para asegurar nuestros intereses.

No me contestó, perdida en sus propios pensamientos, mientras mordisqueaba un trocito de carne. Sus labios eran sensuales, sugerentes.

—¿Cómo te estás adaptando? —le pregunté.

—¿A la Corte? —me cuestionó e hice un gesto afirmativo para que continuara hablando—. Bien, creo. Es diferente a lo que estoy acostumbrada.

—¿En qué sentido? —me interesé.

—Soy una MacAlister —fue su respuesta mientras me sostenía la mirada.

—¿Una guerrera? —tanteé.

—Sí —afirmó con un tono orgulloso.

—¿Y eso es un problema? —le pregunté.

—No lo sé —admitió.

—Quiero que te sientas cómoda aquí, conmigo —afirmé—. ¿Qué es lo que te preocupa?

—No sé qué quieres exactamente de mí —declaró, demostrando un valor que me excitó y sorprendió a partes iguales—, y no sé qué puedo hacer y lo que no.

—¿Qué querrías hacer? —le pregunté.

—Volver a entrenarme cada día —me dijo y sus ojos brillaron con emoción—. Siento que me ahogo si en todo el día no puedo darles salida a mis pensamientos físicamente.

—Podrás entrenar conmigo o con las personas que yo designe en caso de que mis obligaciones no me permitan hacerlo —decidí. Al imaginarme en cómo tenía intención de acabar cada uno de esos entrenamientos, añadí, con un tono cargado de sensualidad—: Y respecto a lo que deseo de ti... deseo poseer tu cuerpo cada noche y que te mantengas solemne a mi lado mientras hacemos que nuestra raza brille con todo su potencial.

—Lo hará —susurró, sin intimidarse por la pasión que transmitía mi mirada en esos momentos.

—¿Y qué deseas tú? —le pregunté mientras apoyaba mi mano sobre la suya y la acariciaba con el pulgar.

—Honrar a mi familia y no decepcionaros, ni a ti ni a nuestro pueblo.

—Es imposible que me decepciones, Jade —susurré mientras acercaba su mano a mis labios y la besaba, sin apartar los ojos de ella. Se estremeció—. Eres simplemente perfecta, por eso los Antiguos te eligieron para ser mi eterna compañera.

—Soy terca, un tanto fría y carezco de experiencia —me confesó.

Sospeché que Perfect la había intimidado respecto a mis gustos y exigencias con las mujeres. No era el único con ese tipo de comportamiento, pero Ash no era el futuro Rey, después de todo. Sabía que mi prima estaba enojada por el hecho de que mi padre la hubiera convertido en su Dama y, además, nunca había aprobado mi libertinaje porque, lo admito, había cruzado algunas fronteras que podían ser más que cuestionables, como era el caso de Lissina.

Hablaría con Perfect. No quería que distanciara a Jade de mí o que le diera motivos para desconfiar de lo que estábamos construyendo.

—Voy a hacerte una promesa —murmuré—. Solo tu sangre, de aquí en adelante. Porque me pertenece, igual que la mía te pertenece a ti.

Aquella afirmación le sorprendió tanto como a mí el hecho de haberla pronunciado. Sentí que mis colmillos se alargaban mientras nos sosteníamos la mirada con fijeza. Se removió ligeramente en su asiento y sentí el olor de su excitación. Le giré la mano para dejar expuesta la vena de su muñeca.

—¿Alguna vez han bebido de ti? —le pregunté y ella negó con la cabeza, incapaz de pronunciar las palabras—. ¿Has bebido de alguien?

Volvió a negar y sentí que los pantalones me apretaban de manera considerable. Me contendría esa primera vez. Solo tenía intención de catarla. De saber lo que se sentía teniéndola dentro de mí.

Le clavé los colmillos en la muñeca y ella dejó escapar un leve gemido al tiempo que elevaba el mentón y el placer le recorría todo el cuerpo. Cerré los ojos, atesorando esa imagen, mientras bebía de ella.



XIII
Jade

Me pasé la mañana con Tessa y Perfect. Las marcas que me habían dejado los colmillos de Glenn en la muñeca fueron el principal tema de conversación, burlas y exclamaciones admirativas que se entrelazaban de forma aleatoria. No me sonrojé, porque no estaba dispuesta a mostrar mis emociones frente a ellas. Ni la efusividad de Tessa ni las miradas apreciativas de Perfect pudieron romper la coraza mental que había construido para enfrentarlas.

Conseguí evitarlas a media mañana y me refugié en el jardín interior de palacio, el único sitio que ningún Marcado frecuentaba por la posibilidad de cruzarse con alguno de los Doppels. No es que me apeteciera especialmente ser yo la que se acabara tropezando con ellos, pero necesitaba darme un respiro de mis Damas, sus opiniones y sus miradas.

Me senté en uno de los bancos junto a la fuente, observando la belleza que me rodeaba. Todo era confuso. Glenn. Lo que yo era. ¿Podía afectarle de alguna forma haber bebido sangre contaminada? Había tan pocas cosas que sabía al respecto...

Pensé en Centella. Quizá ella tuviera alguna respuesta. Inevitablemente, pensar en la Susurrante me llevó a pensar en

Aidan y en lo que habíamos compartido. No debería anhelar volver a verle. Me decía a mí misma que era por el hecho de que era el primer varón con el que compartía esa conexión, pero no podía evitar pensar que lo que había sucedido entre nosotros no había sido solo en un plano físico. Probablemente se debía a lo que éramos, porque él amaba a otra persona y yo... sentía algo por Glenn. Me atraía. Era un Marcado para ser admirado. Apuesto y exótico, con esos ojos celestes que me recordaban al cielo de un día de verano. Poderoso, eso también. El Príncipe, el futuro Rey.

Su promesa debería abrumarme. Solo yo. Era más de lo que aspiraba, sobre todo teniendo en cuenta lo que Perfect me había explicado sobre él. Renunciar a las venas de otras mujeres era una muestra de deferencia y afecto. Glenn no tenía por qué hacerlo y eso me hacía pensar que él también sentía algo por mí. Sin embargo, aunque cuando él me había mordido había sido placentero, no podía compararse con la explosión salvaje que Aidan me había hecho experimentar. Quizá solo se debía a lo que éramos... Impuros, Susurrantes, demonios en esencia. O, tal vez, venía condicionado al hecho de que Glenn y yo no habíamos llegado a intimar en otros aspectos. No debería preocuparme por todo aquello. Al fin y al cabo, si entre Glenn y yo surgía algún tipo de relación afectiva, nos facilitaría las cosas, pero no era un requerimiento.

Un ruido. La enorme masa repleta de manchas apareció frente a mí. La observé, esta vez sin miedo. Una pequeña sonrisa asomó a mis labios mientras se acercaba a mí con las orejas gachas y aspecto sumiso, casi como si fuera un animal domesticado y no un asesino. No es que me apeteciera especialmente la compañía del bastardo, pero había asumido esa posibilidad al esconderme en aquellos jardines.

—¿Dónde está tu otro yo?

No me contestó, obviamente. Se limitó a llegar hasta mí y estirarse a mis pies. Era absurdo, pero la bestia pareció relajarse y empezó a dormitar junto a mí. Me quedé contemplándola y, de

repente, empezó a emitir unos ronquidos suaves. Se me escapó una risita baja al escucharlo.

No tengo claro cómo acabó mi mano sobre aquel manto dorado. Quizá fue la curiosidad de descubrir cómo era su tacto o tal vez la necesidad de hacer un movimiento mecánico que me ayudara a liberar la mente de todas las cargas que arrastraba.

Era sumamente suave, observé sorprendida, mientras dejaba que mi mano recorriera parte de su lomo y enterraba mis dedos en su pelaje. El Diente de Amur no se movió mientras le acariciaba, lo cual hizo que la ansiedad empezara a disiparse mientras mi mente encontraba cierto equilibrio.

Debía olvidar lo que había pasado con Aidan. Lo que empezaba a sentir por él. Era un demonio, un monstruo. Tenía que esforzarme en recordar ese detalle en concreto que cada vez parecía tener menos relevancia en mi mente inquieta, posiblemente porque en esencia yo no era muy diferente a él.

Intenté pensar en Glenn. Me había hablado del viaje a la Grieta, de sus intereses y hasta había compartido parte de sus pensamientos conmigo. Era una Marcada afortunada. Me trataba con respeto, parecía dispuesto a escuchar mis peticiones y satisfacer mis necesidades. Podría volver a entrenar, aunque fuera con él. Y eso, por desgracia, volvió a traerme el recuerdo del Susurrante.

¿Por qué me sentía así?

Observé al animal que reposaba junto a mí. Raiden no debería de andar lejos, aunque tampoco es que tuviera opción de ir a ningún sitio.

Esa bestia era mi enemigo natural. O debería serlo. En vez de eso, parecía más una mascota que una criatura dispuesta a exterminar a mi raza. ¿Dónde irían cuando Glenn los expulsara de nuestro territorio? Encontrarían la forma de volver a empezar, estaba segura, pero lamenté, al menos un poco, la situación en la que se encontrarían en un tiempo.

—¿Estás bien?

Su voz me sorprendió. Sonaba suave, cargada de una emoción

contenida y teñida de preocupación.

—Claro —afirmé sin mirarle.

No me apetecía hacerlo porque no me sentía bien conmigo misma y no conseguía entender tampoco el porqué. Por no hablar del hecho de que había soñado con su cuerpo desnudo y su virilidad moviéndose dentro de mí. Ese sueño absurdo me había hecho abandonar la seguridad de mi habitación y había acabado en brazos de Aidan. Un Impuro. Algo que jamás hubiera hecho si en aquel momento no me quemara por dentro la necesidad o si hubiera sido capaz de reflexionarlo fríamente. Y ahora, después de haber compartido aquello con un demonio que además era un perfecto desconocido, nada parecía estar en su sitio.

El mordisco de Glenn quedaba desmerecido por aquella experiencia, que sospechaba que sería la más intensa que viviría en toda mi vida. No estaba segura de si celebrar o arrepentirme de lo que había sucedido porque había despertado algo en mí que debería seguir durmiendo. La duda. De todo en lo que creía. La posibilidad de reconstruir mi vida lejos de la Corte. Lejos de las mentiras que llevaba arrastrando toda mi vida. Lejos de negar que descendía de un demonio. Y toda aquella cadena de acontecimientos, emociones y pensamientos habían sucedido por culpa de aquel sueño. Raiden. Dentro de mí.

—Mientes fatal —se burló mientras se sentaba en otro de los bancos.

—¿Quieres hablar del tratado?

—¡No, piedad! —masculló entre dientes—. Solo queríamos disfrutar de tu compañía.

—¿Puede dormir la bestia mientras tú estás despierto? —le pregunté con curiosidad.

—Nuestra dualidad nunca duerme, solo descansa o finge hacerlo para ganarse tu atención —remarcó Raiden y el animal se desperezó. Aparté la mano de su cuerpo y se volvió para mirarme con sus ojos ambarinos antes de transformarse en bruma.

—¿En serio has hecho algo tan ruin? —critiqué al ver el espacio

que había ocupado hasta hacía un momento el Diente de Amur. ¿Fingir que dormía?

—Recuerda que no controlamos sus acciones —remarcó con un brillo travieso en su mirada—. Nosotros sí que podemos dormir mientras ellos patrullan o persiguen conejos, lo que sea. Podemos ver y escuchar lo que hacen, como un ruido de fondo que transcurre en paralelo a nuestra propia inconciencia.

—Parecía dormido —protesté.

—Tus caricias parecen tener un efecto calmante sobre mi dualidad —declaró Raiden—. ¿Puedo acercarme?

—¿Un Doppel pidiendo permiso?

—Solo en ocasiones especiales —bromeó mientras se levantaba y se sentaba a mi lado—. ¿Me permites?

Fruncí el ceño y le tendí la mano que me pedía. La giró para observar las marcas de los colmillos de Glenn. Su expresión era neutra, inexpresiva, pero me sentí un poco mal. ¿Por qué? Ni idea. Era una estupidez. Raiden no era nada ni nadie, ni yo lo era en su vida. Y, sin embargo, la piel me hormigueaba por su contacto. Quizá se debía a que todo lo que me había pasado hacía que estuviera asquerosamente sensible y él había formado parte de todo aquello. Incluso si solo había sido en mi mente. Seguramente se trataba de eso.

—¿El Príncipe? —inquirió y no le respondí. No tenía por qué hacerlo. La duda, por sí sola, ofendía—. ¿Duele?

—No —negué, tras ver una preocupación real en sus pupilas.

—No sé mucho de vuestras costumbres —empezó a decir—. Pero sé que es algo habitual en vuestro apareamiento.

—Es algo más íntimo —decidí explicarle—. Implica una atracción no solo física, podríamos decir.

Sí, era una muestra de que existía una atracción mucho más fuerte que la que se requería para mantener una relación puramente física con un desconocido. Me costaba creerlo, pero por lo visto Glenn empezaba a sentir algo por mí mientras que yo, ahora, solo

podía pensar en Aidan. En los Susurrantes. En que con Glenn jamás podría ser yo misma en muchos aspectos. ¡Había tanto por ocultar!

Y me sentía tan cansada de hacerlo...

—¿Algo así como decirle a alguien que sientes que el mundo no tiene sentido si no está a tu lado? —me preguntó y sus palabras hicieron que me estremeciera. Le miré. Sus ojos verdes fijos en los míos, sus manos sujetando mi muñeca con delicadeza. Era mi enemigo. Y, sin embargo, no se sentía como si lo fuera.

—Más o menos —afirmé.

—¿Y tú? ¿Harías cualquier cosa por tu Príncipe?

—Estoy aquí —le contesté con voz trémula; las dudas, esas que debería ocultar bajo mi coraza, asomaban a mi mirada, a mis palabras.

—Estamos —susurró y sentí algo. Un tirón entre él y yo. Como si él pudiera entender cosas que yo no decía en voz alta y yo no pudiera apartar la mirada de sus ojos verdes porque había algo en ellos que, incluso si no sabía qué era, me llamaba.

Un estruendo, como si de un trueno se tratara, hizo que se rompiera lo que fuera que estaba sucediendo entre nosotros. Alejé la mano del Doppel y fruncí el ceño. Busqué el origen de aquel sonido. Un rugido y un gruñido. No tenía claro qué bestia me encontraría, pero sí sabía de quién era este último.

Salí corriendo, como impulsada por el viento, hasta llegar a un extremo del jardín, delimitado por una pared de mármol que tenía una grieta. Zachary estaba de pie, justo debajo, con aspecto cabreado. A pocos metros de él había un felino enorme de color crema cuyo lomo mostraba rosetas y líneas negras que se entrelazaban de manera aleatoria. No era un Diente de Amur y, aunque sus colmillos no sobresalían de su mandíbula y su tamaño era más pequeño, era imponente.

Ambos, bestia y hombre, miraban con aspecto enojado al Marcado frente a ellos.

—¡Owen! —exclamé, presa de la emoción.

No pude llegar hasta él porque el Diente de Amur, que había

aparecido a mi lado, me cortó el paso. Me golpeó ligeramente en el costado y se colocó entre Owen y yo en una posición desafiante y protectora al mismo tiempo.

El rostro de mi primo era inexpresivo, pero no dudó en armarse con sus dos cimitarras y enarbolarlas a la defensiva frente a él, como si estuviera dispuesto a enfrentarse a ambas bestias al mismo tiempo.

El Diente de Amur lanzó un gruñido bajo y la otra bestia le siguió, como si estuviera acostumbrada a acatar su autoridad.

—¡Raiden! —protesté—. Si le haces un solo rasguño te juro que te mataré con mis propias manos.

—Puestos a elegir, preferimos tus caricias —declaró con un tono insolente la mitad humana del Doppel, que llegó caminando tan tranquilo con las manos en los bolsillos de los pantalones de cuero. Entonces, mirando a Zachary, añadió—: ¿Qué ha pasado?

—El Marcado quería interrumpir las negociaciones —repuso el hombre mientras se pasaba la mano por los labios. Percibí el olor de la sangre—. Ha decidido lanzarme contra el palacio.

¿Negociaciones? Raiden y yo estábamos hablando del tiempo, más bien. O de cosas que no tenían ningún sentido ni utilidad.

—¿Owen? —le pregunté a mi primo con el ceño fruncido. Lo miré por encima del lomo del enorme animal que se interponía entre nosotros, dándome la espalda, como si yo no fuera una amenaza real. Raiden y su ego.

—Un Doppel no va a decirme lo que puedo o no puedo hacer —sentenció mi primo, con los filos de sus espadas en alto.

—Dame un solo motivo para no matarlo —le pidió Zachary a Raiden.

—Eso dificultaría pactar un tratado —expuso Raiden—, y creo que nuestra Consejera Diplomática le tiene cierto aprecio. ¿Viene a rescatarte del Príncipe déspota un viejo amante?

—Owen es mi primo —escupí con un deje de desprecio.

En primer lugar, no necesitaba que nadie me protegiera de Glenn.

Él era simplemente perfecto. Y, en segundo lugar, no necesitaba que nadie me rescatara. Era capaz de hacerlo sola.

—¿Ese primo en concreto? —me preguntó, y me sorprendió que se acordara de él—. Un MacAlister, ya ves, primo. Jade lamentaría su muerte.

—Yo no —gruñó Zachary mirando a Owen con rabia.

Raiden se encogió de hombros y el Diente de Amur se volvió hacia mí. Dio un par de pasos y se rozó deliberadamente contra mi costado antes de volverse bruma. Owen no bajó las armas, pero aquello le sorprendió. A mí también, para qué negarlo.

—La próxima vez morderemos primero y preguntaremos después —anunció Zachary mientras su bestia lanzaba un gruñido al aire, una amenaza, antes de desvanecerse también. El Doppel le lanzó una mirada enojada a su primo y nos dio la espalda para adentrarse en el edificio.

—¿Qué era eso? —le pregunté a Raiden señalando al animal que acababa de desaparecer, mientras él se aproximaba con pasos indiferentes hasta donde yo estaba.

—Una rabieta —afirmó con ese tono suyo entre insolente y travieso.

—El animal —especifiqué—. Nunca había visto uno así.

—Una pantera nebulosa —me contó. Fruncí el ceño. Su madre.

—Me dijiste que tu progenitora era una felina pequeña —remarqué—. Me imaginaba algo tipo un lince o un gato.

Raiden rio por lo bajo y sus ojos verdes me observaron con satisfacción.

—Las nebulosas son unos mamíferos curiosos —admitió—. Las hembras no suelen llegar a los quince kilos, pero los machos oscilan alrededor de los sesenta y les doblan en tamaño.

—Aun así, los machos siguen siendo diminutos en comparación a vosotros —afirmé, pensando en los Dientes de Amur y en la historia de sus padres.

—Sí, pero son cazadores formidables desde el aire —me contó—.

Y son trepadores natos; son capaces de saltar de árbol en árbol sin llegar a pisar el suelo.

—Nunca había visto unas manchas como las que él tiene en el lomo —murmuré, pensando en la belleza de aquel animal.

—Suelen llamarlas nubes —añadió mientras se colocaba a mi lado con una naturalidad que debería incomodarme pero que, por el contrario, casi tuvo un efecto relajante—. A mí, particularmente, me gustan más las mías.

—A ti, de base, siempre te gusta más todo lo que es tuyo —mascullé haciendo una pequeña mueca y Raiden rio por lo bajo.

—¿Jade?

Mierda. Me había olvidado de Owen. ¿Qué se suponía que estaba haciendo? ¿Hablar con Raiden de sus malditas manchas? ¿Coquetear con él?

Me alejé de él para acercarme a mi primo que, al menos, había aprovechado nuestra cháchara para guardar las cimitarras en sus vainas. Me sentí tentada a lanzarme a sus brazos para que me abrazara y me reconfortara, pero no lo hice. Simplemente me quedé frente a él; ambos tratamos de leer lo que se escondía en la mirada del otro.

—Has venido.

—Te dije que lo haría. —Fue su escueta respuesta, aún incómodo con la presencia del Doppel.

—No pensaba que fueras a visitarme tan pronto —admití.

—Tía Mao le dijo a Nuvia que esperaban a Eluney en el Registro para leer su marca —empezó—. Consideramos que era buena idea que la acompañara.

—¿Te ofreciste voluntario a hacerme de canguro o te obligaron?

—¿Acaso importa la diferencia? —bromeó mi primo, aunque su tono era frío. Neutro. La voz de un Marcado.

—Supongo que no —admití—. ¿Y Nuvia?

—Descansando en un hostal de la Marca —repuso mi primo—. Eluney apenas ha dormido durante el viaje y esta tarde la llevarán al Registro.

—Iré con ellas —afirmé, emocionada.

—¿Qué es el Registro? —preguntó Raiden acercándose a nosotros. Owen me cogió de la cintura para colocarme a su lado, lejos del Doppel. Raiden frunció el ceño, molesto. Acabábamos de evitar un enfrentamiento, pero a este paso volveríamos a tener otro.

—Es el lugar en el que los eruditos leen las marcas con las que nos han bendecido los Antiguos —le expliqué y, al ver que Owen se tensaba, añadí—: El Rey me ha nombrado Consejera Diplomática, así que seré la interlocutora de los Doppels durante su estancia en palacio.

—¿Consejera Diplomática? —masculló entre sorprendido y enojado—. ¡Exponerte a esas alimañas es peligroso! ¿Acaso ha perdido el juicio?

—Puedo protegerme sola —gruñí enfadada y me liberé de su agarre—. Quizá el único que es capaz de verlo es el Rey, después de todo.

—No te olvides de mí, gatita —intervino Raiden—. Estoy seguro de que incluso sin garras, eres de las que araña.

—Desearía cortarle la lengua —espetó mi primo, mirando al Doppel.

—Puestos a cortarle algo, apunta más abajo —concreté y la mirada de mi primo se iluminó con algo parecido a una sonrisa que desapareció cuando Raiden ronroneó sensualmente, haciendo que se me erizara el vello del cuello.

—Lo dice porque ya me ha visto desnudo y, por lo visto, hasta llegué a impresionarla.

Owen se tensó y mi pulso se aceleró. Creo que Raiden lo sintió porque sus ojos brillaron y me buscaron desafiantes, como si me animara a negarlo.

—Se dio un chapuzón en el mar cuando lo saqué a pasear —aclaré con voz fría, como si aquello no me hubiera importado lo más mínimo.

Owen me creyó, lo supe por la forma en que se relajó a mi lado, pero no tengo claro si Raiden sabía que escondía más de lo que

quería admitir en voz alta. Confieso que no era inmune al atractivo, un tanto animal, que poseía. Era algo totalmente absurdo e inapropiado, pero no era mucho peor que haberme liado con un Impuro.

—¡Ya has conocido al Príncipe! —exclamó mi primo, ignorando a Raiden, al ver las marcas de los colmillos de Glenn en mi muñeca—. ¡Te lo dije!

—Odio cuando te pones en plan sabelotodo —protesté mientras me sonrojaba ligeramente. Owen era así. Era capaz de hacerme sentir como esa niña que correteaba por el bosque, persiguiéndole, con las rodillas peladas y las mejillas enrojecidas por el contraste entre el frío del invierno y el fervor que le proporcionaba una buena cacería.

—¿Qué te dijo exactamente? — Raiden se metió de nuevo en la conversación.

—¿Oyes algo? —me preguntó mi primo—. Es como si hubiera un ruido de fondo, pero no sabría decir... Algún animal andará suelto.

—Hazme el favor de no provocarles —le pedí a mi primo—. Soy yo quien tendría que justificar un enfrentamiento ante el Rey y ya tengo suficiente carga encima como para empeorarlo.

—Consejera. Eso es un honor —proclamó, incluso si despreciaba a los Doppels y que yo me viera obligada a confraternizar con ellos.

—Quiero ver el Registro; te acompañaré esta tarde —declaró Raiden, evidenciando que no estaba dispuesto a aceptar un no por respuesta—. Voy a buscar a Zachary antes de que decida descuartizar a algún Marcado.

—Que lo haga —le tentó Owen, mirándolo con gesto desafiante —. Así tendré una excusa para matarte.

—¿Tú y cuántos más? —se burló Raiden y mi primo le mostró los colmillos—. Sinceramente, no los veo para nada sexis y si es un tema de tamaño...

El Diente de Amur se manifestó a su lado y abrió la boca, en un gesto más perezoso que desafiante, para mostrar sus poderosos colmillos capaces de atravesarnos por completo si se lo propusiera.

Era probable que ya lo hubiera hecho con otros Marcados en el campo de batalla. Raiden hizo una ridícula reverencia en mi dirección y se marchó con la enorme bestia caminando a su lado.

—No puedo creerme que el Príncipe haya autorizado que te relaciones con semejante chusma —susurró Owen, a mi lado.

—Creo que él opina exactamente lo mismo que tú —le confesé mientras observaba al enorme animal, cuya cruz le llegaba a Raiden hasta el hombro, y la forma insolente que tenían ambos de caminar mientras se alejaban de nosotros.

Eran uno, en realidad.

Y yo había cometido la estupidez de olvidarme de ese hecho mientras había estado acariciando al Diente de Amur, ya que Raiden parecía haberlo interpretado de una forma absurda. O tal vez solo lo hacía para provocarme. Porque, por desgracia, tenía ese poder sobre mí.

El único que creía que esas criaturas, mitad bestia y mitad hombre, pudieran llegar a convivir pacíficamente con nosotros, de nuevo, era el Rey. El único que pensaba que tenían derecho para establecerse en los territorios que sus antepasados habían colonizado cuando los Serafines abandonaron el continente. El único que creía que yo era capaz de mediar con ellos. Que consideraba que tenía una valía al margen de la marca que ostentaba. Que era consciente de que, además de mujer, además de Princesa, era una MacAlister y, como tal, sería capaz de plantar batalla y enfrentarme a ellos si era necesario.

Quizá el Rey estaba perdiendo el juicio, pero era el único que me había dado la posibilidad de hacer algo útil desde que había llegado. El único que había considerado que estaba capacitada para participar en la Corte haciendo algo que no fuera vestirme con trajes de seda y enaguas engorrosas. El único que pensaba que yo podía hacer muchas más cosas que limitarme a engendrar un Todellinen. Ganarme el título de Princesa, aunque para hacerlo interfiriera en los intereses de mi prometido.

Odié a Raiden y a los Doppels, porque su existencia me ponía

entre la espada y la pared. Porque cuanto más lo conocía, más injusto me parecía simplemente expulsarlos de las que ellos consideraban sus tierras y porque en vez de conseguir que él empatizara con nosotros, era yo la que lo estaba haciendo con ellos.



XIV
Jade

Agradecí que Glenn hubiera hecho llamar a Owen aquella tarde. Tenerlo cerca de Raiden era avivar las brasas del fuego y yo no quería tener al Diente de Amur aterrorizando las calles de la Marca. Ya era difícil caminar con la porción humana del Doppel como para hacerlo también con su dualidad.

Perfect y Tessa nos acompañaban. Ellas y cinco guardias, todo sea dicho. Creo que Nuvia hubiera preferido que me quedara en palacio para que todas las personas con las que nos cruzábamos no acabaran mirándonos con expresiones desdeñosas. No, no era por mí, ni por mi hermoso vestido de color violeta o la tiara que lucía sobre el pelo, un regalo que Glenn me había hecho llegar a mediodía. Era por el hombre que caminaba a nuestro lado y cuyo rostro no mostraba marca alguna, lo que evidenciaba su origen.

Había rumores en la ciudad sobre su presencia en palacio. Algunos aspiraban a que se firmase el tratado de paz, mientras que otros Marcados deseaban verlos a todos y cada uno de ellos despedazados. Intenté ignorar las miradas, los susurros, y supongo que Raiden hacía lo mismo. Se limitaba a caminar, observando a su

alrededor con gesto analítico, como si nos estudiara. Probablemente lo hacía.

—Estoy segura de que todo va a ir bien —le aseguré a mi prima, que llevaba a Elurney dormida en sus brazos.

Las acompañé dentro del Registro y el resto del grupo, incluidas mis Damas y el Doppel, permanecieron fuera. El Magistrado que se había ofrecido a hacer la predicción salió a saludarnos acompañado de un delineante. Me excusé y las dejé allí con ellos, intranquila por lo que podía suceder fuera en mi ausencia. Tessa no me preocupaba, se escondería detrás de un guardia antes que responder a lo que fuera que le preguntara Raiden, pero Perfect... no tenía ni idea de qué era capaz de hacer la Todellinen.

Me los encontré hablando. No diré con cortesía, pero al menos no había una batalla campal frente al Registro. Desconocía por completo si ellos ya habían interaccionado en palacio o si, por el contrario, se habían evitado mutuamente, aunque me decantaba más por esta última opción. Sospechaba que a Raiden le traería sin cuidado relacionarse o no con la sobrina del Rey, pero de lo que sí estaba segura era de que mi Dama lo despreciaría más que al resto, que de entrada no era poco.

Me acerqué a ellos.

—Lo que vosotros llamáis civilización destruye lo que nos sustenta a todos —le decía Raiden a Perfect.

—Cuidamos la tierra que nos nutre —argumentó ella con gesto altivo—, pero sin vivir como salvajes. Os entenderíais mejor con los Dracónidos que con nosotros; igual sería un buen momento para asentar raíces cerca de ellos.

Eso fue un insulto, pese al tono sedoso que había usado Perfect. Los Dracónidos eran conocidos por su comportamiento violento y por vivir en cavernas, como si aún fueran criaturas primitivas. Nadie osaba adentrarse en sus tierras. Si ya eran territoriales con los de su especie, no digamos cómo podían reaccionar si alguien de otra raza ponía un pie cerca de sus guaridas.

—Salvajes —murmuró Raiden como si reflexionara sobre aquello

—. Nosotros jamás obligaríamos a una mujer a vincularse para el resto de su vida con un macho al que no ama o a quien ni siquiera conoce. ¿Quién es en realidad el salvaje?

La mirada de Perfect se desvió hacia mí y yo intenté mostrarme indiferente, pese a que me había sorprendido el tono cargado de reproche que había usado Raiden.

—Si te refieres a mi próximo enlace, debes saber que es algo inaudito también entre nosotros —decidí intervenir, al ver que Perfect no tenía intención de responder—. Hace mucho tiempo, siglos, por no decir milenios, sí que podían acordarse enlaces entre familias cuya ascendencia era conocida para intentar evitar que la sangre contaminada ensuciase su linaje. —Me ceñí a la historia que había estudiado, no a mi propia realidad—. Sin embargo, hace tanto del último avistamiento que esa costumbre quedó en desuso y, en cualquier caso, siempre eran enlaces consentidos.

—Como el tuyo —masculló mirándome con intensidad, dejando que sus palabras se tiñeran de irritación.

—Exactamente —afirmé con el mentón elevado—. Es un honor para mí y para mi familia.

—¿Un honor? —dijo en tono crítico y chasqueó los labios—. Cada uno tiene sus motivos para justificar sus acciones, supongo. ¿A qué edad aceptaste ese compromiso? ¿O acaso lo hicieron tus padres en tu nombre?

—No sabes de lo que estás hablando —le contesté, enojada.

—Pues ilústrame —me pidió con una mirada intensa. Había elevado un poco la voz y estábamos el uno frente al otro, enfrentándonos como si fuéramos dos iguales.

—Mírame —le ordené.

—Es lo que estoy haciendo —ronroneó furioso—. Es lo único que hago, pero tú no pareces ser capaz de verme.

—Esta —le dije al tiempo que me llevaba la mano a la mejilla—, mi marca, es única. La primera vez en la historia de los Marcados que se ve una así. Esta marca con la que los Antiguos me bendijeron es una runa antigua, olvidada. Un título. El de Princesa. Fueron ellos

quienes decidieron que debía casarme con Glenn. No fue el Rey, ni mis padres. Fueron ellos. Los Antiguos. Si quieres culpar a alguien, que sea a ellos.

Le di la espalda, rabiosa como no recordaba haber estado en toda mi vida. Sí, había alzado la voz. Sí, había testigos. No me importaba, lo único que quería era huir de allí. De mi vida. De lo que tenía que ser y cada vez despreciaba más. Quería... dejar salir lo que había dentro de mí. Buscar a los Susurrantes. A Aidan, sí, pero también a Centella y a Don. Quizá ellos me acogerían sin importarles lo que los Antiguos pensaban respecto a quien debería ser. A los demonios les traía sin cuidado la opinión de los dioses.

No lo hice. Dejar que tomara el control. Por Nuvia. Por Elurney. Por Owen. Por todos ellos. Incluso si la tentación era fuerte, pese a que en esos momentos la luz dominaba sobre el mundo de las sombras, donde los Susurrantes nos sentíamos como en casa.

Noté que me agarraban del brazo y me tensé, a la defensiva. Raiden me había alcanzado. Las emociones que contenía su expresión hicieron que algo dentro de mí se tambaleara. No quería su compasión. No quería nada de él.

—Lo siento —susurró.

Le sostuve la mirada y controlé aquello que parecía querer romperse en mi interior. Una de las muchas barreras que me protegían del mundo. Nos quedamos así, tan solo mirándonos a los ojos mientras me aferraba con fuerza la muñeca, la que Glenn había mordido, con su mano. Sentí un hormigueo y la rabia se transformó en tristeza sin que yo fuera del todo consciente.

—No somos tan diferentes —murmuró sin dejar de mirarme, como si hubiera sucedido algo sumamente importante que yo desconocía.

—Te equivocas —afirmé, y me liberé de su contacto con un movimiento brusco.

—Sientes igual que nosotros. Odio, rabia y, sí, también tristeza. Quizá ya no te acuerdas de cuán liberador puede ser llorar, pero esas emociones existen dentro de ti. Es un error contenerlas, Jade,

te acabarán quemando por dentro —me advirtió—. Odia a quien merezca ser odiado y ama a quien consiga llegarte al corazón. Sigue tu instinto y estoy seguro de que tu marca cobrará sentido.

—Estoy cansada —me excusé, dándole la espalda—. Volvamos a palacio.

—Como desees, Princesa —ronroneó Raiden y sus palabras hicieron que mi corazón se encogiera. Nunca nadie había conseguido que mi cuerpo se estremeciera con ese título, pero el bastardo lo había conseguido. Como si, de repente, todo cobrara sentido.

Mi marca. Mi destino. Mi responsabilidad. Nada había cambiado y, sin embargo, todo parecía distinto. El papel que tenía Raiden en todo aquello era un auténtico misterio, pero conseguía hacer que perdiera el control de mí misma.

Dejé que la oscuridad me arropara. Era justo lo que necesitaba. Sentir que formaba parte de algo. Que fuera de un grupo de Impuros era un tema aparte.

Corrí por los tejados, saltando de casa en casa, como si me arrastrara el viento. Mi cuerpo era parcialmente etéreo, una sombra. ¿Cómo lo hacían ellos para desaparecer y reaparecer en otro lugar a su antojo? Era un misterio que tenía intención de descubrir más pronto que tarde.

Sentí la vibración de Centella y me lancé en una carrera frenética en esa dirección. Era extraña la forma en que me sentía libre, sin ataduras, cuando dejaba que mi otro ser tomara el control.

Encontré a Centella con Don, entrenando esta vez al norte del puerto. Siempre buscaban espacios abiertos grandes, quizá para evitar dejar un rastro de destrozos que hicieran sospechar de nuestra existencia. De que vivíamos entre los Marcados, dentro de la ciudad, delante de sus narices.

Intercalaban golpes a un ritmo difícil de seguir. Me senté en la arena a observarles. Era increíble la forma en que se movían, como dos sombras. Su combate era hermoso. Aquello me hizo ser

consciente de que cada vez pensaba más en ellos como personas y que los admiraba más por sus habilidades en vez de censurar lo que eran y lo que hacían. No solo eso, deseaba... parecerme a ellos. Potenciar aquello que habitaba en mi interior. Controlar ese poder que estaba segura de que existía dentro de mí.

Sabía que era peligroso, pero cada vez la necesidad, el instinto, era más fuerte. Debería volver a palacio, a la seguridad de mis dependencias. Debería hacer muchas cosas y, sin embargo, simplemente me quedé allí, sentada, observándoles.

—Suficiente —opinó Centella tras recibir un golpe de Don que hizo que volara por los aires, solo que, a diferencia de mí, se desapareció mientras aún estaba en el aire y reapareció a mi lado, sentada en la arena.

—Nunca es suficiente —bromeó Don mientras se acercaba a nosotras.

—Hay quien ama el combate y hay quien prefiere una conversación —le picó ella. Don puso los ojos en blanco.

—*¿Cómo te fue con Aidan* ? —me preguntó.

Escuchar esa pregunta dentro de mi cabeza me pilló con la guardia baja. Lo que sea que les transmití con mis vibraciones hizo que Don alzara una ceja y mirara a Centella con curiosidad.

—Me pateó —afirmé con indiferencia. Demasiado tarde.

—Es joven —murmuró Don que parecía algo incómodo.

—Hope también —añadió Centella con media sonrisa—. ¿Te apetece dar un paseo?

—Claro —dije. Don hizo un gesto con el mentón y desapareció. Era como si la propia oscuridad lo engullera, como si fueran solo uno.

Caminamos bordeando el mar y dejé que el ruido del oleaje me acompañara y calmase las emociones, un tanto caóticas, que se entrelazaban dentro de mí.

—Aidan me dijo que poseo un poder acuático —le dije a Centella.

—¿En serio? —me preguntó sorprendida y, con un mirada

apreciativa, añadió—: Es sorprendente que hayas conectado con tu magia tan pronto.

—Toda yo soy atípica —intenté bromear, incluso si no era mi especialidad.

Centella me sonrió, como si apreciara, al menos, el intento.

—Eso no tiene por qué ser algo malo —afirmó—. Míranos. Muchos nos querrían muertos y ni siquiera se plantearían que pudiéramos disfrutar de algo tan banal como un paseo por la playa.

Asentí y nos limitamos a caminar una al lado de la otra durante un rato, hasta que decidí que tal vez ella sería capaz de resolver algunas de las dudas que me atormentaban desde hacía años.

—¿Alguna vez has intimado con un varón?

—¿Quieres decir como Susurrante o como Marcada? —me preguntó. No parecía haberse molestado por el hecho de que le hiciera una pregunta tan íntima.

—Lo que sea, quiero saberlo todo —murmuré, ligeramente incómoda. Centella rio con una risa suave y aguda.

—¿Tú y Aidan? —me interrogó.

—¡Sorpresa! —farfullé—. Fue culpa mía.

—Hace mucho desde mi última vez, pero creo recordar que era cosa de dos personas.

—Ya me entiendes —afirmé, algo cohibida. Centella se acercó y me dio un golpecito en el hombro. Aquel gesto me reconfortó, si eso tenía algún sentido.

—¿Te conté mi historia?

—No, solo que habías perdido a toda tu familia.

—Nací en Ashialla hace más de cinco siglos —empezó mientras miraba el horizonte. Me contuve de contarle que mi familia era de allí, ya que no quería revelar parte del rompecabezas de mi identidad. Quizás Don y ella ya habían compartido ese tipo de información, pero yo, desde luego, no estaba preparada para hacerlo. Nunca lo estaría, aunque puede que a ellos no les preocupara saber cuál era mi verdadero nombre, la ciudad en la que nací o a qué linaje pertenecía.

—Tenía doce años —continuó—. Siempre había suspirado por el hijo de uno de los comerciantes, Evoin. Era dos años mayor que yo y era todo lo que una mujer podía aspirar. Creo que, aunque éramos dos niños, nos enamoramos el uno del otro el día que nos conocimos. Y entonces, pasó. Me transformé.

Tragué saliva al recordar mi propia transformación. El dolor. La sangre. El vacío.

—Y ahí empezó la caza. Conseguí escaparme, no tengo claro cómo, y me adentré en el bosque —murmuró—. Cuando llegué a mi casa, la encontré prendida en llamas. Ya no quedaba nadie. Solo fuego, cenizas, muerte. Quizá yo era un demonio, quizá mi familia tenía sangre contaminada dentro de sus venas, pero los verdaderos asesinos fueron nuestros propios amigos y vecinos.

—¿Y qué pasó entonces? —La curiosidad podía conmigo. ¿Cómo había podido sobrevivir sola?

—Me escondí en el granero de Evoin —me contó—. Él me encontró allí.

—Intentó matarte —dije en voz baja, consciente del dolor que Centella debía de haber pasado.

—No —negó, mientras acariciaba con sumo cariño el brazalete—. Él me ayudó. Quemó el granero y les aseguró a los demás que yo estaba dentro. Nos creyeron porque fingimos mi propia muerte; dentro habíamos dejado parte de mi ropa y un broche que había sido de mi familia. Me escondí en el bosque y él me enseñó a colocar trampas para que pudiera alimentarme. Estuve tres meses allí. Pasado ese tiempo, me pidió que me fuera. Si alguien descubría que él había mentido, que me había estado protegiendo...

—Hizo mucho más de lo que habría hecho ningún otro Marcado —afirmé.

—Lo sé —murmuró Centella—. Siempre lo supe. Por eso, un par de siglos más tarde, no pude evitar volver a Ashialla a buscarle. Yo ya no era esa niña que había caminado por esas tierras tiempo atrás. Nadie me reconoció, pero te confesaré que esperaba que alguien lo hiciera para poder justificarme y ejecutarlos por lo que le

hicieron a mi familia. Conseguí encontrar su rastro y fui a su encuentro a Elle. Quizá por el secreto que ocultó toda su vida, quizá por mi ausencia, buscó la soledad y se hizo pescador y encontró su hogar en el mar.

—¿Te reconoció? —le pregunté. Centella me sonrió.

—Sí —afirmó—. No solucionamos nuestras diferencias en una tarde, ni en una semana, pero acabamos juntos, viviendo en una pequeña cabaña lejos del pueblo. Una tormenta me lo arrebató décadas después.

—Lo siento —murmuré.

—Fue entonces cuando decidí ir a Deisha. Allí conocí a Alpha —continuó—. Fue lo mejor que me podía haber pasado. Descubrir que no estaba sola. Que podía hacer cosas que ni siquiera sospechaba.

Se detuvo y colocó las dos manos frente a ella. Sus antebrazos empezaron a emitir un suave brillo violeta. Runas, runas antiguas. Y, entonces, sucedió. Entre sus palmas apareció una luz chispeante, como los rayos que iluminaban los cielos en plena tormenta.

—Es increíble —susurré impresionada.

—Lo es —admitió Centella sonriéndome antes de que el brillo de las runas en su piel se desvaneciera y, con ello, su magia.

—Cuando estabas con Evoin... ¿cambiabas de fase?

—No —negó—. En aquella época negaba lo que era, como supongo que haces tú. Intentaba sobrevivir, acallar el instinto. ¿Por eso buscaste a Aidan?

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—Puede sonarte absurdo —me excusé—. Mi familia no lo sabe y se supone que yo debería casarme pronto.

—¿Le amas? —me preguntó y me sobresalté ante su pregunta. ¿Amar? ¿A Aidan? ¡Apenas lo conocía! Pero era cierto que no podía evitar pensar en él y en lo que habíamos compartido. Centella me sonrió—. Me refería al Marcado que te corteja y que es el culpable de que me estés preguntando todo esto.

—Es digno de admiración —le contesté, y me obligué a pensar en Glenn.

—¿Te planteas ser madre? —me interrogó.

—Es lo que se espera de mí —le confesé, a mi pesar—. Esperaré a que alcance la madurez y si no es como nosotros, supongo que desapareceré. No me había planteado que fuéramos inmortales. Eso lo complica todo.

—Complica una vida que se basa en verdades a medias —remarcó mirándome con expresión maternal—. ¿Es esa realmente la vida que quieres? ¿Qué hay de Aidan?

—¿Qué quieres decir?

—Puedo sentirlo, ¿recuerdas?

Sí, claro, eso. Mierda. Tener personas capaces de sentir las emociones de una era sumamente irritante. Sobre todo para un Marcado.

—Cuando estuvimos juntos... despertó algo en mí —le confesé—. Además de mi magia; de hecho, ambos nos encendimos como dos farolillos; su luz era de tonos cálidos y la mía, una mezcla de un gélido turquesa con mil matices de lilas y violetas. De ahí que sepa cuál es mi poder.

—¿Por qué no lo hablas con él? —me propuso.

—Él ama a otra Marcada —le informé—. Me lo dijo y, sinceramente, me alegro de que fuera honesto conmigo. Yo solo quería saber lo que se sentía y él me lo concedió. Fue algo meramente físico. Hicimos algo parecido a un trato y sé que no va a volver a repetirse.

—¿Y ahora?

—La vida sigue —afirmé—. Si tú pudiste controlarlo cuando estabas con Evoin, quizá yo también pueda hacerlo. Me has dado una chispa de esperanza.

Centella me sonrió ante el juego de palabras que acababa de hacer. Su magia, mi nombre. Nos quedamos en silencio durante un rato y creo que nunca me había sentido tan cómoda junto a alguien. Quizá era porque sentía parte de la calma que ella irradiaba, pero me gustaba sentirme así. Acompañada.

—Durante esos años estudié algo de alquimia. —Centella rompió

el silencio —. Si decides que prefieres no quedarte en cinta, solo dímelo. Conozco las plantas y los brebajes adecuados.

—Eres una caja de sorpresas.

—Con los siglos, se acumulan conocimientos —bromeó mi amiga. Mi confidente. Que fuera un demonio cada vez me importaba menos. Y, sí, eso también debería preocuparme—. Alpha y Aidan acaban de cambiar de fase.

—No los siento —murmuré con el ceño fruncido.

—Es cuestión de tiempo —me aseguró ella con una amplia sonrisa—. ¿Quieres que nos quedemos aquí?

—No pretendo esconderme de lo que sucedió —declaré con voz firme y ella me sonrió.

—En tal caso, vamos a ver qué se cuentan; y esta noche podríamos entrenar juntas si te apetece —se ofreció.

—Eso estaría bien —afirmé mientras me levantaba.

—¿Te atreves a seguirme? —me provocó Centella y sentí que me llegaba una emoción que se me hizo hasta cierto punto extraña y que me transportó, durante unos segundos, a mi infancia.

—¿Me estás retando?

—Nunca haría eso —mintió y, antes de que pudiera reaccionar, se lanzó a la carrera.

Me dio por reírme, incluso si al hacerlo perdí unos segundos preciosos. Centella estaba un poco loca, pero ¿qué se podía esperar de una Susurrante?

Decidí seguirle el juego y creo que aflojó un poco el ritmo para que pudiera ponerme a su altura, todo un detalle por su parte porque, aunque era capaz de sentir las vibraciones de otros Susurrantes, mi pericia localizándolos no tenía nada que ver con la suya. Igual que sus habilidades. Era capaz de desaparecerse entre las sombras a su antojo y crear rayos con las manos. ¿Y yo? Todo lo que podía decir de mi existencia como Susurrante es que me encendía como un farolillo después de un polvo. Igualito, vamos.

Siempre me había esforzado mucho cuando entrenaba. No solo relajaba mi mente, sino que además me ayudaba a mantener al

demonio contenido. Cosa que, en esos momentos, parecía traerme sin cuidado. Era más que competente como guerrera, al menos entre los Marcados, pero entre los Susurrantes no era más que una mera aprendiz, incapaz de golpear ni una sola vez a una de esas criaturas. A uno de los que llamaban jóvenes. No quería ni imaginarme un combate con Don o Centella. O con Alpha. Había algo en él que desprendía una autoridad casi paternal que me impresionaba de manera considerable.

Don ya se había reunido con ellos cuando nosotras llegamos. Supuse que se habría limitado a aparecerse a su lado. Llegué jadeando después del ritmo frenético que había marcado Centella. Por lo visto los demonios también podían cansarse, después de todo. Y todavía tenía algún que otro moratón del entrenamiento con Aidan. Era bueno saber ese tipo de cosas.

—¡Ya estamos todos! —celebró Aidan con voz alegre.

—Hope tendría que practicar las transiciones —opinó Don—. Hace que los desplazamientos sean bastante más rápidos.

—Es demasiado pronto —negó Alpha.

—Es buena en el combate —añadió Aidan y me sentí un tanto orgullosa de su elogio—. Aunque sus movimientos son predecibles y lentos como los de una Marcada.

Bueno, quizá no tan orgullosa después de todo.

—*Vamos a verlo* —propuso Alpha, mirándome.

Hice una mueca, dispuesta a enfrentarle, pero sabía que volaría por los aires en breve. Intenté alcanzarle y él esquivó cada uno de mis movimientos con desplazamientos tan rápidos que a veces me costaba hasta seguirlos con la vista.

—¿Eres muy viejo? —le pregunté mientras intentaba recuperar una posición defensiva.

—Todo depende de con qué me compares —bromeó él. Don rio.

Nos pasamos un buen rato así. No me golpeó ni una sola vez, pero mis intentos no dejaron de ser totalmente infructíferos. Llegados a ese punto, le pidió a Don que fuera él quien atacara y yo fui a sentarme a la arena. Aidan no tardó en acercarse a mí y

acomodarse a mi lado. Su proximidad se sentía bien, pero eso me hacía sentir mal. ¿Tenía sentido? Probablemente, no.

—Eres diestra en el combate —me alabó—. No te preguntaré si formas parte del ejército o si eres miembro de la guardia de los Todellinen, pero tienes que olvidar lo que has aprendido para reeducar tu mente y tu cuerpo. Tienes que dejar que sea tu instinto quien te guíe y no reprimirlo para que se amolde a lo que deseas.

—¿No te da miedo perder el control? —le pregunté—. ¿Que al dejar que el instinto te guíe, hagas algo de lo que más tarde te arrepientas?

—¿Te arrepientes de lo que pasó entre nosotros? —me preguntó con el ceño fruncido.

—No me refería a eso —afirmé y puse los ojos en blanco—. No todo el mundo gira entorno a ti, ¿sabes?

—Y yo que pensaba que había un antes y un después —bromeó.

No quise pensar en sus palabras, porque yo sentía que así era. Todo había cambiado. No solo por él o por las emociones que habían despertado en mí tras lo que habíamos compartido. Era por cómo estaba conectando con esa parte que durante tanto tiempo me había esforzado en contener porque le tenía miedo.

Era justo eso. Sentía que lo que yo era, en lo que me convertía... no era malo o, al menos, no del todo, porque seguía siendo yo. Y ser consciente de ello estaba haciendo que perdiera el miedo y aflorara la curiosidad.

—Cuando era pequeña me aterrorizaba dormir porque pensaba que una noche me despertaría y me encontraría a toda mi familia hecha pedazos por mis propias garras —le confesé, mientras me esforzaba en seguir con la mirada los movimientos de Alpha y Don.

—Estabas sola. —Creo que fue una afirmación, incluso si por el tono parecía una pregunta—. Me alegro de que hayas conseguido mantenerlo oculto. Se siente bien tenerte aquí.

—Un antepasado mío se convirtió en Susurrante, pero no llegaron a descubrirle —decidí contarle—. Desde entonces, siempre ha habido un responsable que vela por el secreto familiar y se asegura

de que no se descubra que nuestro linaje es impuro. Así que, en realidad, no estaba totalmente sola. Aceptarlo fue un proceso complicado, pero al final asimilas que si te descubren, toda tu familia pagará las consecuencias, así que aprendes a contenerlo a marchas forzadas.

—¿Esa persona no era un Susurrante?

—No —negué—. Creo que me tenía tanto miedo como yo a mí misma, pero a pesar de ello se quedó a mi lado para ayudarme en el proceso de aprender a anularlo.

—Creo que a todos nos asusta convertirnos en uno de esos monstruos de los que siempre nos han hablado, pero no conozco a ningún Susurrante que haya perdido el control de sus propias acciones.

—¿Y Alpha? —le pregunté; había asumido que él era el más anciano de los presentes, aunque no estaba segura.

—Seguimos siendo nosotros, Hope —me aseguró Aidan mirándome a los ojos por primera vez desde que se había sentado a mi lado—. El resto del mundo no está preparado para aceptarnos porque aún tienen miedo de lo que sucedió tiempo atrás en la Grieta.

—Eso puedo entenderlo —murmuré.

—Lo importante es que tú aceptes tu realidad —me dijo—. Porque es solo tuya, ya sabes. Es tu vida y son tus decisiones.

—No siempre es fácil.

—Todos tenemos nuestras cargas —admitió con un pequeño mohín mientras desviaba la mirada en dirección al combate.

—Te entiendo perfectamente —le aseguré. Sentí algo que provenía de él. Un destello de tristeza que enterró enseguida en su interior.

—No es fácil ser lo que somos —admití.

—Pero tampoco podemos evitarlo —reveló—. No tiene sentido hacerlo porque siempre estará ahí, por mucho que intentemos darle la espalda.

—Creo que voy a probar —le dije—. Conectar con esto.

Me miré las manos negras y dejé que las garras salieran. Era una sensación extraña, un cosquilleo entre mis dedos mientras aquellas cuchillas ligeramente curvas hacían acto de presencia.

—¿Por algún motivo en concreto?

—Me siento bien cuando lo dejo salir. Cuando estoy contigo, con vosotros —me corregí—. Es como si formara parte de esto.

—Formas parte de lo que somos —me contestó sin mirarme, pero supe que había una ligera tensión en él y sospeché que había sentido algunas de las dudas que tenía sobre mis sentimientos por él —. Aquí podrás ser tú misma y no tendrás que fingir ser o dejar de ser, pero debes tener en cuenta que no es fácil mantener un secreto cuando todos nosotros estamos conectados en un plano tan profundo.

—¿Y vuestras identidades? —le pregunté.

—En general es algo que atesoramos —admitió—. No es tanto por falta de confianza...

—Como para proteger a vuestras familias —le interrumpí, mirando a Centella.

Aidan hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Sabes?, hay veces que estoy cansada de esconderme. De las mentiras, de los secretos. Desde que os he conocido, pesan más que nunca. Me gustaría no ser yo.

—No ser una Susurrante.

—Sí, eso seguro —admití con una pequeña mueca—. O, si lo fuera, no ser mi otro yo. Creo que ser las dos al mismo tiempo es algo así como una broma pesada que me han querido gastar los Antiguos.

—Yo creo en ellos —me confesó—. Aunque hay veces que tienen un sentido del humor un tanto retorcido.

—Ni que lo digas —afirmé—. Me siento a gusto contigo y, la verdad, me vendría bien tener un amigo.

—*¿Uno* ? —susurró Centella dentro de mi cabeza—. *Creo que, por lo menos, ya tienes cuatro* .

—Eso sí puedo dártelo y, ya sabes, olvídate de eso que llaman

intimidad —se burló Aidan a mi lado y me guiñó un ojo. Al tiempo que se levantaba para unirse al combate, añadió—: Está sobrevalorada.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza mientras le sonreía con cierta timidez. Supe que, a nuestra manera, estábamos bien. Incluso después de lo que había pasado y de que tal vez sospechara que compartir esa experiencia con él había hecho que despertaran en mí emociones que yo sabía que él jamás correspondería.

Al menos podía darme eso. Su amistad. Quizá eso era suficiente, incluso si me sabía a poco.

¿Qué haría de mi vida si Aidan me pidiera que lo dejara todo para conocernos y descubrirnos el uno al otro como dos verdaderos amantes? Me encontraría en el dilema de traicionar todo lo que era, en lo que yo creía, para poder estar con él. Abandonar a los míos, a mi familia, a mi pueblo y a Glenn.

Quería pensar que no lo haría, que prevalecería el deber de honrar a los míos, porque si no tuviera la suficiente voluntad como para cumplirlo y seguir mi destino, perdería una parte muy importante de mí misma, así que tampoco podría ser feliz.

Quizá lo mejor que me podía pasar es que ese Susurrante de ojos negros no correspondiese lo que fuera que había despertado en mi interior.



XV
Jade

Si queréis torturarme, no podríais encontrar mejor forma que poner a Perfect en el piano y hacerme soportar su recital emotivo durante más de una hora.

Debería haber confesado que odiaba el ruido de cómo aporreaba las teclas una detrás de otra, pero para una vez que la había visto algo motivada, me había decantado por darle cuerda, por mucho que ahora me arrepintiera. Lo admito, yo era más de apreciar la melodía del silencio, algo de lo que estaba siendo totalmente privada.

Tessa, en cambio, parecía fascinada por la virtuosidad de la Todellinen. Había quien perdía las horas ilustrándose en el arte y la música y quien lo hacía entrenando bajo el temporal inclemente o las lluvias torrenciales. Yo era de las segundas. Perfect, por lo visto, de las primeras.

Intenté centrarme en la música, pero mi mente vagaba entre los recuerdos de todo lo que había experimentado la noche anterior con los Susurrantes. Conseguí contener un bostezo, en parte causado por el tedioso recital y en parte por las escasas horas que había logrado dormir. Creo que Perfect sería capaz de asesinarme con sus

propias manos si me viera bostezar mientras ella se exhibía, musicalmente hablando.

—Es maravilloso —susurró Tessa emocionada cuando la Todellinen acabó por fin la pieza que bien podría haberse llamado «La Sonata Interminable».

—Felicidades —opté por decirle, en un tono mucho más neutro.

—¿Tocas? —me preguntó mientras se levantaba del banco y se acercaba a los sofás en los que estábamos sentadas. Esa sala de paredes de un suave color malva se había convertido sin duda alguna en mi favorita. No por el piano, obviamente, sino por los grandes ventanales que permitían ver el laberinto, que me tenía fascinada.

—¿Instrumentos? No —negué—. Pero soy buena tirando con el arco.

Sí, sabía que para Perfect eso era más una provocación que un dato relevante, así que le dediqué una pequeña sonrisa al ver su ceño fruncido y ese toque de desprecio. Muy maja ella, la Todellinen.

—Podríamos organizar un concurso de tiro con arco —se animó enseguida Tessa—. Yo no tengo mucha puntería, pero mi padre me enseñó a usarlo de pequeña.

—No vamos a organizar ningún estúpido concurso de tiro con arco —masculló Perfect.

—Pues sería divertido —se atrevió a decir Tessa, aunque su tono perdió fuerza con cada una de sus palabras.

—Dime que hacías algo que no fuera jugar con armas mientras estabas con los MacAlister.

—Montaba a caballo —puntualicé y Perfect se calló lo que fuera que estaba pensando, pero no me habría sorprendido escuchar sus colmillos rechinar.

—Vas a ser Princesa...

—Precisamente por eso tiene sentido mi entrenamiento —intenté justificarme—. A día de hoy Glenn es Consejero Militar. Quizá los Antiguos eligieron a una MacAlister para que pudiera acompañarle en sus quehaceres.

—Olvídate de eso —dictaminó Perfect con un tono brusco —. Da igual lo que creas. Glenn no va a caer rendido a tus pies por tu puntería con el arco.

—Si dispara desnuda...

—¡Tessa! —la reprendí y se puso roja como un tomate antes de empezar a reír a carcajadas. Miré a Perfect. Esos eran los únicos momentos en los que ella y yo parecíamos entendernos.

Dos golpes en la puerta obligaron a Tessa a recomponerse. Se sentó con la espalda recta en uno de los sillones, fingiendo una sobriedad que dudo que nadie en el castillo se planteara que tuviera.

Cuando la puerta se abrió, fui yo la que se tensó.

Ash.

Entrecerré los ojos ligeramente mientras le miraba con ese desprecio que despertaba en mí el recuerdo de sus insultos y su arrogancia. Parecía que mi comportamiento le divertía más de lo que lo enojaba.

—Mi querida prima —saludó a Perfect antes de fijar su mirada en mí—. Y la nueva joya de la corona...

—Ash. —Mi saludo fue frío y me decanté por usar un tono cortante.

—Tu primo cuenta mil maravillas de ti —continuó—. Es como si estuviera vendiéndole una yegua a Glenn.

Perfect se rio por lo bajo. Pero lo raro era que Tessa no. Estaba más tiesa que un palo.

—Si no tienes nada más que decirnos, te agradecería que te fueras —le ordené y su mirada se volvió dura. No le gustaba que impusiera mi autoridad sobre él. Autoridad que, ciertamente, aún no tenía.

—Glenn te envía un presente —añadió y se sacó un paquete pequeño de dentro del chaleco oscuro que vestía sobre una camisa de seda gris—. El Rey ha decidido abrir la sala del trono esta tarde para que puedas visitarla. Todos estamos invitados a tan grata ocasión.

¿Sarcasmo? Tenía pinta.

—¿Qué significa eso exactamente? —le preguntó Perfect.

—Que quiere ver a los tortolitos juntos y poner fecha para la boda —fue su respuesta. Obviamente, si se lo hubiera preguntado yo, me habría enviado a la mierda con algún comentario soez para no desaprovechar la ocasión. Era un tipo de lo más encantador.

—Todas las bodas de los Todellinen se han celebrado en la sala del trono —murmuró Tessa, no tengo claro si para mí o para ella.

—Bien —afirmó Perfect, esperanzada de liberarse de mí.

—Bien —añadió Ash, y miró a su prima con un tono mucho menos satisfecho.

—Bien —susurró Tessa con voz soñadora.

Por gusto, hubiera sido la nota discordante. Un «menuda mierda» hubiera estado más acorde con mi estado anímico, pero decidí comportarme como la supuesta princesa que acabaría siendo. Algún día.

—Bien —mentí como una bellaca mientras me levantaba para coger el paquete que me tendía Ash y, tras hacerlo, añadí antes de darle la espalda—: Puedes retirarte.

—Hasta esta tarde —susurró Ash—. Princesa.

Ash tenía el don de conseguir que un título como ese sonara despreciativo. Lo ignoré, pero admito que el regalo entre mis manos parecía quemarme. Cualquier cosa que viniera a través de Ash, incluso si era Glenn quien me lo enviaba, parecía contaminarse por la toxicidad que desprendía su primo Todellinen.

Perfect me escogió un vestido azul oscuro con pequeñas flores celestes que evocaban el color atípico de los ojos de Glenn. El escote era generoso y uno de mis hombros quedaba al descubierto porque tenía un solo tirante grueso. Me sentía solo parcialmente vestida con aquella prenda de tejido sedoso que se adhería a mis pechos y a mis caderas, remarcando todas y cada una de mis curvas de forma demasiado evidente. Por si aquello no fuera suficiente, la falda tenía forma de cola de sirena, con lo cual arrastraba una buena parte de

tela a mi espalda. Casi prefería los vestidos de campana y las enaguas de mi madre, que ya era decir.

Me coloqué la tiara que Glenn me había hecho llegar a través de Ash sobre un complicado recogido de trenzas finas que me había hecho una de las doncellas de Perfect. Cuando me miré en el espejo, me recorrió un ligero estremecimiento. Parecía realmente una princesa, incluso si no me identificaba demasiado con ella. Era mi reflejo, sí, pero no tenía del todo claro que fuera yo quien lucía ese aspecto de verdad.

Tessa y Perfect me acompañaron hasta la sala del trono vestidas también con sus mejores galas. Me sentía un poco nerviosa, como si estuviera a punto de dar mi consentimiento a nuestro próximo enlace. No quería ni pensar cómo me sentiría cuando al fin fuera el momento crucial de nuestro enlace, cuando tuviera que aceptar a Glenn para el resto de mi vida. Y que él me aceptara a mí. Sin tener ni la más remota idea de todo lo que le escondía.

Apreté los labios al verle frente a las puertas de la sala del trono.

Vestía un uniforme de gala azul marino. La chaqueta le enmarcaba los hombros y se ajustaba a su cuerpo pecaminosamente. Observé los botones plateados que decoraban la parte frontal de la misma y cómo brillaban las insignias que colgaban sobre su pecho. Mi mirada acabó posándose sobre la preciosa empuñadora de la espada que llevaba sujeta al cinturón. Creo que ninguna Marcada podría quedarse impasible al verle así vestido. Ese aura de autoridad que destilaba y esa mirada suya que parecía ser capaz de atravesar tu cuerpo para llegar hasta tu alma.

Detrás de él estaba mi primo Owen y, a su lado, Ash.

Ningún momento podía ser perfecto, supuse, mientras Glenn se acercaba a mí y yo daba los últimos pasos para llegar hasta él.

—Estás simplemente preciosa —me alabó al tiempo que sus ojos me estudiaban con expresión satisfecha.

—Gracias —le dije con una pequeña reverencia.

Glenn acortó la escasa distancia que había entre nosotros y sentí que entraba en mi espacio personal. Tan cerca. Apenas unos

centímetros. Levantó una mano para posarla sobre mi mejilla, allí donde las líneas de la marca de los Antiguos se entrelazaban; ellos eran los culpables de que estuviéramos justo así. Uno frente al otro. A una distancia que hablaba de una intimidad que aún no habíamos compartido o, al menos, no del todo.

—He hablado con mi padre —me contó—. Celebraremos nuestro enlace en cuatro semanas.

—¿Tan pronto? —murmuré intentando contener el nerviosismo que esas palabras habían causado en mi interior. Llevaba toda la vida preparándome para ese momento y Glenn era simplemente perfecto. Debería sentirme afortunada por el afecto que me estaba demostrando en esos momentos en público y, sin embargo, yo solo sentía un nudo en el estómago que parecía dispuesto a asfixiarme.

—No tiene sentido atrasar algo que sabemos que es nuestro destino —susurró mientras me acariciaba la mejilla y luego deslizaba los dedos por mi cuello para recorrer después la línea de la clavícula hasta mi hombro desnudo—. Y tampoco podría contener mi deseo por mucho más tiempo.

No le contesté. Me limité a concentrarme en seguir respirando, que ya era todo un logro. Dio un paso atrás para alejarse un tanto de mí y me ofreció el brazo para que me cogiera a él. Estaba pasando. Él y yo. Nuestro destino, cierto. ¿Por qué me sentía como si me faltara el aire? ¿Como si aquello fuera un error? Lo era, claro, por lo que yo ocultaba. Por las mentiras con las que tendría que vivir el resto de mi vida. Supuse que esos eran motivos válidos para que me sintiera como un desecho andante y no como una Marcada sumamente afortunada.

Entramos como si fuéramos una maldita procesión. Glenn y yo seguidos de Ash, que acompañaba a Perfect, y Tessa del brazo de Owen. Todos con nuestras mejores galas para recorrer la sala más emblemática del palacio de los Marcados. Una sala que raras veces se usaba y que solía reservarse para grandes ocasiones. Como el enlace del futuro heredero. Mi boda. Y aunque aquel lugar era todo luz y belleza, arte en estado puro, yo sentía que era pequeño y

asfixiante. Quizá necesitaba justo lo contrario. Oscuridad. El rostro de Aidan acudió a mi mente. Sus ojos negros a tan solo unos centímetros, mientras él y yo...

Deseché aquel recuerdo. Dolía. Y no debería hacerlo.

—Quiero que veas esta escultura —murmuró Glenn mientras caminaba en dirección a una de las muchas figuras que decoraban ambos lados de la sala.

—Samos MacAlister —leí sorprendida en la pequeña placa. Uno de mis antepasados. Sonreí, agradecida de que Glenn me mostrara que hubo otros MacAlister en palacio haciendo grandes cosas. A mí solo se me pedía que llevara a cabo un enlace con el Marcado más deseable de nuestro reino.

Intenté relajarme. Observé la belleza de las esbeltas columnas salomónicas que creaban dos amplios pasillos a ambos lados de la zona central donde bailaríamos para celebrar nuestro enlace.

El Rey se había limitado a saludarnos con una inclinación de cabeza mientras hablaba entre susurros con el padre de Tessa, su Consejero Económico. Detrás de ellos, tres guardias permanecían quietos cual esfinges. Sospechaba que el Rey estaba hablando de algo relacionado con nuestro próximo enlace porque cada dos por tres nos seguía con la mirada.

La sensación de que mi Rey me observara me ponía nerviosa, lo admito. Creo que Glenn lo notó y le agradecí que se mantuviera a mi lado, si bien lo hacía con la mano extendida sobre mis lumbares mientras me conducía por la sala cual perfecto anfitrión, hablándome de cada escultura, cuadro y tapiz allí expuesto. Era un erudito en cuanto a arte se refería y supuse que, igual que Perfect, su educación y su sensibilidad artística distaban mucho de la mía. Solo esperaba que Glenn no pretendiera deleitarme con grandes recitales de piano, porque con Perfect ya estaba servida. Se me escapó una sonrisa fugaz al imaginarme a Ash aporreando las teclas de un piano. Eso sí que me entretendría y hasta me produciría un cierto placer.

Grité cuando escuché un ruido similar al de un trueno rasgar el

aire y reverberar dentro de la sala. Seguramente no hubiera gritado si no tuviera los nervios a flor de piel y aquel estruendo hubiera sonado en cualquier otro lugar con otra compañía. No fui la única en hacerlo, todo sea dicho, pero aún así me enojé conmigo misma. Glenn tiró de mí para colocarme a su espalda, dispuesto a enfrentarse a un enemigo invisible y protegerme mientras miles de fragmentos de cristal volaban por los aires como si de una explosión se tratara.

Un golpe sordo y el crujido de unos huesos. Busqué el origen de aquel ruido con la mirada mientras la luz del sol entraba por el enorme vacío que ocupaba el lugar donde antaño había habido una vidriera hermosa y colorida. Allí en medio, en el centro de la sala del trono, yacía el cuerpo sin vida de una criatura de piel gris.

Se hizo el silencio. Un silencio pesado con tintes de alarma y también de miedo. ¿Qué diablos era aquella cosa?

Tragué saliva mientras observaba que Glenn, Owen y Ash habían desenfundado sus armas y cómo los guardias avanzaban para proteger a su Rey. Nuestro Rey. Apreté los dientes, molesta de no haber podido esconder ni una mísera daga debajo de aquel vestido que dejaba poco a la imaginación en cuanto a las formas de mi cuerpo.

Del pecho de la criatura sobresalían diez virotes, aunque sospechaba que llevaría alguno más enterrado en esa carne putrefacta. Su piel era de un tono gris y diría, por el olor, que no llevaba muerto más de dos o tres días. Más que ropa, vestía harapos, pero lo que más destacaba era la asimetría y la escasa proporcionalidad que se evidenciaba en su cuerpo, al margen de los ángulos imposibles en el que se encontraban algunas de sus extremidades y su columna tras colisionar contra el suelo.

La cabeza era más grande de lo que cabría esperar para un cuerpo que apenas llegaría al metro veinte; sus extremidades eran delgadas en comparación a su torso y poseía unas uñas afiladas como cuchillas de un color negro tan oscuro que evidenciaba su origen. Me estremecí mientras le observaba. Una nariz larga y

picuda, una boca formada por dos líneas finas entre las que sobresalían dos caninos inferiores y, lo que más me llamó la atención, unas enormes orejas en punta.

Un ruido. Sobre nosotros. El batir de unas alas.

—Esbirros —pronunció una voz masculina con un tono de enojo evidente.

No fui la única que no había detectado su presencia, conmocionados como estábamos con esa criatura que no pertenecía a nuestro mundo. Alcé la mirada para encontrarme lo que debía de ser un Serafín. Cubierto por una armadura completa de pequeñas placas oscuras, a su espalda destacaban dos enormes alas negras de murciélago. Su cabello gris, con algunos matices entre lilas y violetas, revoloteó en el aire mientras atravesaba volando el espacio de la vidriera que había destruido apenas unos segundos antes.

Me tensé, sintiéndome condenadamente indefensa, mientras observaba el brillo del filo de la enorme alabarda que llevaba sujeta a la espalda que tenía un aire amenazador entre sus alas. Sus ojos nos estudiaron mientras permanecía flotando sobre nuestras cabezas con gesto desafiante. Me fijé en que en su cadera reposaba una ballesta de mano y sospeché que habría disparado los virotes que atravesaban el cuerpo de la criatura con ella.

Antes de que alguien pronunciara una sola palabra, se escuchó un estruendo a nuestra espalda. Las puertas de acceso a la sala del trono se astillaron cuando una enorme bestia de piel parda las atravesó como si no existiera barrera física capaz de detenerla en su avance. El gruñido del Diente de Amur resonó, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera mientras la bestia se colocaba en el espacio vacío que había entre Glenn y yo. Volvió a rugir enojado y recorrió la sala con su mirada inteligente.

Esa era la bestia a la que todos temían. La que había arrebatado infinidad de vidas en el campo de batalla. En esos momentos era un monstruo de carne y hueso dispuesto a reducir cualquier posible amenaza, pero por suerte no parecía considerar que yo fuera una.

—¿Qué coño es eso?

Ese era Raiden, que acababa de irrumpir en la sala del trono sin importarle que la estancia estuviera en una de las áreas restringidas de palacio a las cuales se suponía que no tenía acceso. Su tono era enojado y mantenía el ceño fruncido. Esa era una buena pregunta.

Mis ojos buscaron los suyos, pero su atención se dirigía exclusivamente al cadáver expuesto en medio de la sala, aunque supongo que no me ignoraba del todo porque se situó a mi lado.

—¿Serafines y Doppels aliados en nuestra contra? —escupió Ash; tenía un hacha en cada una de sus manos y la mirada repleta de odio.

No sabría decir hacia quién. ¿Hacia el Diente de Amur, Raiden el bastardo, la criatura más que muerta que yacía en el suelo o el Serafín que seguía observándonos desde las alturas mostrando cierto desprecio? Puestos a elegir, a mí el que más grima me daba era el muerto, y no es que fuera a oponer mucha resistencia.

—He escuchado a *mi* Consejera gritar —repuso Raiden encogiéndose de hombros, como si con eso justificara su comportamiento.

Creo que a ninguno de los presentes nos pasó desapercibido el retintín que había usado al nombrarme de aquella forma, como si yo fuera de su posesión y, aunque probablemente lo hizo para irritar a unos u otros, sentí un pequeño escalofrío. No tengo claro el porqué. Quizá por el hecho de que había usado mi grito a modo de excusa para saltarse todas las limitaciones que le habían sido impuestas y no tener que disculparse por ello. No es que me sintiera orgullosa por eso. Por lo del grito. Lo que Raiden hacía o dejaba de hacer a mí me traía sin cuidado y, después de todo, yo no era responsable de su comportamiento, pese a que era la Consejera que tenía que negociar con él.

—Eso no sería de tu incumbencia —masculló Glenn, molesto por el tono posesivo que Raiden había usado mientras el Diente de Amur fijaba su mirada en él—. Aléjate de mi prometida.

—¿Nadie va a decirnos qué es *eso* ? —el Doppel se alejó de mí

para acercarse a examinar a la criatura de piel grisácea. Se agachó y observé que la olfateaba, como si buscara algún tipo de rastro.

Glenn hizo el amago de aproximarse a mí, pero el Diente de Amur arrugó ligeramente el hocico y un ronroneo amenazador se escuchó en el aire.

—Raiden —gruñó Glenn—. Te he dicho que te apartes.

—Y lo he hecho —afirmó el Doppel sin desviar su atención del cuerpo frente a él, ignorando a Glenn y todo lo que sucedía a su espalda porque, después de todo, podía verlo a través de los ojos de la bestia que había frente a mí—. No controlamos a la bestia, ¿recuerdas?

—Si ataca a un Marcado estando en palacio, pagaréis las consecuencias —amenazó Glenn.

—¡Dejad vuestra riñas infantiles! —masculló con voz solemne Ross Todellinen.

El Serafín rompió el silencio impuesto por la protesta de nuestro Rey, que observaba con las pupilas dilatadas el cuerpo sin vida que había en el suelo y no parecía estar de humor para las evidentes fricciones que había entre mi prometido y el bastardo Doppel.

—¿En serio eres tú, Raiden? ¿Qué diablos haces en la Corte de los Marcados? —soltó la criatura alada mientras descendía para posarse a solo un par de pasos de él.

No tengo claro quién estaba más sorprendido, si el Serafín por la presencia de un Doppel en la Corte o nosotros por la explosiva entrada triunfal que había hecho ese ser alado y que nos hubiese obsequiado, ya de paso, con un cadáver. Muy majo, el tipo.

—Eso mismo podría decir de ti —repuso Raiden mientras se acercaba a él. Le tendió el antebrazo y, sorprendentemente, el Serafín no dudó en cogerlo.

Ese gesto era una muestra de camaradería que raramente se veía entre individuos que no compartieran un mismo grupo social, pero a ellos no parecía importarles que ni siquiera pertenecieran a la misma raza. Quizá era normal para ellos. Doppels. Serafines. Al fin y al cabo, no eran Marcados.

—Adivina, siempre has sido listo...

Había un tono orgulloso en esas palabras, aunque no contestó a su pregunta y se limitó a mover las alas a su espalda, como quien se encoge de hombros. Ese gesto hubiera sido hasta gracioso y me hubiera arrancado una sonrisa si no fuera por los cientos de esquirlas coloridas de cristal dispersas por el suelo de la enorme sala y ese detallito de nada, lo del cadáver con orejas puntiagudas que literalmente nos había dejado caer el Serafín.

—Siempre te ha gustado el dramatismo —opinó Raiden señalando la vidriera rota y el Serafín mostró una sonrisa afilada —. ¿Qué es *eso* ?

Esa era la gran pregunta, pero no llegó a contestarla porque nuestro Rey se levantó del trono y avanzó un par de pasos para encarar al Doppel y al Serafín, observándolos con audacia. Los guardias se colocaron a sus costados, las espadas desenvainadas. Ni Raiden ni el Serafín parecían impresionados o preocupados por ellos. Frente a mí, el Diente de Amur lo observaba todo con atención, pero sin mostrarse dispuesto a intervenir. Solo esperaba que, pese a no poder controlarlo, la bestia no hiciera alguna estupidez.

—¿Os conocéis?

—Hemos coincidido antes, sí —afirmó Raiden, sin dar más información a nuestro monarca mientras volvía a dirigirse al Serafín con expresión inquieta—. Insisto, Jullian, ¿qué demonios es esto?

—Un Esbirro, secuaces que antiguamente solían acompañar a los demonios y que deberían estar al otro lado de la Grieta —contestó al final, pero lo hizo mirando a nuestro Rey, aunque sí que volvió sus ojos hacia el Doppel cuando añadió—: Hemos hecho varios avistamientos en la costa sur de la Grieta. Algo está sucediendo.

—¿Lo sabe mi padre? —le interrogó Raiden.

—Sigo órdenes de la Emperatriz.

—Eso significa que no —masculló molesto el Doppel—. Si la Grieta vuelve abrirse... estaríamos en peligro; todos deberíamos saberlo, ¡no solo los favoritos de vuestra Emperatriz!

El tono enojado de Raiden me sorprendió. Nunca lo había visto

tomarse algo tan en serio. La Grieta. Abierta. Sentí algo gélido en mi interior. ¿Cómo podría afectarme algo así como Susurrante?

—Para lo que nos ha servido —declaró el Serafín, irritado, mirando a Glenn. Sentí que los músculos de su espalda se tensaban bajo sus ojos. Aún tenía la espada alzada en actitud desafiante—. Negasteis nuestras palabras, así que aquí os traigo una prueba, oh, Príncipe de los Marcados.

—¿Glenn? —El Rey observó a su hijo con el ceño fruncido. Parecía mucho más anciano que cuando se reunió conmigo apenas unos días atrás.

Busqué el rostro de mi prometido, mirándole por encima del lomo del Diente de Amur. Sus ojos azules chispeaban rabia y sorpresa, aunque su expresión era fría, neutra. Era un Marcado, después de todo.

—Solo había ceniza —aseguró el Príncipe elevando el mentón con voz firme—. Nuestros exploradores se pasaron seis horas buscando algún rastro y no encontraron señal alguna de que hubiera vida en la Grieta.

—No buscaron lo suficiente —le contradijo el Serafín y Glenn gruñó.

No necesité ver su rostro para saber que sus colmillos estaban expuestos. De forma instintiva, di un par de pasos para colocarme junto al Diente de Amur, temiendo que malinterpretara la rabia de Glenn. El enorme felino me golpeó ligeramente el costado con el lomo para colocarme de nuevo detrás de él, como si pretendiera protegerme. De los míos. Su comportamiento era absurdo.

—¿Acaso acompañarías a un grupo de Marcados al lugar donde has encontrado a ese ser? —le preguntó el Rey al Serafín; su expresión mostraba tal solemnidad que hacía que la tensión en el ambiente creciera mientras el varón alado reflexionaba sobre su respuesta.

—Si aceptáis la proposición de la Emperatriz para defender conjuntamente las fronteras del sur, sí —aceptó finalmente.

—Así sea —sentenció el Rey y en esos momentos fui consciente

de que había dejado de respirar.

Éramos tres las razas que poblábamos el sur del continente cubierto de cenizas que albergaba la Grieta. Sobre los acantilados que desafiaban al mar, habitaban los Serafines, y los Marcados dominábamos el continente junto con los Doppels. Aunque estos últimos no eran Halbgotts como nosotros. No descendían de antiguos dioses. A ellos les obsequiaron con sus dualidades, esa capacidad que tenían de existir en dos lugares al mismo tiempo y que una de esas partes, la bestia, fuera prácticamente inmortal. Pero eran una raza inferior.

—Quiero ir con ese grupo —intervino Raiden y me tensé al escucharle. Nadie en su sano juicio se ofrecería para hacer algo así y solo un loco lo exigiría con esa vehemencia.

—Tú calla, bestia —le insultó Ash, evidenciando su desprecio. Raiden ni siquiera lo miró y se limitó a clavar la vista en nuestro Rey. Había determinación en sus ojos y me sorprendió el valor que demostraba.

—Podrás ir, como muestra de nuestra buena voluntad, pero espero que no olvides esta deferencia y, si lo que dicen los Serafines es cierto, que este sea el primer paso para una alianza que nos fortalezca y no nos debilite —expuso el Rey, tras reflexionar sobre la extraña petición del Doppel.

—Puede traicionarnos en cualquier momento —intervino Glenn mirando a Raiden con evidente desprecio—. Allí somos vulnerables y no habrá testigos de cualquier masacre que esa bestia decida ocasionar.

—Hasta el momento, el emisario de los Doppels ha demostrado ser capaz de contener a su bestia —afirmó el Rey y desplazó su mirada hacia el Diente de Amur, percatándose por primera vez de la proximidad que había entre la enorme bestia y mi humilde persona. Se frotó el mentón mientras entrecerraba los ojos, estudiándome. Sentí un escalofrío premonitorio—. Nuestra Consejera también debería formar parte de esta expedición. Creo que será la

interlocutora adecuada en caso de que hubiera algún conflicto entre Marcados y Doppels durante el viaje o la estancia allí.

MI-ER-DA. ¿Yo en la Grieta? ¿A santo de qué?

—No —negó Glenn. Dio un paso adelante y agradecí que intentara rescatarme de aquella absurda situación, incluso si por norma general soy de las que prefiere defenderse sola—. Jade no va a pisar esa tierra pútrida. Es mi prometida, padre, y no voy a permitir que la expongas a más peligros innecesarios. Obligarla a interaccionar con esos animales que intentaron matarla hace menos de una década creo que ya ha sido tentar demasiado a la suerte. No olvides que su destino es estar a mi lado, no a tu servicio.

—Vigila tus palabras, hijo —le advirtió el monarca sosteniéndole la mirada—. Ella es una MacAlister y su destino es servir a su pueblo, no solo a un hombre.

—No va a ir —desafió Glenn a su padre.

La tensión, presente en el ambiente, podía cortarse. Vi como los nudillos de Ash se blanqueaban sobre la empuñadura de su espada. El Rey me miró con atención. Había determinación y una inteligencia viva en esos ojos que, en esos momentos, no parecían ir acorde a la edad de su rostro.

—¿Jade?

Supe que ese instante era uno de esos que marcan un antes y un después. Deseaba negarme a ir. Deseaba desafiar la palabra del Rey y esconderme detrás de mi Príncipe antes que poner un pie en la Grieta, pero cabía la posibilidad de que si hacía aquello, Glenn hiciera lo que muchos llevaban años sospechando que acabaría sucediendo. Un enfrentamiento directo entre los dos Todellinen que tal vez acabaría en una guerra civil que nos debilitaría aún más.

La Grieta. La peor de mis pesadillas. Apreté los puños, intentando no temblar mientras elegía la única opción posible que me quedaba, incluso si la idea me aterraba. La Grieta. Mi sangre contaminada.

—Haré lo que usted considere, Alteza —afirmé y me incliné en señal de respeto.

Glenn lanzó un gruñido bajo que en cualquier otra persona se

habría considerado un agravio contra nuestro monarca, pero dadas las circunstancias, aquel acto de rebeldía fue pasado por alto mientras parte de la tensión desaparecía con mi maldito sacrificio.

—En tal caso, la acompañaré —decidió Glenn, mirando a su padre.

—Te necesito en palacio —negó el Rey. No tengo claro si quería protegerle de un posible peligro demoníaco o simplemente de la posibilidad de que él y Raiden acabaran arrancándose los ojos el uno al otro. Algo que no era descartable teniendo en cuenta el afecto que se profesaban—. Pero puede acompañarle alguien de tu confianza. Ash, por ejemplo, si así te sientes más tranquilo.

Glenn hizo un gesto afirmativo con el mentón y se volvió en mi dirección. Gruñó al ver todavía allí al Diente de Amur. No tengo claro si fue casualidad o una deferencia por parte de Raiden, dada la generosidad de nuestro Rey por dejarle ir al fin del mundo, pero la bestia se volvió bruma en esos momentos.

Glenn se acercó a mí y me cogió de las manos con delicadeza.

—Dudo que encontréis peligro alguno, pero Ash cuidará de ti —afirmó—. ¿Bastará para que te sientas segura?

¿Ash cuidando de mí? Casi que me quedaba con el de las orejas picudas y, sí, me refiero al muerto. Hasta me sentiría más segura con Raiden y su bestia que con el Todellinen en cuestión, y eso que Raiden era nuestro enemigo, así que ya era decir.

En cualquier caso, si lo miraba en perspectiva, si estar en la Grieta me afectaba de alguna forma y se acababa desvelando mi gran secreto, todos y cada uno de ellos disfrutarían dándome muerte, fueran Marcados o Doppels.

Creo que Glenn entrevió parte de mi miedo en mi mirada y sus ojos celestes intentaron transmitirme parte de su serenidad.

—No quiero entorpecer vuestros asuntos —mentí, deseando tener al menos un aliado en aquel viaje; alguien en quien confiara de verdad—. Quizá bastaría con que viniera mi primo Owen MacAlister. He crecido bajo su tutela y he entrenado junto a él. Creo que me sentiré mejor si es él quien me acompaña.

Glenn miró a Owen y luego a Ash, que hizo un gesto afirmativo, como si diera su conformidad sobre la valía de Owen en el campo de batalla.

—Si es tu voluntad, así se hará —afirmó Glenn colocando mi mano sobre su antebrazo.

Parecía que fuéramos a desfilar frente a un pasillo repleto de Marcados, aunque se limitó a posicionarse a mi lado, dispuesto a abandonar la sala del trono. En esos momentos, yo estaba más que dispuesta a ir con él a donde decidiera llevarme, siempre que fuera lejos de la Grieta.

—Mañana por la mañana —sentenció el Rey cuando Glenn elevó el mentón, pidiéndole permiso para abandonar la sala sin palabras—. Perfect, ocúpate de que preparen a nuestro nuevo invitado una habitación cerca de sus amigos los Doppels.

Me había olvidado por completo del Serafín o de Raiden, sumida en mi propia miseria. Busqué a la parte humana del Doppel, pero nuestras miradas se cruzaron apenas una fracción de segundo antes de que Glenn me obligara a darle la espalda para seguirle.

Abandonamos formalmente la sala del trono. Aquel era el lugar en el que nos casaríamos en cuatro semanas. Donde yo siempre recordaría el rostro sin vida del Esbirro, esa criatura de rasgos grotescos que evidenciaba que algo estaba sucediendo en la Grieta.

Apenas fui consciente de por dónde caminábamos mientras mis pensamientos intentaban analizar aquello con frialdad y no con pánico. Era una MacAlister. El Rey confiaba en mí y, en parte, deseaba demostrarle mi valía, que estaba a la altura de la confianza que parecía haber depositado en mi persona. Era una guerrera a la que habían entrenado desde niña. Una Impura, sí, eso también. Una Susurrante, pero ante todo, una mujer dispuesta a honrar a su familia al precio que fuera.

Ascendimos por una escalera de mármol que había en el eje central del edificio. Nunca había subido por allí, pero como Glenn parecía sumido en sus propios pensamientos tenebrosos, me decanté por no preguntarle al respecto. Ya en el primer piso, nos

encontramos a unos guardias custodiando una puerta que cruzamos sin dirigirles ni una sola palabra. Glenn no necesitaba hacerlo, supongo.

Reconocí el pasillo, mi mano sobre su brazo y nuestros cuerpos próximos rozándose ligeramente mientras caminábamos sin mediar palabra. Era el corredor donde se encontraban los aposentos de la familia real y, entre ellos, el mío. Se detuvo frente a la puerta de mi habitación. Me sorprendió que supiera exactamente dónde me alojaba. Igual era una estupidez, pero me gustó pensar que se preocupaba por ese tipo de cosas. Dónde estaba cuando dormía por las noches. O cuando se suponía que estaba durmiendo. Dudo que Glenn me elogiara por pasármelas en vela intentando golpear a unos demonios que se desvanecían en el aire y cuya fuerza superaba con creces la nuestra.

Pensé en Aidan una vez más. Sentí un escalofrío por el recuerdo de su pasión desbordándose junto a la mía. Sí, ese recuerdo volvía a mí de tanto en tanto, incluso si no tenía sentido, ya que era perfectamente consciente de que no volvería a pasar. Y estaba bien así porque, después de todo, mi destino era ser la Princesa.

—¿Puedo pasar? —me preguntó tras abrir la puerta.

—Por supuesto —afirmé mientras entraba, como si no me importara que él invadiera ese pequeño espacio que había conseguido empezar a sentir como propio.

¿La verdad? Se me hacía incómodo tenerle allí. No quería intimar con él en esos momentos porque no podía dejar de pensar en la Grieta. Y un poco en Aidan, para qué negarlo, mientras al mismo tiempo maldecía a Raiden por su extraña petición y las consecuencias que habían supuesto para mi persona.

Observé el perfil de Glenn mientras cruzaba el umbral de mis dependencias. No sentía esa ilusión, la emoción de compartir lecho con él o intercambiar nuestras promesas. Si él me lo pedía, si él quería volver a beber de mí, me ofrecía su sangre o me proponía compartir el lecho aquella noche, lo aceptaría. Era mi deber hacerlo y, aunque hubo un tiempo en el que incluso había llegado a

fantasear con algo así, había demasiadas cosas que pesaban sobre mí en esos momentos.

Tras la conversación que había tenido con Centella me sentía, al menos, más preparada para afrontar aquella situación. Quería pensar que sería capaz de controlar al demonio.

Sospechaba que no tendría nada que ver con lo que había compartido con Aidan, pero lo que no tenía del todo claro era si eso sería malo o bueno. No podía permitirme volver a perder el control de aquella forma.

Mientras el nerviosismo crecía dentro de mí, Glenn se limitó a pasearse por la habitación hasta detenerse finalmente enfrente del cuadro que me había regalado.

—Creo que no llegué a agradecértelo en persona —murmuré, colocándome a su lado.

—Haré plantar amapolas en uno de los parterres del jardín exterior para que cuando te levantes, puedas verlas en primavera a través de la ventana de nuestra habitación —me indicó.

—Gracias.

—Me gusta complacerte —afirmó, dirigiendo sus ojos celestes hacía mí. Su cabello negro y ondulado estaba algo desordenado. Reprimí el instinto de acariciarlo. No tenía claro si eso sería apropiado.

—No quiero que pienses que me apetece ir a la Grieta —le confesé.

—Nadie en su sano juicio desearía tal cosa —opinó Glenn mientras su expresión, que se había vuelto dura, volvía a suavizarse —. ¿Por qué has aceptado?

—No quiero un enfrentamiento que debilite a nuestro pueblo — admití. Glenn hizo un gesto afirmativo y me acarició la mejilla con suavidad.

—Estarás bien. No hay nada allí. Nuestros hombres recorrieron durante horas un perímetro para nada despreciable y está tan muerto como lo ha estado durante los últimos siglos.

—Esa criatura tiene que venir de algún lado —le contradije,

aunque usé un tono conciliador para que no sonara desafiante, pero no podía negar la prueba que nos había aportado el Serafín. Jullian, le había llamado Raiden. ¿De qué se conocían?

—Tal vez haya habido alguna fuga, una fisura puntual que haya permitido que alguno de esos haya cruzado la Grieta —cedió Glenn —. Dudo que el verdadero peligro esté en la Grieta. No confíes en el Doppel ni el Serafín, Jade. No hay honor en ellos. No dudarán en apuñalarte por la espalda si eso fortalece sus intereses.

—Estaré preparada —le aseguré—. No soy una mujer indefensa. Si en una cosa tiene razón tu padre, es que soy una MacAlister. Soy más de lo que aparento.

—No lo dudo —afirmó mientras intentaba leerme con la mirada y llegar hasta mi alma, si es que yo tenía de eso—. No me gustaría perderte.

La ternura de aquellas palabras me emocionó. Su preocupación era real y podía verse en el brillo de sus ojos.

—Haré lo posible para volver sana y salva —le aseguré, intentando reconfortarle antes de añadir, con ese sentido del humor un tanto oscuro en el que me escudaba cuando estaba nerviosa—: Y, en caso de que no vuelva, tendrás un motivo de peso para continuar con esta guerra y expulsarlos de las tierras del sur, tal y como deseas.

—Lo haremos igualmente, así que céntrate en volver.

—Esa es la idea —le aseguré y una sonrisa pequeña, casi fugaz, asomó a mi rostro.

Glenn, mi Príncipe, hizo un gesto afirmativo con el mentón. Su mano se deslizó entonces hasta mi barbilla y me la sujetó con suavidad mientras se inclinaba para rozar mis labios con los suyos. Una caricia. Un beso.

Volví a ser consciente de que estábamos solos, en mi habitación. Pensé en la posibilidad de que aquello fuera a más. No tenía del todo claro si aquella idea me agradaba o no, pero tras ese casto beso, Glenn se separó de mí, hizo una pequeña inclinación de

cabeza y me dio la espalda para encaminarse en dirección a la puerta.

Salió sin despedirse, pero ese detalle no me molestó. Las despedidas, cuando dudas de si pueden ser las últimas, es mejor obviarlas.

La Grieta. Doppels y Serafines.

¿En qué mierda me había metido?



XVI
Jade

No fui capaz de bajar a cenar con mis Damas aquella noche: tenía un nudo del tamaño de un puño en la boca del estómago. Ni siquiera me animé a salir a buscar a los otros Susurrantes por miedo a que mis emociones desvelasen demasiado, aunque la posibilidad de entrenar con ellos para liberar parte de la tensión que me carcomía por dentro era tentadora.

Acabé preparando el equipaje, revisando mis armas y afilando las cabezas de todas y cada una de mis flechas. Era algo inútil y totalmente compulsivo, cierto, pero me ayudaba a relajarme. Quería pensar que no encontraríamos más que muerte y cenizas, pero la imagen del Esbirro volvía a mi mente; aquello demostraba que el Serafín no mentía, incluso si Glenn no había encontrado señales de vida alguna durante su expedición. ¿Qué significaba que hubieran descubierto Esbirros en aquel territorio inhóspito? ¿Existirían realmente fisuras en la Grieta que se abrió antaño en el centro de nuestro mundo?

No es que supiéramos mucho de ella, solo lo que nos había llegado a través de historias que se asemejaban más a pesadillas. Yo descendía de ellas. De ese pasado oscuro y siniestro de muerte,

sangre y traición. ¿Me afectaría ese lugar? ¿Podrían sentir esas criaturas lo que yo era? ¿Me delataría estar allí? Ese era mi gran miedo. El motivo por el que no conseguía conciliar el sueño y me sentía inquieta... y vulnerable.

Eran emociones que me desquiciaban. El no saber. El miedo a lo que podía suceder. A lo que podía encontrarme. Me había pasado toda la vida sabiendo exactamente qué se esperaba de mí. Qué debía hacer en cada momento, en cada situación.

Mi mundo se derrumbó cuando descubrí la verdad de mi linaje, pero había conseguido reconstruirlo, en parte gracias a mi tía Mao, que tal y como me había prometido había estado durante todos esos años a mi lado, apoyándome cuando la oscuridad se sentía demasiado próxima, demasiado atrayente. Y así, sumida en mis pensamientos, pasaron lentamente los minutos y las horas.

Me puse la armadura que me había regalado tiempo atrás la tía Mao y una extraña emoción, respeto y orgullo, me invadió. Era digna de una Marcada, una guerrera, una MacAlister. Una armadura que nunca había visto una verdadera batalla, pero que estaba preparada para demostrar su valía en una. ¿Contra quién? Pensé en las palabras de Glenn. No, no me preocupaba Raiden. Confiaba en él, si es que tenía sentido fiarse de un Doppel. Había honor en él, aunque su forma de actuar o de hablar era muy diferente a la nuestra. No podía decir lo mismo del Serafín, un completo desconocido. Esas criaturas aladas solían mostrarse frías y distantes con nosotros y, seguramente por eso, nos llevábamos bien con su Emperatriz.

Existía un acuerdo entre los Serafines y nuestro pueblo para promover el comercio entre nuestras naciones y ayudarnos mutuamente en caso de adversidad. Supuse que por eso su Emperatriz había mandado a un emisario para advertirnos de los avistamientos y, a raíz de eso, el Rey había enviado a Glenn a la Grieta para corroborarlo. Recordé a Raiden, su expresión tensa con el ceño fruncido. No, nadie había tenido la deferencia de notificárselo a los Doppels, avisarles de que algo estaba sucediendo en la Grieta. Entendí su rabia contenida. Incluso si ese Serafín era un

viejo conocido suyo, se limitaba a seguir las órdenes de su Emperatriz y los Doppels habían sido excluidos de aquella alianza.

Cuando Perfect llamó a mi puerta, hacía ya varias horas que estaba totalmente vestida, con la armadura reluciente sobre mi ropa, el arco a la espalda y el carcaj junto a la cadera, detrás de una de las vainas de mis alfanjes, unas espadas curvas más cortas que unas cimitarras, pero también más ligeras. Cogí el petate en el que había guardado algo de ropa y la seguí por el pasillo. Creo que había un atisbo de admiración en su mirada, incluso si mi aspecto no era el de la Princesa a la que ella solía vestir y arreglar como si se tratara de una muñeca de trapo. Este era mi verdadero yo. O, al menos, uno de ellos.

Owen me esperaba frente al carruaje. Lo observé desde lo alto de las escaleras y sentí cierto orgullo al verle como el guerrero que realmente era, con su armadura de placas y las dos cimitarras a los costados. Sus ojos buscaron los míos, dándome ánimos en aquella empresa. No, no me refería a bajar las escaleras. Para eso ya estaba más que capacitada y, sin unas estúpidas enaguas que dificultaran cada uno de mis movimientos, sobreviviría exitosamente. En lo referente a ir hasta la Grieta y lo que pudiese suceder allí, no me sentía tan optimista, y Owen era consciente de ello.

No tenía del todo claro si me asustaba más la posibilidad de cruzarnos con alguna criatura del inframundo o que fuera yo la que acabara siendo el monstruo al que todos temían si me transformaba allí en medio. Solo esperaba que, si eso sucedía, si las cenizas de la Grieta conseguían que cambiara de fase sin que yo pudiera controlarlo, no fuera Owen quien tuviera que darme muerte. Incluso si era un guerrero, algo así afectaría a mi primo, o eso esperaba. La forma en que Abigail me miró cuando me convertí por primera vez, el odio, el desprecio, el rechazo... aún dolían. Pese a los años que habían pasado. Quizá no era tanto por Owen y mucho más por mí. Me partiría el alma que fuera él quien intentara matarme, que sus ojos me miraran con esa mezcla de miedo y repulsión, como si

hubiera dejado de ser yo. Los Susurrantes tenían razón. Éramos demonios, cierto, pero seguíamos siendo nosotros al mismo tiempo.

—No has dormido mucho —murmuró una voz, arrancándome de mis pensamientos.

Owen se tensó mientras yo me daba la vuelta para enfrentarme a Raiden. Vestía ropa oscura y una armadura de cuero endurecido que cubría la mayor parte de su cuerpo. Llevaba una espada larga de filo recto en el cinto y, sujeta al antebrazo, una rodela de madera cuyo centro estaba reforzado con acero.

Su aspecto era inmejorable y me sorprendió que su coraza, pese a ser un tanto rudimentaria, fuera de gran calidad. Confesaré que le daba un toque entre salvaje y peligroso. No, no diré atractivo, porque Raiden no poseía la belleza etérea de un Marcado, pero transmitía una esencia sumamente masculina, un tanto animal, quizá por lo que era o, simplemente, porque le gustaba jugar ese papel.

—Buenos días a ti también —le saludé mientras empezaba a bajar las escaleras con Perfect a mi lado.

—¿Nerviosa? —me preguntó el Doppel, colocándose en el lado que había quedado libre.

—No.

—Sigues mintiendo fatal —se burló, y se ganó un bufido por mi parte—. Personalmente, creo que el metal te favorece.

—A ti te favorecería estar callado —repliqué obsequiándole con una mirada asesina.

—Pues yo creo que esta experiencia puede ser de lo más enriquecedora para conocernos mejor, y eso implica hablar durante largas horas mientras el sol se pone en el horizonte. Que no puedas alejarte de mí más allá de la eslora que tenga nuestro barco sí es un aliciente —aseguró con un ligero ronroneo.

Estaba bromeando, ¿no? Esperaba que la sarta de palabras que acababa de soltarme fuera irónica, porque me negaba a dejar que me torturara con su presencia y su verborrea durante todo el viaje en el navío.

Apreté los labios, negándome a contestarle. A mi lado, vi que una

pequeña sonrisa fugaz afloraba en el rostro de Perfect. Supuse que debía de resultarle sumamente placentero ver como alguien que no era ella también se esforzaba en atormentarme con sus palabras.

—¿Y el Serafín? —pregunté al ver que el interior del carruaje estaba vacío.

—Jullian nos esperará en el puerto —repuso Raiden—. En cualquier caso, aquí dentro nos acabaría metiendo el ala en el ojo.

—¿Eso pretendía ser una broma? —le pregunté al Doppel.

—Una bastante graciosa —afirmó con una sonrisa amplia en el rostro.

—¿Nos vamos? —intervino mi primo, que nos miraba con expresión irritada. Más a Raiden que a mí, para ser sincera.

—Las damas primero —ofreció Raiden.

—¿Desde cuándo finges tener modales? —le pregunté mientras entraba en el carruaje.

—Era una excusa para ver cómo te quedaban esos pantalones de cuero desde todos los ángulos posibles —afirmó mientras subía detrás de mí y escuché a Owen gruñir. Mi primo se sentó a mi lado en un movimiento brusco que hizo que todo el carruaje se tambaleara.

—¿No viene tu primo? —le pregunté a Raiden cuando el vehículo empezó a moverse.

—Divide y vencerás —me contestó.

—¿Se refiere a ellos o a nosotros? —le pregunté a Owen.

—El Rey ha decretado que se quede en palacio —me informó mientras estudiaba al Doppel.

—Supongo que si no volvemos o sospechan que he cometido algún tipo de estupidez, ordenarán darle muerte —me contó Raiden antes de encogerse de hombros y dejar que su mirada se perdiera en el bosque que rodeaba la Corte y, después, en las calles de la Marca.

Tragué saliva al escucharlo. Éramos enemigos, después de todo, aunque a veces olvidaba quiénes éramos. Observé su perfil, su nariz, los ángulos de su mandíbula y el pómulo masculino, para luego fijar

la mirada en el vello sutil que teñía de tonos dorados la piel de su mejilla y su mentón. Era muy atractivo. Podía justificar a mi inconsciente por haber usado el recuerdo de su cuerpo desnudo como eje de un sueño erótico absurdo, pero lo que me molestaba era que a veces mi yo consciente se olvidaba de cuán diferentes éramos. Quizá eso sí debería preocuparme. Que le sintiera tan condenadamente próximo, como si su espontaneidad empezara a hacer mella en mí o en la relación diplomática que manteníamos.

Hice lo mismo que Raiden y maté los minutos mirando por la ventana del carruaje. Tal vez, después de todo, sería la última vez que viera la Marca.

El velero era más pequeño de lo que esperaba, pero decían que era el más veloz de nuestra flota. Disponía de dos mástiles con velas cuadradas que se inflaron con el viento que venía de popa mientras nos alejábamos del puerto.

El mar, que me había fascinado desde el primer momento en que mis ojos de Susurrante se posaron sobre él, parecía darnos la bienvenida mientras el bergantín se abría paso entre las olas, planeando sobre ellas. Situada en la proa del buque, cerca del bauprés, observaba fascinada el mundo que se abría frente a nosotros; todavía no se divisaba la costa de la isla desierta en la que los antiguos volcanes de la Grieta yacían dormidos. Me asustaba el lugar a donde nos dirigíamos, pero en esos momentos solo podía disfrutar de la sensación del viento en mi rostro y el olor del agua salada salpicando todo lo que quedaba a su alcance.

—Esta va a ser nuestra mayor aventura —susurró Owen, colocándose a mi espalda.

—Prefiero no pensar en nuestro destino —admití—. Siento haberte metido en esto.

—Me alegro de estar aquí, contigo —aseguró con un gesto afirmativo, sin recriminarme que le hubiera arrastrado a ese absurdo viaje al fin del mundo—. ¿Estás asustada?

¿Qué tenía que contestarle a eso?

Asustada era quedarse corto. Aterrada, por lo menos.

—No —mentí con firmeza, sin dejar que la voz se me quebrara. No estaba dispuesta a mostrar debilidad alguna frente a nadie. Incluyendo a mi primo.

—No voy a separarme de ti, ¿lo sabes?

—Puedo defenderme sola —le recordé y, al mismo tiempo, me odié un poco por ser tan orgullosa. Y porque si pasaba algo, si yo..., no quería que fuera Owen quien lo descubriera. No quería que fuera él quien se viera con la obligación de acabar con el peligro que podía suponer para el mundo entero.

—Lo sé —susurró; se colocó a mi lado y observó el mar infinito que había frente a nosotros—. Es la primera vez que estoy en alta mar.

—¿En serio?

Esa pequeña confesión me hizo sentir más próxima a él.

—Solemos movernos por tierra —afirmó, refiriéndose al ejército de los Marcados—. Las bestias de los Doppels son terrestres, aunque se dice que antiguamente algunos también tenían linajes de bestias acuáticas y de aves. Supongo que los Tritones y los Serafines no estaban demasiado conformes con eso.

—¿Quieres decir que los hicieron desaparecer? —le pregunté con curiosidad.

Mi primo no me contestó. Pensé en Raiden. En su raza. Bestias, cierto, pero con unas necesidades básicas muy similares a las nuestras. Habían sufrido a manos de muchos, pero ahora éramos nosotros los que apretábamos la soga anudada a su cuello. ¿Dónde se establecerían cuando Glenn los expulsara? ¿Cerca de la cólera de los Dracónidos? ¿O acaso intentarían buscarse un hueco en las islas del norte que no habían sido colonizadas? Sentí un estremecimiento al pensar en los seres que habitaban al norte de la Grieta.

Duiternis y Licht, razas portadoras de magia que llevaban enfrentadas desde tiempos inmemoriales. Entre los territorios que regían cada uno, había unos arrecifes despoblados que comunicaban

sus dominios cada dos o tres meses, cuando la marea estaba baja. Decían que entonces podían encontrarse los restos de siglos de batallas, huesos, las armas de los que fueron y ya no estaban y las almas de aquellos que perdieron la vida sumidos en su propia rabia. Sí, allí había islas desiertas, pero dudo que nadie fuera tan estúpido como para poblarlas excepto que la necesidad imperara.

Los Doppels se entenderían con los Ulvenes, pero estos últimos apenas poseían una pequeña porción del territorio que compartían de manera pacífica con los Centinelas, la tercera raza de Halbgotts. Creo que los Ulvenes eran algo así como sus mascotas. Hacían de intermediarios entre Centinelas y el resto de las razas. Tal vez por eso les dejaban vivir allí, en los bosques del norte, sin tener especial interés en expulsarlos. Quizá ellos aceptarían a los Doppels si prometían no causar problemas.

Aunque no debería preocuparme por algo que no me incumbía.

Una sombra apareció a pocos metros de la estela de nuestro bergantín. Elevé la vista para encontrarme al Serafín con las alas extendidas, planeando sobre el aire, a nuestro lado. Era magnífico ver volar a una criatura como aquella. Parecía que no hacía esfuerzo alguno para sostenerse a varios metros de altura sobre el mar.

—¿Cuánto pueden recorrer volando? —le pregunté a mi primo.

—Nadie lo sabe —repuso encogiéndose de hombros.

—Depende del Serafín.

—Raiden. —Pocas personas tenían la habilidad del Doppel para inmiscuirse en conversaciones a las que no habían sido invitadas.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Jullian es uno de los ocho Vigías de las Fronteras —nos contó a la vez que se acercaba y se colocaba a mi lado, rozando ligeramente mi cuerpo con el suyo, mientras Owen le miraba con evidente desprecio.

—¿Vigías? —le pregunté, desviando la atención del Serafín para dirigirla hacia su persona.

—Vigilan y protegen las fronteras —me explicó—. Le conocí cuando yo era apenas un niño. Le encontré en muy mal estado en la

playa, cerca de la casa en la que me crie. Un rayo había atravesado una de sus alas y un milagro hizo que llegara hasta la costa en medio de la tormenta.

—Aun así, te planté cara —afirmó el Serafín que había descendido y volaba a escasos metros de nosotros. No parecía molesto por que Raiden compartiera esa información con nosotros. Sorprendido, sí.

—Tendría seis o siete años —protestó Raiden haciendo una mueca y me arrancó una pequeña sonrisa—. Al Diente de Amur le cayó bien desde el principio.

—¿No se supone que sois uno solo? —le pregunté.

—Lo somos —afirmó y añadió con una sonrisa, volviendo a rozarme el brazo con el suyo—. Es como una broma entre los Doppels. Echarle la culpa a nuestra dualidad, aunque en el fondo somos nosotros mismos.

—Eso no tiene sentido —le contradije.

—Lo tiene para algunos.

—Los Doppels suelen decir cosas sin sentido —afirmó Jullian, volando a nuestro lado—. Pero, para ellos, lo tiene. No podemos pretender entender a alguien diferente basándonos en nuestra propia realidad, en lo que nosotros somos o en nuestra forma de pensar.

—No me rebajaría hasta ese punto —opinó mi primo mirando a Raiden.

—Creo que te saco unos diez centímetros —argumentó el Doppel y me fijé en que, en verdad, era un pelín más alto que Owen, al margen de que era mucho más corpulento.

—Y yo unos cien años —puntualizó mi primo.

Sonreí. Owen había cumplido los ciento trece pocos meses antes de que me reclamaran en la Corte, pero estaba claro que no tenía intención de dejarse intimidar por el bastardo del Rey Doppel.

—Jade habla bien de ti —le soltó Raiden y fruncí el ceño.

Quizá había nombrado a Owen en algún momento, pero no era como si Raiden y yo compartiéramos anécdotas familiares. No

teníamos ese tipo de relación. Lo único que había entre nosotros era el objetivo de formalizar un tratado de paz. Y, ahora, sobrevivir al viaje a la Grieta.

Owen me miró fugazmente antes de centrarse en el Doppel.

—¿Por qué debería hacer lo contrario?

—Tus modales son groseros, aunque tampoco eres tan condenadamente feo.

Ahí no pude contenerme. Solté una carcajada. ¡Yo! Creo que el insulto de Raiden quedó atenuado por ese espasmo involuntario.

—Tessa es una mala influencia —me justifiqué, consciente de que Owen había presenciado alguna de sus explosiones de risa sin sentido alguno, antes de enfrentarme a Raiden—. Jamás te he dicho que mi primo fuera feo.

—Me dijiste que tenía un punto de seductor, pero que nunca te habías acostado con él, así que supuse que era feo a rabiar.

—No dije exactamente eso.

—Más o menos.

—Pones palabras en mi boca que no son mías.

—Por poner algo...

¿Eso pretendía ser un coqueteo?

Las risas del Serafín me irritaron casi más que las palabras absurdas de Raiden. No es que quisiera iniciar una pelea allí en medio, pero fue mi instinto el que actuó en lugar de mi sentido común. Cogí las dos dagas que llevaba a la espalda y, con la velocidad propia de los Marcados, me lancé contra Raiden.

Crucé los brazos y coloqué una daga a cada lado de su cuello, creando una perfecta tijera capaz de acabar con su vida. Su rostro estaba apenas a cincuenta centímetros del mío. Su vida, entre mis manos.

—Nunca te había tenido tan cerca —susurró con una voz sensual que hizo que algo dentro de mí se estremeciera.

—Eres insufrible —mascullé.

—Soy capaz de generar emociones en ese témpano que tienes

por corazón —declaró con sus ojos verdes clavados en los míos—. Se acerca el deshielo, Jade.

—A este paso conseguirás que te mate solo para que te calles, aunque solo sea un rato —le advertí; destilaba ira por cada poro de mi piel.

—Como mujer, hay otras formas mucho más efectivas para hacer que un Doppel se calle; son terriblemente carnales, ya me entiendes —intervino Jullian y mi primo le gruñó, a lo que el Serafín empezó a reír a carcajadas antes de volver a alzar el vuelo.

¿Qué estupidez acababa de insinuar? ¿Raiden y yo? Sentí su cuerpo demasiado cerca del mío. Su mirada. Di un paso hacia atrás mientras las aletas de su nariz se agitaban al olfatear el aire, como si fueran capaces de detectar algo. En mí. En mi cuerpo. El deseo, tal vez a causa del estúpido sueño que había tenido y en el que Raiden se había colado sin pedir permiso, tal vez porque su proximidad se sentía demasiado masculina y hasta cierto punto, tentadora. Bajé las armas y aparté la mirada del Doppel, más enfadada conmigo misma que con él.

—He traído cartas —le dije a mi primo y me siguió cuando me alejé de la cubierta de proa.

Hui, sí, de Raiden y de un momento de debilidad. Intenté evocar la imagen de Glenn mientras me dirigía al interior del navío, pero fue en Aidan, el Susurrante, en quien acabé pensando. ¿Qué demonios me pasaba? Casi tenía ganas de llegar a la Grieta para no tener que compartir mi espacio vital con el bastardo.



XVII
Jade

Evité a Raiden el resto del viaje y disfruté de la compañía de mi primo. Era bueno estar de nuevo con él y disfrutar de la complicidad que compartíamos. No hablamos de Raiden, ni de Glenn. Aquella noche el vaivén del barco me ayudó a dormir y conseguí descansar al menos unas horas.

No tardamos en divisar la costa a la mañana siguiente. Las historias que nos contaban de niños no diferían mucho de la realidad que se mostraba frente a nosotros. Pese a la distancia, al norte se vislumbraba el relieve de unos cráteres altos y una tierra muerta, agrietada y cubierta de ceniza, al igual que en toda la extensión del continente.

Owen y yo nos quedamos en la proa del barco, observando aquel paisaje que evocaba lo que allí había acontecido hacía varios milenios. Sentí una presencia antes de que el Diente de Amur se colocase a mi lado. Owen había dado un par de pasos para alejarse de la enorme bestia, pero a mí su compañía no me incomodaba especialmente.

—Espero que esta sea una forma de disculparte por el comportamiento de ayer —le dije a la bestia. Su enorme cabeza

estaba casi a mi altura. Un movimiento rápido de su mandíbula y me daría muerte. Tan fácil como eso. Debería tenerle miedo. Pero no lo hacía.

La dualidad de Raiden se estiró a mi lado. Mi primo se acercó con desconfianza sin dejar de mirarla.

—No protestes —le dije—. Al menos así está callado.

—Tus preferencias son peculiares, prima —opinó mientras observaba los colmillos de la bestia.

Sí, Owen tenía sus razones para preferir al otro Raiden; en primer lugar, porque era menos mortífero y, en segundo, porque podía ser asesinado. Con todo, yo casi que me decantaba por la bestia. Era lo más parecido a una mascota que había tenido y no me inspiraba ese absurdo deseo carnal, por lo que su presencia era hasta cierto punto más soportable.

Jullian y Raiden se unieron a nosotros al poco rato. El Serafín paseó la mirada de manera alternativa entre la bestia tumbada a mi lado y mi humilde persona, aunque no opinó al respecto. Tampoco le preguntó nada a Raiden. Dudo que le contestara nada coherente, en cualquier caso. Tenía tendencia a soltar una estupidez detrás de otra.

—Haré que los soldados se preparen —determinó Owen tras analizar el terreno frente a nosotros y, dirigiéndose al Serafín, añadió —: Formaremos dos grupos, cuatro hombres en cada uno de ellos, y tú nos guiarás desde el aire.

—¿Y nosotros? —preguntó Raiden mientras la bestia se levantaba con gesto perezoso.

—Es una mala idea —intervino el Serafín—. ¿No os habéis preguntado por qué no encontraron nada los Marcados del Príncipe?

—¿Tú sí? —le interrogué. Sus ojos grises se focalizaron en mí. Intentaba analizarme. Le mostré un rostro frío, carente de emoción alguna. Creo que eso era justamente lo que esperaba encontrar en una Marcada.

—Sospecho que viven bajo tierra —afirmó—. Hay grutas bajo la isla. Algunas dan a los acantilados que podréis ver intercalados con

las playas a lo largo de toda la costa, pero también hay varias entradas que hemos localizado en la zona de los volcanes.

—¿Vamos a ir hasta allí? —cuestioné con un deje de respeto. Una cosa era pisar la isla de la Grieta y otra muy diferente era ir hasta la boca del inframundo.

—Tú no vas a ir —sentenció mi primo.

—¿Perdona? —mascullé y me di la vuelta para enfrentarle.

—Esta vez no, Jade —determinó—. No estamos jugando a quién llega antes a lo más alto de una de las montañas de la costa. No estamos en casa.

—No, no lo estamos —afirmé—. Y si tú estás aquí es porque yo lo solicité, no al revés. No hagas que me arrepienta de ello.

—No te comportes como una niña malcriada —me riñó mi primo.

Escuché un gruñido bajo. El Diente de Amur se había colocado a mi lado y miraba a mi primo con una expresión ligeramente desafiante.

—Y tú recuerda que soy tu futura Princesa —remarqué, sosteniéndole la mirada.

—Nos dividiremos en grupos de dos —intervino Jullian, ignorando la tensión que había entre mi primo y yo—. Es posible que sientan las vibraciones de la tierra y se escondan en las profundidades si se aproximan grupos grandes.

—Eso justificaría que vosotros los hubierais podido detectar desde el aire —reflexionó Raiden y el Serafín hizo un gesto afirmativo.

—Yo dejaría que tus hombres preparasen una retirada ofensiva que espero que no sea necesaria —continuó Jullian—. Uno de vosotros seguirá mis indicaciones y el otro puede seguir al Diente de Amur; su olfato supera con creces vuestras capacidades de rastreo.

—¿Jade? —Owen me miró. No le gustaba la idea y menos que yo participara en aquello, pero parecía que finalmente estaba dispuesto a acatar mi autoridad. Ese cambio de rol no le hacía gracia y me lo había dejado perfectamente claro.

¿Niña malcriada? ¿Yo?

Me había pasado la vida entrenando día y noche, bajo el sol inclemente y las más feroces tormentas. Había sido capaz de controlar a mis propios demonios y me había superado día a día desde que alcanzaba mi memoria. No tenía derecho a llamarme así. Incluso si lo hacía con la intención de protegerme. Tenía derecho a buscar mi propio camino. Princesa, sí, por la marca de mi nacimiento. Impura, Susurrante, por la sangre que latía dentro de mis venas. Pero mucho más.

—Así sea —sentencié.

—Nosotros iremos con Jade —decidió Raiden mientras su bestia me rozaba el costado, como queriendo que tomara conciencia de su presencia. ¡Como para no hacerlo! Era aterradora, incluso si sabía que su pelaje era suave al tacto y que era capaz de ronronear como si no fuera más que un gato.

—Es más probable que encontremos alguno con un vigía oteando desde el aire —le dijo Jullian a mi primo—. ¿Sabes usar las cimitarras o las sueles llevar como algo decorativo?

—Soy un MacAlister —afirmó mi primo con tono orgulloso.

—No sé cuántas veces voy a tener que escuchar eso —se burló Raiden poniendo los ojos en blanco.

—Lo dice por mí —le advertí a mi primo.

—No te fíes de ellos —me aconsejó, sin importarle que Raiden estuviera junto a nosotros.

—Lo sé, lo sé, es un Doppel —le corté antes de que empezara a sermonearme mientras el barco empezaba a prepararse para fondear. Raiden se rio por lo bajo.

—Es una Marcada peculiar —murmuró Jullian observándome—. El Príncipe tiene buen gusto.

—Es una historia más complicada de lo que puedas llegarte a imaginar —susurró Raiden mirándome.

Sí, lo era. Mucho más. Nos sostuvimos la mirada hasta que un marinero vino a avisarnos de que los botes ya estaban preparados. Había llegado el momento. Tragué saliva y contemplé la costa de la Grieta.

Mi parte Impura volvía a casa, pero esperaba que la sangre que había heredado de los Antiguos fuera capaz de compensar el resto.

Siete soldados Marcados montaron un pequeño campamento a pocos metros de aquella playa de arena gris en apenas unos minutos; mientras, nosotros decidimos la mejor forma de explorar el territorio y, para ello, Owen nos dividió en cuatro grupos de dos personas.

Sentía un hormigueo extraño por todo el cuerpo. Allí los colores parecían inexistentes. El gris lo cubría todo. Un tono apagado que hacía que un paisaje que podría resultar bonito se volviera triste, por no llamarlo decrépito o tétrico. Estaba acostumbrada a ver en una gama de absurdos grises cuando cambiaba de fase, pero los que me rodeaban nada tenían que ver con aquellas tonalidades brillantes que prácticamente me permitían conocer la textura de las superficies sin llegar a tocarlas. Este era un gris sin luz, un gris que transmitía desolación y muerte. Pero eso no era todo. También estaba el olor. Un olor fuerte y ácido que me abrasaba la mucosa de la nariz y los ojos. El azufre aún estaba presente en el aire que nos rodeaba. No protesté cuando Raiden me tendió un trozo de tela húmeda para que me cubriera parte del rostro.

Dejamos tres soldados en la base y nos repartimos las cuatro rutas que habíamos trazado entre dos parejas de soldados, Owen y el Serafín y el trío que formábamos las dos versiones de Raiden y yo.

Creo que Owen pretendía hace un sorteo para determinar qué dirección tomaría cada uno de los grupos, pero Jullian alzó el vuelo y el Diente de Amur empezó a caminar oteando el aire, así que mi primo y yo nos vimos obligados a seguirlos, dejando a los otros Marcados las dos orientaciones restantes.

El Diente de Amur abría la marcha y lo cerraba su otro yo. Estar en medio de las dos entidades debería hacerme sentir nerviosa, aunque estaba tan ansiosa por todo lo que me rodeaba, por ese hormigueo que sentía dentro de mí, por mi secreto, que Raiden era

lo que menos me preocupaba. Podía controlar mi sangre demoníaca, pero la sentía agitarse en mi interior, pese a que aún era mediodía. No tenía del todo claro si sería capaz de contenerlo a la noche, cuando la oscuridad hiciera que todos sus sentidos se expandieran y tomara conciencia real de dónde estaba.

¿Qué haría Raiden si lo descubriese? ¿Se reiría de la falsa Princesa de los Marcados y del estúpido Rey que intentó casar a su único hijo con semejante abominación?

Intentaría matarme. Como todos. Eso era lo único en común que tenían todas las razas existentes en Ar-Umi. El deseo de darnos muerte. Inspirador.

Caminamos durante horas. El paisaje cambió ligeramente a medida que nos adentramos en la tierra de la Grieta, y nos vimos obligados a trepar por unas rocas. La dualidad de Raiden tan solo se aparecía y desaparecía a su antojo sin hacer el más mínimo esfuerzo físico. Era imposible no envidiarla un poco por eso.

—¿Teníamos que ir hacia los volcanes? —le pregunté a Raiden. Decidió hacer una pausa tras un duro ascenso en el que me negué a quejarme, incluso si estuve tentada de hacerlo.

Bebí un largo trago de agua de la cantimplora y se la ofrecí, pero él negó con la cabeza. La guardé, dispuesta a racionar su contenido. No habíamos encontrado riachuelo ni río alguno durante todo aquel tiempo. Solo rocas y piedras agrietadas. Lava. Todo había sido engullido por la lava. Daba igual lo que hubiera habido antes. Vegetación, árboles, vida. Ya no quedaba nada.

Tiempo atrás este fue nuestro hogar. Aquí había vivido esa raza única antes de que los cambios entre nosotros nos separaran. Antes de que los demonios lo quemaran todo a su paso y nos viéramos obligados a resurgir, a renacer, a reconstruirnos, en un sitio fértil que nos pudiera sustentar. Lo mismo les había pasado a ellos. A los Doppels. De hecho, todos nosotros habíamos tenido que emigrar y redescubrirnos para convertirnos en lo que éramos ahora.

—Hay algo —me dijo Raiden y me di cuenta de que el Diente de Amur hacía rato que había desaparecido.

¿Estaría explorando la zona mientras nosotros descansábamos? Supuse que era algo habitual en los Doppels. Owen siempre los criticaba por enviar a las bestias al frente mientras ellos se quedaban en la retaguardia, protegidos de nuestros filos. Una actitud cobarde, aunque por una vez no me importó del todo.

—¿Qué ves?

—Una entrada a una de las grutas de las que nos ha hablado Jullian —afirmó con el ceño fruncido, como si estuviera concentrándose en la imagen que recibía del Diente de Amur—. Los olores...

—Raiden —le pedí, nerviosa.

—Orina y carne en mal estado —afirmó—. El camino se vuelve estrecho. Hay ruidos al otro lado.

—Los has encontrado —murmuré.

—No puedo verlos —negó y su mirada se clavó en la mía—. Pero están allí.

—Vamos —le dije.

Dudó durante unos segundos, pero finalmente hizo un gesto afirmativo. Caminamos en silencio hasta llegar a la entrada de una gruta. Raiden desenvainó su espada y yo hice lo mismo con mis alfanjes. Nos miramos. Sentí el vello de mi cuerpo erizarse, como si fuera consciente de que podíamos estar poniéndonos en una situación complicada. Como si estuviéramos a punto de meternos en la boca del inframundo. Quizá eso era justo lo que íbamos a hacer.

Mi corazón empezó a palpitar con más fuerza mientras la oscuridad nos engullía; sin embargo, mi pulso se mantuvo firme. Habíamos recorrido unos pocos metros cuando el tamaño de la cueva empezó a reducirse hasta convertirse en poco más que una cavidad. Escuché un ruido, unos crujidos, al otro lado. Lejos. Me agaché y Raiden me colocó una mano en el hombro, sobresaltándome ligeramente. Guardó la espada y me apartó para atravesar la brecha primero.

Me quedé sola, en la más absoluta oscuridad. No había señal

alguna del Diente de Amur. Supuse que se había convertido en bruma, a la espera de volver a mostrarse en todo su esplendor.

No dejé que saliera. Lo que yo era. Incluso si lo sentía a flor de piel. En vez de eso, guardé los alfanjes y empecé a arrastrarme por la tierra húmeda siguiendo a Raiden.

Tras cruzarla llegamos a un túnel y pudimos seguir avanzando, todavía agachados, uno detrás del otro. La oscuridad era absoluta. Tras un largo corredor llegamos a una hendidura vertical. Los ruidos cada vez eran más evidentes y sonaban más cercanos. Raiden cogió mi mano y tiró de ella para que le siguiera, asegurándose de que no me quedara atrás.

Su agarre era firme y su piel un tanto áspera.

Un hormigueo. Mi otro yo ansiaba tomar el control.

Me estremecí ligeramente, pero seguí a Raiden. Percibía la tierra rodeándome por todos lados y conseguí avanzar de lado a duras penas mientras me esforzaba por llenar mi pecho de algo tan necesario como una bocanada de aire. Sentía que me habían enterrado viva y creo que hubiera entrado en una crisis de pánico si no fuera porque Raiden me seguía tirando de la mano, haciéndome saber que no estaba sola.

Inspiré con fuerza cuando logré salir de aquella prisión de tierra. Raiden me acercó a él mientras se agachaba en un saliente. Fue entonces cuando tomé conciencia de que estábamos en una cámara gigantesca cuyo techo estaba repleto de estalactitas afiladas, iluminadas por unas suaves hogueras dispersas a lo largo de una superficie más o menos plana situada varios metros debajo de nosotros.

Cinco, conté, intentando no entrar en pánico.

Y luego estaban esas criaturas. Esbirros. Decenas de ellos. Apreté los labios al ver que en una de ellas había una silueta desnuda de orejas picudas atravesada en un palo, cuya carne cocían a fuego lento. Le faltaban las piernas y varios trozos del abdomen. A su alrededor, cuatro Esbirros comían con avidez. Sentí una arcada. La

convulsión me pilló desprevenida y el contenido de lo poco que había comido decidió volver al exterior.

¿Humillante? ¡Si eso fuera lo peor!

La tierra tembló bajo nosotros y se desprendió antes de que pudiéramos retroceder para ponernos a cubierto. El alud nos arrastró hacia aquellas criaturas monstruosas y me separó de Raiden en la caída. Mientras rodaba, me las vi y me las deseé para no tragar tierra al tiempo que me golpeaba por todos lados. Cuando llegué al suelo, gruñí furiosa al escuchar los chillidos de alarma.

Me incorporé de un salto, ignorando la mezcla de bilis y tierra que sentía en la boca mientras a mi alrededor los chillidos, que provenían de todas las direcciones, se oían cada vez más fuerte.

Volví a gruñir mostrando mis dientes, pero antes de que pudiera desenvainar las armas Raiden llegó hasta mí y sus brazos me rodearon con fuerza.

—¡Agárrate! —me gritó mientras me lanzaba al aire, como si no pesara nada.

Intenté recuperar el control de mi cuerpo antes de golpearme contra algo cálido. Mis instintos no me fallaron y me aferré con fuerza al pelaje del Diente de Amur.

Pasé una pierna sobre su lomo como si se tratara de una montura. Sospecho que esperaba que hiciera justo eso porque, en vez de enojarse, empezó a correr en dirección a una las paredes de la enorme caverna y saltó sobre ella, elevándose varios metros por encima del nivel del suelo. Apreté con fuerza las piernas contra sus costados para no caerme, cuando colisionamos contra la pared de piedra. No tenía sentido. Sin embargo, desafiando la ley de la gravedad, la enorme bestia clavó las garras en aquella mezcla de roca y arcilla y empezó a ascender por la pared.

¿A dónde me llevaba? El Diente de Amur debería estar abajo, luchando contra los Esbirros. ¿En qué diablos estaba pensando Raiden dejando a su parte humana, su debilidad, expuesta de aquella forma?

Entonces mi montura se propulsó con las patas traseras para

realizar un salto que nos hizo aterrizar sobre un saliente que había a escasos metros.

—Estúpido —gruñí al ver a Raiden rodeado por más de una docena de aquellas criaturas. Blandía la espada con destreza mientras desviaba con el escudo que llevaba fijo en el antebrazo las embestidas de las lanzas.

Tensé la cuerda del arco tras colocar dos flechas antes de dejarlas volar en dirección a uno de los Esbirros que Raiden tenía a su espalda. Observé con cierta satisfacción cómo lo atravesaron por completo. Cayó de rodillas mientras yo tensaba de nuevo la cuerda con otras dos flechas, preparada para buscar una nueva víctima.

El Diente de Amur no tardó demasiado tiempo en abrirse camino hasta su mitad humana. Mis flechas seguían surcando el aire y los cadáveres se empezaron a acumular alrededor del Doppel. Algunos, parcialmente descuartizados, cortesía del Amur; otros, atravesados por mis flechas y un número no menospreciable, con la carne decrépita rasgada por el filo de la espada de Raiden. No importaba. Allí donde caían cinco aparecían siete en apenas unos segundos.

No habíamos tenido tiempo de fijarnos en los pequeños túneles que daban a la cámara; por ellos aparecían más y más Esbirros. No llevaban armaduras y sus armas eran precarias, pero eran escurridizos. Y mucho más numerosos que nosotros.

El Diente de Amur lanzó un sonoro gruñido que rebotó en las paredes de la caverna y sentí el suelo temblar. Di un paso atrás, asustada de que volviera a quebrarse bajo mis pies. Esta vez aguantó, pero un crujido frente a mí me advirtió de que algunas de las estalactitas estaban fracturándose.

—¡Sal de ahí! —grité mientras volvía a tensar el arco en un movimiento rápido pero preciso.

El Diente de Amur encontró el camino para llegar hasta Raiden y él se montó sobre su dualidad de la misma forma que había hecho yo. Mis flechas intentaron facilitarle la retirada, pero una de las lanzas le atravesó el hombro izquierdo a su parte humana. No gritó, y aun así sentí una extraña presión en el estómago. No dudé en

atravesarle el corazón al Esbirro que le había herido con una única flecha mientras la dualidad de Raiden empezaba a trepar por la pared escarpada. Intenté cubrirles la espalda con mis flechas; deseaba que hombre y bestia fueran capaces de mantenerse conscientes hasta que hubiésemos salido de aquella maldita caverna.

Fue entonces cuando las estalactitas se agrietaron hasta romperse; grandes fragmentos empezaron a caer por doquier, partiéndose en mil pedazos al llegar al suelo y desatando el caos. Ignoré los gritos asustados de los Esbirros, que comenzaron a buscar refugio mientras el techo parecía estar a punto de derrumbarse. Estaba pendiente de Raiden y su ascenso.

Con un gruñido de la bestia, llegaron al saliente en el que yo estaba.

Nos retiramos hasta la parte más profunda mientras la tierra temblaba a nuestro alrededor. La roca nos protegía de las criaturas que había abajo, aunque en esos momentos la mayoría trataba de salvarse de la lluvia de estalactitas y no estaba por la labor de darnos caza.

Raiden cogió la punta de la lanza que le sobresalía por debajo de la clavícula y tiró de ella con fuerza apretando los dientes. Tiró aquel trozo de madera impregnada en su propia sangre al suelo con un gesto de irritación antes de tenderme la mano derecha.

—¿Nos vamos?

—¿Estás bien? —le pregunté mientras tomaba su mano y él me alzaba con facilidad; me colocó delante de él, sobre el lomo de su dualidad.

—Nuestras dualidades nos confieren algunas cualidades especiales —me contó mientras presionaba su pecho contra mi espalda y se aferraba con firmeza al pelaje de la bestia—. En mi caso, cicatrizar mucho más rápido que un mero humano o poseer más fuerza de la que sería esperable.

—Y ser mucho más estúpido —mascullé mientras el Diente de

Amur empezaba a trepar clavando las garras por las paredes de piedra, alejándonos de los ruidos, de los gritos—. Te has expuesto.

—Estamos vivos —afirmó.

—De momento —murmuré.

—Tengo un rastro —me informó—. Una salida.

Me sujeté con fuerza; me sentía extrañamente reconfortada mientras los brazos de Raiden me rodeaban y yo me aferraba a su mitad animal a la vez que esta saltaba sobre un nuevo saliente y empezaba a galopar con rapidez sin apenas hacer ruido pese a cargarnos a los dos.

Recorrió varios pasadizos sin titubear en cada una de las bifurcaciones que nos encontrábamos. El Diente de Amur mantenía la cabeza en alto, olfateando algo en el aire y entendí lo que el Serafín había querido decir sobre su capacidad como rastreador. Yo no habría sido capaz de encontrar la salida, pero mantenía la esperanza, por no decir certeza, de que Raiden sí lo haría.

No nos cruzamos con ningún Esbirro durante la huida trepidante a través de los túneles de gris piedra. Apenas unos minutos más tarde y tras salvar varios recodos, la existencia de luz se hizo evidente frente a nosotros. Me aferré al pelaje del Diente de Amur mientras trepaba con destreza por las paredes hasta llegar a una grieta que se encontraba a varios metros de altura y que nos llevaba directos al exterior.

Nunca me había sentido tan feliz de ver el cielo sobre mi cabeza como en esos momentos. Suspiré, sintiéndome a salvo después de todo lo que acabábamos de vivir; aún no era capaz de pensar fríamente en ello.

Seguimos galopando a lomos del Diente de Amur, alejándonos de las grutas que habíamos encontrado. Notaba los músculos del animal tensándose debajo de mí mientras el cuerpo de Raiden me rodeaba por completo y, si bien aquella intimidad tal vez debería haberme incomodado de alguna forma, se sentía extrañamente bien.

La bestia empezó a aflojar el paso y yo aflojé el agarre sobre él.

—¿Les habremos despistado? —le pregunté.

—Esas cavernas podrían tener pasadizos debajo de nosotros —opinó Raiden—. Es una maldita colmena. Llevan tiempo allí abajo, preparándose.

—¿Para qué?

—No lo sé y casi que preferiría no saberlo.

—Había cientos —murmuré.

—A saber...

—Gracias —susurré, consciente de que, sin su ayuda, no habría podido enfrentarme a todos ellos y no habría sido capaz de encontrar la salida.

Una es consciente de sus fortalezas, pero por desgracia, también de sus debilidades. Sin él, probablemente habría muerto; o habría tenido que dejar que aquello que anidaba dentro de mí saliera a la superficie. Quizá entonces hubiera sido capaz de sobrevivir por mis propios medios, pero prefería haberlo hecho con Raiden a mi lado, como una Marcada.

—Gracias a ti por cubrirme las espaldas.

—Te han herido —le recordé.

—Podría haber sido mucho peor.

—Eso es cierto.

—Eres diestra con el arco —me alabó.

—Más que con las espadas, pero también me defiendo —le confesé.

—¿Sabes?, creo que hacemos un buen equipo.

—Sí, quizá, sí.

El Diente de Amur se paró y Raiden se bajó de él. Me tendió la mano para ayudarme a descender y la acepté, más por respeto que porque la necesitara. Una vez en el suelo, no la soltó.

—¿Sabes?, he estado pensando...

—¿Debería preocuparme?

—Sobre tu marca —añadió, ignorando mi pregunta y el tono de burla—. Si he comprendido lo suficiente de vosotros, significa que los Antiguos te marcaron para que un día fueras Princesa.

—Correcto —repuse, sin entender a qué venía aquello en esos

momentos.

—¿Por qué Princesa y no Reina?

—¡Y yo qué sé!

—Tengo una teoría.

—¿En serio has perdido parte de tu tiempo en esto?

—Creo que quisieron advertirte de que te vincularías a un Príncipe, pero no a un trono.

—Eso no tiene sentido.

—Lo tiene si tu Príncipe es un bastardo.

—El Rey jamás ha cometido un error como ese —negué.

—No solo hay Príncipes entre los Marcados, Jade —me susurró Raiden mientras sus ojos verdes brillaban al mirarme; sentí algo dentro de mi estómago removerse inquieto—. Creo que tu destino era estar aquí, ahora, conmigo.

—De todas las estupideces que has llegado a decir desde que te conozco, esta es la más extravagante de todas —murmuré, intentando mostrarme fría, indiferente, pese a que sus ojos parecían querer desnudar mi alma. Me asustaba que descubriese que a veces me hacía sentir cosas que no debería sentir por alguien como él.

—Díselo al Amur —susurró con voz sensual, tirando ligeramente de mí. Me resistí. Podía controlarme. Podía controlar lo que había dentro de mí. Pero su proximidad me asfixiaba. Aún sentía el calor de su cuerpo sobre mi espalda y el olor que desprendían ambos, bestia y hombre, atrayéndome—. Mi dualidad supo que eras nuestra pareja predestinada cuando sintió por primera vez tu rastro.

—Eso es imposible —le contradije.

—Raro, sí; imposible, no. Porque es justo lo que sucedió —afirmó sin mostrarse molesto por mi negativa—. Creo que los Antiguos intentaron advertirte de que esto sucedería y por eso recibiste esa marca, Jade: nosotros somos tu destino y tú eres nuestra Princesa.

—Eso es una estupidez —sentencié con dureza.

—Pues añade esta otra —declaró Raiden mientras acortaba la distancia que me había esforzado en mantener entre nosotros y estampaba sus labios sobre los míos.

Sus brazos me rodearon con fuerza y sentí que el mundo a mi alrededor temblaba, aunque quizá era yo la que tenía serias dificultades en mantenerme de pie. Su lengua se abrió paso por mi boca y gemí de placer al sentirla enroscándose con la mía en un movimiento apasionado que me dejó sin aliento. Su cuerpo se apretó contra el mío y sentí que se me alargaban los colmillos. Él gruñó mientras la pasión se desbordaba entre nosotros, al dejarnos llevar por la necesidad de sentirnos.

Moriría en ese beso. Lo haría. Y habría valido la pena.

Pero entonces recordé quién era. Él. Y yo.

Reuní todas mis fuerzas para anular lo que había despertado en mí. Con un esfuerzo sobrehumano, empujé a Raiden con fuerza.

Creo que no hubiera conseguido separarlo de mí si no hubiera presionado con una de mis manos la herida del hombro, que aún sangraba un poco; aquello lo obligó a despertar del trance en el que estaba sumido.

Sus ojos buscaron los míos. No había rabia en ellos, solo una pasión que hizo que mi corazón palpitara con fuerza mientras yo apretaba la mandíbula y enterraba el dolor en algún lugar recóndito de mi interior en el que no tuviera que experimentarlo. ¿Qué significaba aquello? Lo que sentía. Lo que despertaba Raiden en mí. Él era mi enemigo y yo... no debería olvidarlo.

—Si vuelves a hacer eso, te mataré —le amenacé.

—¿Hacer qué? ¿Amarte? No puedes prohibirme eso.

—No vuelvas a tocarme —gruñí.

—¿Te asusta tu propio deseo? —me provocó—. ¿Lo que sientes?

—Esto no ha pasado y no va a volver a pasar.

—Encontraremos la forma de estar juntos —declaró Raiden mirándome con firmeza—. Un lugar en el que nuestras diferencias no pesen más que lo que nos une.

—¡No nos une nada! —grité. No pude evitarlo. Temblaba ligeramente. La expresión de Raiden se suavizó.

—Mientes fatal, en serio, no me cansaré de decírtelo —bromeó.

—Entérate, no siento nada por ti —afirmé, alzando el mentón.

Nos sostuvimos la mirada.

Deseaba creer en mis propias palabras como pocas cosas había deseado a lo largo de mi vida. No cargar una marca que me condenaba a ser algo que no deseaba. No ser una Impura. Y no sentir esa mezcla de odio y admiración, deseo y repulsión, que despertaba en mí el Doppel.

—Cobarde.

Le gruñí y le di la espalda. Empecé a caminar, en dirección a la costa para alejarme de él. El Diente de Amur no tardó en adelantarme, aunque no se volvió a mirarme. Escuché los pasos de Raiden, siguiéndome, pero no hizo el intento de alcanzarme. ¿Para qué iba a hacerlo? Acababa de rechazar su ardiente deseo con una actitud dura y fría como el metal.

Quería pensar que sus palabras eran vacías, pero sentía una presión en el pecho al recordar que me había dicho que me amaba. ¿Sería cierto? ¡Era una locura! No podía amarme. Yo era una Marcada.

Traté de convencerme de que solo pretendía utilizar mi posición dentro de la Corte para sus propios beneficios y que había decidido conquistarme con ese propósito, pero había algo dentro de mí que percibía todo aquello como algo real y eso me asustaba. Lo que él sentía. Lo que él despertaba en mí.

Yo era una Marcada. La prometida del Príncipe. Ese era el deseo de los Antiguos y no esa absurda teoría suya. Él y yo. Me estremecí al recordar sus labios sobre los míos. El ardor de su beso, la pasión contenida y su deseo entrelazándose con el mío. Tendría que aceptar la atracción que existía entre nosotros. No podía negarlo después de aquello, pero me asustaba pensar que hubiera algo más. Con él, las emociones y los sentimientos habían pugnado por salir a borbotones.

Intenté concentrarme en Aidan, desesperada por alejar aquella incertidumbre que crecía dentro de mí, pero no fui capaz de enterrar el placer de sentirme abrazada por el maldito Doppel mientras me besaba como si yo fuera lo único importante en su vida. Como si sus

palabras, la afirmación de que yo era su pareja predestinada, fueran reales.

Un lugar en el que pudiéramos estar juntos.

Nunca existiría un sitio así. Cada raza tenía su espacio, sus costumbres, sus atributos..., sus dones y obligaciones. La mía era honrar a mi familia y cumplir mi destino. Casarme con el Príncipe, engendrar un heredero y, en el mejor de los casos, huir con el resto de los Susurrantes para convertirme en un fantasma que perduraría al paso del tiempo.

Raiden moriría. Pronto. Dentro de unas pocas décadas si no conseguía que alguien le matara antes, algo que era más que probable teniendo en cuenta su comportamiento temerario y que Glenn le tenía en el punto de mira.

Me estremecí al pensar en que todas las personas a las que conocía acabarían muriendo y yo las sobreviviría. Raiden, sí, pero también los Marcados a los que apreciaba.

Solo me quedarían ellos. Los que eran como yo. Demonios. Susurrantes. Impuros.

¿Debería hablarles del peligro que acechaba en la Grieta? Aquello supondría desvelar mi identidad, pero no hacerlo...

Intenté centrarme en la Grieta y en los Esbirros, para no pensar en Raiden.

Y en su beso.



XVIII
Jade

No éramos los únicos que nos habíamos cruzado con esas criaturas. Owen, guiado por Jullian, había encontrado una gruta en la que dos Esbirros se mantenían parcialmente ocultos custodiando la entrada. No quería pensar qué querrían proteger u ocultar teniendo en cuenta que se alimentaban de su propia carne. A diferencia de nosotros, Owen y Jullian supieron mantenerse a una distancia prudencial.

Cuando nos reunimos con el resto del grupo, ambos observaron la herida en el hombro de Raiden y en que su ropa estaba empapaba de sangre que no era suya, aunque ninguno le preguntó si necesitaba ayuda. Algo que, si bien era esperable en Owen, me sorprendió en Jullian. Sospeché que tal vez el Serafín conocía esas habilidades que Raiden decía poseer a través del vínculo que tenía con su dualidad. Teniendo en cuenta con qué facilidad me había lanzado al aire cuando habíamos aterrizado en el suelo de aquella maldita caverna, no dudaba demasiado de la veracidad de sus palabras.

Apenas había cruzado unas pocas palabras con mi primo. Las suficientes para confirmarle lo que nuestro aspecto ya mostraba:

habíamos encontrado Esbirros. Lo que no le dijimos era cuantos ni cómo habíamos estado a punto de acabar cocinados en una de sus hogueras.

Desmontamos el campamento para ir a buscar la seguridad de nuestra embarcación antes de que la noche nos encontrase aún sobre la Grieta. No teníamos ni idea de si los Esbirros eran las únicas criaturas que habían cruzado el inframundo y, sinceramente, no teníamos especial interés en desvelar ese misterio.

Cuando la noche se alzó, el viento aflojó y nuestro avance se hizo mucho más lento, aunque al menos ya nos habíamos separado varias millas de la costa. No es que eso me dejara del todo tranquila. Había visto a los Susurrantes aparecerse y desaparecerse a su antojo, haciendo que las distancias se convirtieran en algo relativo.

Si pudiera controlar esa habilidad, en esos momentos estaría en palacio, disfrutando de un baño de agua caliente con el que limpiarme esa mezcla de tierra y mugre que me cubría.

—Apestas —afirmó Raiden, acercándose a mí.

Llevaba una camisa blanca que se le ajustaba al torso lo suficiente como para que se le marcara el vendaje que le cubría la herida de la lanza. El Doppel no había tenido inconveniente alguno en lanzarse al mar cuando llegamos a la costa, vestido y todo, para librarse de la mezcla de sangre y porquería que había acumulado en las grutas de los Esbirros. Le envidié, lo admito, por ser capaz de fundirse en el océano sin morir ahogado en el proceso.

—Hace horas que no veo al Serafín —le dije.

—Es complicado verlos de noche si no se sitúan bajo la luz de la luna —me explicó. Se apoyó en la barandilla de madera a un par de metros de distancia—. Aunque te confesaré que Jullian se ha marchado a la Corte de los Serafines a hablar con su Emperatriz e informarle de lo que hemos visto.

—¿Se lo has contado?

—No tiene sentido ocultarnos cosas que pueden condicionar la supervivencia de unos u otros —afirmó—. Puede que lleven siglos

allí abajo y ahora, al haber aumentado tanto su población, hayan decidido asumir el riesgo de subir a la superficie.

—¿Lo piensas de verdad?

—Quiero pensarlo —me confesó—. No estamos preparados para enfrentarnos a algo más grande.

—Antaño éramos más débiles —reflexioné, pensando en los dones que nos habían dado los dioses.

Magia para los Majisyen: luz para los Licht y oscuridad para los Duisternis, que habitaban al norte de la Grieta. Atributos animales para los Mutabilis, a los que solíamos llamar cambiantes o bestias según nuestro estado anímico. Los Doppels eran los que más conocíamos, pero existían otros: los lobos, Ulvene, que habitaban al norte; los Dracónidos, que estaban en lo que solíamos llamar el fin del mundo, el lugar más alejado de la Grieta, y también esas extrañas criaturas acuáticas, los Tritones. Y luego estábamos nosotros, los Halbgotts, tres estirpes de semidioses. La sangre de los Antiguos corría por mis venas, por las de todos los Marcados, y también por las de los Serafines y los Centinelas, que vivían en fortificaciones al norte de la Grieta. Nueve razas, cada una de ellas poseedora de atributos y poderes únicos.

—Pero estábamos unidos —sentenció finalmente, tras tomarse su tiempo, como si hubiera estado sopesando mis palabras.

—Esperemos que tengas razón respecto a los Esbirros —murmuré.

Quizá llevaban allí desde el inicio de nuestros días. Que no los hubiéramos visto antes no significaba que no hubieran habitado las cavernas durante siglos o milenios.

Elevé la mirada hacia él y me sorprendió que, pese a la oscuridad, sus ojos verdes brillaban ligeramente.

—¿Qué miras? —susurró con una suavidad que se sintió como una caricia.

—Tus ojos brillan —constaté, negándome a decirle que lo contemplaba a él. Que era cierto. Pero no lo diría en voz alta.

—Es algo habitual en los felinos —admitió con un gesto

afirmativo y, arrugando ligeramente la nariz, añadió—: Hemos de quitarte ese olor a estercolero.

—Sueño con un baño de agua caliente —le confesé con un pequeño puchero.

—Caliente no estará, pero agua tenemos a nuestro alcance —bromeó mientras cogía un cubo de madera que había en cubierta y anudaba un cabo al asa.

—No pensarás...

Lo lanzó por la borda y tiró del otro extremo del cabo para recuperarlo.

—Tú eliges —añadió mostrándome el cubo—. Mojada o apestosa.

—Voy a congelarme —murmuré, incluso si la idea era tentadora. El tufo me hacía recordar todos y cada uno de los momentos que habíamos vivido allí dentro y no sentía nostalgia, precisamente.

—Por eso no te preocupes, me ofrezco a hacerte entrar en calor.

Sus palabras sonaron terriblemente sensuales y sentí una ola de deseo creciendo dentro de mí. Los ojos de Raiden centellearon aún más verdes, más brillantes. ¿Podía sentirlo?

—No suelo amenazar en vano —le aseguré, impregnando de veneno cada una de mis palabras para recordarle que no podía volver a tocarme de la forma en que lo había hecho. Jamás.

—Me refería al Diente de Amur —susurró, pero cada una de sus palabras contenía una sensualidad que hacía que me estremeciera pese a que pretendía mostrarme indiferente a ellas—. Su pelaje podría evitar que sufrieras una hipotermia incluso si las temperaturas fueran extremas. Puedes acurrucarte con él, desnuda, por ejemplo.

—Sois una sola persona, Raiden, no hables de él.

—He pensado que sonaría mejor que pedirte que te acurrucaras desnuda con nosotros, y que conste que yo estaría más que dispuesto a todo lo que se te antojara —añadió con un ronroneo.

—Eso no va a pasar —afirmé.

—Me contentaré con imaginármelo, entonces —ronroneó, juguetón—. ¿Quieres liberarte de esa peste que arrastras o no?

—Hazlo —gruñí, irritada.

Atisbé un destello de diversión en sus ojos cuando me arrojó el agua en un movimiento brusco. Estaba helada, pero me contuve de gimotear o quejarme. Antes de que pudiera decir nada, Raiden había lanzado de nuevo el cubo al mar. Toda esa porquería no saldría con solo un poco de agua. Fruncí el ceño mientras dejaba que Raiden me empapara de nuevo de arriba abajo, consciente de que, poco a poco, el olor empezaba a atenuarse.

Rechacé al Diente de Amur cuando entré en la cabina que me habían asignado, aunque me acompañó diligentemente. Cerré la puerta y lo dejé fuera.

Había dejado un reguero de agua desde la cubierta hasta allí, pero no me importaba lo más mínimo.

Me desnudé y me puse una camisola. Empecé a frotar cada una de las piezas de mi armadura para limpiar los restos de sangre y mugre resecos. Observé que uno de los costados de la coraza tenía unos pequeños rasguños. Supuse que eran el recuerdo de la caída desde el saliente, cuando la tierra se había resquebrajado. Justo después de que hubiera vomitado como si fuera una niña pequeña, incapaz de reprimir el asco que me había dado presenciar el canibalismo de aquellas criaturas.

Rocé aquellas marcas con la mano. Ya no era una armadura impoluta. Había abatido, por lo menos, a siete de aquellas criaturas. Sin remordimiento alguno. Había ayudado a Raiden a salir con vida de aquella trampa bajo tierra en la que nos habíamos metido sin saberlo. Quizá estaba en lo cierto en eso de que hacíamos un buen equipo.

Me estremecí ante el recuerdo de sus brazos rodeándome. Sus labios sobre los míos. Sentí mi cuerpo temblar y no era por culpa de mi sangre contaminada, sino por lo que me hacía sentir. Rocé mis pechos con suavidad con la palma de las manos y me estremecí por la sensibilidad que tenían en esos momentos. ¿Por qué de repente lo notaba así?

Tuve la tentación de experimentar con mi propio cuerpo, pero un ronroneo al otro lado de la puerta hizo que me sobresaltara. El

Diente de Amur, por una vez, no parecía haberse volatilizado y debía de estar montando guardia fuera, junto a la entrada. Había visto que era capaz de destrozar puertas mucho más gruesas sin esforzarse lo más mínimo y sentí un pequeño escalofrío al pensar que podría hacer justamente eso: invadir mi privacidad mientras yo descubría mi propio placer, algo que nunca antes había tenido la necesidad o el interés de hacer.

Pensar que los ojos de Raiden me observarían a través de los del felino mientras lo hacía provocó que todo mi cuerpo se encendiera como una antorcha. Sentí que el calor me abrasaba mientras la imagen se volvía más nítida y el erotismo de ese pensamiento hizo que mi feminidad se contrajera con violencia. Me mordí el labio para no gemir por el deseo, la necesidad apremiante.

Dos golpes en la puerta hicieron que me levantara de golpe y tomara dos puñales, cada uno en una mano, en un acto reflejo.

—¿Quién anda ahí?

—Yo —susurró Raiden al otro lado.

—¿Qué quieres?

—Lo mismo que tú —repuso con voz firme.

—Llegar a puerto —afirmé, asustada y excitada al mismo tiempo, pensando en que tan solo me separaba una puerta de él.

Quizá el felino era capaz de notar los cambios en mi cuerpo, en mi olor, la excitación cada vez más notoria. ¿Qué pasaría si abría esa puerta? Sentiría sus manos sobre mi cuerpo y no sobre mi armadura, su deseo se abriría camino dentro del mío y esa sensación, esa necesidad, quedaría colmada. Sabía que lo haría. Si le daba la oportunidad de hacerlo. Era lo que me había dicho, ¿no? Que me deseaba. Que me amaba.

—Podemos oler tu deseo —murmuró y su voz parecía algo afectada, lo cual confirmó mi sospecha.

—No tiene nada que ver con vosotros —fingí con vehemencia.

—Mientes, como siempre —susurró Raiden al otro lado; escuché que algo se apoyaba contra ella.

Intuí que había colocado una mano sobre la superficie y sentí mi

corazón palpitar con fuerza mientras me acercaba. Posé la mano sobre la madera y sentí que Raiden exhalaba aire con fuerza al otro lado. ¿Sabía que me había aproximado a ellos? ¿Que en esos momentos era realmente en él en quien estaba pensando? ¿Que las dudas me carcomían por dentro?

—Creo que podríamos llegar a hacer un buen equipo —le confesé tras quedarnos un largo rato en silencio, escuchando la respiración agitada del otro a través de la placa de madera que nos separaba—. Pero somos enemigos, Raiden. Estamos aquí amparados por un tratado de paz que no todos los dirigentes de los Marcados apoyan.

—Mientras el Rey siga en el trono, existirá la posibilidad de negociar para volver a conseguir una coexistencia pacífica —afirmó Raiden y supe que creía en ello. En Marcados y Doppels compartiendo y respetándose los unos a los otros.

—Cuando Glenn suba al trono, todo cambiará —le advertí.

—No puedes amarle —afirmó—. Solo ten el valor de admitirlo.

—Debo honrar a mi familia —le contesté—. Si no cumplo con mi destino, si rechazo el pacto que hizo mi padre, todas las personas a las que amo podrían sufrir las consecuencias. Mi prima Nuvia y la pequeña Eluney. Owen. Mis padres o la tía Mao. Todos los MacAlister perderían la credibilidad, en el mejor de los casos, porque un agravio como este no se olvidaría sin más. Aceptaría este enlace incluso si Glenn fuera detestable, pero lo cierto es que le admiro y sé que aprenderé a amarle tarde o temprano.

—Pero no le amas —susurró al otro lado de la puerta—. Por una vez, has sido sincera conmigo y contigo misma.

—Mi matrimonio fue concertado. Es normal que no ame a mi prometido si apenas le conozco —argumenté.

—Creo firmemente que hubo un error cuando interpretaron tu marca, que dieron por sentadas cosas que no son —continuó Raiden —. Entiendo que el amor es algo que debe cultivarse con el tiempo, pero lo que somos el uno para el otro es algo que incluso tú debes de ser capaz de sentir de alguna forma. Lo eres todo para nosotros, Jade.

—Sigo siendo una Marcada —afirmé—. Mi deber es honrar a los míos, convertirme en Princesa y darle un heredero al Príncipe.

—Tus circunstancias y tus responsabilidades son complejas, como lo fueron también las de mi madre. O lo son las mías —murmuró en un tono solemne y deseé estar a su lado en esos momentos para reconfortarlo. Parecía vulnerable, como si presintiera su propia derrota—. Sé que es egoísta por mi parte, pero no puedo evitar amarte, Jade, ni dejaré de hacerlo mientras viva.

No le contesté. No podía hacerlo.

Sentía algo dentro de mí que quemaba y dolía al mismo tiempo, pero sabía que no tenía sentido lo que Raiden me proponía. No podía corresponderle y me negué a analizar mis propias emociones por miedo a que lo que descubriera hiciera todo aquello aún más complicado.

—Buenas noches, Raiden —le susurré tras mantenernos en silencio durante un rato más, cada uno sumido en sus propios pensamientos, pero aún con la mano sobre la madera que nos separaba el uno del otro.

—Buenas noches, mi luz —repuso él haciendo que me estremeciera.

Me alejé de la puerta, subí a la hamaca y me arropé con una manta. Intenté cerrar los ojos y dejar la mente en blanco. No pensar en si Raiden seguía o no al otro lado. En todo lo que me había dicho. En todo lo que me hacía sentir. No podía tener razón. Simplemente no podía.

Llegamos a media tarde. El viento había estado de nuestra parte, después de todo. No volví a cruzarme con Raiden y eso era lo mejor que podía haberme pasado. Hubiera deseado ver una cara conocida esperándome en el puerto, pero solo había un carruaje vacío y unos cuantos soldados. Tenía a Owen, que era más de lo que podía pedir.

Los tres nos sentamos en silencio.

Habían pasado muchas cosas en muy poco tiempo. Pese a todas

las desventuras vividas, lo que más me turbaba era lo que había sucedido a nivel personal con Raiden. El beso, sí, pero también la conversación que habíamos tenido después y las confidencias que compartimos entrada la noche.

Evité mirarle y me limité a observar por la ventanilla, empapándome de los colores que se vislumbraban en las calles. Tomar conciencia de la vida que se celebraba allí cada día. Ese era mi pueblo y mi destino era protegerlo. No podía fallarles. No lo haría. Era una MacAlister.

Tessa y Perfect nos esperaban bajo la enorme escalera que, esta vez, se me hizo mucho menos impresionante que la primera vez que la había visto. El palacio, aunque magnífico, siempre se había sentido más como una cárcel que como un hogar. ¿No había sido Raiden quien había insinuado que aquel lugar de hermosas columnas y elegantes relieves no era más que una prisión? No podía negar que existían ciertas semejanzas entre nosotros, aunque nuestras diferencias pesaban mucho más.

Intenté no pensar en el Doppel mientras mis Damas hacían una pequeña inclinación en mi dirección. Bueno, Perfect la hizo; Tessa se permitió el capricho de hacer una reverencia en la que prácticamente rozó el suelo con la frente. Sonreí al verlas. No podía llamarlas amigas, porque nuestra relación había sido impuesta, después de todo, pero las apreciaba. A Tessa, la Marcada más atípica que había conocido en toda mi vida, con sus explosiones de carcajadas; y a Perfect, con ese punto de cinismo y solemnidad que, por fortuna, contrastaban la inestabilidad y efusividad de mi otra Dama.

—Necesito un buen baño de agua caliente con aceites aromáticos —les informé.

—Yo me ocupo —se ofreció Tessa con entusiasmo y empezó a subir las escaleras de dos en dos. Perfect la miró, arqueando ligeramente la ceja, censurando una vez más ese tipo de comportamientos.

—¿Es tan horrible? —me preguntó mientras subíamos las

escaleras.

Esta vez Raiden no vino a mi lado, pero sí Owen. Intenté no buscarle, ignorar qué hacía y dejaba de hacer mientras me centraba en la pregunta de mi Dama.

—Peor —afirmé.

—El Príncipe está reunido —me informó Perfect con una mirada ligeramente oscura—, pero el Rey me ha pedido que le avise tan pronto lleguéis y, conociendo a mi tío, lo más probable es que quiera que os reunáis con él en breve.

—Un baño rápido, en tal caso —cedí y Perfect hizo un gesto afirmativo.

Llegamos al ala residencial de palacio y me despedí de Owen con la cabeza para subir al piso de la familia real. No tenía claro si había sido el Rey o Glenn quien así lo había decretado, pero era una señal de que estaban dispuestos a aceptarme. O, al menos, a aceptar a una MacAlister en la familia real.

Tessa y dos doncellas me estaban preparando la bañera, pero mi Dama las despidió en cuanto llegué. Perfect y ella intercambiaron una mirada y la Todellinen se marchó, dejándome a solas con Tessa, que parecía más nerviosa que de costumbre. Me ayudó a desvestirme, algo que era más propio de una doncella que de una Dama, pero a ella ese tipo de cosas le traían sin cuidado.

—Estaba intranquila —me contó cuando yo le daba la espalda para meterme en la tina.

—Ya ha pasado —susurré.

—No quiero saberlo —murmuró y aquello me sorprendió. La miré —. Si es algo malo, prefiero no saberlo —repitió—. Vivo más feliz así.

—¿Y no te inquieta no saber lo que sucede en el mundo?

—Demasiadas cosas sé, con vivir en palacio...

Su tono se volvió frío y su mirada descendió hasta el suelo. Incliné la cabeza, confundida por aquella reacción tan poco habitual en ella.

—¿Tessa? ¿Estás bien?

—Yo no... debería saberlo —murmuró y sus ojos brillaron con

algo parecido a la rabia—. Anoche llegó una mujer a palacio. No es la primera vez que viene, pero hacía meses de la última vez.

—¿Eso debería preocuparme? —le pregunté con voz suave, intentando empatizar un poco con su nerviosismo, pese a que me era sumamente difícil.

—Siempre que viene se aloja en las dependencias del Príncipe —me contó, al fin.

Aquello dolió. Quizá menos de lo que debería, pero Glenn me había hecho una promesa. Poco antes de irme me había dicho que sería solo yo para el resto de su vida. Una promesa de fidelidad que por lo visto ya había quebrantado. ¿Qué valor podría darle cuando volviera a hacérmela frente a un altar? ¿Qué podía esperar de un hombre que no tenía honor? ¿Qué podía esperar mi pueblo de él? ¿De nosotros? Yo era una Impura, cierto, pero él no era capaz de mantener su palabra.

Me sentí un tanto culpable por el beso que había compartido con Raiden, incluso si yo no había pronunciado aún voto alguno al respecto. Había rechazado lo que él me ofrecía, tanto su cuerpo como su corazón, dispuesta a cumplir con mi obligación mientras Glenn...

—Aún no estamos casados —declaré. Pese a que el daño ya estaba hecho, Tessa no tenía por qué saberlo.

—No es solo eso...

Cerré los ojos y me sumergí en el agua. No, no haría como ella. No le daría la espalda a lo que no quería escuchar. No huiría de la realidad. Tessa quizá prefería vivir sin saber lo que sucedía a su alrededor, pero a mí no me habían educado para hacer algo así.

Recompuse mi máscara de absoluta indiferencia, la frialdad que había aprendido a construir a mi alrededor, antes de emerger a la superficie.

Salí de la bañera y me envolví en una bata preciosa de seda granate. Miré a Tessa a los ojos, mostrándome totalmente tranquila y sosegada. Quizá Glenn no era el Príncipe que había idealizado desde niña, pero yo sí sería esa Princesa que los Marcados merecían.

—Cuéntamelo todo, Tessa —le pedí—. No quiero que omitas ni un solo detalle.



XIX
Glenn

Por la forma de golpear la puerta de mi estudio, no tuve ninguna duda de que era mi primo Ash el que estaba al otro lado. Dejé que pasaran unos segundos por el simple placer de hacerle esperar. Llevaba un par de días más intenso que de costumbre y desde que Lissina había llegado a palacio, las cosas no habían hecho más que empeorar.

—Adelante —le autoricé a entrar por fin tras recostarme en la silla presidencial. Apoyé los codos sobre la mesa, crucé los dedos de las manos, preparado para enfrentarme a él otra vez si era necesario.

—La Estela de Plata llegó a puerto hace un par de horas —me soltó sin saludarme—. Perfect quería informarte, pero le advertí que estabas reunido.

Sí, lo había estado. Me molestó que Ash hubiera tomado esa decisión por mí, pero supuse que era mejor que Lissina no sospechara que sentía cierto afecto por mi futura esposa. Hice un gesto afirmativo con el mentón para que continuara.

—Tu padre ha convocado una reunión —añadió—. El Consejo y los dos MacAlister.

Eso le molestaba, evidentemente. Lo había excluido.

—¿Perfect ha hablado con ellos? —le interrogué, consciente de que mi prima estaba evitándome.

—No se lo he preguntado —repuso encogiéndose de hombros.

—Despídete de Lissina por mí, la quiero fuera de palacio antes de que anochezca.

—¿Piensas compartir tu cama con otra esta noche? —se burló mi primo.

—Haz lo que te he dicho, Ash; nada más —sentencié al tiempo que me ponía de pie y apoyaba las manos sobre el escritorio—. Lissina no va a volver a tener un trato especial en este palacio. Lo que se tenía que hacer se ha hecho por un bien mayor, pero no va a volver a repetirse.

—Es una aliada poderosa —me recordó mi primo con una mirada gélida.

—Tienes mi permiso para ganarte su afecto si eres capaz —le informé.

Ash emitió un gruñido sordo, le mostré los colmillos y le respondí con otro que demostraba mi enojo. Apretó la mandíbula y me dedicó una ligera reverencia.

—Haré lo que deseáis, Alteza.

Salió de mi habitación en silencio y se contuvo de dar un portazo. Era más de lo que esperaba que hiciera tratándose de él. Ash y yo no solíamos discrepar en demasiadas cosas y no conocía a nadie más fiel a mi persona que mi primo. Algo que a veces me sorprendía, dado que era el siguiente en la línea de sucesión.

Debería sentirme afortunado de que jamás hubiera mostrado interés alguno en ocupar el trono y de que su mayor ambición fuera ser mi Consejero Militar, matar bestias y ejecutar mis órdenes.

Hacíamos un buen equipo, aunque Ash jamás sería capaz de relacionarse con otras razas con una actitud diplomática. O seductora. Sí, era perfectamente consciente de que esta última era un arma de doble filo, pero su utilidad era innegable y eso me hizo pensar en Lissina. Cerré los ojos y respiré agitado. Me masajeé el

cabello antes de salir de la habitación para ir a buscar a mi prometida. Golpeé dos veces a la puerta de sus dependencias, pero nadie contestó. Quizá mejor así. Hablaría primero con mi prima.

Abrí su puerta sin molestarme en llamar. Estaba sentada frente a un tocador cepillándose el cabello. No, no se sorprendió al verme invadir su espacio personal, así que me limité a entrar sin que me invitara y me dirigí al enorme ventanal desde el que se veían los bosques que rodeaban el palacio. Coloqué los brazos a mi espalda, simplemente esperando a que ella iniciara la conversación. Era consciente de que estaba enojada, algo habitual cuando Lissina aparecía por aquí.

Sus servicios tenían un coste, aunque no siempre exigía oro o piedras preciosas. En otra época había disfrutado complaciéndola, cautivado por la belleza y sensualidad exótica que emanaba. Pese a su juventud, me había aleccionado en el arte del placer y, con el tiempo, habíamos trabado algo así como una relación cordial. No diré desinteresada, porque con ella nunca nada era lo que parecía y, hermosa o no, yo no era tan estúpido como para confiar en una Duisternis. Bruja, ilusionista y, sí, también un poco arpía. Entendía perfectamente que alguien como mi prima, que desconocía todo lo que su magia podía ofrecernos, censurara el intercambio de favores que nos traíamos entre manos desde hacía casi una década.

—Está viva, por si te interesa saberlo —remarcó mientras seguía pasando el cepillo por su melena.

—Me lo ha dicho Ash —afirmé.

—Pensaba que te importaba —admitió finalmente, tras tomarse su tiempo.

—Y lo hace.

—No lo parece —criticó con dureza.

—Hubiera ido a la Grieta con ella si padre me lo hubiera permitido —mascullé molesto; me volví para enfrentarla.

—¿Y necesitabas a la bruja para consolarte en su ausencia? —me soltó con dureza.

Si fuera cualquier otra persona, la habría abofeteado en ese

momento por semejante insolencia. Pero era mi prima. La había visto crecer y era de las pocas en mi familia que soportaban la presión que caía sobre sus hombros sin queja alguna.

—Si yo fuera Rey, Jade no habría tenido que ir con esa bestia hasta la Grieta —le dije mientras me acercaba a ella, mirándola con rabia—. Si yo fuera Rey, podría protegerla. Pero no lo soy. Siempre estaré a la sombra de mi padre, aceptando tratados de paz que no tienen ningún sentido. Nuestras minas se están agotando, ¿qué vamos a dejarles a nuestros hijos? Una tierra que apenas puede proporcionarnos todo lo que necesitamos porque mi padre no es capaz de mostrarse contundente y expulsar a los Doppels de un territorio que nos pertenece.

—¿Y qué tiene que ver con eso la bruja?

—Los Duisternis poseen una magia como jamás podrías llegar a imaginarte —afirmé mirándola a los ojos—. Pero todo tiene un precio, Perfect; tú, más que nadie, deberías saberlo.

—No puedo saberlo si no me lo cuentas, si no confías en mí —protestó ella y había una pizca de dolor en sus ojos.

—Ahora disponemos de algo que decantará la balanza a nuestro favor —le aseguré; coloqué las manos sobre sus hombros.

—¿Y qué hay de Jade? —me preguntó—. ¿Cómo va a sentirse cuando sepa que te has estado acostando con una Duisternis mientras ella sufría quién sabe qué calamidades en la Grieta? ¿Crees que va a seguir esforzándose en ser la Princesa que cree que te mereces? ¿Que va a seguir interpretando el papel que le han impuesto?

—Lo hará porque es una mujer fuerte y hay honor en ella —afirmé con seguridad—. Le prometí no beber de ninguna otra mujer y no lo he hecho.

—Yo no te perdonaría —me dijo mi prima alzando el mentón.

—Porque eres arrogante como todos los Todellinen —bromeé y le rocé la barbilla con suavidad—. Admiro su valor y templanza, me atrae su juventud, pero también su inocencia. Deseo complacerla y

eso es más de lo que pensaba que sería capaz de despertar en mí. Los Antiguos no se equivocaron al elegirla para que fuera mi esposa.

—Espero que lo que sea que necesitabas de la bruja haya valido la pena —concluyó mi prima y se volvió hacia el espejo para seguir cepillándose el cabello—. Owen MacAlister me ha contado que ella y el bastardo se internaron en las grutas bajo los volcanes. Cuando volvió, estaba cubierta de mierda, literalmente, y tenía el carcaj prácticamente vacío. El bastardo tenía una herida que le atravesaba un hombro y no era de una flecha, así que a saber qué diablos se encontraron. Mientras tú estabas follándote a la bruja, ella luchaba para sobrevivir.

No le contesté. Apreté los puños y me limité a salir de la habitación de Perfect conteniendo la sorpresa que me habían provocado sus palabras. No estaba dispuesto a que percibiese emoción alguna en mí. Deseaba que lo que acababa de decirme no fuera real y que solo se tratara de una broma cruel que me tenía reservada para castigarme por un comportamiento con el que ella no estaba en sintonía. Tal vez Ash sería capaz de hacer algo así. Pero no Perfect. Ella no.

Sentí una opresión en el pecho al pensar en la posibilidad de que ella hubiera desaparecido simplemente de mi vida. La Grieta. No había nada allí. Yo había pisado esa tierra gris llena de ceniza. Podía rememorar ese olor que irritaba los ojos, la nariz y la garganta. Que Jade hubiera estado en un peligro real me asustó y esa emoción me conmocionó un poco al darme cuenta de que la MacAlister empezaba a importarme de verdad.

Caminé con pasos rápidos hasta llegar a la sala de reuniones de mi padre y entré sin llamar bajo la mirada de los guardias que custodiaban la puerta.

Ella ya estaba allí, sentada junto a su primo. Miré a mi Rey, mi padre, con rabia. Su respaldo sobresalía en tamaño y altura respecto al del resto de las sillas ceremoniales que rodeaban la mesa redonda. Al lado de mi padre estaba Saimon Araid, su Consejero Económico. Era el padre de la otra Dama de Jade. Esa Marcada de

pelo corto y algo alborotado que gesticulaba y hablaba demasiado cuando yo no estaba cerca.

—Ya estamos todos —murmuró mi padre, como si me criticara el hecho de que hubiera sido el último en llegar.

—Te dije que era mala idea que mi prometida fuera a la Grieta —le dije enojado, mientras colocaba las manos sobre el respaldo de Jade.

—También me dijiste que no había vida en la Grieta —sentenció mi padre, sosteniéndome la mirada—. Si quieres tomar asiento, podríamos proseguir.

No dudaba de que había usado la palabra «proseguir» para dejar claro que habían empezado la reunión pese a mi ausencia. Una forma de advertirme de que, a día de hoy, era prescindible. Sentí la rabia creciendo dentro de mí. Él no valoraba todo lo que yo había hecho y sacrificado por nuestro pueblo.

—Había dos Esbirros —intervino entonces Owen MacAlister—. Apostados frente a la entrada de una gruta. Usan lanzas de unos dos metros de largo y llevan puñales rudimentarios hechos de huesos o piedras en los cintos. Dudo que sean capaces de trabajar el metal, pero muestran cierta jerarquía y organización.

—¿Qué había en la gruta? —le preguntó mi padre al guerrero.

—Nos limitamos a observarlos —repuso el guerrero—. Se suponía que nuestra misión se basaba en hacer un avistamiento.

—¿Qué hay de los otros grupos?

—Las dos parejas de Marcados no encontraron señal de vida alguna —repuso Owen.

—¿Princesa? —le preguntó mi padre a mi prometida. Sentí cómo se tensaba. Apoyé mi mano sobre su brazo, que reposaba sobre el lateral de madera de la silla, pero no me miró. Eso me molestó.

—El Diente de Amur encontró un rastro —empezó—. Caminamos cuatro o cinco horas antes de llegar a una gruta. Atravesamos varias hendiduras hasta llegar a un saliente elevado en una cámara enorme llena de Esbirros.

—¿De cuántos estamos hablando? —preguntó mi padre

mirándola con atención.

—Había seis o siete decenas de ellos cuando llegamos —murmuró—, pero entonces la tierra bajo nosotros cedió. Nos rodearon.

—¿Cómo escapasteis? —preguntó mi padre, que parecía conmocionado.

—Raiden se enfrentó a ellos mientras el Diente de Amur me llevaba a otro saliente más elevado para mantenerme en un lugar seguro.

—¿Por qué mi prometida fue con el Diente de Amur sin escolta? —gruñí enojado mirando al MacAlister.

—Porque mi autoridad prevaleció sobre la de mi primo —me respondió ella, escudriñándome con expresión desafiante y una frialdad que sería elogiable si no hubiera rabia y dolor en su mirada. Lo sabía. Lo de Lissina. Y Perfect no había estado equivocada en que le costaría sobrellevarlo.

—El Serafín nos aconsejó dividirnos por parejas para que les fuera más difícil detectarnos —intervino Owen MacAlister—. Es posible que puedan escuchar las vibraciones y, con ello, evitar ser vistos por grupos grandes.

—Sospechamos que por eso no encontraste nada en tu expedición —añadió mi padre y no tengo claro si había un tono de burla en sus palabras.

—Abatimos a unos veinte, pero por los pasillos aparecían más y más, así que, en vez de disminuir, su número no hacía más que aumentar —continuó ella para demostrarme que había sido entrenada en el arte del combate pese a saber que su destino no sería otro que permanecer a mi lado—. El techo empezó a temblar y cayeron estalactitas sobre ellos, lo que nos permitió escapar con la confusión.

—Hirieron al Doppel —intervino el MacAlister.

—Le atravesaron el hombro con una lanza —afirmó Jade.

—¿En qué lugar nos deja eso? —preguntó mi padre; parecía nervioso.

—Es posible que lleven tiempo allí abajo —opinó Jade—. Siglos o incluso algún milenio. Si se han multiplicado en número es probable que hayan empezado a salir a la superficie para explorar nuevos territorios.

—Esa sería la mejor de las opciones —murmuró mi padre con voz solemne.

Me molestó que le diera tanto crédito a algo que ni siquiera estaba sucediendo en nuestro territorio. Había criaturas asquerosas correteando por las grutas de la Grieta, de acuerdo. Nosotros teníamos Doppels al otro lado del río.

—Podéis retiraros —sentenció mi padre—. He de meditar sobre todo lo que me habéis contado.

—Su Alteza —se despidió el MacAlister mientras se levantaba.

Hice lo mismo y me adelanté para ayudar a Jade a retirar su silla. Le tendí el brazo y lo tomó, aunque apenas me miró. Que aquello me irritara era algo nuevo, incluso si sabía que ella haría lo que tenía que hacer, igual que yo.

No le debía ninguna disculpa.

—Acompáñame —le pedí, una vez fuera de la sala de mi padre.

Me despedí de Owen MacAlister con una inclinación de cabeza y él hizo una reverencia formal. Me había estado informando sobre él. Un guerrero MacAlister, sí, que había ido forjando poco a poco su camino. Había coincidido en alguna ocasión con él y siempre me había parecido un Marcado con las ideas claras y bastante sentido común.

Cuando Jade le había elegido para que la acompañara a la Grieta, había puesto de manifiesto que confiaba en él y eso era importante, porque yo sabía mejor que nadie que era fundamental rodearse de gente de confianza. Algo que, por lo visto, quizá había perdido con mi futura esposa.

Salí al jardín interior de palacio. No tenía del todo claro a dónde me dirigía, de la misma forma que tampoco tenía claro qué decirle, pero no me gustaba la frialdad que existía ahora entre nosotros. Había sentido su cuerpo estremecerse a mi lado y el sabor de su

sangre en mi boca. Lissina no era nadie para mí. Nunca lo había sido.

—Siento que hayas tenido que ir hasta la Grieta y todo lo que has sufrido allí —le confesé—. Si te hubiera pasado algo, jamás se lo habría perdonado a mi padre. Me importas, Jade.

No me contestó y seguimos caminando hasta llegar a una pequeña glorieta rodeada por rosales de flores rojizas. El sol se ponía en el horizonte y el lugar tenía un toque que incitaba al romanticismo. La conduje al interior y me situé a su lado mientras observábamos juntos el hermoso jardín que nos rodeaba.

—Cuando estás en el poder, a veces se han de hacer sacrificios —continué—. Combatir junto a un Doppel. Tratar con los Duisternis.

—Creo que no es exactamente eso lo que he oído —repuso, finalmente, mirando al horizonte.

—¿Qué has oído? —le pedí, sin mostrar emoción alguna; estaba decidido a aclarar las cosas entre nosotros y, en el fondo, esperaba que ella estuviera a la altura y lo comprendiera.

—Que has alojado a una Duiternis en tus dependencias mientras yo estaba en la Grieta —me contestó con indiferencia—. Y que no es la primera vez que ocurre con esta bruja en cuestión.

—No, no lo es —admití, sin mirarla, pero manteniéndome a su lado—. Pero sí será la última. Necesitaba algo de ella, algo que merecía el sacrificio de aceptar sus condiciones. Te prometí que no bebería de otra mujer, Jade, y no lo he hecho. No deseo intimar con otra persona excepto con la que está a mi lado en estos momentos, pero las responsabilidades pueden obligarte a hacer cosas que desprecias o rehusar algo que anhelas. A veces los sacrificios son necesarios, Jade.

—¿Tan importante era? —me preguntó.

—Sí —afirmé.

Se quedó en silencio, meditando mis palabras. No tenía del todo claro si había recuperado o no su confianza, pero me había sincerado con ella más que con la mayor parte de las personas que se habían cruzado conmigo a lo largo de mi vida.

—De acuerdo —sentenció al final.

—Me gustaría que, cuando te sientas preparada, te alojaras en mis dependencias —le ofrecí mientras tomaba su mano y la besaba con suavidad—. Desearía que las compartiéramos y que puedas tener la certeza de que, a partir de ahora, a partir de hoy, solo será tu cuerpo y tu sangre.

Sus ojos buscaron los míos. Detecté su sorpresa, pero también algo más. ¿Miedo? ¿De mí? Había sido capaz de desafiarme frente al mismísimo Rey, afirmando que había usado su autoridad por encima de la de uno de mis guerreros, como la Princesa que sería en cuanto compartiéramos nuestros votos y le pusiera una alianza en el dedo. Y, sin embargo, había una chispa de temor en su mirada al ofrecerle compartir mis dependencias y mi lecho. ¿Era inocente hasta ese punto? Sentí que se me alargaban los colmillos y le rocé ligeramente el dorso de la mano en una caricia sensual y sugerente.

Retiró la mano. No fue un movimiento brusco, asustadizo, sino consciente y meditado. Rechazaba el placer que le ofrecía. Que nos ofrecía. Me incorporé y la observé. Era una auténtica amazona, con el cabello cayéndole sobre los hombros y su expresión de infinita fortaleza, como la de una diosa. Quizá no lo sabía, pero me tenía a sus pies. Era la primera mujer que me rechazaba y aquello no hizo otra cosa que demostrarme que era única.

—Compartiremos cama una vez nos hayamos casado —declaró—. Y deseo tener mis propias dependencias.

—De acuerdo —cedí, aunque era evidente que con esa petición pretendía mantenerse alejada de mí en la medida de lo posible, algo que no estaba dentro de mis planes, así que antes de que cantara victoria añadí—: Con la condición de que se comuniquen con las mías. No va a haber secretos ni dudas entre nosotros, Jade.

No tengo claro si aquello le gustó o, por el contrario, le inquietó. Podía entender que estuviera enojada por lo de Lissina, incluso si no había quebrantado la promesa que le había hecho. No había tenido otra opción que ceder a sus demandas, pero en aquella ocasión ni siquiera lo había disfrutado.

Estaba dispuesto a cumplir mi palabra y demostrarle que sería un esposo ejemplar, dispuesto a complacerla cada noche hasta que su vientre se abultara y me diera un heredero. Pensaba hacer que se estremeciera debajo de mí hasta que todas esas reticencias cayeran, para siempre, en el olvido.



XX
Raiden

Verlos juntos me quemaba por dentro.

Me mantuve atento y oculto pese a mi tamaño. Capturé cada palabra y también cada silencio. Que odiáramos al Príncipe de los Marcados no nos ayudaba a reprimir la tentación de plantarnos allí en medio y clavarle los colmillos para arrebatarle la vida y liberar a Jade de ese absurdo compromiso. Responsabilidades, sí.

Por desgracia, yo tampoco estaba exento de ellas y quizá por eso me limité a espiarles sin dejarme llevar por mis deseos más oscuros. Fue entonces cuando ella alejó su mano de él. De sus colmillos expuestos, mientras el sol se ponía a su espalda. Sentí un atisbo de esperanza, pero pereció cuando ella expuso sus condiciones. Lo haría. Se casaría con él. Porque era un Marcado. Su falso Príncipe.

Me estremecí y un dolor sordo me atravesó. Reprimí la rabia del Amur para que no rugiera y nos descubriese mientras la veía alejarse de él. Sola. En otras circunstancias, en otros tiempos, en otras vidas, quizá Jade y yo hubiéramos tenido alguna posibilidad. ¿Qué sentía Jade por él? ¿Por mí? No importaba. Ella jamás lo admitiría. Incluso si su Príncipe la había traicionado con esa otra mujer, una bruja del norte, ella haría lo que tenía que hacer.

Honraría a su familia, incluso si con ello sacrificaba su propia felicidad.

¿Podríamos ser felices, ella y yo, juntos? Por mucho que la amara, no tenía respuesta a esa pregunta. Yo era lo que era y nuestras diferencias, aunque me pesaran, eran reales. Quemaban. Pensé en mi madre y tomé conciencia de su propia aflicción. En mi padre, que había sufrido su desaparición y después el dolor de su reencuentro. Quizá era mejor así, después de todo.

Hice que mi dualidad se convirtiera en bruma antes de que la tentación prevaleciera por encima del sentido común y descargara mi pena y frustración en las carnes del Príncipe de los Marcados. Necesitábamos ese tratado de paz, ahora más que nunca. Si algo estaba sucediendo en la Grieta... no quería ni pensarlo. Éramos más fuertes que antaño, cierto. Pero dudaba que eso fuera suficiente. Había escuchado cientos de leyendas de lo sucedido tiempo atrás. Ninguno de nosotros estaba preparado para enfrentarse a algo así.

Intercepté a Jade en uno de los pasillos del edificio, antes de que entrara en la zona a la que no tenía acceso por ser quien era. Lo que era. Una bestia, un animal, para todos aquellos estirados. Aquí nuestras diferencias se hacían mucho más evidentes que en la Grieta. Quizá por eso había osado confesarle lo que sentía o me había tomado la licencia de besarla.

Sus palabras siempre eran ácidas, pero se contradecían con la calidez y la pasión con las que me había recibido entre sus brazos, olvidándose de las convenciones y esas absurdas responsabilidades mientras conectábamos en un plano físico, sí, pero también espiritual. Estaba seguro de eso. El Diente de Amur lo había sabido desde el principio. Si no fuera...

No me sorprendió que el hermoso vestido de color negro que llevaba le confiriera un aspecto similar al de una esfinge elegante pero fría cuya tristeza anegaba su corazón. Sus ojos apenas mostraron brillo alguno cuando le bloqueé el paso. Crucé los brazos sobre el pecho. No le rogaría que viniera conmigo porque no lo

haría. Lo sabía perfectamente, pero no podía renunciar a ella sin más. Darlo todo por perdido.

—Tenemos que hablar —afirmé.

—No estoy de humor —repuso con una voz carente de emoción —. Mañana.

—Mañana a la noche partiremos hacia el sur —le informé. Se tensó. Solo eso. Sentí la rabia creciendo dentro de mí. El Amur ansiaba salir—. Los Doppels deben saber lo que está sucediendo en la Grieta lo más pronto posible.

—¿Advertirás a los del norte? —me preguntó, reflexionando sobre esa posibilidad.

—Deberíamos hacerlo, sí —le contesté.

—Que no significa que vayas a hacerlo —murmuró y media sonrisa iluminó su rostro.

Era tan condenadamente preciosa cuando sonreía. Cuando era ella y no esa frialdad autoimpuesta. Me acerqué un paso.

—Podríamos hacerlo juntos —le ofrecí—. Ir a las tierras de los Centinelas. Probablemente son los más sensatos de los que habitan allí.

—¿Se supone que eso debería atraerme? —se burló. Di otro paso, acortando la distancia que me separaba de ella.

—Pensaba que te atraería la idea de pasar más tiempo conmigo —ronroneé y pude sentir el cambio en su pulso, cómo su cuerpo empezaba a segregar compuestos químicos propios de las fases previas al apareamiento. Cuando hacía eso, me volvía loco. La necesidad, el deseo, de estar con ella. De vincularme a ella para el resto de nuestras vidas.

—Eso es un castigo más que un placer —repuso elevando el mentón, negando lo que yo sabía que sentía en realidad por el olor que me llegaba de su cuerpo.

—Mientes fatal —le susurré mientras acortaba la distancia que me separaba de ella y la apretaba contra mi cuerpo; sentí que se estremecía ligeramente, intentando resistirse a su propio deseo.

Mi boca capturó la suya y le mordí con suavidad el labio, de

manera provocativa. Se le escapó un leve gemido mientras sus brazos me apretaban con fuerza contra ella, haciendo que perdiera el poco control que aún tenía de mi propio cuerpo. La besé como si no existiera nada en este mundo que pudiera apartarme de ella. Le entregué, en ese beso, mi corazón y, sí, también mi vida. Sentí cómo se estremecía y respondía a mi pasión con su propia lujuria. Éramos uno.

La apreté contra la pared más cercana y noté mi miembro palpitando, enojado por que hubiera ropa entre nosotros. Odié ese vestido. Odié todo lo que nos separaba porque, en ese momento, la necesidad de reclamarla me cegaba. Busqué a tientas uno de sus pechos y sentí que gemía dentro de mi boca cuando empecé a amasarlo con cierta violencia mientras apretaba mi cadera contra la suya, en una necesidad apremiante de encontrar el camino hacia su interior. La necesidad del Amur por reclamarla como nuestra no me dejaba pensar con coherencia.

Separó su boca de la mía y, en un acto guiado más por la necesidad y la lujuria que por el sentido común, clavó sus dientes en mi cuello y empezó a succionar con fuerza. Entré en una vorágine de placer que culminó en un orgasmo que Jade sintió por la forma en que mi cuerpo empezó a convulsionar contra el suyo y por las hormonas que impregnaron la sangre que bebía, haciendo que me siguiera al instante.

¡Joder! Cuando estábamos juntos me olvidaba de todo, incluso que ella era una Marcada. No me había planteado que acabara bebiendo de mí, pero no me importaba, especialmente si a través de esa unión podíamos compartir algo como aquello. Esos fuegos artificiales me dejaron exhausto, pero deseándola aún más. De todas las formas posibles. Ahora y siempre. Quería... lo que jamás podría tener. La quería a ella. Cerré los ojos, aspirando el aroma de su cabello, ansiando atesorar ese momento, los olores de ambos mezclados, la prueba de lo que éramos el uno para el otro.

—Ven conmigo —le rogué, incluso si me había jurado no hacerlo.

No me contestó y empezó a temblar ligeramente entre mis

brazos. Daría cualquier cosa por que tuviéramos una oportunidad. Una sola.

—Ven conmigo, Jade —insistí—. Encontraremos la forma de estar juntos, la que sea. Te amo.

Me empujó con los ojos vidriosos y el rostro teñido de una culpabilidad que hizo que me sintiera herido. Era como si lo que acababa de pasar entre nosotros le repugnara. Se pasó el puño por los labios, intentando borrar cualquier rastro de mi sangre en ellos. Sentí una quemazón en el cuello mientras ella observaba, con las pupilas dilatadas, las marcas de sus colmillos. Por su expresión, podría decirse que aborrecía lo que acababa de hacer.

—Sé poco de Marcados —le dije molesto—. Pero sé que, aunque te repugna la idea, me deseas tanto que no has podido evitar clavarme los colmillos.

—Ha sido un error —masculló mientras me empujaba para alejar mi cuerpo del suyo.

—Lo ha sido —afirmé, dolido por su rechazo—. Solo volverás a beber de mí si lo haces mientras yo estoy dentro de ti, haciéndote el amor. Quiero que aceptes ser mi pareja y que te vincules a mí para el resto de nuestras vidas.

Ya estaba dicho. Incluso si las palabras estaban impregnadas de rabia y un punto de resentimiento. Me deseaba, acababa de demostrármelo. Solo quería que lo admitiera. Incluso si luego me rechazaba, una vez más, por lo que yo era y la mierda esa de su marca. Tenía motivos para rechazarme, pero no para negar que ella también lo sentía.

—Eso jamás pasará —repuso con vehemencia.

—El Marcado jamás te amará como te amo yo —le advertí—. Jamás te hará sentir lo que te hago sentir yo.

—Vete —me ordenó, cerrando los puños con fuerza. No habría accedido si no hubiera percibido el olor de algo que me alarmó. Hice una pequeña inclinación con la cabeza en su dirección y le di la espalda.

Me alejé de ella mientras intentaba identificar aquel rastro.

Mierda. Supe perfectamente a quién pertenecía. No debería haber tocado a Jade. No debería haber dejado que mis instintos tomaran el control estando en el territorio de los Marcados. Era poco probable que nos hubieran visto o escuchado, pero no imposible. Fruncí el ceño, enojado conmigo mismo.

Sabía que Jade haría lo que consideraba que tenía que hacer por el honor de su familia y toda esa mierda de los Marcados. Sabía que no conseguiría convencerla para que dejara atrás lo que era y aceptara un futuro que, sinceramente, ninguno de los dos tenía claro de si sería prometedor. Incluso sabiendo todo eso, no había sido capaz de alejar mis manos de ella para, una última vez, intentar persuadirla y que aceptara lo que había entre nosotros.

No me arrepentía de lo que había pasado. Jamás lo haría.

Encontré a Zachary en la habitación que compartíamos. Que su dualidad estuviera dando vueltas en aquel espacio reducido indicaba que su estado anímico no era especialmente bueno y que estaba cansado de sentirse como un prisionero.

—¿Qué estupidez has hecho?

Puse los ojos en blanco mientras vertía agua de la vasija en un cuenco para limpiar los restos de sangre de mi cuello mientras mi primo me observaba con una mirada crítica.

—No va a venir con nosotros —le dije mientras empezaba a desvestirme. Apestaba a mi propio olor y eso me ponía nervioso porque me hacía desear volver a ella para repetir lo que habíamos compartido, solo que esta vez sin ropa, conmigo enterrado entre sus piernas y el Amur vinculándose a su cuerpo.

—¿Y eso te sorprende? —me preguntó sin mencionar las evidencias de lo que acababa de suceder entre nosotros.

—Me jode, más bien.

—No haré un juego de palabras, pero que conste que podría —afirmó con un tono cargado de burla.

—Si se la meto, te aseguro que me la llevo, aunque sea a rastras

y tirándole del pelo —gruñí—. El Amur me está volviendo loco por vincularme a ella.

—Así de mal, ya veo.

—Nos vamos mañana.

—¿Y qué hacemos con los Marcados?

—Esta noche hablaré con el Rey.

—Genial, suele mostrarse especialmente accesible con nosotros —ironizó Zachary; lanzó una pelota pequeña al aire y la cogió al caer. Repitió el movimiento mientras su pantera nebulosa seguía dando vueltas por la habitación.

—Puedo ser persuasivo —ronroneé.

—Te vas a colar en su habitación. —¡Qué bien me conocía el cabrón!

—¿Podéis estaros quietos? —le pregunté mirando a su dualidad y después al objeto volador con el que su parte humana parecía entretenerse.

—Estamos aburridos —me contestó ignorando mi petición y volviendo a lanzar la pelota al aire. Puse los ojos en blanco.

—Pues tengo algo con lo que podéis entreteneros —le propuse mientras empezaba a vestirme con ropa limpia—. He sentido el rastro del primo del Príncipe.

—Estamos en su palacio —se burló mi primo.

—Cuando estaba con Jade.

—¿Cuando estabas medio tirándotela? —me preguntó con una expresión entre preocupada y divertida—. ¿En serio le has dejado que te clavara los dientes?

—Era eso o me clavaba yo dentro de ella —me defendí, incluso si había sido una experiencia sumamente erótica. Lo que me irritaba en realidad era que no volvería a vivirla. Jade se quedaría en palacio y se casaría con el capullo de los Marcados. Yo seguiría con mi mísera existencia. Fin de la historia.

—Tienes miedo de que vuestro encuentro fortuito pueda perjudicarla —reflexionó Zachary.

—Qué listo eres —murmuré con sarcasmo—. No creo que hayan

visto u oído nada comprometedor, pero sal a dar una vuelta y vigila a nuestro amigo Ash. De ese me fío entre poco y nada.

—Tampoco tengo nada mejor que hacer —cedió mi primo y se levantó de la cama.

Agradecí su ausencia. La soledad. Me empapé la cara con agua fresca y observé mi reflejo en el espejo. Había una sombra oscura debajo de mis ojos, signo de la tensión que acumulaba con lo del tratado de paz, los hallazgos de la Grieta y mi poco fructífera relación con Jade. Demasiada mierda para un solo hombre. Cerré los ojos, obligándome a no refugiarme en un victimismo que no me llevaría a ningún lado. Mi vida nunca había sido fácil. No tenía claro por qué esperaba que mi destino podía cambiar. Si no fuera suficiente el hecho de que era un bastardo, mi pareja predestinada estaba prometida a otro y ni siquiera era una Doppel.

Quizá era mejor así, porque si ella me correspondiera, si me declarara su amor eterno, si admitiera que sentía la mitad de lo que yo sentía por ella, no sería capaz de renunciar a Jade. ¿Y dónde nos dejaría eso?

Esperé paciente en el elegante sofá de cuero blanco. Pasaron los minutos, las horas, hasta que la puerta se abrió y el Rey entró en sus dependencias. Inhalé el aroma del licor que me había servido de su reserva personal.

Cuando entró en el despacho y me encontró allí instalado plácidamente, sus ojos mostraron un atisbo de miedo que reprimió al momento. Admiraba a ese hombre, al menos un poco.

—¿Vas a matarme? —me preguntó sin que le temblara la voz.

Supongo que tenía sus dudas porque mi dualidad no estaba junto a mí, algo que había hecho con la intención de darle un poco menos de dramatismo a mi presencia en sus dependencias privadas.

—Eso sería una estupidez y quizá somos bestias, pero no estúpidos —le contesté mientras señalaba con el mentón un sofá

idéntico al mío, situado al otro lado de una mesa en la que se hallaban la botella de licor y una copa vacía.

El Rey de los Marcados caminó con una elegancia admirable y se sentó frente a mí. Un depredador. Su enemigo. Se sirvió una copa sin mostrar temblor alguno en el pulso. Inhaló varias veces sobre el vaso, probablemente buscando el rastro de algún tipo de veneno en él. Esperé, no tenía prisa alguna.

Bebió un pequeño trago antes de mirarme con curiosidad.

—¿Cómo has conseguido entrar?

—La capacidad de escalar de los felinos tiende a infravalorarse —le contesté y me encogí de hombros.

—Entiendo —repuso, reflexionando sobre mis palabras.

—Lo que me hace pensar que en realidad sabemos muy poco los unos de los otros —añadí.

—No tenemos muchas cosas en común —advirtió el monarca.

—He tenido una idea al respecto —le informé—. Creo firmemente que es imperativo cerrar un acuerdo de paz, así que tal vez tengamos que valorar opciones que no se habían planteado con anterioridad.

—¿No se supone que deberías hablarlo con la persona que he designado para ello? —Creo que había cierto sarcasmo en sus palabras. Me observó mientras le daba otro sorbo al licor.

—Los intereses de su prometido distan bastante de los que nos retienen en vuestra Corte, Alteza —afirmé—. No desearía que el tratado pudiera perjudicarla.

—La aprecias —observó el Rey con expresión victoriosa, como si esa hubiera sido su intención desde el principio. Era inteligente, además de manipulador, muy en la línea de los Marcados.

—Para ser una Marcada —afirmé, incluso si esa no era más que la punta del iceberg de lo que sentía por ella—. Eso de que estuvieran a punto de matarnos, supongo que algo une.

—He oído decir que hiciste lo posible por protegerla en las grutas —añadió mientras me estudiaba.

—Aprecio a mi primo Zachary —le contesté y me encogí de

hombros, haciendo referencia a la advertencia que me habían hecho llegar por carta sobre la seguridad de Jade durante el viaje y la vida de mi primo. Ross Todellinen era un hombre con estilo.

Hizo un gesto afirmativo con el mentón.

—Te escucho —añadió sin apartar la mirada.

—Ambos deseamos consolidar un tratado de paz —empecé—. Nuestro único conflicto es en referencia a las tierras de la costa que actualmente están en manos de los Marcados y que antaño nos pertenecían.

—Sobre ese suelo se ha derramado nuestra sangre —afirmó el monarca—. No vamos a renunciar a ella.

—Ni nosotros —admití y el Rey alzó una ceja, decidido a no claudicar al respecto—. Por ese motivo, creo que ambos deberíamos renunciar.

—¿Se supone que eso tiene algún sentido?

—Sería un territorio fronterizo en el que Marcados y Doppels pudieran relacionarse con libertad —empecé a exponerle mi última gran genialidad—. Podríamos potenciar el comercio entre nuestros pueblos, mejorar el entendimiento entre nosotros y acercarnos en vez de distanciarnos como llevamos haciendo durante los últimos milenios.

—¿Juntos? —preguntó sorprendido.

—Juntos —afirmé mirando al monarca. Dio un largo trago a su licor y yo hice lo mismo.

—¿Bajo qué leyes se regiría ese territorio?

—Los Marcados bajo las vuestras y los Doppels bajo las nuestras —repuse.

—Es un tanto absurdo —murmuró, tocándose el mentón.

—Pero podría ser la solución —afirmé.

—¿Lo aceptará tu padre? —me preguntó.

—Lo hará —le aseguré—. Tengo su autoridad para firmar en su nombre.

Saqué de dentro de mi camisa un pergamino con el sello de mi

padre y se lo tendí. El Marcado lo tomó y lo abrió. Leyó el contenido despacio, palabra a palabra, tomándose su tiempo.

—Tu padre confía en ti —advirtió.

—Sabe que siempre priorizaría el bien de nuestro pueblo —le confesé.

—¿Y si ese bien distara del que él considera? —me preguntó el Rey y supe que pensaba en su propio hijo.

—A veces nos obsesionamos tanto con algo que olvidamos por qué lo estamos haciendo —repuse—. En esas ocasiones, necesitamos que alguien nos lo recuerde.

El Rey alzó la copa en mi dirección, haciendo un pequeño gesto afirmativo con la cabeza antes de darle un último trago a la bebida.

Era una pequeña victoria, pero sabía agridulce.



XXI
Centella

El mar. Siempre había admirado aquella extensión que parecía infinita sin serlo.

Tenía esa extraña capacidad de traerme los recuerdos más felices de mi vida y, sí, también los más tristes. Hacía mucho de aquello y, sin embargo, de tanto en tanto volvían con la misma fuerza e intensidad que antaño. La pérdida. La soledad. El silencio roto solo por el oleaje que golpeaba las rocas de los acantilados.

Con el paso del tiempo había asimilado que no importaba cuánto tiempo pasara, porque ese vacío seguiría allí. No podía decir que fuera infeliz, incluso si el recuerdo de su ausencia seguía pesando. Había aprendido a seguir adelante, pero me había costado tiempo, sudor y muchas lágrimas, saladas como las del agua del mar que yacía a mis pies.

Ese mar que me había dado tanto como también quitado.

Ya no le guardaba rencor, es lo que tiene el paso de las décadas, los siglos y saber que mi vida era infinita. Le habría visto morir de una u otra forma dada su naturaleza. No podía luchar contra eso. La vida. La muerte.

Sentí una corriente en el aire frío antes de sondear en él algo

concreto. Llevaba toda la noche haciéndolo. Intenté alejar la melancolía cuando sentí aquella vibración característica, masculina y fuerte. Sería capaz de reconocerla en cualquier lugar. Él me había ayudado a volver a sonreír. A volver a sentirme en sintonía conmigo misma. A aceptar lo que era y agradecer los dones que me habían concedido.

Para muchos éramos demonios.

Yo había decidido creer que en realidad éramos especiales.

—*Hemos de hablar* .

No me contestó, pero Alpha nunca había sido de desperdiciar palabras ni acciones. Eso me gustaba de él, su practicismo.

Tardó unos minutos en aparecerse a mí lado, así que supuse que estaría liado con sus problemas. Su otra vida. Esa que todos teníamos y de la que no hablábamos porque a veces era más una carga que una vía de escape; ya deberíamos de ser ancianos y seguíamos mostrando el mismo rostro pese al paso de los años, lo cual nos obligaba a viajar a diferentes ciudades para volver a empezar de cero, pero siempre con el miedo de que alguien nos reconociera y nos delatara.

Siempre escondiéndonos de lo que éramos. De quienes éramos.

O de quienes habíamos sido.

Había sido diferente cuando Evoin vivía. Él hacía que me sintiera viva y que deseara ser normal y no esa aberración de la que nos advertían de niños. Me hacía desear ser como él. Una Marcada sin más.

Tras su muerte encontraba mayor alivio siendo Centella que Celia. Celia Gerial, nacida en Ashialla y cuyo linaje se extinguió tras su primer cambio de fase. Mi primer cambio de fase. Todo aquello me parecía ya tan lejano que a veces dudaba de haberlo vivido en primera persona.

Las sombras empezaron a crear un remolino oscuro y sentí su vibración intensificarse a mi lado mientras su silueta tomaba forma. Su piel brilló ligeramente bajo la luz de la luna, haciendo que miles de tonos de negros y grises tiñeran las rocas durante unos

segundos. Algo que los ojos de un Marcado no podrían apreciar y cuya belleza era indescriptible. Hay quien teme a la oscuridad y hay quien no puede evitar deleitarse con su magnificencia. Con el paso del tiempo, había pasado a formar parte de ese segundo grupo.

—Una noche estrellada.

—Son las peores, me hacen sentir nostálgica —le confesé, regalándole una pequeña sonrisa, aunque mis emociones le llegaron y él hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Me entendía.

Movió una mano y una brisa suave me revolvió el cabello; me hizo sonreír mientras sus runas brillaban con un tono sutil entre blanco y celeste para apagarse después, sin dejar rastro de su existencia sobre su piel negra. Era lo único que le daba color a nuestra visión monocromática: la tonalidad brillante e intensa de nuestra propia magia.

Alpha se sentó sobre una roca a un par de metros de mí. Colocó los codos sobre las rodillas y apoyó el mentón sobre las manos mientras observaba el infinito.

—*¿Hay algo que te preocupa* ?

—Creo que tendré que dejar la Marca dentro de poco —le conté. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Has pensado a dónde irás?

—*No* —le susurré mentalmente.

—*¿Qué es lo que no me dices* ?

—No sé si eres demasiado viejo o demasiado listo —le respondí, sonriéndole—. Me preocupa Hope.

—¿Hope? —Aquello le sorprendió. Se frotó el mentón, como si buscara entre sus recuerdos los momentos que había coincidido con ella para entender el motivo de mi preocupación—. Necesita tiempo para aceptarlo, pero lo hará, como todos.

—Sospecho que lleva demasiado tiempo cargando con todo esto sola y no es capaz de confiar en nadie —empecé—. Posiblemente ni siquiera en sí misma.

—Es joven —remarcó Alpha.

—Pero creo que no he conocido a ninguna Marcada con la

determinación que ella muestra —le advertí—. Tiene un sentido del honor que la bloquea y hasta cierto punto la limita.

—Lo hará mientras rechace parte de lo que es, porque no se acepta en su totalidad.

—No se puede ser una Marcada y una Susurrante al mismo tiempo.

—Y, sin embargo, eso es justo lo que eres —me recordó Alpha con una sonrisa y una mirada sabia; hice un mohín.

—Hubo una época en que pretendía ser una Marcada —le confesé—. Ahora me siento más en sintonía conmigo misma cuando soy una Susurrante.

—*Eso no tiene por qué ser algo malo* .

—*Lo sé* .

—*Y no estás sola* .

—*Soy consciente de ello* .

—*Hay más ahí fuera* — añadió—. *El problema es hasta dónde estamos dispuestos a ir* .

Esa era una gran pregunta.

Nos habíamos conocido en Deisha cuando yo ya había cumplido mi tercer centenario. Me escondí allí tras perder a Evoin, negándome a ver el mar, la costa y todos los recuerdos que aquello me traía. Viví a los pies de las montañas durante un par de décadas, sumida en mi propia agonía, antes de que Alpha decidiera contactarme.

Admito que le había sentido alguna vez, pero no había tenido la osadía ni el valor de Hope de lanzarme en su búsqueda. Incluso si sospechaba qué se escondía detrás de aquella vibración que parecía destacar sobre la de las otras criaturas.

Esa era una de las cosas que admiraba de Hope. Su voluntad y su determinación para entender todo lo que la rodeaba sin temer lo que podía descubrir en el proceso incluso si despreciaba lo que era, lo que éramos, porque eso era lo que le habían enseñado de niña. Poseía una extraña combinación de cualidades: la intensidad con la que era capaz de sentir como Susurrante y la rigidez de su autocontrol, impuesto por su conciencia de Marcada. Solo ella podía

decidir con qué versión de sí misma quería quedarse, aunque a veces, para tomar decisiones de ese tipo, el peso del entorno es el que acaba decantando la balanza.

Evoin lo hizo.

Y luego Alpha, porque él me dio una familia por la que estaría dispuesta a luchar.

Sí, fue él quien finalmente vino a mi encuentro una noche de tormenta en la que andaba perdida cerca de las minas. No quiero imaginarme qué debió de pensar al verme empapada, herida y un tanto desesperada. No pretendí enfrentarle, ni mucho menos, pero creo que él supo que esperaba que me arrebatara la vida y calmara así todo el sufrimiento que había acumulado con el paso de los años.

En vez de eso, me tendió una mano. Saber que no estaba sola, que había otros como yo pese a la terrible forma en la que se nos cazaba, fue extraño. No tengo claro qué edad tendría Alpha por aquel entonces, pero ya controlaba su magia elemental y se convirtió en mi maestro. Estuve un par de siglos allí y, aunque hubiera deseado establecerme en aquellas montañas que me habían dado una segunda oportunidad, decidí venir a la Marca antes de que mi aspecto eternamente joven levantase sospechas.

Alpha se quedó allí, pero me prometió visitarme y así lo había hecho de manera ocasional durante los últimos dos siglos, aunque agradecía que su estancia en la Marca fuera más larga esta vez que las de los últimos años. Entendía que él también tenía una vida. Sus secretos. Sus verdades y sus mentiras. Éramos un todo, con nuestros extraños contrastes.

Nos quedamos un rato compartiendo un silencio que nos traía cientos de ruidos al mismo tiempo. Nuestro potencial era mucho más grande que el de cualquiera de las razas que habitaban en nuestro mundo. Quizá por eso nos tenían miedo y nos daban caza. Por el poder que ostentábamos más que por la maldad que decían que poseíamos y que, desde luego, se basaba en mentiras absurdas.

—Hope me recuerda un poco a mí —le dije a Alpha—. Jamás lo

dirá en voz alta, pero se siente terriblemente sola y me da miedo que lo que ha pasado con Aidan la confunda más aún.

—¿A qué te refieres?

—Se acostaron.

—¿Y eso debería preocuparnos? —me preguntó con el ceño fruncido y me llegó parte de su confusión. Me eché a reír. ¡Hombres!

—*Ella no había intimado con ningún varón porque tenía miedo de cambiar de fase* ...

—*Algo que resultaría sumamente incómodo para ambas partes* .

Apreté los labios mientras los ojos de Alpha brillaban divertidos.

—Creo que ella siente algo por Aidan —afirmé—. Para una persona que no está acostumbrada a amar y que se rige por deberes y obligaciones, eso puede hacer que se vea envuelta en una encrucijada que llegue a asfixiarla.

—*Tomar decisiones siempre es difícil.*

—La han adiestrado para acatar decisiones, no para elegir según sus propios intereses y mucho menos para dejarse llevar por sus emociones.

—*¿Y eso lo critica una Marcada* ?

Puse los ojos en blanco al sentir la evidente diversión de Alpha. A veces era un poco capullo, para qué negarlo, pero se lo perdonaba porque el hecho de que se lo tomara todo un poco a la ligera ayudaba a que yo no me lo tomara todo tan a pecho.

—Creo que puede convertirse en una bomba de relojería —le advertí y, esta vez, Alpha hizo un gesto afirmativo al sentir mi preocupación.

—Aidan también es joven y arrastra sus propios lastres —musitó tras tomarse un tiempo para analizar la situación—. Creo que es mejor que esos dos canalicen sus miedos o frustraciones copulando juntos en vez de sembrar el caos en la Marca.

Empecé a reír, incluso si la conversación era más o menos seria.

—¿Copulando? —repetí, entre risas.

—No se me ocurre una forma mejor de definir lo que debieron

estar haciendo esos dos como Susurrantes —se defendió con una amplia sonrisa.

—¿Tú nunca te has acostado con una Susurrante? —le pregunté divertida, sabiendo que había conocido a otras a lo largo de su vida. Frunció el ceño y sentí su confusión.

—No —negó—. ¿Acaso tú sí?

Solo le faltó preguntar por Don, porque él y yo llevábamos ya más de un siglo viviendo en la Marca y solíamos pasar mucho tiempo juntos. Pero no, desde luego no *copulábamos* .

—¡No! —conseguí responder entre carcajadas.

—Nunca se me habría ocurrido acostarme con una Susurrante, es raro —admitió Alpha y percibí que se sentía un poco incómodo con la dirección que había tomado la conversación—. No es que no seáis atractivas, pero prefiero un trozo de carne blando, sin escamas, en el que hundirme.

—No hacía falta que fueras tan gráfico —le contesté muerta de la risa; agradecía no poder sonrojarme, aunque era perfectamente consciente de que Alpha notaba ese punto de turbación que sentía en esos momentos.

—Si ellos están bien con eso, es cosa suya —determinó al final, aunque percibí un rastro de tristeza antes de que lo ocultara con habilidad.

—Hope me dijo que no iría a más. Habían hecho como un trato o algo así. Solo una vez —le conté, intentando leer en él. ¿Quizá sentía algo por ella? Era poco probable.

—¿Y eso te preocupa ?

—Creo que a ella no le hubiera importado convertirlo en algo parecido a una relación, pero él le dejó claro que eso no iba a ser posible .

—Al menos fue sincero .

—No te lo niego, no hace falta que le defiendas —me burlé, porque Alpha siempre había sido un poco protector con Aidan. Volví a percibir su emoción, esta vez con tintes amargos además de tristes. Creo que él no quería que yo lo sintiera, así que hice como si

no hubiera sido capaz de llegar hasta aquello que pretendía cerrar en su interior. Tenía derecho a vivir su propio duelo. En eso podía entenderle mejor que nadie—. He pensado que cuando me vaya, igual le ofrezco venir conmigo.

—*¿No es un poco precipitado?*

Estaba sorprendido, pero en el buen sentido. Creo que esa posibilidad le gustaba. Saber que yo cuidaría de ella.

—¿Mostrarle mi rostro marcado? —le cuestioné—. No tengo nada que perder. Nadie a quien proteger.

—*Lo sé* .

—¿Tú nunca lo has hecho? —le pregunté con curiosidad—. Confiar en alguien hasta ese punto.

—Con mi familia —admitió—. Ellos siempre lo supieron.

—¿Y cómo reaccionaron?

—Siguen vivos —afirmó con alegría.

—Eres afortunado —le dije.

—Lo sé —murmuró y su mano empezó a brillar. A nuestro alrededor el aire empezó a moverse como si se tratara de un pequeño torbellino, haciendo que mi pelo volara en todas direcciones—. Me alegro de que formes parte de esta familia unida por las sombras. Creo que Hope va a ser muy afortunada porque va a tenerte a ti a su lado, pase lo que pase. Y Don estará aquí, para vosotras, porque es uno más de la familia.

—Pase lo que pase —afirmé, sabiendo que Alpha me apoyaría en aquello.

—*No creo que Aidan sea un problema para Hope de aquí en adelante* .

—*No he dicho que sea un problema.*

—*Lo que sea* .

—Creo que Hope necesita personas en las que confiar.

—Demuéstrale que puede confiar en ti.

—Cuando lo haga, le ofreceré empezar una vida nueva en la que no tenga que seguir las normas pautadas por su familia ni casarse para honrar a sus ancestros.

—Me parece un plan brillante.

—*Soy brillante* .

—*Más bien electrizante* —se burló Alpha.

Entrecerré los ojos y dejé que mi magia surgiera. Cuando conseguí crear una chispa la lancé en su dirección, pero él se desvaneció antes de que pudiera alcanzarle. Cuando volvió a aparecerse, se estaba riendo a carcajadas. Sonreí, porque ese era el Alpha que recordaba de nuestros primeros días. Sabía que había algo dentro de él que sangraba, pero no tenía intención de compartirlo y respeté su voluntad.

Sus ojos me contemplaron con expresión desafiante.

—*Quisquillosa* .

—*Prepotente* .

—*¿Jugamos* ?

No le contesté. Dejé que mis garras salieran y me desaparecí para intentar atacarle por sorpresa, incluso si no lo conseguí. Nos pasamos un buen rato compartiendo golpes y esquivándolos, hasta que Alpha se despidió de mí alegando que quería dormir unas horas.

Dormir estaba totalmente sobrevalorado.

La conversación me había sentado bien. Decidir qué haría con mi vida los próximos siglos. Tener un objetivo. Tenderle la mano a alguien siendo plenamente consciente de que necesitaba tu ayuda.

Miré el mar por última vez antes de convertirme en un montón de sombras para aparecerme, a los pocos segundos, en mi habitación.

Había dejado una vela prendida en el tocador, no tanto porque mis ojos de Susurrante necesitaran la luz para ver, sino porque me gustaba la calidez que desprendía y me ayudaba a saber cuántas horas habían pasado desde que me había marchado.

Cada vez que la encendía, antes de adentrarme en la oscuridad de las sombras y de la noche, les pedía a los Antiguos que guardaran mi secreto. Ellos eran luz; yo, oscuridad y, sin embargo, creo que nos complementábamos en vez de ser enemigos por naturaleza.

Me senté en el tocador y observé la imagen que me devolvía el

espejo.

Pensé en la conversación que había tenido con Alpha y me di cuenta de que Evoin nunca me había hecho el amor siendo una Susurrante. Eso nunca me había molestado porque siempre había considerado natural que despreciara esa parte de mí, aunque me amara tanto como para aceptarme tal y como era. En aquella época luchaba por contenerlo, por intentar ser solo una Marcada. Incluso si no lo era.

Nunca hubiera podido adentrarme en mi propia oscuridad con Evoin a mi lado.

Me sorprendió que aquella realidad siempre había estado frente a mí, pero ahora parecía cobrar importancia, quizá porque cada vez me sentía mejor siendo lo que no debería ser. El monstruo.

Cualquier decisión siempre tiene daños colaterales y a veces estos pueden ser totalmente inesperados.

No cerré los ojos mientras buscaba dentro de mí esa otra mitad que cada vez me pesaba más y me hacía sentir que no me representaba. Poco a poco, mi piel tomó un color sonrosado y mis labios se volvieron de un tono entre salmón y carmesí. Mis ojos negros y algo rasgados, a juego con una melena del mismo color que me llegaba hasta los hombros desde hacía un par de décadas. Era un rostro bonito que aparentaba poco más de veinte o treinta años. Joven. Demasiado joven.

En una esquina del espejo había un viejo retrato de Evoin. Mirarlo era lo primero que hacía cada mañana, pero también lo último, antes de acostarme cada noche.

Es difícil dejar atrás el pasado y quizá por eso me sentía tan protectora con Hope. Sospechaba que su vida no era fácil, ni nunca lo sería si seguía fingiendo ser algo que no era. Con todo, sabía que no me resultaría sencillo convencerla para que lo dejara todo atrás y se viniera a vivir aventuras conmigo y el resto de nuestra familia de Susurrantes.

Alpha tenía razón. Había más. Otros como Hope, solos, perdidos,

esperando que alguien les tendiera la mano como él hizo tiempo atrás conmigo.

Observé la marca de mi rostro con cierta fascinación.

Ellos lo habían sabido. Los Antiguos.

No en vano, me habían marcado con la runa del rayo.

¿Una predicción sobre mi futuro o su beneplácito para convertirme en lo que realmente era?

Cerré los ojos y apagué la llama de la vela de un soplido. Cuando volví a abrirlos, la habitación estaba a oscuras y mis ojos de Marcada no eran capaces de sentir los contrastes que había entre aquella infinidad de sombras.



XXII
Jade

Cuando le vi marchar, no supe definir qué sentía exactamente. La necesidad de que mi sangre Impura tomara el control y acabar así con toda aquella farsa. Nunca había sido digna de ostentar una corona sobre la cabeza, pero ahora, más que nunca, era consciente de que todo aquello no era sino una mentira.

Glenn jamás me amaría. Había estado con otra mujer mientras yo me jugaba la vida en la Grieta... y besaba a Raiden. Como si él me importara. Como si él fuera alguien importante. No lo era. Era un Doppel. Solo eso. Alguien que estaba muy por debajo de mí y por quien jamás debería sentir esa absurda necesidad, puramente física.

Quizá yo tampoco sería capaz de amar a Glenn. No tengo claro si esa afirmación se basaba en el resentimiento o porque dudaba de que mi prometido fuera capaz de hacer que el deseo me quemara teniendo en cuenta su frialdad característica. No, no deseaba sentir sus colmillos en mi piel, sus manos en mi cuerpo o sus labios sobre los míos mientras se unía a mí.

Lo que más me preocupaba es que no debería sentir la urgencia apremiante de que sí lo hiciera Raiden. Quería pensar que todo aquello no era más que una absurda atracción física y que nada

tenía que ver con sus palabras, sus estúpidas teorías y sus promesas de amor eterno. Intenté alejar el recuerdo y esconder las emociones que intentaban tomar el control porque no me podía permitir ser débil en esos momentos. Él y yo.

Por ese motivo, desestimé el pensamiento. Era algo que jamás sucedería.

Me arreglé el vestido, como si al hacerlo pudiera borrar el rastro de las manos de Raiden recorriendo mi cuerpo. Gruñí, molesta conmigo misma, mientras empezaba a caminar en dirección al ala de los Todellinen, dispuesta a encerrarme en mis dependencias.

Perfect estaba al final de uno de los pasillos, frente a una sala amplia con dos guardias que custodiaban una puerta. Se acercó a mí.

—Tienes mala cara —puntualizó estudiándome con la mirada.

—Ha sido un mal día —le contesté.

—Igual te iría bien dar un paseo —observó. La miré con desconfianza—. Si quieres puedo acompañarte.

¿Intentaría apuñalarme en el proceso? Tratándose de Perfect, cualquier cosa era esperable. Podía con eso, con un intento de asesinato. Estaba más capacitada para lidiar con ese tipo de cosas que con las emociones que parecía ser capaz de despertar en mí el Doppel o la decepción que sentía respecto a mi prometido. No solo en la Grieta había mierda para dar y regalar.

Deshice el camino andado y apreté la mandíbula cuando llegamos al lugar en el que Raiden me había abordado. Seguí a Perfect y nos dirigimos a la hermosa escalinata que daba al exterior del palacio. Desde nuestra posición elevada, más allá del bosque que rodeaba el palacio, se divisaban los tejados de la ciudad de la Marca y tras ella, como telón de fondo, el mar.

Sentí un estremecimiento. No podía verse, pero allí, en el horizonte, estaba la Grieta y todo lo que comenzaba a despertar en ella.

—Si puedes evitarlo, no pongas jamás un pie en la Grieta —le

aconsejé a Perfect, que se colocó a mi lado y dirigió la mirada hacia el mar.

—¿Tan malo ha sido?

—Peor —afirmé.

—Y lo dice una MacAlister.

—Pues imagínate...

—Supongo que tampoco te esperabas un recibimiento como este.

—¿Hay algo que quieras decirme? —le pregunté, observando a Perfect. Sus ojos se clavaron en los míos y mi sexto sentido me obligó a apartar la mirada en un movimiento brusco y colocarme frente a ella.

Me tensé. No había nadie y, sin embargo, no estábamos solas.

Susurrantes, fue lo primero que pensé.

¿Tal vez Centella o Aidan me habían estado buscando? ¿Habían descubierto mi identidad?

Solté un gruñido bajo mientras Perfect se tensaba detrás de mí y, entonces, en las escaleras, algo se movió. Estaba allí y, al mismo tiempo, no estaba.

—Sorprendente. —Su voz se escuchó antes de que pudiéramos verla. Era una voz femenina, pero no fui capaz de reconocerla.

Una mujer apareció a pocos metros de nosotras tras bajarse la capucha de una capa negra que le llegaba hasta los pies. La contemplé mientras la capa se removía a su alrededor y sentí una corriente gélida que provenía de ella. Energía. Magia.

Gruñí.

La capa que la cubría se había abierto a ambos lados de su cuerpo mostrando unas curvas generosas y proporcionadas; llevaba un corpiño de cuero negro repleto de hebillas metálicas y un par de cinturones cruzados sobre unos pantalones ajustados que delineaban sus piernas sin dejar nada a la imaginación.

—Lissina —susurró Perfect detrás de mí; su voz destilaba odio.

No necesitaba que dijera su nombre para saber quién era. O qué era.

Una Duisternis.

Una bruja del norte, de los adoradores de las sombras. Nigromantes e ilusionistas. La mujer que había estado yaciendo con Glenn por un bien mayor, si eso tenía sentido para alguien. No es que la odiara a ella en particular, pero era mejor mostrar rabia que miedo.

—No es habitual que un Marcado pueda sentirnos si usamos una capa de invisibilidad —remarcó mientras me observaba con diversión en los ojos.

—Tampoco es habitual encontrar a una bruja en el sur —le contesté.

Su cabello era de un negro brillante y parecía sedoso. Sus ojos estaban enmarcados por un delineado grueso acentuado por el tinte que había usado para oscurecer sus párpados.

Destilaba erotismo por cada poro de su piel y eso me irritó un poco, porque no podía competir con ella en cuanto a belleza o sensualidad. Pero eso no significaba que no fuera consciente de que no era solo una cara bonita y un cuerpo perfecto enfundado en ropa que incitaba a la lujuria.

—Es diferente con los Doppels. Su olfato puede percibirnos sin demasiada dificultad, pese a que no nos vean. Esas bestias son tan terrenales que tienen la capacidad de sentir a través de dos cuerpos al mismo tiempo y también dicen que son unos amantes sumamente apasionados —reflexionó sin dejar de mirarme.

No mostré emoción alguna. Mi rostro era una máscara de absoluta indiferencia y frialdad. Invisible. Capaz de moverse entre nosotros a su antojo. ¿Y si hacía referencia al arrebato que habíamos tenido? Raiden lo habría sabido, pero ¿le importaría a él lo más mínimo ser descubierto? ¿Que la bruja con la que su enemigo se había estado acostando se enterase de que había algo entre nosotros? Algo que no tenía nombre ni jamás lo tendría.

—Creo que ya no eres bienvenida aquí —sentenció Perfect y se colocó a mi lado, demostrándome su fortaleza y también su apoyo.

—Eso es lo que nos pasa siempre a las mujeres —murmuró la Duisternis mientras nos observaba a ambas—. Cuando los hombres

consiguen lo que quieren de nosotras, dejamos de tener valor alguno para ellos. Magia, un poco de diversión o un heredero..., solo somos una herramienta para lograr sus objetivos.

—Si has acabado —intervine—, puedes irte.

—Tenía ganas de conocer a la futura Princesa —afirmó haciendo una reverencia que parecía más una burla que otra cosa—. O tal vez debería dirigirme a ti como Consejera Diplomática. Quizá la próxima vez que venga a palacio seas tú la que me paseará por la ciudad...

—Lo dudo —repuse.

—¿Celosa? —se burló ladeando la cabeza—. No te envidio. Disfrutar de un solo varón durante el resto de tu vida. Al menos, puedo asegurarte de que es lo suficientemente experimentado como para arrancarte un par de orgasmos y, ya puestos, algún que otro conjuro.

—A veces se han de hacer sacrificios por un bien mayor —afirmé con el mentón elevado; intenté que sus palabras no se sintieran como los insultos que eran y me escudé en las palabras de Glenn. Incluso si ni siquiera creía en ellas.

—Entiendo —murmuró con un brillo divertido en los ojos—. Me siento generosa, ¿sabes?

—No te fíes de ella —murmuró Perfect.

—Voy a confesarte un pequeño secreto, Princesa —añadió bajando ligeramente la voz—. Fue Glenn quien me hizo llamar. Sentía esa necesidad de, ya sabes...

—Vete —le ordenó Perfect; tenía la mandíbula tensa.

—Espero que no sientas mucho afecto por los Doppels —concluyó la bruja con una mirada maliciosa —, porque no les depara nada bueno.

Hizo otra reverencia y desapareció cuando la capucha volvió a cubrir su cabeza. Invisible. Me tensé. Podría apuñalarnos en ese momento y ni siquiera seríamos capaces de defendernos. Sentí al demonio ansiando salir a la superficie, como si fuera consciente del peligro al que nos estábamos enfrentando. Magia.

—Vamos dentro —le ordené a Perfect que, por una vez, no

protestó ni me miró con expresión hosca. Entramos en palacio y fuimos directas hacia nuestras dependencias. Perfect me acompañó hasta la puerta de mi habitación.

—¿De verdad el Doppel arriesgó su vida para salvarte? —me preguntó en un susurro.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tessa —me dijo y añadió al instante—: Su padre.

Me encogí de hombros.

—Acabaréis llevándoos bien vosotras dos —me burlé.

—No me has contestado —remarcó la Todellinen estudiándome.

—Teníamos más posibilidades los dos juntos que por separado —le confesé—. El Diente de Amur me llevó a un punto elevado y desde allí pude usar el arco y cubrir a Raiden para que él huyera.

—Entiendo —murmuró, aunque sus ojos parecían estar sumidos en una profunda reflexión—. ¿Había muchas de esas criaturas?

—Demasiadas —le dije sin entrar en detalles, pero le sostuve la mirada.

—¿Crees que se acerca el fin del mundo? ¿Que la Grieta va a volver a abrirse?

—No lo sé —admití—. Prefiero pensar que no, porque si no, todos nosotros tenemos los días contados.

—Te mereces descansar.

—Gracias —le dije, consciente de que, por una vez, estaba totalmente de acuerdo con ella.

Antes de acostarme me dediqué a ojear uno de los libros de poesía que había en la estantería. No es que las palabras hubieran conseguido despertar en mí emoción alguna antes. Eran solo eso, palabras. Sin embargo, por una vez, parecía que las sentía al mismo tiempo que las leía. Palabras de duelo, de dolor, de sufrimiento. El tipo de poesía que atraía a los Marcados. No pude evitar pensar en cómo serían las poesías que escribían y leían los Doppels. Sabíamos tan poco sobre ellos, realmente.

Contra todo pronóstico, conseguí dormirme en apenas unos minutos. Sin pesadillas, sin que nadie intentase asesinarme y sin

sueños eróticos que me hicieran despertar anhelante. Era mucho más de lo que aspiraba cuando me acosté aquella noche teniendo en cuenta todo lo que había vivido los últimos días.

Me desperté por la intensidad de la luz que entraba a través de mi ventana. Observé que el sol ya estaba bastante alto. No recordaba la última vez que había dormido tantas horas seguidas. Las emociones vividas en la Grieta se habían cobrado al fin su recompensa.

Quizá podía resultar un tanto cobarde, pero decidí esconderme en mi habitación. No quería encontrarme otra vez con Raiden y, aunque me pesaba saber que no volvería a verle, tampoco podía permitir que volviera a tentarme. Él regresaría con los suyos, advertiría a su padre de lo que habíamos visto en la Grieta y tal vez, solo tal vez, algún día nuestros caminos se cruzarían de nuevo. Era lo que tenía que ser, pero dolía y me enojaba no ser capaz de controlar mis propias emociones.

El Doppel había sido una pésima influencia en mi vida, si bien su recuerdo sería un preciado tesoro que me acompañaría en mis días más oscuros. La intensidad de sus ojos verdes mientras me observaba con suma atención, como si quisiera capturar mi imagen y no perderse detalle alguno de todos y cada uno de mis gestos. El calor de su cuerpo y cómo todo parecía estar bien cuando nos hallábamos juntos, incluso si estaba mal. Condenadamente mal. Todo.

Hice que me subieran algo para comer y no fue hasta entrada la tarde que alguien llamó con fuerza a mi puerta. Lo raro fue que la abrieron antes de que autorizara a la persona en cuestión a entrar en mis dependencias. Me molestó, lo admito, incluso si era Perfect, aunque su rostro estaba... diferente. No diría descompuesto, pero sí que se la notaba preocupada. Nunca había visto de esta manera a la Todellinen así que quizá por eso decidí no presionarla ni increparla sobre sus modales o mi intimidad.

Cerró la puerta y se acercó al ventanal, frotándose las manos en

un gesto nervioso.

Perfect Todellinen nerviosa.

Definitivamente, se acercaba el fin del mundo.

—¿Me vas a contar lo que te pasa o pretendes que lo adivine? —interrogué algo inquieta.

Me lanzó una mirada asesina y empezó a caminar por la habitación.

Igual era peor de lo que me pensaba.

—Perfect —la llamé.

Me miró, apretó la mandíbula e hizo el intento de dirigirse a la puerta, pero llegué antes de que se escabullera sin mediar palabra, tal y como había hecho al entrar en mis dependencias.

Crucé los brazos sobre el pecho y la reté con la mirada. Me la sostuvo, pero no pronunció palabra alguna.

—¿Dónde se supone que vas?

—No debería haber venido —declaró.

—Pero aquí estás —remarqué.

Se pasó las manos por el pelo en un gesto nervioso y se alejó de nuevo en dirección a la ventana para mirar hacia el exterior, como si no fuera capaz de mirarme a la cara.

—Van a matarle —soltó como si aquello le quemara dentro—. Te va a pedir que le tiendas una trampa para que salga de palacio y entonces le matarán.

—¿A quién? —le pregunté y sus ojos se clavaron en los míos.

—A tu Doppel —me dijo. Ladeé la cabeza ligeramente. ¿Perfect había dicho *mi Doppel* ? ¿Se refería a Raiden? ¿Matarle? ¿De qué diablos estaba hablando?

—Nada de lo que dices tiene sentido —murmuré con indiferencia.

—Mis primos no quieren que se lleve a cabo el tratado de paz y mi tío parece especialmente receptivo. Hay quien dice que el bastardo partirá esta noche hacia el sur para presentar una propuesta a su padre —empezó a explicarme Perfect a trompicones —. Han decidido matarlo para que ese tratado de paz no vea la luz, que el Rey de los Doppels anule la tregua para vengar a su hijo y así

Glenn y Ash tengan la licitación de continuar con esta guerra pese a los deseos del Rey.

—¿Por qué me cuentas esto? —le pregunté mientras el pulso se me aceleraba, consciente de las oscuras maquinaciones que habían urdido los Todellinen a espaldas del Rey. Quizá debería preocuparme que no me sorprendiera que lo hubieran hecho. Glenn siempre había sido muy transparente en lo referente a expulsar a los Doppels de nuestro continente.

—Aún estáis a tiempo —murmuró—. Él... te mira como si realmente existieras. Arriesgó su vida para salvarte y sé que no te es indiferente.

—Te equivocas —negué.

—Olí su sangre en ti, bebiste de él —me retó a contradecirle y apreté la mandíbula; me sentía acorralada—. Para mí, todo sería más fácil si no empezara a tenerte aprecio. Sé que es una locura porque él es un Doppel. ¡Nuestro enemigo! Pero no puedo quedarme de brazos cruzados. Si te apuras, estás a tiempo de advertirle y huir con él.

Sopesé la posibilidad de que me estuviera tendiendo una trampa, pero era imposible fingir tal aflicción. Especialmente si esto venía de alguien que se jactaba de no sentir nada en absoluto.

—Nací para ser la Princesa de los Marcados. No puedo evitar mi destino —murmuré con cierta dificultad, impactada por el discurso de Perfect y todo lo que había sido capaz de percibir sin que yo fuera apenas consciente.

—Creo que él tenía razón. Te mereces más que un matrimonio concertado —me confesó, mirándome por primera vez durante aquella conversación.

—Eso no importa —negué, intentando que la tristeza no tiñera mis palabras—. No puedo darles la espalda a mis responsabilidades.

—No puedes hablar en serio...

—No tengo otra opción, Perfect —murmuré, incluso si había algo dentro de mí que ansiaba salir, huir—. ¿Qué crees que pasaría si

rechazara este enlace? ¿A qué consecuencias se enfrentaría mi familia?

—Van a matarle —insistió.

—Glenn no va a parar hasta expulsar a los Doppels del que considera que es nuestro territorio —afirmé, incluso si el peso de esa realidad ahora dolía.

Sabía que tarde o temprano Raiden moriría, bien fuera de anciano en unas pocas décadas o a raíz de una herida lo bastante certera en unos días, unas semanas o tal vez unos años. Y también sabía que yo le sobreviviría, no solo por ser una Marcada, sino por mi otra condición. Esa que nadie conocía. Ver morir a las personas que me importaban sería una de las peores cosas a las que tendría que enfrentarme a lo largo de mi inmortalidad. Apreté los puños, pero no dejé que esa emoción llegara a mi mirada.

—¿Y no vas a hacer nada?

—No —afirmé, mientras me esforzaba por contener al demonio que habitaba en mí.

Creo que pretendía hacer algo. Cambiar el mundo o, al menos, el sino de Raiden. Salvarle. Porque incluso si me negaba a decirlo en voz alta, el Doppel me importaba. No era mío. Nunca lo había sido y nunca lo sería. Si dejaba que las emociones tomaran el control, no podría contener mi realidad y, pese a sus promesas, yo era una Impura y eso lo cambiaría todo. No podía luchar por algo que no era real, incluso si él lo sentía como tal y yo... a veces no sabía qué pensar al respecto.

—¿Sabes?, igual sí que te mereces esto —murmuró Perfect; abrió los brazos, pero no creo que se refiriera a la gran habitación repleta de lujos que nos rodeaba—. Quizá estaba equivocada contigo y, en el fondo, no vales más que el resto de nosotros.

—Perfect —susurré; vi que su mirada se teñía de rabia y sus palabras, de desprecio.

—No, da igual —gruñó, enojada—. Pensaba que tú eras la prueba de que existía algo por lo que valía la pena luchar. Sentir. Ya veo que me equivocaba. Si me disculpas, Princesa.

Me esquivó y dio un portazo al salir. ¿Qué diablos le había picado? Gruñí a la puerta con los colmillos expuestos. No pude contenerlo por más tiempo. Me convertí en Susurrante a plena luz del día. Hacía años que no perdía el control de aquella manera.

Tal vez debería intentar avisar a Raiden, suplicarle que huyera para que escapase de una trampa que podría arrebatarle la vida, pero hacer eso no solo me comprometería a mí. También podía acabar salpicando a Perfect por habérmelo contado.

Cerré las cortinas de todas las ventanas para que nadie viera mi silueta de cuero y escamas negras. Al demonio que habitaba en mí. Acorralada. Sin salida. Empecé a darle vueltas, buscando una alternativa.

Podía negarme a participar, pero intuía que ese hecho no iba a cambiar lo que llevaban tiempo planeando. No, no dudaba que aquello era el final de una historia que llevaba madurando días, semanas o tal vez meses. Gruñí al recordar a la mujer, Lissina, y la advertencia que me había hecho. Sospeché que su presencia en la Corte tal vez tenía algo que ver con el plan de Glenn. No, esta vez no es que quisiera pensar algo así para excusarle por sus acciones, porque lo cierto era que en esos momentos lo único que sentía por mi prometido era un fuerte desprecio.

No, no me planteé huir con Raiden. Ni siquiera confiaba plenamente en que sus palabras fueran sinceras. A esas alturas, era innegable que ardía entre nosotros la pasión. Que Perfect lo supiera era un tanto inquietante. Que lo apoyara, totalmente desconcertante.

Con todo, no podía permitirme cometer el desliz de creer que él y yo estábamos predestinados; que mi marca no hacía referencia a Glenn, sino a un Príncipe bastardo que ni siquiera era de mi raza. Sentía algo, sí, pero era consciente de que fuera lo que fuera, no tendría el poder de obrar un milagro. Al fin y al cabo, yo era un fraude. Siempre lo había sido. Raiden no osaría decirme que me amaba si viera lo que latía dentro de mí, la oscuridad que pugnaba por salir y tomar el control de aquel caos. Ningún varón sería capaz

de amarme por quien era realmente en lugar de solo por lo que aparentaba ser. Pensé en Aidan. Él era el único que tal vez habría tenido la capacidad de hacerlo, pero mi igual pertenecía a otra mujer.

Sentí un dolor sordo en el pecho, aunque lo enterré tan profundo que dejé de sentir. Desesperada, busqué una salida, aun sabiendo que no la encontraría.

Pensé en el Rey, en confiarle todo lo que había descubierto Perfect. Quizá él intercedería de alguna forma. ¿Cómo reaccionaría el monarca si supiera que Glenn estaba tramando semejante conspiración a sus espaldas? Sentí un escalofrío. No podíamos permitirnos una guerra entre los que apoyaban al viejo monarca y los que respaldarían a mi prometido. Nuestro enfrentamiento con los Doppels ya había causado suficientes estragos en nuestras familias como para arriesgarnos a que más sangre bañara nuestra tierra.

¿Cuántos Marcados deberían morir para salvar la vida de un solo Doppel?



XXIII
Jade

Cuando alguien golpeó a la puerta un par de horas después, antes de que comenzara la puesta de sol, contuve al demonio a duras penas. No me sorprendió ver a Ash. Ni que reclamara mi presencia en nombre del Príncipe, mi prometido. Ni que me mirara con ese desprecio evidente habitual en él. Por una vez, no sentí nada. Porque si me lo permitía, sabía que no sería capaz de controlarlo. Lo que escondía. El demonio. Lo que pondría en el punto de mira a toda mi familia. Sus vidas dependían de mí. Y de que hiciera lo correcto. Que honrara a mi familia. Y sacrificara a un Doppel por el que no debería albergar sentimiento alguno.

Bloqueé todas y cada una de las emociones. Anulé los recuerdos. El tacto de su pelaje, el color de sus ojos o la calidez de sus labios. El gusto de su sangre. Reuní todo lo que él era y lo que me había hecho sentir desde que le había conocido y lo escondí en algún recoveco en mi interior, lejos de la superficie.

Con el tiempo, los meses o tal vez los años, quizá fuera capaz de desenterrar aquellas emociones, dejar que el dolor saliera para vivir el duelo. La pérdida. Pero no ahora. No hoy. No cuando había tantas vidas que dependían de que no me dejara llevar por emociones

absurdas que no tenían coherencia ni fundamento. Raiden era una ilusión. Un sueño. Un vestigio de esperanza que nada tenía que ver con mi realidad.

Esa realidad que estaba frente a mí vestida con un traje negro elegante a juego con su cabello ligeramente revuelto y que me miraba con unos ojos de un azul celeste que me parecieron más fríos de lo que recordaba. No diré que le odiara, porque en esos momentos no me estaba permitiendo experimentar ninguna emoción. Él era mi futuro. Mi destino. Incluso si el demonio quería mostrarse en todo su esplendor y demostrarle quién éramos realmente.

—Mi Princesa —susurró acercándose a mí.

Me cogió de la cintura y me acompañó hasta una terraza.

Al menos, agradecí que Ash se quedara allí en la puerta, vigilante, pero dándonos al mismo tiempo cierta intimidad. Era una forma de tener la certeza de que Glenn no intentaría algún juego de seducción conmigo, porque yo no estaba mentalmente preparada para algo así y cabía la posibilidad de que perdiera el control.

En esos momentos solo deseaba que la oscuridad me engullera. Huir. Con los míos. Con los que eran como yo. Ellos no me preguntarían, estaba segura. Sería tan fácil...

—Quiero que sepas que siento un profundo interés por ti, Jade —murmuró mientras se colocaba a mi espalda y me rodeaba con sus brazos. Yo me limité a observar el bosque. La inmensidad que nos rodeaba. Faltaban solo unas horas para que el sol se pusiera—. Lamento que lo sucedido en los últimos días haya podido distanciarnos, pero tendremos toda la vida para reconstruir nuestra relación y fortalecerla.

—Tu bruja se enfrentó a mí —le solté, sin mirarle. Se tensó.

—¿Te atacó? —Había una preocupación sincera en sus palabras, lo que no podría asegurar era por quién de nosotras.

—No —negué—. Pero me dijo que fuiste tú quien la hizo llamar.

—Es una aliada poderosa, pero he decidido prescindir de ella por ti —remarcó Glenn mientras inspiraba el olor de mi pelo y me

acariciaba con suavidad los brazos—. Solo necesito que hagas una cosa para que todo se desarrolle como tengo planeado.

—Algo que tiene que ver con los Doppels.

—Cierto —admitió.

Sospeché que no le había gustado que fuera capaz de llegar por mí misma a esa conclusión y pensé en Perfect, así que decidí borrar cualquier rastro de duda que Glenn pudiera tener sobre sus lealtades.

—Me lo dijo Lissina —le conté—. No deberías confiar en alguien como ella.

—Nunca lo he hecho —me aseguró—. Pero estoy dispuesto a confiar en ti.

En otro momento quizá hubiera considerado ese discurso motivador.

Pero en ese instante mi única motivación era contener a la Susurrante que ansiaba salir y desvelar qué éramos en realidad. No tengo claro si pretendía demostrarle algo a él, a mí o si simplemente ansiaba ver el miedo en sus ojos, junto a la rabia y el odio que sentiría al descubrir lo que le había estado ocultando.

Había enemigos mucho peores que los Doppels. Cientos de Esbirros al otro lado del mar, pero Glenn solo podía pensar en ellos. En las bestias. En un territorio que no era nuestro pero que él parecía obsesionado por poseer.

—Dime qué he de hacer —le dije.

Las palabras sonaron con una frialdad que me sorprendió hasta a mí misma. Estaban muertas, carentes de emoción alguna. No sería capaz de hacerlo de otra forma.

Tiempo atrás, cuando descubrí lo que era, sentí que todo en lo que creía, lo que conocía, eran meras mentiras. Palabras inertes, vacías y sin sentido. Daba igual lo que significaran porque no eran reales. Yo no era real. Ni mi vida.

Lloré por la muerte de mi querida institutriz. Lloré por el peligro que se ceñía sobre nosotros. Y lloré por mí misma. Por lo que jamás

sería. Viví y sufrí mi propio luto para renacer de mi propio dolor y agonía. Después de aquello, jamás había vuelto a llorar.

Cuando has sentido tu vida resquebrajarse hasta ese punto, cuando el peso de la existencia de las personas a las que amas recae sobre tu cabeza, aprendes que la única forma de ser capaz de llevar tal carga es no sentirla. Y dejas de sentir.

Habían pasado varios años y había cometido el error de relajarme. Me había permitido el lujo de volver a emocionarme. Había dejado salir esa criatura que habitaba dentro de mí, que era y no era yo al mismo tiempo. No, no me arrepentía de haberlo hecho. De haber conocido a Centella y a Aidan. De descubrir que, incluso en lo más profundo de mi oscuridad, quedaba una chispa de esperanza. Hope.

Sospechaba que ese resquicio de fe en mí y en la humanidad estaba a punto de desaparecer mientras me explicaban el plan que habían trazado para darle caza al Doppel. El que se suponía que era mi enemigo y que, en cambio, se sentía mucho más próximo. El que había estado dispuesto a dar su vida para protegerme, a entregarme su corazón incluso si yo jamás había estado dispuesta a corresponderle y a luchar por algo en lo que nunca había creído.

Y, pese a todo, estaba a punto de traicionarlo. De entregárselo a los que se suponían que eran los míos para que lo mataran como si tan solo fuera una bestia.

No podía permitirme sentir. No podía. Porque si lo hacía...

Los siguientes minutos fueron confusos. Como si estuviera y no estuviera en mi propio cuerpo al mismo tiempo. Recuerdo escribir una carta y ver que un guardia, al que Ash había llamado, desaparecía con la misiva.

¿Qué había puesto exactamente? Apenas lo recordaba. Palabras, mentiras teñidas de tinta que desgarraban el pergamino sin que yo sintiera nada. Como si esa mano que las garabateaba no fuera mía, como si alguien hubiera tomado el control de mi cuerpo y yo fuera

una mera espectadora. Un cascarón vacío. Sin vida. Sin ilusión. Sin esperanza.

Odié mi nombre. El que había elegido cuando había tenido la oportunidad de hacerlo. El que decía mucho más de mí que el que eligieron mis padres. Hope. Ya no quedaba esperanza alguna. No había sido el demonio quien acabara comprometiendo mi mundo, sino la determinación de hacer lo que se esperaba de mí, aunque eso significara perderme a mí misma en el proceso. Entregar a Raiden para que Ash pudiera servirle a Glenn su cabeza sobre una bandeja de plata.

No podía traicionar a los míos y poner en peligro la vida de mi familia, de los que me precedían y de los que seguirían mis pasos. No podía desvelar mi secreto ni renunciar a mi destino por un capricho egoísta, por esa emoción fugaz pero abrasadora que despertaba en mí el Doppel.

Era una Marcada y debía actuar como tal, pero para hacerlo tenía que anular lo que había dentro de mí. Absolutamente todo, o perdería el control. Cambiaría de fase, todo se desvelaría y, al hacerlo, Raiden no sería el único que moriría. La pequeña Eluney...

Bloqueé los recuerdos. Las emociones. Necesitaba cerrarme para no cometer el mayor error de mi vida.

Seguí a Ash y a un pequeño grupo de guardias por el bosque. Esos árboles que nos rodeaban y nos daban cierta intimidad respecto a la ciudad que dormía a nuestros pies. Un lugar perfecto para cometer un asesinato bajo la luz de la luna, teniendo como único testigo a las estrellas.

Me quedé en el lugar que me dijeron. Ni siquiera había pensado en cambiarme el vestido de finos tirantes, cuya falda llena de volantes era simplemente grotesca, por un atuendo más apropiado. No, ese vestido no había sido confeccionado para pasear por el bosque en plena noche ni para ser salpicado con la sangre que ya manchaba mis manos de alguna forma. La sangre que yo había catado, presa del deseo que latía dentro de mí, un capricho que no podía permitirme pero que se había colado en mis sueños y, sí,

también en mi realidad. Esa emoción que me había esforzado en contener, aunque sin ser del todo capaz de hacerlo cuando él me tocaba.

El viento me golpeó la cara y se me erizó el vello por el frío, aunque apenas lo noté. Era como si fuera una mera observadora y, a pesar de hallarme presente, no sentía mi cuerpo. Lo peor de todo era que no me importaba. Nada lo hacía. Quizá el demonio estaba tomando el control, incluso si no había cambiado de fase. Aquella Marcada que estaba allí, quieta, simplemente esperando, no era yo. No podía serlo.

Ash se quedó a pocos metros de mí, pero no hizo el intento de iniciar una conversación. Algo que le agradecería si no me diera igual.

Sentí que la noche me llamaba. Era tentador. Dejarlo salir. Darle la espalda a aquella farsa y a todos los que me conocían por mi verdadero nombre. Pensé en Centella, en la historia que me había contado mientras mirábamos el mar. La historia del hombre que amó, al que perdió y a quien más tarde recuperó para volver a perderlo. Admiré su fortaleza mientras tomaba conciencia de que los sentimientos nos volvían débiles, pero, al mismo tiempo, le daban un sentido a nuestra existencia. O a la de algunos.

Pensé en Aidan, incluso si sabía que él jamás llegaría a amarme. En la complicidad que había entre nosotros sin importar que nos ocultásemos cientos de cosas el uno al otro. Nuestra identidad o los terrores que arrastrábamos a nuestra espalda. También pensé en Don. En Alpha. Se estaban convirtiendo en mi segunda familia y eso también me asustaba. Que cada vez fuera más fácil ser un demonio. Que disfrutara más en aquellos momentos fugaces en los que me escapaba para estar con ellos. Ya no más. No podía permitirme sentir ni que ellos me sintieran. No después de lo que estaba a punto de suceder.

Pasaron los minutos.

Casi volvía a tener esperanza. De que mi bastardo no viniera y de que aquella pesadilla, aquel sinsentido, simplemente acabara.

Pero la suerte no estuvo de mi parte.

—Jade. —Solo mi nombre. Ni el viento ni el frío ni el propio miedo eran capaces de hacer que mi cuerpo se estremeciera de aquella forma. Mi nombre en sus labios.

—Raiden. —Fue Ash el que le saludó con los ojos negros brillando pese a la oscuridad, liberando el odio que le habían obligado a contener.

El Doppel le ignoró y sus ojos se quedaron presos en los míos.

Ocho virotes cruzaron el aire. Ocho.

No gritó, simplemente apretó la mandíbula y emitió un pequeño gruñido bajo cuando todos ellos impactaron sobre su cuerpo. Empecé a temblar, parecía que fuera a mí a quien acabaran de acribillar como si fuera un animal. Una bestia.

Los hombres que nos rodeaban semiocultos salieron de sus escondites cual ratas traidoras. Los odiaría, a todos ellos, si fuera capaz de sentir.

—Jaque —afirmó Ash con un tono cargado de burla. Se acercó al Doppel, que había caído de rodillas, pero aún mantenía una expresión serena mientras nos observaba—. Este sería un buen momento para que el Diente de Amur hiciera su aparición estelar, ¿verdad? La bestia, siempre dispuesta a salvarte el culo cuando tú no eres capaz de sostenerte en pie.

Raiden no le contestó. Se limitaba a mantenerse consciente mientras la sangre goteaba por las heridas que le habían infligido.

¿No podrían los Antiguos, al menos, haber tenido la clemencia de darle una muerte rápida? ¿Sin sufrimiento? Apreté los labios mientras me clavaba las uñas en la palma de las manos. No quería sentirlo. No quería recordarlo. No quería que aquello fuera real.

—No, no lo hará —afirmó Ash—. Los Duisternis tienen conocimientos y magia de lo más variados. Su precio es alto, cierto, pero no hay nada que no estén dispuestas a hacer esas zorras para saciar sus apetitos más voraces. ¿Sientes la magia corriendo por tus venas? Una magia oscura capaz de anular a tu dualidad durante

varias horas. Este es tu final, bastardo de los Doppels, y también lo será de tu pueblo.

Raiden gruñó ante aquella afirmación y, por primera vez, fui consciente de que el Diente de Amur no acudiría en su ayuda y tuve la certeza de que aquello no podía ser otra cosa que su final. No. Ya no había esperanza alguna. Sentí que algo se desgarraba dentro de mí. El final de Raiden y, si la amenaza de Ash era cierta, quizá la de todos los de su raza.

—Tenemos una cantidad suficiente de esa droga como para decantar la balanza en el frente —continuó Ash—. Pero eso vendrá después. Ahora voy a disfrutar viéndote agonizar lentamente.

Sentí algo cálido cayéndome por la mejilla.

Una lágrima.

Y después otra.

Los ojos de Raiden me buscaron y pude ver un destello de tristeza en ellos. Le había traicionado. Le había tendido una trampa. Podría afrontar sus insultos, su rabia, pero no su tristeza. Que el tipo de persona que yo era en realidad le decepcionase. Las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas sin control alguno, nublando en parte mi vista.

—¿Lloras? —murmuró Ash mientras se alejaba de él para acercarse a mí. Le ignoré, y mantuve la mirada fija en la de Raiden. Temía que si desviaba mis ojos de los suyos, perdería la fuerza para seguir luchando contra la muerte—. Jaque mate, bastardo.

—¡¡¡Jade!!! —Me alarmó más el grito de Raiden desesperado y agonizante que el dolor que me atravesó. Había conseguido anular las emociones y, por lo visto, también parte de mis sentidos.

Me quedé quieta, sin entenderlo.

Cuando me miré el vientre, sobresalía la punta del puñal que me había atravesado por la espalda. Me toqué la herida y se me empaparon las manos de mi propia sangre. Raiden gruñó y empezó a convulsionar mientras intentaba levantarse, pero sin conseguirlo.

Por primera vez desde que había llegado, parecía dispuesto a

presentar batalla. A defenderse. A aferrarse a la vida. Por mí. Para protegerme. Una vez más.

Aquello me obligó a despertarme del trance en el que me había sumido.

Percibí que algo rozaba mi piel, el frío de la brisa, atenuado por un dolor sordo que me quemaba por dentro. No, no era el cuchillo. Era algo mucho más profundo. Algo que había dentro de mí, en mi corazón.

Sentí que recuperaba el control de mi cuerpo, de lo que yo era. ¿Moriría? Era lo más probable, pero no estaba dispuesta a hacerlo sin oponer resistencia. Observé al Marcado, ese supuesto guerrero que me había apuñalado por la espalda, a traición. Estaba a varios metros de mí, mirándome con aspecto satisfecho.

—¿Pensabas que al ser la puta de los Doppels te permitiría sentarte al lado de nuestro Príncipe? Glenn no se ha dado cuenta del tipo de persona que eres, pero yo siempre he sabido que no estarías a su altura —declaró antes de escupir al suelo, a mis pies.

Apreté los labios y palpé el mango del cuchillo que sobresalía a mi espalda. No dudé. Tiré de él con fuerza, soltando un grito parcialmente ahogado.

—Te castigará por esto —afirmó Raiden desde el suelo—. No podrás esconderle tu traición —gruñó antes de añadir con voz ronca —: Es su Princesa.

—¿Lo dices por ellos? —se burló Ash levantando la mano para señalar a los hombres que nos rodeaban; miró a Raiden mientras yo sostenía con fuerza el cuchillo con el que me habían herido—. Saben perfectamente a quién le deben la lealtad, y no es a una MacAlister.

—Atrévete a enfrentarte a mí —gruñí mientras daba unos pasos hacia él.

El Todellinen me miró como si aquello fuera sumamente divertido. Levantó una mano como había hecho antes de que descargaran los proyectiles contra Raiden.

—¿Tan cobarde eres que atacas a una mujer por la espalda y usas a tus hombres para que acaben tu trabajo? —le espeté con

frialdad, sintiendo un dolor sordo mientras me movía. Anulé esa percepción e ignoré la ropa pegada a mi cuerpo, empapada con mi sangre.

Ash negó con la cabeza y las ballestas dejaron de apuntarme. Desenvainó una espada y me miró con expresión aburrida. Cuarenta centímetros contra noventa; tenía las de perder, pero no me importó. Ya había perdido todo por lo que valía la pena luchar. O estaba a punto de perderlo.

Me lancé contra él y esquivé un par de sus estocadas; después hice una parada y, en un movimiento que le pilló desprevenido, conseguí rajarle una pierna antes de volver a alejarme de él.

Aquello no le gustó al Marcado. Se lanzó contra mí con rabia mientras yo contenía sus ataques con serias dificultades. El filo de su arma me rasgó un brazo, pero conseguí evitar que me lo amputara. Todo un éxito por mi parte. Sentí un dolor punzante en el vientre y una arcada. Escupí una bocanada de sangre. Sabía que eso no podía ser buena señal.

Los ojos de Ash me miraban con odio, sí, pero también con esa oscuridad lasciva que señalaba que encontraba placer en mi sufrimiento.

—Glenn lamentará que no haya podido evitar que el Doppel te apuñalara a traición —admitió con una sonrisa en el rostro—. Pero será una cuartada mucho mejor que la que él tenía planteada para justificar la muerte del bastardo y estoy seguro de que no tardará en olvidarte.

—Yo ya le he olvidado —murmuré mientras me sostenía con cierta dificultad.

Sentí una nueva arcada. No tenía sentido fingir que tenía posibilidad alguna de acabar con él teniendo en cuenta la herida que me había infligido.

Miré al hombre que había puesto mi vida y mi mundo del revés. Raiden se aferraba a la conciencia, apretaba los dientes con fuerza e intentaba, como yo, conseguir algo que era imposible. Sobrevivir. Ganar. Salir adelante. Tener una oportunidad. Juntos.

Me acerqué a él, apretándome la herida del vientre, y me dejé caer a su lado.

—Jade —susurró, sus ojos verdes fijos en mí.

—Lo siento —me disculpé. Intenté no sollozar, pero no lo conseguí del todo—. Lo siento tanto... ¿Podrás perdonarme?

—¿Perdonarte? No hay nada que perdonar, Jade, siempre he estado dispuesto a apostarlo todo por ti. Te amo.

—Quizá este era nuestro destino —murmuré, mientras Raiden me rodeaba con sus brazos, acercándome a él—. Nunca tuvimos ninguna posibilidad de que funcionara y pudiéramos compartirlo en vida, pero me alegro de que, pese a que sea en nuestro final, estemos juntos. Yo también te quiero, Raiden.

—Siempre hay esperanza —susurró, acariciándome con suavidad.

—Yo también quería pensar eso —le confesé, temblando ligeramente entre sus brazos.

—Estaba preparado para afrontar cualquier cosa menos tu muerte —murmuró, mientras sus ojos verdes se humedecían—. Perdóname tú a mí, Jade, pero no puedo dejarte morir, incluso si te pierdo ahora que eres mía.

—Raiden —susurré confundida, mirándole a los ojos.

Sentí la calidez de su cuerpo rodeándome.

Y algo más.



XXIV
Jade

Las sombras empezaron a aparecer a nuestro alrededor. Una espiral de oscuridad que se volvía cada vez más densa nos envolvió como si quisiera engullirnos. El bosque se quedó en silencio mientras el mundo parecía resquebrajarse.

Escuché gritos de alarma en torno a nosotros, pero quedaron amortiguados por las tinieblas. Debería tener miedo y, sin embargo, sentía una extraña calidez, como si conociera perfectamente esa oscuridad que había tomado el control de todo lo que nos rodeaba. Y, entonces, sentí que todo estaba bien. Que estaba donde tenía que estar. Que ese era mi destino. El lugar al que pertenecía y que me pertenecía. Mi hogar.

Los ojos verdes de Raiden perdieron su color y dos esferas negras ocuparon su lugar, aunque no dejó de mirarme mientras sus brazos seguían sosteniéndome como si fuera la cosa más valiosa que jamás podría sostener. Su piel se volvió pétrea y la forma de su cabeza se deformó para convertirse en aquello que me había ocultado. Lo que era en realidad.

—Aidan —murmuré.

Su cuerpo se tensó mientras me observaba con un destello de

algo que no podía ser otra cosa que confusión, hasta que una pequeña sonrisa cómplice asomó a su rostro.

—Siempre fuiste tú, después de todo. Mi luz, mi única esperanza —murmuró sin apartar la mirada.

Me depositó con infinito cuidado en el suelo. Sus ojos se posaron en mi vientre. Con sumo cuidado puso una mano a cada lado de la herida y gruñí cuando un dolor sordo me atravesó el cuerpo, quemándome por dentro.

—¿Hacía falta? —le espeté.

—La idea era salvarte la vida y que no te mueras desangrada —se burló, arqueando una ceja en su rostro cincelado en puro ónix—. Cicatrizarías más rápido si cambiaras de fase.

—¿Lo sabías? —murmuré con las pupilas dilatadas. Negó con la cabeza.

—Si lo hubiera sabido, jamás habría cometido la estupidez de dejarte en manos de otro hombre pensando que era lo mejor para ti, que quizá era lo que tú realmente deseabas cuando yo no era más que un Susurrante y un Doppel al que los tuyos siempre despreciarían.

—Creo que me enamoré de Aidan al principio —le confesé.

—Y yo sucumbí a tus encantos, un tanto molesto conmigo mismo y sin entender cómo podía siquiera desearte cuando ya había encontrado a mi pareja predestinada —me contó con una expresión algo culpable—. Debería haber sido más atento, más delicado..., ¡joder! Fue tu primera vez.

—Nuestra primera vez —susurré y me sonrojé.

—Apenas te di el tiempo que necesitabas porque me consumía tu deseo creciendo dentro de mí —se disculpó—. Si lo hubiera sabido...

—Fue simplemente perfecto —le aseguré, colocando una mano sobre su mejilla.

Lo que Aidan me había hecho sentir aquella noche había sido algo formidable. Frío, sí, quizá porque ninguno de los dos estaba dispuesto a abrirse por completo al otro.

Él me había advertido de que amaba a otra mujer y yo... solo

quería escapar de mis propios miedos, del sueño en el que Glenn se convertía en Raiden y yo me entregaba a él. Lo había justificado diciéndome que se trataba únicamente de una atracción física, aunque tal vez ya había otro tipo de emoción por el Doppel mucho más profunda germinando en mi interior. Algo que no había sabido reconocer y que, si lo hubiera hecho, habría rechazado en cualquier caso.

Empezaba a sospechar que algo dentro de nosotros había sido capaz de reconocernos mutuamente pese a nuestro aspecto de Susurrantes. La emoción que habíamos compartido, esa conexión, era real. La forma en que nuestros cuerpos convulsionaron al unísono y cómo nuestra magia despertó tras ese encuentro que pretendía ser algo puramente sexual pero que había tenido matices mucho más profundos, incluso si ninguno de los dos lo buscábamos.

—Si lo hubiera sabido, te habría hecho el amor lentamente mientras te confesaba que te amaba como jamás pensé que podría amar a alguien —murmuró con un ronroneo un tanto sensual—. Me habría vinculado a ti mientras te revelaba que admiro tu fortaleza y adoro tu ceño fruncido, la forma en que arrugas la nariz cuando una sonrisa furtiva quiere hacer acto de presencia y pretendes contenerla sin conseguirlo. Te hubiera dicho que no podía imaginarme una vida plena sin tenerte a mi lado.

—Lo que me hace recordar que no estamos solos —murmuré emocionada con una pequeña sonrisa en el rostro—. ¿Estás bien?

—Lo estaré cuando decidas cambiar de fase y sepa que no van a rematarte con unos cuantos virotes —afirmó con tono arrogante.

Arrugué ligeramente la nariz y dejé que mi otro yo tomara el control de mi cuerpo. Sentí un dolor sordo en el vientre cuando cambié de fase, como si el demonio hubiera tomado conciencia de la herida que me atravesaba y que Aidan, Raiden, había cauterizado usando parte de su magia.

—¿Y ahora? —le pregunté, todavía tendida en el suelo.

—Voy a asegurarme de que no quedan testigos —afirmó con dureza.

Sonreí. No podía negarle ese pequeño capricho.

Tras levantarse se arrancó unos cuantos virotes con un gesto indiferente, como si fueran pequeñas púas de madera que le hubieran atravesado poco más que la piel.

Colocó las dos manos a sus costados y la oscuridad que nos había envuelto explotó a nuestro alrededor y salió disparada en todas direcciones. Tres Marcados que se habían acercado a los límites de aquella espiral de oscuridad que nos había aislado y protegido volaron por los aires.

Admiré el cuerpo de Aidan, retando al mundo que nos rodeaba. A los Marcados, sí, pero también a la propia noche. Éramos dos demonios que, irónicamente, nos habíamos encontrado para amarnos.

Raiden tenía razón. Mi marca. Su dualidad. ¿Por qué los Antiguos habían bendecido este enlace? Una Marcada. Un Doppel. Dos Susurrantes.

La oscuridad de la noche se tiñó de la luz que emitían las runas grabadas sobre la piel del cuerpo de Aidan. Aquellos tonos cálidos, rojizos y anaranjados me recordaron a una puesta de sol. Había una belleza inhumana en él. En su naturaleza. En lo que me hacía sentir.

Aprecié cómo mi herida cicatrizaba con un cosquilleo a una velocidad que demostraba lo que Don y Centella me habían dicho: mi cuerpo de Susurrante era inmortal y sus capacidades regenerativas nada tenían que ver con las de un Marcado.

Mis pupilas se dilataron cuando el fuego empezó a prender alrededor de Aidan. Una columna ardiente, llameante, que desafiaba a la propia noche. El poder que había en él era terriblemente hermoso. Elevó una mano y de ella salió disparada una bola de fuego que impactó en uno de los hombres de Ash. No sentí pena alguna por aquella vida que se esfumaba mientras el fuego consumía su cuerpo, pese a que el Marcado intentaba apagarlo rodando por el suelo hasta que simplemente dejó de moverse.

Había gritos a nuestro alrededor.

Sentí algo. Un cosquilleo. Me levanté poco a poco para

asegurarme de que no me mareara, ya que había perdido bastante sangre. Fue extraño. El dolor había desaparecido.

Un Marcado me apuntaba con la ballesta y a mis pies había un par de virotes. Sí, habían intentado derribarme. Eran realmente estúpidos. ¿Acaso no tenían ni idea de lo que era? Era el monstruo que acechaba en sus pesadillas nocturnas.

Incliné la cabeza al mirarle. Noté que le temblaban las piernas al sentirse observado por alguien como yo.

Un movimiento en la distancia llamó mi atención. Fijé la mirada en el Marcado que tenía una espada en alto, aquella contra la que había estado luchando usando una mísera daga que me había clavado a traición por la espalda. Sonreí, consciente de que ya no podría detenernos tras haber cambiado de fase.

—Ash es mío —le advertí a Raiden, mi pareja. Expuse las garras retráctiles.

—*Se pide por favor* . —El sonido de su voz burlándose dentro de mi cabeza me obligó a sonreír.

—*Por favor, mi amor* .

Raiden gruñó al escuchar mis palabras, aunque no era de rabia o de enojo. Sus emociones, su pasión y, sí, también su amor, llegaron hasta mí para colmarme de una sensación extraña de calidez y felicidad, incluso si lo que en esos momentos tenía en mente era matar al Todellinen que había intentado acabar con mi vida. Nuestras vidas.

Centré mi atención en él y acorté los metros que nos separaban en apenas una fracción de segundo.

Sus pupilas se dilataron al tenerme frente a él, consciente de que mi velocidad no era equiparable a la de un Marcado. Su frente estaba perlada de unas gotas gruesas de sudor y su corazón palpitaba con fuerza.

—¡¡¡Impura!!!

—Preferimos que nos llamen Susurrantes —le conté mientras elevaba una mano y movía los dedos de mis garras con un gesto perezoso, además de con una amenaza implícita.

—Morirás...

—No creo —negué—. Tú, sí.

Cargó la espada contra mí y esquivé los golpes. Era extraño. Había estado luchando contra él hacía apenas unos minutos. Gravemente herida, eso sí, pero ahora era como si Ash se moviera a cámara lenta.

Nunca me había enfrentado a un Marcado como Susurrante, pero cuando había entrenado con Alpha o Aidan tenía serias dificultades para seguirles el ritmo. Su capacidad de desvanecerse a su antojo tampoco ayudaba en eso de llegar a alcanzarlos.

Con Ash, sin embargo, podía seguir cada uno de sus movimientos sin dificultad alguna. Me limité a esquivar sus estocadas mientras tomaba conciencia de mis propias capacidades. Quizá lo había sospechado estando con los Susurrantes, pero ahora veía con claridad el abismo que había entre ellos y nosotros. Entendía que Aidan se hubiera burlado de mí al advertirme que luchaba como una Marcada. Eran movimientos lentos y terriblemente predecibles.

Desde mi nueva perspectiva, Ash parecía bastante torpe y sentí una cierta satisfacción por ello. Después de todo, había intentado matarme apuñalándome por la espalda.

Me agaché para hacerle un barrido con una de mis piernas. Le golpeé controlando la fuerza para provocar que cayera, pero intenté evitar que saliera despedido. No quería hacerlo demasiado rápido porque él tampoco había mostrado piedad con nosotros. El miedo y la sorpresa se reflejaron en su rostro. Sonreí divertida y le di tiempo para volver a incorporarse. Él lo había gozado cuando me apuñaló, pero ahora no parecía disfrutar con el cambio de roles.

Tras levantarse, volvió a intentar alcanzarme dando golpes al aire, mientras yo los esquivaba sin que me requiriera un gran esfuerzo. Y, entonces, simplemente sentí un tirón. Una corriente. La oscuridad a nuestro alrededor. Me desintegré, dejando que esta me engullera, y me aparecí a su espalda.

—Jaque.

El Todellinen se alejó de mí con los ojos dilatados por el miedo y

el cuerpo temblando ligeramente. El silencio se instaló entre nosotros. Los gritos habían cesado y solo se escuchaba el crepitar de las llamas provocadas por Raiden que habían prendido en algunos arbustos y árboles a nuestro alrededor.

Observé en torno a mí. Ninguno de los hombres de Ash había quedado con vida; solo sus cuerpos, algunos mutilados y otros parcialmente calcinados.

A mi lado se materializó una sombra. Aidan.

—Impuros —gruñó Ash, mirándonos con odio y rabia en el rostro.

—Cobarde —murmuré.

Me lancé contra él y, tras esquivar su espada, le golpeé con fuerza el brazo. Se escuchó el crujido de sus huesos al quebrarse seguido por sus gritos de dolor y el ruido metálico de la espada al chocar contra el suelo.

Le miré a los ojos sin compasión.

—Mate —sentencié antes de dejar que el demonio tomara el control.

Mi mano atravesó su pecho y su corazón; sus ojos se tornaron vacíos y, cuando retiré la garra de su interior, cayó de rodillas antes de desplomarse por completo sobre un manto de hojas.

Le di la espalda al cadáver del Todellinen y me acerqué a Raiden con pasos firmes.

No tenía intención de sentirme culpable por lo que había hecho. Por haber dejado que mi sangre de Susurrante me guiara y arrebatara una vida. Era él o nosotros. Y tenía muy claro por quién estaba dispuesta a luchar, vivir y morir si era necesario.

Raiden me abrazó. Cerré los ojos y me recosté contra su pecho. Sentí la calidez de su cuerpo contra el mío. Aspiré su aroma. ¿Cómo no había sido capaz de reconocer que eran la misma persona? Supongo que él se estaba preguntando justamente eso.

—*¿Qué diablos ha pasado* ?

No me había dado cuenta de que Alpha se había materializado junto a nosotros. Cuando lo miré, contemplaba los cadáveres

dispersos a nuestro alrededor mientras las llamas de Raiden empezaban a esparcirse de forma caótica por el bosque.

—Al final ha habido un cambio de planes —murmuró mi pareja mirando al Susurrante. Fruncí el ceño. No lo reconocía, pero tenía una ligera sospecha.

—¿Zachary?

Su rostro se tensó mientras me observaba.

Don y Centella se aparecieron a pocos metros de nosotros.

—*Dime que no es ella* —escuché la voz de Alpha en mi cabeza. Percibí cómo en su interior se entrelazaban la sorpresa, la preocupación y también algo que no podía ser otra cosa que satisfacción.

—*Lo es. Siempre lo ha sido. Te dije que era mi pareja, el Amur lo supo desde el principio* .

—¿Qué Amur? —preguntó Don mientras examinaba uno a uno todos los cadáveres.

—¿Estás bien? —me preguntó Centella preocupada, acercándose a mí.

—*Ahora sí* — afirmé. Sentí cómo fluían las emociones de Aidan y las mías en sintonía, sin importarme que Centella o el resto pudieran percibirlas.

—Suerte que Aidan te ha encontrado antes de que pudieran hacerte daño —declaró Centella mirándonos con una pequeña sonrisa en el rostro, como si a ella no le sorprendiera del todo la forma en que el Susurrante me abrazaba o las emociones que rezumábamos. La felicidad que brillaba en su interior. Por nosotros. Ella lo había sabido. Lo que yo sentía por Aidan. Que al final fuera correspondida era un hermoso regalo que me había dado el universo. O tal vez los Antiguos.

—Esto no va a pasar desapercibido —intervino Don—. Es Ash Todellinen. Estamos jodidos.

—Ha intentado matarme, me apuñaló por la espalda —le conté y, tras cerrar los ojos, recuperé mi cuerpo de Marcada. Los Susurrantes se removieron, un tanto inquietos, a mi alrededor. Los observé antes

de confiarles mi secreto y poniendo así la vida de mi familia en sus manos—: Soy Jade MacAlister.

—La Princesa —susurró Centella, mirándome con una franca sorpresa en su rostro.

—Quizá yo también tengo algo de culpa en todo esto —admitió Aidan, transformándose en Doppel, sin dejar de abrazarme—, o el hecho de que nos amamos pese a nuestras diferencias, que no son pocas.

—¡Joder!

Fue Don quien soltó aquello, tensándose. Alpha gruñó, creo que enojado de que Raiden se hubiera mostrado frente a ellos más que por cualquier otra cosa.

El Diente de Amur apareció a nuestro lado y, tras dar una vuelta a nuestro alrededor, se quedó enganchado a mí y presionó su cuerpo contra el mío.

—El bastardo de los Doppels —susurró Don. Se masajeó la cabeza, como si toda aquella información le produjera jaqueca. Miró a Centella y a Alpha—. ¿Lo sabíais? —les preguntó.

—Es el hijo de la hija de mi sobrino —le contestó Alpha encogiéndose de hombros y cambió de fase.

Zachary se mostró con expresión indiferente. Don empezó a toser y Centella se acercó a él para darle unas palmaditas en la espalda, aunque la muy bruja se estaba muriendo de la risa. No necesitaba sentirlo para saberlo a pesar de que estaba conteniendo las carcajadas.

—¿No eráis primos? —le pregunté a Zachary.

—Hace siglos que debería haber muerto —me contestó—. Siempre he estado cerca de la familia para protegerlos y advertirles del secreto de nuestro linaje, aunque Raiden es el primero que ha sufrido el cambio en tres generaciones.

—Hubo un tiempo en que lo sospeché, cuando estábamos en Deisha —admitió Centella—. Pero pensé que eran imaginaciones mías, sin más. Era tan poco probable que fueras un...

—Doppel —murmuró Don, intentando hacerse a la idea. No

intentó atacarnos y no sentí rechazo en su persona, pero era evidente que le costaba mentalizarse de cuál era la verdadera identidad de los que consideraba sus amigos. Su familia.

—¿Y ahora qué? —murmuró Centella, pensativa—. ¿Qué vais a hacer?

Nos miraba, como dando por sentado de que no prescindiríamos el uno del otro.

No lo haríamos. Ya no. Supuse que todos ellos lo sentían.

—No podemos quedarnos en el norte —le dije a Raiden.

—Podemos probar suerte en el sur —me contestó él, encogiéndose de hombros.

—Lo más fácil sería que os dieran por muertos —intervino Don—. Que nadie os buscara. Da igual lo que se suponía que tenía que pasar aquí, un Impuro os encontró y nadie pudo escapar de su ira.

—Podéis fingir vuestra muerte, como hice yo cuando cambié de fase por primera vez —intervino Centella—. Un medallón en uno de los cadáveres calcinados, fragmentos de tu vestido, lo que sea...

—Es una buena idea. Seremos dos sombras —me propuso Raiden —. Podemos encontrar un poco de paz en las montañas o en la costa del sur.

—Os ayudaré —aseguró Zachary.

—¿Qué te preocupa? —me preguntó Centella.

—Mi familia —le confesé—. Lo que soy...

—Yo me ocuparé de ellos —intervino Don antes de convertirse en Marcado. Su ropa, negra hasta ese momento, se transformó en una armadura reluciente.

—¿Cómo has hecho eso con tu ropa? —mascullé sorprendida.

—Un glamur —me contestó Centella—. Usamos la magia de las sombras para cambiar el aspecto de nuestra ropa cuando cambiamos de fase.

Otra de las muchas cosas que no tenía ni la más remota idea de que éramos capaces de hacer. Miré la armadura de Don y me tensé al descubrir el escudo de la guardia de los Todellinen. Él percibió mi recelo y se encogió de hombros.

—Moveré hilos para que me destinen a la finca de los MacAlister —afirmó—. Si algo sucede, los protegeré con mi vida, Princesa.

—Ya no soy Princesa —negué sorprendida cuando Don hizo una pequeña inclinación con la cabeza en mi dirección.

Centella se colocó junto al Marcado y le puso la mano sobre el hombro.

—Lo eres y siempre lo serás para nosotros —afirmó—. Los Antiguos te marcaron. Eres la Princesa Marcada de los Susurrantes.

—La pareja del heredero de los Doppels —murmuró Zachary al tiempo que se frotaba el mentón.

—Es como si hubierais estado predestinados —susurró Centella, emocionada.

Raiden me miró con una ceja arqueada como si me dijera un «te lo dije». Hice una mueca cuando sentí un estremecimiento repentino. La tierra tembló debajo de nosotros.

—¿Ha sido tú? —le pregunté a Centella, que era la única que seguía transformada en Susurrante en aquellos momentos.

—Mi poder es eléctrico —me recordó y negó con un movimiento de cabeza.

—¿Lo sentís? —murmuró Alpha. El miedo que vi reflejado en los ojos negros de Centella me golpeó. Fuera lo que fuera, ella sí lo notaba.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos y, de repente, el cielo negro se tiñó de rojo mientras la tierra volvía a temblar y un ruido como jamás había sido escuchado en Ar-Umi desde hacía varios milenios reverberó en el aire hasta llegar a todos y cada uno de los rincones del mundo.

Miramos en dirección al horizonte. Al mar.

Una columna de humo rojizo se apreciaba pese a la distancia.

—La Grieta.

Creo que fui yo quien lo susurró. Tal vez. O quizá fue alguno de ellos.

—Algo está pasando —afirmó Alpha—. Sea lo que sea, todos corremos peligro.

—Iré con vosotros —decidió Centella—. No me queda nada aquí y tengo el presentimiento de que podríais necesitarme.

—Dadme algo vuestro y me aseguraré de que se os dé por muertos. Confiad en mí, marchaos —nos pidió Don. Luego, me miró y añadió—: Yo velaré por los MacAlister mientras no me necesitéis.

—Que tal vez sea más pronto que tarde —le advirtió Zachary acercándose a él.

Le tendió el brazo y Don lo tomó. Un intercambio de respeto y una señal de amistad. Entre un Marcado y un Doppel, sí, pero ambos eran mucho más. Quizá por la sangre que compartían, por lo que eran cuando la oscuridad los rodeaba o, simplemente, porque habían sabido entender que, pese a sus diferencias, las similitudes pesaban más.

—Gracias.

Me quité el ridículo vestido, rasgado por todos lados, y se lo tendí; me quedé cubierta por una camisola que había dejado de ser blanca tras haberse empapado de mi propia sangre. Raiden le dio el collar con el emblema de los Todellinen que había usado durante su estancia en palacio y pareció más que satisfecho al deshacerse de él.

Monté sobre el lomo del Diente de Amur y Raiden se sentó detrás de mí, tal y como habíamos hecho cuando habíamos escapado de los Esbirros en la Grieta. No tenía claro de qué huíamos ahora: de los Marcados o de lo que estaba pasando en la Grieta.

—¿Y la carta de tu padre? —le preguntó Zachary a Raiden, y él negó con la cabeza.

—Ya está bien así —afirmó.

—¿Dónde vamos? —preguntó Centella que se mostraba emocionada a pesar de la amenaza que parecía ceñirse sobre nosotros desde el horizonte.

—De momento nos reuniremos en mi casa —decidió Zachary mientras miraba el cielo rojizo. Volvió a cambiar de fase—. Aunque dejaremos que los tortolitos se tomen su tiempo en llegar por métodos más convencionales.

—Dudo que se den prisa —opinó Don entre risas al sentir el

deseo que crecía entre nosotros por la intimidad del contacto que compartíamos en ese momento—, salvo que el cielo decida caerse a pedazos.

—Pues tal vez lo haga —murmuró Zachary—. Marchad. Me ocuparé de borrar vuestro rastro.

—Te acompaño —se ofreció Centella.

—Ahorra energías —le advirtió Alpha—. El viaje por las sombras hasta el sur te agotará, pero estoy seguro de que me encontrarás. Solo búscame.

—Nunca he ido tan lejos —admitió Centella algo nerviosa.

—Lo harás bien —le aseguró Don, sonriéndole.

Inclinamos la cabeza en dirección a nuestra nueva familia antes de que el Diente de Amur se lanzara a la carrera. Sobre nosotros, dos criaturas de la noche, un cielo con tintes rojizos desafiaba a la oscuridad en la que siempre nos habíamos sentido en casa.

Dimos la espalda a la columna de humo que se volvía cada vez más evidente en el centro del mundo, en la Grieta, mientras Zachary levantaba un tornado que hizo que el fuego de Raiden se expandiera por el bosque siguiendo nuestros pasos y quemando todo lo que encontraba a su alrededor.

Sangre, fuego y ceniza. Ese fue el rastro que dejamos detrás de nosotros mientras abandonábamos la Marca.

Lo que éramos, lo que podíamos llegar a ser, pesaba sobre nosotros, pero no nos importaba. Juntos seríamos capaces de enfrentarnos al mismísimo infierno.

Esperaba que no tuviéramos que hacerlo, pero tal vez ese era nuestro legado. Un legado impuro.

Querido padre:

Sé que no estaréis del todo satisfecho con lo que voy a deciros por varios motivos, aunque espero que respetéis y apoyéis mis decisiones.

En primer lugar, he de advertiros que el tratado de paz con los Marcados es, a fecha de hoy, un hecho consumado. Sin embargo, las condiciones que he acordado con el Rey Ross Todellinen no son las que teníamos intención de ofrecerle inicialmente. Sé lo mucho que significan para vos y para nuestro pueblo las tierras que bordean el Othar y la costa occidental que actualmente están en posesión de los Marcados. Que nos las cedieran era una negociación complicada, por no decir imposible, incluso si prometíamos compensarles con algún tipo de riqueza o los materiales que tanto anhelan de nuestras minas.

En su lugar, hemos acordado que ese territorio será, a partir de hoy, libre.

Marcados y Doppels conviviendo juntos para mejorar nuestro mutuo entendimiento y aprender los unos de los otros. Sé que esta idea os sorprenderá tanto como a mí el hecho de habérsela formulado al

Rey de los Marcados, pero los sucesos que he vivido estos últimos días en palacio hacen que la posibilidad de una convivencia pacífica entre nosotros me enorgullezca y me dé esperanza. Dejad que os explique los motivos para afirmar esto último.

Para ello, debo anunciaros, en segundo lugar, que ha sido un capricho del destino que fuera aquí, en esta Corte, donde el Diente de Amur haya reconocido a su pareja predestinada en una Marcada. Sé que este suceso os sorprenderá y posiblemente os desagradará sobremanera, pero es algo contra lo que no puedo luchar. Esta necesidad que siento en el pecho duele tanto que ahoga.

Al margen de la incomodidad que pueda suponeros su origen, la mujer a la que amo no es otra que Jade MacAlister, la prometida del Príncipe. El tiempo que he compartido con ella me ha hecho ser consciente de que no puedo ofrecerle nada más que promesas de amor eterno y que lo que soy, al margen de lo que siento o lo que sentimos, pesa más que cualquier cosa.

Entenderéis que haya intentado seducirla, asumiendo el riesgo que esto suponía. En cualquier caso, os puedo asegurar que he disfrutado cometiendo tal agravio de carácter personal contra el Príncipe de los Marcados. Dicho esto, lamento comunicaros que mi primo Zachary ha descubierto

una conspiración por parte de Ash Todellinen y el Príncipe, cuya finalidad es acabar con mi vida para dificultar unas negociaciones que no saben que ya han sido formalizadas a sus espaldas. Debéis tener la certeza de que el Rey es totalmente ajeno a esta intriga y que pretenden involucrar a Jade, de una u otra forma, para asegurar así su lealtad para con los suyos.

Entrego mi vida libremente sabiendo que, al hacerlo, ella podrá ocupar el lugar que le ha sido asignado, consciente de que en nuestra sociedad jamás se hubiera aceptado nuestra vinculación dadas nuestras diferencias. Solo sabemos ver lo que nos separa, pero no lo que nos une. El amor es algo caprichoso, padre, pero vos más que nadie entenderéis que no desee otra cosa que darle la oportunidad de vivir una vida plena incluso si espero egoístamente que traicione todo lo que conoce, lo que es, por el bastardo de un Doppel. Para bien o para mal, sé que no lo hará, pero no puedo culparla por ello y os ruego que vos hagáis lo mismo.

Así que, muy probablemente, este será mi final, pero espero que si algún día uno de los nuestros encuentra a su amor verdadero entre alguno de los suyos, tengan la oportunidad de vivir su historia de amor, la que a nosotros nos ha sido negada, en las tierras que bordean el Othar y la costa oeste.

Solo os pido que respetéis mi decisión y que no cometáis el error de entrar en un bucle de odio y rabia, pues esto es lo que me ha conducido a escribir hoy esta carta. La amo, padre, más que a mi vida. Nunca había aspirado a formar una familia ni a sentir lo que siento. Ahora comprendo, como no era capaz de hacerlo, lo que vos también habéis sufrido. Entended, entonces, que no desee eso para el resto de mi existencia.

En tercer lugar, pero no por ello menos importante, debo advertiros de que algo está sucediendo en la Grieta. Durante mi estancia en la Corte, un Serafín acudió con el cuerpo de una criatura de origen demoníaco, un Esbirro. Se me permitió ir hasta esa tierra inhóspita junto a un pequeño destacamento de Marcados y puedo aseguraros que la tierra bajo la Grieta está poblada por esas criaturas abominables. Y, cuando digo poblada, me refiero a que hay cientos de ellos, o tal vez miles.

Quizá hace tiempo que viven allí, escondidos de los ojos de los Vigías de los Serafines, ocultos bajo tierra, pero no debemos ignorar la amenaza que podrían llegar a conllevar. Solo espero que su existencia no sea el inicio de algo más grande.

No quiero llamar al mal tiempo, pero me preocupa lo que pueda suceder en el futuro y os ruego que os

esforcéis en formalizar una alianza con los Serafines. Sé que no son las criaturas más hospitalarias de Ar-Umi, pero son unos aliados poderosos y cuando pienso en mis hermanastros y en nuestro pueblo, siento una extraña inquietud al respecto.

Sin más, me despido.

Gracias por creer en mí.

Vuestro hijo,

Raiden Diente de Amur

Agradecimientos

Queridos lectores:

Cuando decidí autopublicar *Luz* en julio de 2018, no tenía ni la más remota idea de todas las personas extraordinarias que conocería gracias a esta decisión, un tanto impulsiva, que tomé por el mero placer de decirme a mí misma que lo había hecho. Sin expectativas. Sin publicidad. Sin redes sociales. Sin nada. Solo una historia que bailaba desde hacía tiempo en mi cabeza y a la que decidí darle salida.

Y así empezó todo.

Un sueño, una ilusión, que poco a poco fue cobrando vida.

Recuerdo que mi marido frunció el ceño, por no echarse a reír, cuando le conté que había escrito y autopublicado un libro. Mi madre me miró como si esta fuera una de esas locuras mías sin sentido alguno, que lo era, pero ese es otro tema. Fuisteis vosotros, mis queridos lectores, los que le disteis a ese sueño el empujón que necesitaba para convertirse en algo real, los que me ayudasteis a construirme como autora, apoyándome mientras encontraba mi propia voz, mi propio estilo, para contaros todos y cada uno de estos relatos.

Siguiendo el consejo de un foro de autores *indie* , me adentré en el mundo de Instagram y he tenido la suerte de descubrir una comunidad de personas maravillosas cuyas diferencias suman y no restan, justo de la forma en la que a mí me gusta ver el mundo. Así fue como conocí a María: lectora compulsiva, mi beta desde hace un par de años y, a estas alturas, una gran amiga. Conoceros a través de mensajes y lecturas conjuntas, saber que os habéis emocionado con una de mis historias o que os he ayudado a desconectar de la

realidad, haciendo que soñéis conmigo a través de alguno de mis libros, es algo mágico.

Fue un 26 de abril, el día de mi cumpleaños, cuando David de Alba me contactó por primera vez en nombre de Editabundo para ofrecerme sus servicios como agentes literarios. No diré que fuera amor a primera vista, pero casi casi: las buenas vibraciones que me transmitieron Pablo Álvarez y el mismo David en esa primera entrevista telemática prometían algo grande... ¡y aquí estamos!

No puedo cerrar estos agradecimientos sin mencionar a Aranzazu, mi editora. En primer lugar, por creer en mí y en una idea plasmada en unas pocas páginas y, en segundo lugar, por hacer que todo haya sido tan sumamente fácil. ¡Espero que lleguemos a lo más alto!

A todos los que me estáis leyendo en estos momentos, os confesaré que este libro contiene muchos pedacitos de lo que han sido estos cuatro años soñando, aprendiendo sobre la marcha y escribiendo hasta las tantas. Sé que los que conocéis toda mi trayectoria habréis encontrado las miguitas de pan que os he dejado y espero que os hayáis divertido haciéndolo. Si por el contrario esta ha sido la primera vez que tienes una de mis historias entre tus manos, espero que hayas disfrutado cada una de estas páginas y que te animes a seguir descubriendo los mundos que he creado para ti.

Gracias a todos por hacerlo posible.

¡Feliz lectura!

Siguiendo la estela de Sarah J. Maas y Jennifer Armentrout, Cristina Pujadas nos sumerge en un fascinante mundo de fantasía, intriga y romance.



Jade es hija de una de las estirpes más importante de guerreros Marcados, una raza de Halgboots que desciende de antiguos dioses que lucharon contra los demonios que intentaron dominar el mundo tras abrir la Grieta al abismo. Desde niña sabe que su destino es convertirse en la esposa del futuro Rey y mantener así la hegemonía de los Marcados sobre otras razas inferiores con las que conviven a su pesar.

Pero Jade guarda un secreto que no puede desvelar, algo que podría torcer los planes de todos aquellos cuyo futuro depende de que se ciña a su destino y no se deje seducir por una pasión prohibida y sus deseos más oscuros.

Un linaje. Un secreto. Una pasión. A veces lo que nos condena también puede liberarnos.

Cristina Pujadas (Barcelona, 1983) es autora de diversas sagas autopublicadas en Amazon. Escribe sobre todo historias adictivas que siempre sorprenden a sus lectores. Varias de sus obras se encuentran entre las más leídas del género de fantasía urbana y romance paranormal. Además, es madre de mellizos y oftalmóloga.



Primera edición: octubre de 2022

© 2022, Cristina Pujadas
Autora representada por Editabundo Agencia Literaria, S. L.
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Coverkitchen
Ilustración de portada: © Coverkitchen

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright* . El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

La cita del inicio es un extracto de la canción «Haz de luz», del álbum Sinónimo de Rayden, que se reproduce con el permiso expreso de su autor.

ISBN: 978-84-666-7325-9

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: penguinlibros

Instagram: edicionesb_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Un legado impuro

Mapa

Prólogo

I. Jade

II. Jade

III. Jade

IV Jade

V. Jade

VI. Jade

VII. Jade

VIII. Raiden

IX. Jade

X. Jade

XI. Jade

XII. Glenn

XIII. Jade

XIV. Jade

XV. Jade

XVI. Jade

XVII. Jade

XVIII. Jade

XIX. Glenn

XX. Raiden

XXI. Centella

XXII. Jade

XXIII. Jade

XXIV. Jade

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Cristina Pujadas

Créditos